

«El Deep Work es la herramienta esencial para la sociedad del conocimiento»  
The Economist

# CÉNTRATE (DEEP WORK)



**LAS CUATRO  
REGLAS  
PARA EL ÉXITO  
EN LA ERA  
DE LA  
DISTRACCIÓN**

Cal Newport

Las distracciones no son malas en sí mismas. Lo negativo es que por ellas no logremos concentrarnos en una sola tarea a la vez y, por lo tanto, no culminemos ninguna con éxito o dentro del tiempo que tenemos previsto para ella. Este es un problema cada vez más frecuente en la actualidad que lleva, en muchas ocasiones, a sentimientos de frustración, ansiedad, cansancio y a altos niveles de improductividad en las organizaciones. Enfocarse en una sola actividad se ha convertido en una capacidad extraña en el mundo de hoy y, por lo tanto, según Cal Newport, en un activo cada vez más valioso en un entorno competitivo y lleno de trampas que roban nuestra atención. Trabajar a fondo permite dominar información en menos tiempo, resolver problemas de manera efectiva y obtener resultados sobresalientes, lo cual redunda en satisfacciones personales y un impacto laboral positivo. A partir de cuatro reglas prácticas, este libro demuestra el valor de desarrollar y aumentar los niveles de concentración en un mundo que incentiva la hiperconexión y la «multitarea».

Cal Newport

# Enfócate

**Consejos para alcanzar el éxito en un mundo disperso**

ePub r1.0

Wilku 23.10.2019

Título original: *Deep Work. Rules for Focused Success in a Distracted World*  
Cal Newport, 2016  
Traducción: María Mercedes Correa

Editor digital: Wilku  
ePub base r2.1



# Índice de contenido

Cubierta

Enfócate

## INTRODUCCIÓN

### PRIMERA PARTE. LA IDEA

#### CAPÍTULO 1. TRABAJAR A FONDO ES VALIOSO

Los trabajadores altamente cualificados

Las superestrellas

Los propietarios

Cómo volverse ganador en la Nueva Economía

Trabajar a fondo permite aprender rápidamente cosas difíciles

Trabajar a fondo permite producir a un nivel superior

¿Y qué hay de Jack Dorsey?

#### CAPÍTULO 2. EL TRABAJO A FONDO ES ESCASO

El agujero negro de las mediciones

El principio de la menor resistencia

El estado de ocupación como sustituto de la productividad

El culto a Internet

Malo para los negocios, bueno para usted

#### CAPÍTULO 3. TRABAJAR A FONDO TIENE SENTIDO

Un argumento neurológico a favor de la profundidad

Un argumento psicológico a favor de la profundidad

Un argumento filosófico a favor de la profundidad

Homo sapiens profundis

## SEGUNDA PARTE. LAS REGLAS

### REGLA # 1. TRABAJAR PROFUNDAMENTE

¿Cuál es su filosofía de la profundidad?

Ritualizar

Hacer gestos excepcionales

No trabajar solo

Una ejecución de tipo empresarial

Ser perezoso

### REGLA # 2. ABRIR LAS PUERTAS AL ABURRIMIENTO

No haga pausas en la distracción: haga pausas en la concentración

Trabaje como Teodoro Roosevelt

Meditar de manera productiva

Memorizar las cartas de una baraja

#### REGLA # 3. ALÉJESE DE LAS REDES SOCIALES

Aplicar la ley de «los mínimos vitales» a los hábitos relacionados con Internet

Abandonar las redes sociales

No use Internet como entretenimiento

#### REGLA # 4. ELIMINAR LO SUPERFICIAL

Planifique cada minuto de su día

Cuantifique la profundidad de sus actividades

Pregúntele a su jefe cuál es su presupuesto de trabajo superficial

Termine de trabajar a las cinco y media

Que no lo encuentren tan fácilmente

## CONCLUSIÓN

Sobre el autor

Notas

# INTRODUCCIÓN

**E**n el cantón suizo de San Galo, en la orilla norte del lago de Zúrich, hay un pueblo llamado Bollingen. En 1922, el psiquiatra Carl Jung decidió construir en ese lugar una casa donde pudiera retirarse. Comenzó con una construcción básica de piedra de dos pisos a la que llamó «la Torre». Tras regresar de la India, donde observó que la gente tenía en sus casas un cuarto para meditar, el psiquiatra expandió el proyecto y mandó construir una oficina privada en la misma propiedad. «En mi habitación de retiro estoy solo — afirmó Jung—. Siempre mantengo la llave en mi poder; nadie puede entrar si no es con mi autorización»<sup>[1]</sup>.

En su libro *Daily Rituals*, el periodista Mason Currey hace referencia a diversos textos sobre Jung y a través de ellos recrea los hábitos de trabajo del psiquiatra en la Torre. Según relata Currey, Jung se levantaba a las siete de la mañana, tomaba un desayuno copioso y luego escribía durante dos horas ininterrumpidas en su oficina privada. Por las tardes, meditaba o iba a dar largas caminatas en los campos vecinos. Como no había electricidad en la Torre, al caer la noche utilizaba lámparas de gas para la iluminación y chimeneas para calentar el ambiente.

A las diez de la noche se iba a la cama. «Desde un comienzo, la sensación de reposo y de renovación que obtenía en esa Torre fue intensa»<sup>[2]</sup>, afirmó Jung.

Aunque sería tentador considerar la Torre de Bollingen como una casa de vacaciones, lo cierto es que, en el contexto de la carrera de Jung en aquel momento, la intención de construir ese lugar aislado junto al lago no era huir del trabajo. Por la época en que Jung compró la propiedad no disponía de los medios para tomar vacaciones. Tan solo un año atrás, en 1921, había publicado *Tipos psicológicos*, un libro pionero que contribuyó a consolidar muchas de las diferencias que de tiempo atrás venían gestándose entre su pensamiento y las ideas del otro mentor y amigo, Sigmund Freud. Estar en

desacuerdo con Freud en los años veinte era un acto de osadía. Para sustentar su libro, Jung necesitaba mantener su agudeza mental y producir una serie de artículos y libros lúcidos, con los cuales podría apoyar y defender su *psicología analítica*, que fue el nombre que más adelante recibiría esa nueva escuela de pensamiento.

Es claro que Jung tenía diversas ocupaciones en Zúrich, entre ellas sus conferencias y su trabajo como terapeuta. Sin embargo, mantenerse ocupado no le bastaba. Quería cambiar la forma como comprendemos el inconsciente y, para alcanzar esta meta, debía hacer un trabajo de reflexión más profundo y detallado que el que su agitado estilo de vida citadino le permitía. Jung se aisló en Bollingen no para huir de su vida profesional sino para profundizarla.

---

Con el tiempo, Carl Jung se convertiría en uno de los pensadores más renombrados del siglo xx. Son muchas las razones que explican este éxito. Sin embargo, en el presente libro me interesa su compromiso con una destreza que, sin duda, desempeñó un papel fundamental en sus logros:

**Trabajo a fondo:** actividades profesionales que se llevan a cabo en un estado de concentración desprovisto de distracciones, de tal manera que las capacidades cognitivas llegan a su límite máximo. Este esfuerzo crea valor, mejora las habilidades y no es fácil de replicar.

Trabajar a fondo es necesario para extraer hasta la última gota de valor de nuestra capacidad intelectual. Tras décadas de investigaciones en los campos de la psicología y la neurociencia, sabemos que el estado de esfuerzo mental que acompaña trabajar a fondo es necesario también para mejorar nuestras aptitudes. Dicho de otro modo, trabajar a fondo es exactamente el tipo de esfuerzo que se requiere para destacarse en un campo exigente, desde el punto de vista cognitivo, como el de la psiquiatría académica a comienzos del siglo xx.

El término «trabajar a fondo» o «trabajo profundo» es de mi propio cuño, no una expresión usada por Carl Jung, pero las acciones de este pensador durante aquel período indican que, sin duda, tenía claro cuál era el concepto subyacente. Jung construyó una torre de piedra en un paraje boscoso para poder trabajar profundamente en su vida profesional: una tarea que requería tiempo, energía y dinero. Como relata Currey, los desplazamientos frecuentes de Jung hacia Bollingen lo obligaban a dedicarle menos tiempo a su trabajo clínico, y añade: «Aunque tenía muchos pacientes, Jung no veía problema en

tomarse tiempo para otras cosas»<sup>[3]</sup>. Aunque era difícil que trabajar a fondo fuera una prioridad, salta a la vista que era crucial para alcanzar su meta de cambiar el mundo.

El estudio de la vida de otros personajes influyentes, tanto en la historia reciente como en la lejana, nos permitirá llegar a conclusiones similares en lo que respecta al compromiso con trabajar a fondo. Así, por ejemplo, el ensayista francés del siglo XVI Michel de Montaigne se anticipó a Jung con su trabajo en una biblioteca privada, que construyó en una torre en el costado sur de su castillo<sup>[4]</sup>. Por su parte, Mark Twain escribió buena parte de *Las aventuras de Tom Sawyer* en un cobertizo ubicado en la granja Quarry Farm, en Nueva York, donde pasaba los veranos. Su estudio estaba totalmente aislado de la casa principal y la familia debía hacer sonar un cuerno para llamar al escritor a comer<sup>[5]</sup>.

En tiempos históricos más recientes, tenemos el caso del guionista y director de cine Woody Allen. En el período de cuarenta y cuatro años comprendido entre 1969 y el 2013, el neoyorquino escribió y dirigió cuarenta y cuatro películas, que fueron nominadas para treinta y tres premios de la Academia: un alucinante nivel de productividad artística. Durante este período Alien no tuvo computador, sino que llevó a cabo su escritura, desembarazada de toda distracción electrónica, en una máquina de escribir manual marca Germán Olympia SM3<sup>[6]</sup>. Otro personaje que acompaña a Alien en su negativa a hacer uso de los computadores es Peter Higgs, un físico teórico que hace su trabajo en total aislamiento y desconexión, al punto de que los periodistas no pudieron contactarlo cuando se anunció que había ganado el premio Nobel<sup>[7]</sup>. Por otro lado, J. K. Rowling sí usa computadores, pero se mantuvo alejada de las redes sociales durante la escritura de sus novelas sobre Harry Potter, aunque ese período coincidió con el surgimiento de esa tecnología y su uso por parte de los famosos de los medios de comunicación. El personal de apoyo de Rowling finalmente abrió una cuenta de Twitter a su nombre en el otoño del 2009, año en el que trabajaba en *Una vacante imprevista*, y en el lapso de un año y medio su único trino fue: «Soy yo, la verdadera, pero me temo que no me van a ver mucho por aquí, pues el papel y la pluma son mi prioridad por el momento»<sup>[8]</sup>.

Por supuesto que trabajar a fondo no se limita a los casos históricos ni a los casos de tecnofobia. El director ejecutivo de Microsoft, Bill Gates, organizaba dos veces al año las famosas *Think Weeks* (semanas para pensar), durante las cuales se aislaba (por lo general en una casa de campo a orillas de un lago) para dedicarse exclusivamente a leer y a producir grandes ideas.

Durante una de esas famosas semanas, en 1995, escribió su conocido memorando titulado «Internet Tidal Wave» («La marea de Internet»), tras el cual Microsoft dirigió su atención a una compañía nueva llamada Netscape Communications<sup>[9]</sup>. De otro lado, y de manera bastante irónica, Neal Stephenson, el renombrado autor del género ciberpunk que contribuyó a conformar nuestra concepción popular de la era de Internet, es prácticamente imposible de contactar por vía electrónica: en su sitio web no hay direcciones de correo electrónico y se encuentra un ensayo donde explica por qué es intencionadamente torpe en el uso de las redes sociales. Así lo explicó en una ocasión: «Si organizo mi vida de tal manera que logre juntar grandes segmentos de tiempo ininterrumpido y consecutivo, puedo escribir novelas. (Si, por el contrario, me interrumpen demasiado), ¿qué obtengo a cambio? En lugar de sacar una novela que puede circular por mucho tiempo (...) habré escrito montones de correos electrónicos que recibirán unas pocas personas»<sup>[10]</sup>.

---

Es importante destacar la omnipresencia del trabajo a fondo en las personas influyentes, pues contrasta drásticamente con el comportamiento de la mayoría de los trabajadores del conocimiento contemporáneos (un grupo que está olvidando a grandes velocidades el valor de la profundidad).

Se sabe bien por qué los trabajadores del conocimiento están perdiendo su familiaridad con trabajar a fondo: las herramientas en la Red. Dentro de esta amplia categoría se encuentran los servicios de comunicación como el correo electrónico, el SMS y el WhatsApp, las redes sociales como Twitter y Facebook, y el atractivo revoltijo de sitios de entretenimiento mezclado con información (*infotainment*), como Buzzfeed y Reddit. En conjunto, el surgimiento de estas herramientas, sumado al acceso permanente que tenemos a ellas a través de los teléfonos inteligentes y de las redes de cómputo en las oficinas, ha fragmentado la atención de los trabajadores del conocimiento. Un estudio realizado en el 2012 por McKinsey descubrió que un trabajador promedio del conocimiento dedica más del 60 % de sus horas laborales a la comunicación electrónica y a la búsqueda por Internet. Cerca del 30 % del tiempo lo usa exclusivamente para leer y responder correos electrónicos<sup>[11]</sup>.

En medio de este ámbito de atención fragmentada es muy difícil llevar a cabo un trabajo profundo, pues este requiere de largos períodos de actividad intelectual ininterrumpida. No obstante, hay que decir que los trabajadores del conocimiento no están holgazaneando. De hecho, están más ocupados que

nunca. ¿Cómo se explica, entonces, esta discrepancia? En buena medida se puede explicar mediante la existencia de otro tipo de esfuerzo, que constituye el otro lado de la moneda de la idea de trabajar a fondo:

**El trabajo superficial**, constituido por tareas que no son exigentes desde el punto de vista cognitivo, tareas de tipo logístico que se suelen ejecutar en medio de distracciones. Estos esfuerzos por lo general no crean gran valor en el mundo y son fáciles de replicar.

En la era actual de las herramientas en la Red, los trabajadores del conocimiento hacen cada vez menos trabajo profundo y se quedan en la alternativa superficial, enviando y recibiendo constantemente mensajes de correo electrónico, como unos *routers* humanos, con interrupciones frecuentes propicias para la distracción. Un esfuerzo mayor, al que contribuiría el pensamiento profundo (como, por ejemplo, concebir una nueva estrategia de negocios o redactar una importante solicitud de subvención), se fragmenta en diversas partículas de distracción que conducen a una menor calidad.

Para empeorar el asunto, según lo demuestra un número cada vez mayor de pruebas, la opción del cambio hacia lo superficial no puede revertirse fácilmente. Si pasamos el tiempo suficiente en un estado de superficialidad frenética, el resultado es una reducción *permanente* de nuestra capacidad para llevar a cabo trabajo profundo. «Al parecer, Internet está socavando mi capacidad para la concentración y la contemplación», confiesa el periodista Nicholas Carr, en un artículo publicado en el 2008 en la revista *Atlantic*. «[Y] no soy el único»<sup>[12]</sup>. Carr desarrolló este punto de vista en un libro titulado *The Shallows (Superficiales)*, que fue finalista del premio Pulitzer. Para escribir esta obra, como era de esperarse, Carr tuvo que aislarlo en una cabaña y desconectarse de todo a la fuerza<sup>[13]</sup>.

La idea de que las herramientas en la Red nos están llevando de lo profundo a lo superficial no es nueva. El libro *The Shallows* fue simplemente el primero en medio de una serie de obras recientes que se han dedicado a examinar el efecto de Internet en nuestro cerebro y nuestros hábitos de trabajo. Entre otros títulos que vinieron a continuación se encuentran *Hamlet's Blackberry*, de William Power, *The Tyranny of E-mail*, de John Freeman, y *The Distraction Addiction*, de Alex Soojung-Kin Pang. Todos ellos están de acuerdo en afirmar, más o menos, que las herramientas en la Red nos distraen de los trabajos que requieren una atención constante y, al mismo tiempo, degradan nuestra capacidad para mantenernos concentrados.

Dada la existencia de un gran cúmulo de pruebas, no gastaré tiempo corroborando este punto en el presente libro. Me parece que podemos estar de acuerdo en que las herramientas de la Red ejercen un impacto negativo sobre trabajar a fondo. Pasaré por alto, asimismo, cualquier argumento grandilocuente sobre las consecuencias sociales a largo plazo de este cambio, ya que estos argumentos suelen abrir unos fosos intransitables. En un lado del debate se encuentran los tecnoescépticos, como Jaron Lanier y John Freeman, quienes sospechan que estas herramientas, por lo menos en su estado actual, son perjudiciales para la sociedad, en tanto que del otro lado del debate se encuentran los tecnooptimistas, como Clive Thompson, quienes arguyen que estas herramientas cambian a la sociedad, por supuesto, pero de maneras positivas. Así, por ejemplo, es posible que Google reduzca nuestra memoria, pero el asunto es que ya no *necesitamos* tener una buena memoria, pues en la actualidad podemos buscar cualquier cosa que necesitemos saber.

No tengo una postura particular respecto a este debate filosófico. Mi interés en este asunto reposa en una tesis que apunta a un interés mucho más pragmático e individualizado: el cambio de nuestra cultura laboral hacia lo superficial (sin importar que uno considere que sea filosóficamente bueno o malo) está sacando a flote una gran cantidad de oportunidades personales y económicas para los pocos individuos que reconozcan el potencial que implica resistirse a esta tendencia y favorecer la profundidad. Esta fue la oportunidad que explotó, hace relativamente poco, un joven consultor financiero de Virginia llamado Jason Benn.

---

Existen muchas maneras de averiguar que no somos tan valiosos para la economía. Jason Benn lo comprendió claramente cuando descubrió, poco después de emplearse como consultor financiero, que la gran mayoría de sus responsabilidades laborales se podían automatizar gracias a un «parche» para una secuencia de comandos de Excel.

La compañía que había contratado a Benn producía informes para bancos que participaban en complejas negociaciones. («Suena más interesante de lo que era», bromeó Benn en una de las entrevistas que tuvimos). Se necesitaban, para el proceso de creación de los informes, muchas horas de manipulación manual de datos en varias hojas de cálculo de Excel. Al comienzo, Benn tardaba seis horas por informe para llevar a cabo esta tarea (los más veteranos de la oficina podían hacer la labor en la mitad del tiempo). A Benn no le complacía mucho esta perspectiva.

«El proceso, tal como me lo enseñaron, era torpe y requería mucho trabajo manual», recuerda Benn. El joven analista sabía que Excel tenía una función llamada «macros», que servía para automatizar tareas comunes. Benn leyó algunos artículos al respecto y, al poco tiempo, creó una hoja de cálculo que contenía varios de estos macros con el fin de llevar a cabo el proceso de seis horas de manipulación manual. La tarea se reducía, así, a unos cuantos clics. El trabajo de elaboración de un informe, en el que originalmente Benn gastaba un día laboral, se reducía a menos de una hora.

Benn es un hombre inteligente. Obtuvo un diploma en Economía en la prestigiosa Universidad de Virginia. Al igual que muchos en su situación, tenía grandes ambiciones profesionales. No tardó mucho en comprender que esas ambiciones no lo llevarían muy lejos si sus principales destrezas profesionales las podían ejecutar las macros de Excel. Benn se propuso, entonces, hacer aumentar su valor para el mundo. Tras un período de investigación, llegó a una conclusión que comunicó a su familia: renunciaría a su trabajo como hoja de cálculo humana y se convertiría en programador de computadores. No obstante, como suele ocurrir con esos planes grandiosos, había un gran obstáculo: Benn no tenía la más remota idea de programar.

En mi calidad de experto en computadores, puedo confirmar lo obvio: la programación informática es difícil. La mayoría de desarrolladores pasan cuatro años en la universidad aprendiendo el tejemaneje de su oficio antes de lanzarse a su primer trabajo. Llegados a este punto, deben hacer frente a una feroz competencia para obtener las mejores oportunidades laborales. Jason Benn no disponía de tanto tiempo. Después de su revelación con Excel, renunció a su empleo con la compañía financiera y empezó a preparar su siguiente paso. A sus padres les alegraba que el joven tuviera un plan, pero no les alegraba mucho la perspectiva de que su regreso a casa fuera un proyecto a largo plazo. Benn tenía que aprender una destreza y debía hacerlo *pronto*.

En este punto se encontró de frente con el mismo problema que les impide a muchos trabajadores del conocimiento aventurarse en campos laborales más dinámicos. Adquirir conocimientos complejos, como ocurre con la programación de computadores, requiere de una concentración intensa e ininterrumpida sobre conceptos cognitivamente exigentes: es el mismo tipo de concentración que llevó a Carl Jung a los bosques que rodean el lago de Zúrich. Dicho de otro modo, esta tarea exige trabajo profundo. Sin embargo, tal como lo afirmé más atrás, la mayoría de los trabajadores del conocimiento han perdido la aptitud para hacerlo. Benn no era una excepción de esta tendencia.

«Me pasaba todo el tiempo en Internet y revisando el correo. No podía evitarlo. Era una compulsión», relata Benn. Así transcurrían sus días antes de renunciar a su trabajo en el campo de las finanzas. Los problemas del joven con la profundidad no paraban allí. En una ocasión, unos de sus supervisores en la compañía le propusieron un proyecto. «Querían que creara un plan de negocios», dice Benn. Sin saber cómo se redactaba un plan de negocios, decidió investigar un poco y leyó cinco planes de negocios diferentes: los comparó y los contrastó para entender qué debía hacer. La idea era buena, pero Benn tenía un problema: «No podía concentrarme». Durante esa época, según confiesa, había días en que pasaba muchas horas («98 % de mi tiempo») navegando en la Red. El proyecto de redactar un plan de negocios —una excelente oportunidad para destacarse en el comienzo de su carrera— nunca llegó a cristalizarse.

Al retirarse de la compañía financiera, Benn era consciente de sus dificultades con trabajar a fondo. Sabía que, para dedicarse a aprender a programar, debía enseñarle a su mente a ser profunda. El método que adoptó fue drástico pero eficaz. «Me encerré en una habitación sin computadores: lo único que tenía a la mano eran libros de texto, tarjetas para tomar notas y un resaltador». Benn resaltaba frases de sus libros de programación de computadores, pasaba las ideas a las tarjetas de notas y luego las repetía en voz alta. En un comienzo, este período sin distracciones electrónicas fue duro. Sin embargo, se había prometido a sí mismo que *por nada del mundo* iba a dejar de estudiar ese material; no permitiría que hubiera en esa habitación nada que lo distrajera. Con el paso del tiempo, aprendió a concentrarse mejor y llegó a un punto en que pasaba cinco o más horas no consecutivas de concentración, sin distracciones, aprendiendo esa nueva y difícil destreza. «En ese lapso leí unos dieciocho libros sobre el tema», recuerda.

Después de pasar dos meses encerrado estudiando, Benn se presentó al Dev Bootcamp, un centro de formación para programadores famoso por su dificultad, donde en una semana tomó un curso intensivo de cien horas para aprender programación de aplicaciones en la Red. (Mientras hacía averiguaciones sobre el programa, Benn conoció a un estudiante con un doctorado de Princeton, quien describió su paso por Dev como «lo más difícil que he hecho en toda mi vida»). Gracias a su preparación y a su aptitud recién puesta a punto para trabajar a fondo, Benn fue un alumno destacado. «Algunas de las personas que se presentan no están preparadas —afirma—. No se pueden concentrar. No pueden aprender rápidamente». Solo la mitad de

los estudiantes que comenzaron con Benn se graduó al mismo tiempo. Benn no solo se graduó, sino que fue el mejor alumno de su clase.

Trabajar a fondo dio sus frutos. Benn no tardó en encontrar un trabajo como desarrollador en una nueva empresa de tecnología en San Francisco que contaba con una financiación de 25 millones de dólares y un selecto grupo de empleados. Cuando Benn dejó su puesto como consultor financiero, tan solo medio año antes, ganaba un salario de 40 000 dólares al año. En su nuevo trabajo como desarrollador informático empezó a ganar 100 000, un monto que podrá seguir aumentando en el mercado de Silicon Valley, de la misma forma que trabajar a fondo podrá seguir aumentando sus destrezas.

La última vez que hablé con Benn estaba muy a gusto en su nuevo empleo. Ahora que había descubierto las bondades de trabajar a fondo, había alquilado un apartamento cerca de la oficina, lo cual le permitía llegar temprano, antes que los demás, y trabajar sin distracciones. «En un día bueno, puedo trabajar concentrado cuatro horas antes de la primera reunión — explicó—. Luego, tal vez otras tres o cuatro horas por la tarde. Y digo concentrado en serio: sin correo electrónico, ni Hacker News (un sitio web muy conocido por los apasionados de la tecnología): solo programando». Para ser una persona que a veces pasaba hasta el 98 % del día laboral navegando en Internet, hay que decir que la transformación de Jason Benn es extraordinaria.

---

El caso de Jason Benn nos enseña una lección muy importante: trabajar a fondo no es una reivindicación nostálgica de escritores y filósofos de comienzos del siglo xx. Es una destreza que tiene gran valor en la vida moderna.

Dos razones explican este valor. La primera está relacionada con el aprendizaje. Vivimos en una economía de la información que se basa en sistemas complejos que cambian rápidamente. Por ejemplo, algunos de los lenguajes de programación que Benn aprendió no existían hace diez años y muy probablemente estarán pasados de moda dentro de otros diez. Asimismo, una persona que se desempeñaba en el área de mercadeo en los años noventa quizás no imaginó que hoy debe tener sólidos conocimientos en análisis digital. Por lo tanto, para seguir siendo valiosos en nuestra economía, es necesario que dominemos el arte de aprender rápidamente cosas complicadas. Esta labor exige un trabajo profundo. Si no cultivamos esta aptitud, nos quedaremos atrás conforme vaya avanzando la tecnología.

La segunda razón por la que se considera valioso trabajar a fondo es que el impacto de la revolución digital en las redes es un arma de doble filo. Si logramos crear algo útil, el público al que podemos llegar (por ejemplo, empleados o clientes) es prácticamente ilimitado, lo cual magnifica enormemente las compensaciones monetarias. Por el contrario, si producimos algo mediocre, el asunto se vuelve problemático, pues al público no le cuesta nada encontrar una mejor alternativa en línea. Si usted es programador, escritor, especialista en mercadeo, consultor o empresario, su situación es similar a la de Jung, que necesitaba producir ideas más agudas que las de Freud; su situación es similar a la de Jason Benn, que debía mantener su nivel en una compañía nueva y muy apetecida. Si queremos triunfar, debemos producir lo mejor que nuestras capacidades nos permitan producir: se trata de una labor que requiere trabajo profundo.

El aumento de la necesidad de trabajar a fondo es nuevo. En las economías industriales había una pequeña clase de trabajadores cualificados y profesionales para los cuales era crucial trabajar a fondo, pero la mayoría de los trabajadores podían desempeñarse bien sin tener que cultivar la aptitud para concentrarse sin distracciones. Recibían un salario por maniobrar determinadas herramientas y el oficio prácticamente se mantenía sin cambios a lo largo de varias décadas. Sin embargo, al pasar a una economía de la información, un número cada vez mayor de personas son trabajadoras del conocimiento y trabajar a fondo se convierte en un elemento clave, aunque muchos todavía no han caído en la cuenta de esta realidad.

Trabajar a fondo no es una destreza anticuada que se esté volviendo irrelevante. Por el contrario, es una aptitud crucial para cualquier persona que quiera avanzar en una economía de la información globalmente competitiva, que tiende a dejar de lado a aquellos que no hacen bien la tarea. Las compensaciones jugosas las obtendrán no las personas que se sienten cómodas usando Facebook (una tarea superficial, que se puede replicar fácilmente), sino aquellas que se sienten a gusto creando innovadores sistemas de distribución que rigen el funcionamiento del servicio (una tarea definitivamente profunda y difícil de replicar). Trabajar a fondo es tan importante que podemos considerarlo, parafraseando al autor de textos sobre negocios Eric Barker, «el superpoder del siglo XXI»<sup>[14]</sup>.

---

A la luz de lo anterior, nos encontramos ante dos conceptos fundamentales: el de la escasez de trabajar a fondo y el de su valor cada vez mayor. La mezcla

de estos dos conceptos nos proporciona la base para desarrollar los temas que trataremos en este libro.

**La hipótesis de trabajar a fondo:** La aptitud para llevar a cabo un trabajo en profundidad es cada vez más escasa, pero, al mismo tiempo, cada vez más *valiosa* en nuestra economía. Como resultado de esta dinámica, triunfarán quienes cultiven esta aptitud y hagan de ella el pilar de su vida laboral.

Este libro se propone dos metas y las desarrolla en dos partes. En la primera, busco convencerlo a usted de la veracidad de la hipótesis sobre trabajar a fondo. En la segunda, me propongo enseñarle cómo sacar partido de esta realidad, mediante el entrenamiento del cerebro y la transformación de los hábitos laborales para hacer de trabajar a fondo el pilar de su vida profesional. Sin embargo, antes de entrar en materia, me gustaría explicar por qué me convertí en un devoto de la profundidad.

---

He pasado los últimos diez años cultivando mi propia aptitud para concentrarme en cosas difíciles. A fin de comprender los orígenes de este interés, conviene saber que soy científico teórico de los computadores y que llevé a cabo mi formación doctoral en un famoso grupo de trabajo en MIT llamado Theory of Computation, un entorno profesional donde la capacidad para concentrarse se considera una destreza laboral clave.

Durante esos años, compartí una oficina en la sección de posgrados con el ganador de una beca MacArthur, conocida como la «beca para genios». El MIT contrató a este profesor antes de que tuviera la edad legal para beber alcohol. No era raro ver a este teórico sentado en el espacio común del salón de posgrados mirando unas notas en un tablero, rodeado por un grupo de académicos que también miraban el tablero en silencio. Pasaban muchas horas así. Yo me iba a almorzar y regresaba, pero ellos seguían allí. Es muy difícil contactar a este profesor. No tiene cuenta en Twitter y es muy probable que, si no conoce a la persona que le escribe un correo electrónico, no le responda. El año pasado publicó dieciséis ensayos académicos.

Este tipo de concentración inflexible era típico de la atmósfera académica de mis años como estudiante. Como es de esperarse, pronto adquirí un compromiso similar con la profundidad. Para desgracia de mis amigos y de los diversos editores con los que he publicado mis libros, nunca he tenido una cuenta de Twitter o de Facebook, ni he hecho presencia en las redes sociales; lo más cercano a eso es mi blog. No navego en la Red y me entero de la

mayor parte de las noticias por *The Washington Post*, que me llega a la casa, y por la National Public Radio (NPR). Tampoco es muy fácil encontrarme: en el sitio web que tengo como autor no hay una dirección personal de correo electrónico. Mi primer teléfono inteligente lo tuve por primera vez en el 2012 (cuando mi esposa, que estaba embarazada, me dio un ultimátum: «Tienes que conseguirte un teléfono *que funcione* antes de que nazca nuestro bebé»).

Mi compromiso con la profundidad ha dado sus frutos. En los últimos diez años, tras graduarme de la universidad, publiqué cuatro libros, obtuve un doctorado, escribí muchos ensayos académicos revisados por pares y fui contratado como profesor en la Universidad de Georgetown, con posibilidades de obtener la permanencia. Pude mantener esta voluminosa producción sin tener que trabajar más allá de las cinco o seis de la tarde.

Me fue posible organizar este cronograma tan apretado gracias a que hice esfuerzos significativos por minimizar lo superficial en mi vida y aprovechar al máximo el tiempo que se libera de este modo. Organizo mis días en torno a un núcleo de trabajo profundo cuidadosamente escogido y ubico en la periferia de mi programación las actividades superficiales que definitivamente no puedo evitar.

Tres o cuatro horas al día, cinco días a la semana, de trabajo concentrado e ininterrumpido producen resultados muy valiosos.

Mi compromiso con la profundidad también me ha reportado beneficios que van más allá de lo profesional. En términos generales, no toco el computador entre el momento en que llego a casa del trabajo y la mañana siguiente, cuando comienza la nueva jornada laboral (la principal excepción la constituye mi blog, que actualizo después de que mis hijos se van a dormir). Esta capacidad para desconectarme totalmente, en contraste con la costumbre más común de consultar a toda carrera los correos del trabajo, o ver qué ocurre en las redes sociales, me permite estar presente con mi esposa y mis dos hijos en las noches; además, me da tiempo para leer una cantidad de libros que resulta sorprendente en el caso de un padre de familia. Por otra parte, la ausencia de distracciones en mi vida hace que desaparezca ese trasfondo de energía mental nerviosa que caracteriza la vida cotidiana de mucha gente. No me incomoda estar aburrido, y esta es una destreza muy gratificante, sobre todo en las noches de verano en la ciudad de Washington, en las que oigo por la radio los partidos de béisbol de los Nationals.

---

La mejor manera de describir este libro es presentarlo como un intento por formalizar y explicar mi atracción hacia la profundidad por encima de la

superficialidad, y como un esfuerzo por detallar los tipos de estrategias que me han permitido dar forma a esta atracción. En parte, he querido poner en palabras mis pensamientos para ayudarle a usted a seguir mis pasos en la reorganización de su vida en torno al trabajo profundo. Por otro lado, también me interesa destilar y aclarar mis ideas para seguir desarrollando mi práctica. Mis convicciones respecto a la hipótesis de trabajar a fondo me han ayudado a prosperar, pero sé que aún no he desarrollado todo mi potencial como productor de valor. Usted puede tener la certeza de que yo he hecho los mismos esfuerzos que planteo en relación con las ideas y los consejos de este libro: eliminar sin piedad lo superficial y cultivar meticulosamente la intensidad de mi profundidad. En la conclusión de este libro, se verán algunos resultados.

Para llevar a cabo su aspiración de revolucionar el mundo de la psiquiatría, Carl Jung construyó una casa aislada en el bosque. La Torre de Bollingen se convirtió en un lugar donde Jung podía mantener su capacidad para pensar profundamente y luego aplicar esa destreza para producir una obra cuya sorprendente originalidad cambiaría el mundo. En las páginas que siguen, trataré de convencerlo a usted de acompañarme en el esfuerzo por construir sus propias torres de Bollingen, cultivar la aptitud para producir valor real en un mundo cada vez más distraído y reconocer una verdad que han acogido las personalidades más productivas e importantes de todas las generaciones: una vida profunda es una buena vida.

PRIMERA PARTE

## **LA IDEA**

---

# CAPÍTULO 1

## TRABAJAR A FONDO ES VALIOSO

**E**l día de las elecciones presidenciales se avecinaba en los Estados Unidos: corría el 2012. Como era habitual en los momentos de interés nacional, el tráfico en el sitio web de *The New York Times* aumentó de manera drástica. Sin embargo, en esta ocasión había algo diferente. Una porción enorme de este tráfico —más del 70 %, según algunos informes— correspondía a visitas a un solo lugar de ese dominio que había crecido rápidamente. No era el titular de una noticia importante, ni era un comentario escrito por alguno de los columnistas ganadores del premio Pulitzer. Era un blog escrito por un fanático de las estadísticas del béisbol que se había convertido en experto en predicciones para las elecciones. Su nombre es Nate Silver<sup>[1]</sup>. Poco menos de un año después, ESPN y ABC News se llevaron a Silver del *Times* (que trató de retenerlo con la promesa de darle un equipo de doce escritores) y le ofrecieron un contrato según el cual podría desempeñar un papel importante en secciones tan diversas como el clima, las noticias y, quizá con menos probabilidades, la transmisión de los premios Óscar<sup>[2]</sup>. Aunque se ha cuestionado el rigor metodológico de los modelos «hechos a mano» por Silver, son pocos quienes dudan que, en el año 2012, este genio de los datos, a sus treinta y cinco años de edad, era un triunfador dentro de la economía estadounidense<sup>[3]</sup>.

Otro triunfador es David Heinemeier Hansson, una estrella de la programación de computadores que creó Ruby on Rails, un armazón de desarrollo para aplicaciones web, que actualmente es la base de algunos de los destinos más populares de la red, entre los que se cuentan Twitter y Hulu. Hansson es socio de la influyente empresa de desarrollo Basecamp (que, hasta el 2014, se conocía con el nombre de 37signals). Hansson no habla públicamente de la magnitud de sus ganancias con Basecamp ni de sus demás fuentes de ingresos, pero podemos suponer que son bastante jugosas si

tenemos en cuenta que Hansson tiene casas en Chicago, Malibú y Marbella (España), donde se lo ve disfrutar de los automóviles de carreras<sup>[4]</sup>.

Nuestro tercer y último ejemplo de un claro triunfador en la economía de los Estados Unidos es John Doerr, socio de Kleiner Perkins Caufield & Byers, una firma de capital de riesgo en Silicon Valley. Doerr contribuyó a la financiación de muchas de las compañías que hoy en día sustentan la actual revolución tecnológica, entre ellas Twitter, Google, Amazon, Netscape y Sun Microsystems. El rendimiento de esas inversiones ha sido astronómico: el patrimonio neto de Doerr en el momento de escribir este libro era de más de 3000 millones de dólares<sup>[5]</sup>.

---

¿Por qué Silver, Hansson y Doerr han tenido resultados tan positivos? Hay dos tipos de respuesta para esta pregunta. El primer tipo es de naturaleza *micro* y pone el énfasis en la personalidad y en las tácticas que le permitieron crecer a cada uno. El segundo tipo de respuesta es de naturaleza *macro*: se concentra menos en el individuo y más en el tipo de trabajo que representa. Aunque ambas perspectivas son importantes, las respuestas macro son las más relevantes para nuestro análisis, pues ilustran mejor lo que premia nuestra economía.

Para explorar esta perspectiva, acudiremos a dos economistas del MIT, Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee, quienes en su libro *Race Against the Machine*, publicado en el 2011, exponen maravillosamente el argumento de que la increíble e inesperada transformación de nuestros mercados laborales, producto de diversas fuerzas, se debe en particular al surgimiento de la tecnología digital. «Nos encontramos en la fase de los dolores de parto de una Gran Reestructuración —explican Brynjolfsson y McAfee en las primeras páginas del libro—. Las tecnologías avanzan a toda velocidad, pero muchas de nuestras destrezas, así como diversas organizaciones, se están quedando atrás»<sup>[6]</sup>. Para muchos trabajadores, este atraso es sinónimo de malas noticias. Las máquinas inteligentes son cada vez mejores y la diferencia entre las capacidades del hombre y de la máquina se está acortando. Por eso, los empleadores prefieren conseguir «nuevas máquinas» en lugar de «nuevos empleados». A veces el trabajo solo puede hacerlo un humano, pero los avances en las comunicaciones y la tecnología de colaboración están facilitando más que nunca el trabajo a distancia, con lo cual las compañías prefieren «tercerizar» las funciones principales y asignárselas a las estrellas del ramo, lo que deja sin empleo a los trabajadores locales.

Sin embargo, esta perspectiva no es universalmente sombría. Como señalan Brynjolfsson y McAfee, esta Gran Reestructuración no está *disminuyendo* los trabajos sino *dividiéndolos*. Aunque una cantidad cada vez mayor de trabajadores perderán en esta nueva economía, a medida que sus destrezas se vayan automatizando o se vayan volviendo más fáciles de tercerizar, otros no solo sobrevivirán sino que prosperarán, y serán más valorados (y, por lo tanto, mejor pagados) que antes. Brynjolfsson y McAfee no son los únicos que proponen esta trayectoria bimodal para la economía. En el 2013, por ejemplo, Tyler Cowen, economista de la Universidad George Mason, publicó *Average is Over*, un libro que le hace eco a la tesis de la brecha digital. No obstante, lo que hace del análisis de Brynjolfsson y McAfee una herramienta particularmente útil es que identifica tres grupos específicos que quedarán del lado lucrativo de esta brecha y se alzarán con una cantidad desproporcionada de los beneficios de la Era de las Máquinas Inteligentes. No debe sorprendernos que Silver, Hansson y Doerr pertenezcan, precisamente, a estos tres grupos. Veamos cada uno de ellos para comprender por qué se han vuelto tan valiosos.

## Los trabajadores altamente cualificados

Brynjolfsson y McAfee le dan al grupo donde encontramos a Nate Silver el nombre de trabajadores «altamente calificados». Los avances en campos como la robótica y el reconocimiento de voz han conducido a la automatización de muchos empleos que requieren poca cualificación, pero, tal como señalan estos dos economistas, «otras tecnologías, como la visualización de datos, la analítica, las comunicaciones de alta velocidad y la creación expedita de prototipos, han propiciado el aumento de la contribución de un razonamiento más abstracto y basado en la información, lo cual ha producido un incremento en el valor de estos trabajos»<sup>[7]</sup>. En otras palabras, las personas que tengan la proverbial capacidad para trabajar con máquinas cada vez más complejas, y obtener de ellas valiosos resultados, serán las que prosperen. Tyler Cowen resume esta realidad de manera más tosca: «La pregunta que habremos de plantear será: ¿Es usted bueno para trabajar con máquinas inteligentes?»<sup>[8]</sup>.

Sobra decir que Nate Silver, con su desenfado para meter datos en gigantescas bases de datos y luego usarlos en sus misteriosas simulaciones con el método Montecarlo, es el epítome del trabajador altamente cualificado.

Las máquinas inteligentes no son un obstáculo para el éxito de Silver, sino la condición previa del mismo.

## Las superestrellas

El gran programador David Heinemeier Hansson es un ejemplo del segundo grupo de personas que, según predicen Brynjolfsson y McAfee, triunfarán en nuestra nueva economía: las «superestrellas». Las redes de datos de alta velocidad y las herramientas de colaboración, como el correo electrónico y el *software* de reuniones virtuales, han acabado con el regionalismo en muchos sectores del trabajo del conocimiento. Ya no tiene sentido, por ejemplo, contratar a un programador de tiempo completo, asignarle un espacio físico de oficina y pagarle beneficios cuando, en lugar de eso, es posible pagarle a uno de los mejores programadores del mundo, como Hansson, durante el tiempo que se necesita para terminar el proyecto en cuestión. De esta forma, muy probablemente usted obtendrá mejores resultados por menos dinero, en tanto que Hansson podrá atender a un número mayor de clientes al año y, por lo tanto, también estará en una mejor situación.

El hecho de que Hansson trabaje a distancia desde Marbella, España, mientras que la oficina que usted dirige está en Des Moines, Iowa, no es algo que le incumba a su compañía, pues los avances en las comunicaciones y en las tecnologías de colaboración hacen que el proceso se pueda llevar a cabo sin baches. (Por otra parte, esta realidad sí les importa a los programadores locales menos talentosos que viven en Des Moines y necesitan un salario). La misma tendencia se observa en los campos, cada vez más numerosos, donde la tecnología posibilita el trabajo productivo a distancia, como la consultoría, el mercadeo, la creación de contenido escrito o el diseño. Una vez que el mercado del talento sea universalmente accesible, las personas que están en su cima prosperarán y los demás sufrirán.

En un ensayo pionero publicado en 1981, el economista Sherwin Rosen develó las matemáticas que sustentan esos mercados en los que «el ganador se lleva todo»<sup>[9]</sup>. Una de sus principales ideas consiste en hacer una modelización explícita del talento —inocuamente denominado en sus fórmulas con la variable *q*— como un factor con «sustitución imperfecta», que Rosen explica de la siguiente manera: «Escuchar a una serie de cantantes mediocres no equivale a escuchar una presentación destacada»<sup>[10]</sup>. En otras

palabras, el talento no es un bien que podamos comprar a granel y mezclarlo para obtener los niveles deseados: es muy importante conseguir al mejor. Por lo tanto, si tenemos un mercado en el que el consumidor tiene acceso a todos los cantantes y el valor  $q$  de todos está claro, el consumidor escogerá al mejor. Aunque la ventaja en talento del mejor sea pequeña en comparación con el siguiente hacia abajo, las superestrellas se quedarán con lo mejor del mercado.

En los años ochenta, cuando Rosen estudió este efecto, se concentró en ejemplos como las estrellas de cine y los músicos, que se encontraban en mercados claros, tales como las tiendas de música y los cines, en los cuales el público tiene acceso a diferentes artistas y puede conocer su talento de manera precisa antes de tomar la decisión de comprar. El rápido surgimiento de las tecnologías de comunicación y colaboración ha transformado muchos otros mercados que antes eran locales y los ha convertido en un bazar universal. Las pequeñas compañías que buscan un programador de computadores o un consultor en relaciones públicas ahora tienen acceso a un mercado internacional de talento, de la misma forma en que el advenimiento de la tienda de discos les permitió a los amantes de la música radicados en pueblos pequeños tener acceso no solo a los músicos locales sino comprar los discos de las mejores bandas del mundo. El efecto de las superestrellas tiene en la actualidad una aplicación más amplia de la que Rosen pudo haber previsto hace treinta años. Un número cada vez mayor de individuos en nuestra economía está compitiendo con las grandes estrellas de su ramo.

## Los propietarios

El último grupo que prosperará en nuestra nueva economía —el grupo donde se encuentra John Doerr— está compuesto por las personas que poseen el capital para invertir en las nuevas tecnologías que guían la Gran Reestructuración. Ya lo había señalado Marx: el acceso al capital ofrece ventajas enormes. Sin embargo, también es cierto que en algunas épocas las ventajas son mayores que en otras. Tal como explican Brynjolfsson y Me Afee, la época de la posguerra en Europa es un ejemplo de un mal momento para tener dinero en efectivo, pues la combinación de una rápida inflación con una pesada carga impositiva arrasó con las fortunas de los ricos tradicionales a una velocidad sorprendente (podríamos darle a este fenómeno el nombre de «efecto Downton Abbey»).

Por el contrario, a diferencia de la posguerra, el período de la Gran Reestructuración sí es particularmente propicio para los dueños del capital. Para comprender por qué, recordemos primero que la teoría de la negociación —un componente clave del pensamiento económico estándar— sostiene que cuando se gana dinero mediante una combinación de inversión de capital y mano de obra, las compensaciones se dan, *grosso modo*, de manera proporcional a los aportes. A medida que la tecnología digital reduce la necesidad de mano de obra en muchas industrias, aumenta la proporción de las compensaciones para quienes poseen las máquinas inteligentes. En la economía de hoy, el dueño de una compañía de capital de riesgo puede financiar una compañía como Instagram, que luego se vendió por mil millones de dólares, y emplear *tan solo a 13 personas*<sup>[11]</sup>. ¿En qué otro período de la historia tan poca cantidad de mano de obra había producido un valor tan alto? Con un aporte tan bajo de mano de obra, la proporción de la riqueza que retorna a los dueños de las máquinas inteligentes no tiene precedentes. No es de extrañar que el dueño de una compañía de capital de riesgo que entrevisté para mi último libro hubiera expresado con preocupación: «Todo el mundo quiere mi trabajo».

---

Juntemos los hilos que hemos tendido hasta el momento: el pensamiento económico actual, según mis encuestas, sostiene que el crecimiento e impacto sin precedentes de la tecnología está creando una reestructuración sustancial de nuestra economía. En esta nueva economía, tres grupos tendrán una ventaja particular: los de las personas que puedan trabajar de manera eficiente y creativa con las máquinas inteligentes, aquellas que se destacan en lo que hacen y las que tienen acceso al capital.

Es preciso aclarar que esta Gran Reestructuración identificada por economistas como Brynjolfsson, McAfee y Cowen no es la *única* tendencia importante del momento, y los tres grupos que acabo de mencionar no son los *únicos* grupos que obtendrán buenos resultados, pero lo importante para el argumento de este libro es que esas tendencias, aunque no son las únicas, *sí son* importantes, y que esos grupos, aunque hay otros, *sí* prosperarán. Por lo tanto, si usted se convierte en miembro de uno de esos grupos, tendrá buenos resultados. Si ocurre lo contrario, es posible que siga obteniendo buenos resultados, pero su posición será más precaria.

La pregunta que se abre enseguida es obvia: ¿Cómo podemos entrar a formar parte de estos grupos ganadores? Aun a riesgo de debilitar su entusiasmo, debo decirle que no conozco el secreto para amasar rápidamente

un capital importante y convertirse en el siguiente John Doerr. (Si conociera dicho secreto, lo más probable es que no lo compartiría en un libro). Los otros dos grupos ganadores son más accesibles. Cómo acceder a ellos es la meta que trataremos a continuación.

## Cómo volverse ganador en la Nueva Economía

He identificado dos grupos que van a prosperar y, que según afirmo, son accesibles: el de las personas que pueden trabajar de manera creativa con las máquinas inteligentes y las que son estrellas en su campo de acción. ¿Cuál es el secreto para pertenecer a estos lucrativos sectores en un mundo en el que la brecha digital es cada vez mayor? Considero que son esenciales las dos aptitudes siguientes:

### *Dos aptitudes esenciales para prosperar en la nueva economía*

1. La aptitud para dominar rápidamente cosas difíciles.
2. La aptitud para producir en un nivel superior, tanto en lo concerniente a calidad como a velocidad.

Comencemos con la primera aptitud. Para comenzar, debemos recordar que hemos sido malcriados por la extraordinaria facilidad del uso de muchas tecnologías, como Twitter y el iPhone. Sin embargo, estos ejemplos son productos de consumo, no herramientas serias: la mayoría de las máquinas inteligentes que guían la Gran Reestructuración son bastante más complejas de entender y de dominar.

Pensemos en Nate Silver, nuestro primer ejemplo de persona que prospera trabajando bien con una tecnología complicada. Si profundizamos un poco más en su metodología, veremos que la predicción de las elecciones mediante el uso de datos no es algo tan simple como escribir en un cuadro de búsqueda la frase «¿Quién va a obtener un mayor número de votos?». Lo que hace Silver es valerse de una gran base de datos de resultados de encuestas (cientos de encuestas hechas por más de 250 encuestadores). Con esas encuestas alimenta el Stata, un reconocido sistema de análisis estadístico producido por la compañía Stata-Corp. Estas herramientas no son fáciles de dominar<sup>[12]</sup>. Veamos a continuación el tipo de comando que es necesario entender para poder trabajar con una base de datos moderna como la que usa Silver:

```
CREATE VIEW ciudades AS SELECT nombre,
población, altitud FROM capitales UNION
SELECT nombre, población, altitud FROM
no_capitales;
```

Las bases de datos de este tipo responden a comandos creados en un lenguaje llamado SQL. Se envían comandos como el que mostramos más arriba para poder interactuar con la información almacenada. Para poder manipular estas bases de datos se necesita un razonamiento sutil. En el ejemplo anterior, se crea una «vista» (*view*): una tabla de base de datos virtual que junta datos de diversas tablas existentes y que los comandos de SQL pueden luego manejar como una tabla estándar. Cuándo crear vistas y cómo hacerlo bien es una tarea difícil, una entre las muchas que es necesario comprender y dominar para obtener resultados razonables de las bases de datos de la vida real<sup>[13]</sup>.

Continuando con nuestro estudio de caso de Nate Silver, veamos la otra tecnología que utiliza: Stata. Se trata de una poderosa herramienta, que no es posible aprender intuitivamente después de darle una rápida mirada. La versión más reciente de este *software* (Stata 13) «agrega muchas características nuevas, tales como los efectos de tratamiento, modelos multinivel, potencia y tamaño de la muestra, generalización SEM, pronóstico, tamaño de efecto, Project Manager, strings más largos, BLOB y mucho más». Silver usa este complejo *software* para crear intrincados modelos con componentes que se engranan unos con otros, entre otros, regresiones múltiples, llevadas a cabo en parámetros personalizados, que luego son referenciadas como relevancias personalizadas usadas en expresiones probabilísticas.

Doy estos detalles porque me interesa resaltar que las máquinas son complejas y difíciles de dominar<sup>[14]</sup>. Por ende, para entrar en el grupo de personas que pueden trabajar bien con estas máquinas es necesario pulir las aptitudes para dominar cosas difíciles. Como estas tecnologías cambian rápidamente, el proceso de dominar cosas difíciles nunca termina: es necesario estar en capacidad de hacerlo rápidamente, una y otra vez.

Por supuesto, esta capacidad no solo es necesaria para trabajar bien con máquinas inteligentes. También desempeña un papel importante si queremos convertirnos en superestrellas en cualquier campo, incluso aquellos que no tienen nada que ver con la tecnología. Para convertirse en un instructor de yoga de primera línea, usted debe obtener y dominar una serie de aptitudes

físicas difíciles. Si quiere destacarse en un área particular de la medicina, por poner otro ejemplo, debe aprehender rápidamente los resultados de las investigaciones más recientes sobre ciertos procedimientos. Para resumir estas observaciones, diremos que no es posible prosperar si no podemos aprender.

Ahora veamos la segunda gran aptitud que mencionábamos anteriormente: producir en un nivel superior. Si usted quiere convertirse en una superestrella, es necesario que domine las aptitudes del ramo, pero eso no es suficiente. Es necesario transformar el potencial latente en resultados tangibles que sean valiosos para el público. Por ejemplo, muchos desarrolladores pueden hacer bien su labor de programar, pero David Hansson, el ejemplo que mencionábamos más atrás, sacó partido de sus capacidades y produjo Ruby on Rails, el proyecto que le valió su gran reputación. Para llevarlo a cabo, Hansson tuvo que llevar al máximo sus aptitudes y producir unos resultados incuestionablemente valiosos y concretos.

Esta aptitud para producir también se aplica en el caso de quienes buscan destacarse en el uso de las máquinas inteligentes. No bastaba que Nate Silver aprendiera a manipular grandes cantidades de información y a llevar a cabo análisis estadísticos; el punto clave estaba en usar esta aptitud para extraer de las máquinas una información que le interesaba al gran público. Silver trabajó con muchos estadísticos expertos durante su paso por *Baseball Prospectus*, pero él fue el único que hizo el esfuerzo de adaptar estas aptitudes al campo nuevo y más lucrativo de las previsiones electorales. Este punto nos lleva a la siguiente observación respecto a la manera de formar parte del grupo de ganadores en nuestra economía: el que no produce no prospera, sin importar que sea el más talentoso de todos.

Ahora que hemos señalado las dos aptitudes esenciales para avanzar en el mundo contemporáneo, donde impera la tecnología, planteamos la pregunta que lógicamente se desprende de allí: ¿Cómo se cultivan esas aptitudes esenciales? Así llegamos a una de las tesis centrales de este libro: *Las dos aptitudes esenciales que acabamos de describir se basan en nuestra capacidad de trabajar a fondo*. Si usted no ha dominado esta aptitud fundamental, tendrá que hacer grandes esfuerzos para aprender cosas difíciles o para producir en un nivel superior.

A primera vista, no parece obvio que estas aptitudes se basen en el trabajo a fondo. Se requiere mirar más de cerca la ciencia del aprendizaje, la concentración y la productividad. En las siguientes secciones, usted podrá mirar de cerca estos temas y entender por qué trabajar a fondo está

íntimamente ligado al éxito económico. Así, esta realidad dejará de ser inesperada para volverse incuestionable.

## Trabajar a fondo permite aprender rápidamente cosas difíciles

«Que tu mente funcione como una lupa, gracias a los rayos convergentes de la atención; que tu alma tienda hacia aquello que has escogido como idea dominante y totalmente absorbente»<sup>[15]</sup>.

Este consejo proviene de Antonin-Dalmace Sertillanges, un religioso dominico, profesor de filosofía moral, quien escribió, durante la primera parte del siglo xx, un libro poco voluminoso pero muy importante titulado *La vida intelectual*. Sertillanges escribió esta obra a modo de guía para «el desarrollo y la profundización de la mente»<sup>[16]</sup>, dirigida a las personas llamadas a ganarse la vida trabajando en el mundo de las ideas. En esta obra, el autor reconoce la necesidad de dominar material complicado y contribuye a prepararlo a usted para este desafío. Por esta razón, su libro es útil para la búsqueda que nos lleva a comprender cómo dominar rápidamente las habilidades cognitivas difíciles.

Para entender el consejo de Sertillanges volvamos a su cita.

En este pasaje de *La vida intelectual*, el autor sostiene que para comprender el campo que nos interesa es necesario abordar sistemáticamente los temas relevantes, para que «los rayos convergentes de la atención» nos lleven a descubrir la verdad latente que hay en cada asunto. En otras palabras, nos enseña que *para aprender se requiere de una intensa concentración*. Se trata de una idea vanguardista para su época. En las reflexiones que, en los años veinte, llevó a cabo Sertillanges sobre la mente hizo un descubrimiento sobre el dominio de tareas cognitivamente exigentes, que la academia tardaría siete decenios más en formalizar.

Esta labor de formalización comenzó en serio en los años setenta, cuando una rama de la psicología, llamada psicología del desempeño, empezó a investigar sistemáticamente para determinar qué distingue a los expertos (en diversos campos) de los demás. A comienzos de los años noventa, K. Anders Ericsson, profesor de la Florida State University, juntó estos hilos y produjo una sola respuesta, coherente con otras investigaciones en curso, a la que le dio el ingenioso nombre de «práctica deliberada»<sup>[17]</sup>. Ericsson abre su ensayo pionero sobre el tema con una afirmación impactante: «Negamos que esas

diferencias [entre los expertos y los adultos normales] sean inmutables... Por el contrario, afirmamos que las diferencias entre los expertos y los adultos normales son el reflejo de toda una vida dedicada al esfuerzo deliberado por mejorar el desempeño en un campo específico»<sup>[18]</sup>.

A la cultura estadounidense le encanta la trama del muchacho prodigo (recordemos la famosa frase del personaje caracterizado por Matt Damon en *En busca del destino*: «No te imaginas lo fácil que es para mí», cuando efectúa una prueba que era un obstáculo para los mejores matemáticos del mundo). La línea de investigación que promueve Ericsson, y que hoy en día goza de amplia aceptación (con ciertas reservas<sup>[19]</sup>), desestabiliza estos mitos. Para dominar una tarea cognitivamente exigente se requiere esta forma específica de práctica, con unas pocas excepciones relacionadas con el talento natural. (También en este punto Sertillanges parece haberse adelantado a su tiempo, y afirma en *La vida intelectual*: «Los genios mismos solo pudieron volverse grandes gracias a la aplicación de toda su fuerza en el punto donde habían decidido demostrar su capacidad»<sup>[20]</sup>. Ericsson no lo habría dicho mejor).

Así, llegamos al siguiente interrogante: ¿Qué se necesita para la práctica deliberada? Sus componentes esenciales suelen identificarse de esta manera: (1) nuestra atención se concentra firmemente en la destreza específica que estamos tratando de mejorar o en la idea que buscamos dominar; (2) recibimos retroalimentación, para corregir nuestra visión y mantener la atención exactamente en el punto en donde es más productiva. El primer componente es de particular importancia para nuestra discusión, pues pone el énfasis en el hecho de que la práctica deliberada no puede existir simultáneamente con la distracción y que, por el contrario, requiere de una concentración sin interrupciones. Como subraya Ericsson: «La atención dispersa es prácticamente la antítesis de la *atención concentrada* que se requiere en la práctica deliberada»<sup>[21]</sup> (el énfasis es mío).

Como psicólogos, ni a Ericsson ni a otros investigadores en este campo les interesa averiguar *por qué* la práctica deliberada funciona: simplemente la identifican como un comportamiento eficaz. Sin embargo, durante las décadas que han transcurrido después de la publicación de los primeros artículos de Ericsson sobre el tema, los neurocientíficos han venido explorando los mecanismos físicos presentes en el mejoramiento del desempeño de las personas en las tareas difíciles. Como lo señala el periodista Daniel Coyle en su libro del 2009, *The Talent Code*<sup>[22]</sup>, estos científicos creen que la respuesta está relacionada con la mielina, una capa de tejido graso que envuelve las

terminaciones nerviosas y funciona como aislante, que les permite a las células actuar más rápido y de forma más eficiente. Para comprender el papel de la mielina en el mejoramiento, es necesario recordar que las destrezas, ya sean intelectuales o físicas, se reducen a circuitos cerebrales. Esta nueva ciencia del desempeño sostiene que las personas mejoramos en una destreza a medida que desarrollamos más mielina en las neuronas relevantes, lo que hace que el circuito correspondiente actúe más eficazmente haciendo menos esfuerzos. Destacarse en algo equivale a tener buenos niveles de mielina.

Este concepto es importante, pues constituye el fundamento neurológico de la eficacia de la práctica deliberada. Al concentrarnos intensamente en una destreza específica, obligamos al circuito relevante a actuar, una y otra vez, de manera aislada. El uso repetitivo de un circuito específico pone en funcionamiento unas células llamadas oligodendrocitos, que forman las capas de mielina alrededor de las neuronas de los circuitos, lo cual afianza eficazmente la destreza en cuestión. Por lo tanto, es importante concentrarse intensamente en determinada tarea y evitar las distracciones, porque esta es la única manera de aislar el circuito neurológico relevante, de tal manera que se produzcan los niveles de mielinización suficientes. Por el contrario, si tratamos de aprender una nueva destreza compleja (por ejemplo, gestión de base de datos de SQL) en un estado de baja concentración (tal vez usted tiene abierto el Facebook), estaremos poniendo a actuar demasiados circuitos de manera simultánea y aleatoria para aislar el grupo de neuronas que de verdad queremos fortalecer.

En el siglo transcurrido desde que Antonin-Dalmace Sertillanges escribió sobre el uso de la memoria como una lupa para concentrar los rayos de la atención, hemos pasado de esta elevada metáfora a una explicación menos poética expresada en función de los oligodendrocitos. Sin embargo, esta secuencia del pensamiento sobre el pensamiento apunta a una conclusión inevitable: para aprender rápidamente cosas difíciles, es necesario concentrarse intensamente sin distracciones. Dicho de otro modo, aprender requiere trabajar a fondo. Si usted se siente cómodo con la profundidad, se sentirá cómodo dominando los sistemas y destrezas cada vez más complejos que se necesitan para prosperar en nuestra economía. Si, por el contrario, usted sigue siendo una de las muchas personas para las que la profundidad es incómoda y la distracción es constante, no espere que estos sistemas y destrezas se le den fácilmente.

## Trabajar a fondo permite producir a un nivel superior

Adam Grant produce a un nivel superior. Cuando conocí a Grant en el 2013, era profesor vitalicio en la Escuela de Negocios Wharton de la Universidad de Pensilvania —la persona más joven en haber accedido a ese nivel—. Un año después, cuando comencé a escribir este capítulo (y empezaba a pensar en mi propio proceso de acceso a catedrático titular), la situación de Grant había cambiado y era entonces el *catedrático titular*<sup>[\*]</sup> más joven de Wharton.

La razón por la que Grant avanzó tan rápido en su área académica es muy simple: produce. En el 2012, Grant publicó siete artículos, todos ellos en revistas importantes. Esta cifra es absurdamente alta para su campo de acción (en el cual los profesores tienden a trabajar solos o en pequeños grupos, y no cuentan con grandes equipos de estudiantes e investigadores con posdoctorado que los apoyen en sus investigaciones). En el 2013, la cifra bajó a cinco. Sigue siendo absurdamente alta, aunque por debajo de sus estándares recientes. Sin embargo, esta disminución en la producción de Grant puede explicarse porque en ese mismo año publicó un libro titulado *Give and Take*, que popularizó parte de sus investigaciones sobre las relaciones en los negocios. Sobra decir que el libro fue todo un éxito<sup>[23]</sup>. Fue reseñado en la portada de *The New York Times Magazine*<sup>[24]</sup> y se vendió muy bien. Cuando Grant fue nombrado profesor titular en el 2014 ya había escrito más de sesenta artículos revisados por pares, además de su exitoso libro<sup>[25]</sup>.

Poco después de conocer a Grant, y pensando en mi propia carrera académica, le pregunté por su productividad. Por fortuna para mí, estaba dispuesto a compartir sus ideas sobre este asunto. De hecho, él piensa mucho sobre la mecánica de la producción a un nivel superior. Me envió, por ejemplo, varias diapositivas de PowerPoint de un taller al que asistió con otros profesores de su área de conocimiento. El evento trataba sobre observaciones basadas en datos para producir trabajos académicos a un ritmo óptimo. Entre las diapositivas había diagramas circulares sobre la distribución del tiempo por semestre, un diagrama de flujo sobre el desarrollo de las relaciones con los coautores y una lista de lecturas sugeridas que comprendía más de veinte títulos. Estos profesores de negocios no se ajustan al cliché de los académicos abstraídos que viven perdidos en los libros y que ocasionalmente conciben una gran idea. Para ellos la productividad es un

problema científico que deben resolver de manera sistemática. Esta es una meta que Adam Grant parece haber alcanzado con todo éxito.

Aunque la productividad de Grant depende de muchos factores, una idea en particular resalta en su método: realizar el trabajo intelectual difícil pero importante en segmentos largos e ininterrumpidos. Grant hace esta labor en diferentes niveles.

Durante un año en particular dicta las clases en el semestre del otoño, con lo cual puede dedicar toda su atención a la enseñanza y estar disponible para sus alumnos. (Este método funciona, pues Grant es actualmente el profesor mejor calificado en Wharton y ganador de diversos premios de docencia). Al distribuir su trabajo así, Grant puede dedicarse por completo a la investigación durante la primavera y el verano, y llevar a cabo su trabajo con menos distracciones.

En una escala de tiempo más reducida, Grant también distribuye ordenadamente sus actividades. En un semestre dedicado a la investigación alterna entre períodos donde mantiene la puerta de su oficina abierta a sus estudiantes y colegas, y períodos en que se aísla para concentrarse de lleno y sin distracciones en una tarea investigativa (por lo general divide la escritura de un artículo académico en tres tareas diferentes: analizar la información, escribir el borrador completo y editar el documento para publicarlo). Durante estos períodos, que duran entre tres y cuatro días cada uno, pone en su correo electrónico un mensaje de respuesta automática donde les advierte a sus correspondientes que no obtendrán una respuesta. «Eso a veces confunde a mis colegas —me cuenta Grant—. Me dicen: “Pero tú sí estás; te veo en la oficina ahora mismo”». Sin embargo, para Grant es importante contar con un estricto aislamiento hasta terminar la tarea en cuestión.

Intuyo que Adam no trabaja más horas que los profesores promedio de las mejores instituciones de investigación (por regla general, se trata de un grupo proclive a trabajar en exceso), pero sí logra producir más que cualquier otra persona en este campo. Creo que el método de repartir el trabajo en largos períodos ininterrumpidos contribuye a explicar esta paradoja. Al consolidar su trabajo en segmentos intensos y continuos, saca partido de la siguiente ley de la productividad:

$$\text{Trabajo de alta calidad producido} = \\ (\text{Tiempo gastado}) \times (\text{Intensidad de la concentración})$$

Según esta fórmula, los hábitos de Grant adquieren sentido: al maximizar la intensidad cuando trabaja, maximiza los resultados que produce por unidad

de tiempo gastada trabajando.

No es la primera vez que he visto esta concepción de la productividad. Ya me había llamado la atención cuando me encontraba haciendo la investigación para mi segundo libro (*How to Become a Straight-A Student* [Cómo obtener las mejores calificaciones en los estudios]<sup>[26]</sup>), muchos años atrás. Durante aquella investigación entrevisté a cerca de cincuenta estudiantes universitarios de pregrado que obtenían las más altas calificaciones en algunas de las universidades más competitivas del país. Algo que observé en estas entrevistas es que los mejores alumnos muchas veces estudiaban menos que el grupo inmediatamente inferior en los promedios ponderados de las calificaciones. Una de las explicaciones para este fenómeno es la fórmula enunciada más atrás: los mejores estudiantes comprenden cuál es el papel que desempeña la intensidad y, por lo tanto, maximizan su concentración. De esta manera, disminuyen drásticamente el tiempo de preparación para los exámenes o la redacción de los ensayos, sin disminuir la calidad de los resultados.

El ejemplo de Adam Grant demuestra que esta fórmula de la intensidad no solo se aplica en el caso del promedio ponderado de las calificaciones de los estudiantes universitarios, sino que también es relevante en otras labores que son exigentes desde el punto de vista cognitivo. ¿Por qué? Encontramos una interesante explicación en un texto de Sophie Leroy, profesora de negocios en la Universidad de Minnesota. En un artículo publicado en el 2009, que lleva el curioso título de «Why is it so Hard to do my Work» [«Por qué me cuesta tanto hacer mi trabajo»]<sup>[27]</sup>, Leroy expone un efecto que llama *residuo de atención*. En la introducción, la profesora señala que otros investigadores han estudiado el efecto del *multitasking* (tratar de hacer múltiples tareas al mismo tiempo) sobre el desempeño, pero que en las modernas oficinas de trabajadores del conocimiento, cuando se llega a un nivel alto, lo más común es que las personas trabajen en múltiples proyectos de manera secuencial: «La persona pasa de una reunión a la otra, empieza a trabajar en un proyecto y poco después debe pasar a otro: así es la vida en las empresas», explica Leroy.

El problema que la investigadora identifica en este tipo de estrategia laboral es que, al pasar de la Tarea A a la Tarea B, la atención de la persona no engrana inmediatamente, sino que un *residuo* de atención sigue pensando en la tarea original. Este residuo se vuelve especialmente denso si el trabajo que la persona hacía en la Tarea A no tenía límites claros y era de baja

intensidad. Sin embargo, aunque la persona termine la Tarea A antes de pasar a la otra, su atención sigue estando dividida durante un rato.

Leroy estudió el efecto de este residuo de atención sobre el desempeño haciendo que los sujetos en el laboratorio cambiaran de tarea. En uno de los experimentos, por ejemplo, Leroy les pedía a los sujetos que trabajaran en unos juegos de palabras. En una prueba, interrumpía a los participantes antes de terminar y les asignaba la siguiente tarea, nada fácil, de leer currículos y tomar decisiones hipotéticas sobre la contratación de las personas. En otra prueba, dejaba que los sujetos terminaran los juegos de palabras antes de asignarles la siguiente tarea. Entre los juegos de palabras y el ejercicio de contratación, les ponía un juego de decisión lexical rápida para cuantificar el residuo que había quedado de la primera tarea<sup>[\*]</sup>. Los resultados de este y otros experimentos similares que Leroy llevó a cabo son claros: «Las personas que tienen residuos de atención tras cambiar de tarea tendrán un bajo desempeño en la siguiente tarea», y cuanto más intenso sea el residuo, peor será el desempeño.

El concepto de residuo de atención contribuye a explicar por qué la fórmula de la intensidad es cierta y, por lo tanto, sirve para explicar la productividad de Grant. Al trabajar en una sola tarea difícil por un tiempo prolongado, sin pasar a otra cosa, Grant minimiza el impacto negativo del residuo de atención de sus otras obligaciones, y eso le permite maximizar el desempeño en la tarea en cuestión. En otras palabras, cuando Grant trabaja aisladamente durante varios días en la producción de un ensayo académico, lo hace a un nivel de eficiencia superior al de sus colegas, que aplican una estrategia donde hay mayores distracciones, en la cual el trabajo es objeto de varias interrupciones que aportan su cuota significativa de residuo de atención.

Aunque no pueda replicar al 100 % el estado de aislamiento extremo de Grant (en la segunda parte trataremos sobre diferentes estrategias de programación del tiempo para trabajar a fondo), lo cierto es que el concepto del residuo de atención se debe tener muy presente, pues implica que el hábito común de trabajar en un estado de semidistracción es potencialmente nocivo para el desempeño. Tal vez parezca inofensivo mirar la bandeja de entrada de los correos más o menos cada diez minutos. De hecho, muchas personas justifican esta costumbre aduciendo que es *mejor* que dejar la ventana abierta todo el tiempo (una práctica tonta que ya se ve muy poco). Sin embargo, Leroy considera que esta costumbre no implica una gran mejoría. Hacer una revisión rápida de los correos implica que nuestra atención debe dirigirse

hacia una nueva meta. Peor aún, al ver mensajes sobre asuntos que no podemos abordar en el momento (casi siempre sucede), nos vemos obligado a volver a nuestra tarea original dejando pendiente una segunda tarea sin concluir . El residuo de atención que deja este cambio afecta nuestro desempeño.

Cuando tomamos distancia de estas observaciones individuales vemos cómo se forma un argumento claro: para producir a nuestro nivel superior, necesitamos trabajar durante períodos prolongados para concentrarnos completamente en una sola tarea, sin distracciones. Dicho de otro modo, *el tipo de trabajo que optimiza nuestro desempeño es trabajar a fondo*. Si usted no se siente cómodo con esta clase de profundidad por largos períodos de tiempo, será difícil que su desempeño llegue a altos niveles de calidad y cantidad, que son cada vez más necesarios para prosperar profesionalmente. A menos que sus talentos y sus destrezas superen con mucha ventaja a los de la competencia , los trabajadores profundos terminarán produciendo más que usted.

## ¿Y qué hay de Jack Dorsey?

He demostrado por qué trabajar a fondo es clave para desarrollar las aptitudes que se están volviendo centrales en nuestra economía. Sin embargo, antes de que aceptemos esta conclusión , debemos hacer frente a una pregunta que suele surgir cuando abordo este tema : *¿Y qué hay de Jack Dorsey?*

Jack Dorsey contribuyó a fundar Twitter. Tras retirarse de sus funciones como director ejecutivo de esa compañía , lanzó la empresa de procesamiento de pagos Square. Así lo define un perfil de *Forbes*: «Es un perturbador de marca mayor y un infractor inclinado a la reincidencia»[28]. También es una persona que no pasa mucho tiempo en estado de trabajo a fondo . Dorsey no disfruta del lujo de largos períodos de pensamiento ininterrumpido : en el momento en que se publicó el perfil de *Forbes* tenía labores administrativas en Twitter (donde siguió ejerciendo funciones como presidente de la junta directiva) y en Square, con una programación apretada diseñada para que las compañías tengan una «cadencia semanal» predecible (y que también garantiza que el tiempo y la atención de Dorsey vivan severamente fraccionados).

Dorsey relata, por ejemplo, que termina un día promedio con notas de unas treinta o cuarenta reuniones. Por las noches, revisa y filtra las notas. En

los espacios pequeños, entre todas esas reuniones, pone en práctica la costumbre de estar disponible. «Buena parte de mi trabajo lo hago en mesas altas sin sillas, donde cualquiera puede abordarme —dice—. Puedo escuchar las conversaciones que ocurren en toda la compañía»<sup>[29]</sup>.

Este estilo de trabajo no es profundo. Para usar un término de nuestra sección anterior, diré que es probable que el residuo de atención de Dorsey sea bastante denso, con su estilo de pasar a toda carrera de una reunión a la otra y dejar que la gente lo interrumpa en los breves interludios entre ellas. Con todo, no podemos decir que el trabajo de Dorsey sea superficial, pues este, tal como lo definimos en la introducción, es de bajo valor y fácilmente reproducible. Lo que hace Jack Dorsey tiene un gran valor y es altamente premiado en nuestra economía (en el momento de la escritura de este capítulo, Dorsey se encontraba en el grupo de las mil personas más ricas del mundo, con un patrimonio neto que supera los mil millones de dólares<sup>[30]</sup>).

Jack Dorsey es importante para nuestras observaciones, porque es el representante perfecto de un grupo de personas que no podemos pasar por alto: los individuos que progresan sin profundidad. El título de esta sección es una pregunta: «¿Y qué hay de Jack Dorsey?», que apunta a una reflexión y a una pregunta más amplia: si trabajar a fondo es tan importante. ¿Por qué hay gente distraída que tiene éxito? Para concluir este capítulo, quiero abordar la respuesta a esta pregunta, para que no quede flotando en su mente conforme vamos avanzando y profundizando en el libro.

Para comenzar, es preciso anotar que Jack Dorsey es un alto ejecutivo de una gran compañía (de hecho, dos compañías). Las personas que tienen esos cargos desempeñan un papel importante en el grupo de quienes prosperan sin profundidad: el estilo de vida de estos ejecutivos tiene fama por sus niveles de distracción. Veamos cómo responde Kerry Trainor, director ejecutivo de Vimeo, a la pregunta de cuánto tiempo puede pasar sin mirar el correo electrónico: «Puedo pasar todo un sábado sin... bueno... casi todo el día... quiero decir, *lo miro*, pero no necesariamente respondo»<sup>[31]</sup>.

Al mismo tiempo, estos ejecutivos reciben las mejores remuneraciones en la economía de los Estados Unidos y son más importantes para esta que en cualquier otro período de la historia. El éxito de Dorsey, en el que la profundidad no es un factor determinante, es común en este nivel superior de gerencia. Una vez estipulada esta realidad, debemos tomar distancia y recordar que el valor general de la profundidad sigue intacto. ¿Por qué? Porque la necesidad de la distracción en la vida laboral de estos ejecutivos es muy específica del trabajo que realizan. Un buen director ejecutivo es,

esencialmente, una máquina de torna de decisiones que es muy difícil de automatizar, a diferencia de lo que ocurre con el sistema Watson de IBM para jugar *Jeopardy!* Estos ejecutivos cuentan con una gran provisión de experiencias duramente aprendidas y poseen un instinto aguzado de su mercado. A lo largo del día, les presentan información, bajo la forma de correos electrónicos, reuniones, visitas y demás, y ellos deben procesarla para producir una decisión. Pedirle a un director ejecutivo que pase cuatro horas pensando profundamente en un solo problema es un desperdicio de sus habilidades. Es mejor contratar a tres subalternos inteligentes para que piensen profundamente sobre el problema y luego le lleven al ejecutivo sus soluciones, para que este tome una decisión final.

Esta especificidad es importante porque significa que, si usted es un alto ejecutivo en una compañía grande, muy probablemente no necesitará leer los consejos en las páginas que siguen. Por otra parte, también significa que no es posible extrapolar las maneras de proceder de esos ejecutivos a otros trabajos. El hecho de que Dorsey valore la interrupción o que Kerry Trainor mire constantemente su correo electrónico no significa que usted tendrá el mismo éxito si sigue ese ejemplo: estos comportamientos son característicos de sus funciones específicas como altos ejecutivos.

Esta regla de especificidad debe aplicarse a contraejemplos similares que pueda evocar usted a medida que vaya avanzando en el libro. No debemos perder de vista que hay ciertos sectores de nuestra economía en los que la profundidad no tiene un gran valor. Aparte de los ejecutivos, encontramos también en este sector a ciertos tipos de vendedores y cabilderos: para ellos, estar conectados de manera permanente es su herramienta más valiosa. Hay incluso quienes logran prosperar en medio de la distracción en campos donde sería útil una mayor profundidad.

No se precipite a clasificar su trabajo como uno donde la profundidad no es necesariamente útil. El simple hecho de que sus hábitos actuales le dificulten trabajar a fondo no significa que la ausencia de profundidad sea fundamental para hacer bien su labor. En el siguiente capítulo, por ejemplo, relataré la historia de un grupo de destacados consultores de negocios que estaban convencidos de que su conectividad constante mediante el correo electrónico les era necesaria para atender a sus clientes. Cuando un profesor de Harvard los obligó a desconectarse con mayor regularidad (como parte de una investigación), descubrieron, para su sorpresa, que esa conectividad no era tan importante como habían supuesto. En realidad, los clientes no

necesitaban estar en contacto con ellos en todo momento, y su desempeño como consultores *mejoró* cuando su atención dejó de estar tan fraccionada.

De manera similar, varios gerentes que conozco trataron de convencerme de que su labor es más valiosa cuando pueden responder rápidamente a los problemas de sus equipos, previniendo atolladeros. Consideran que su función es posibilitar la productividad de otros y no necesariamente proteger la propia. Sin embargo, en conversaciones posteriores se vio que para alcanzar esta meta en realidad no se requería una conectividad que fraccionara la atención. De hecho, muchas compañías de *software* ahora incluyen metodología Serum para la gestión de proyectos, que reemplaza buena parte de los mensajes puntuales con reuniones de seguimiento regulares, altamente estructuradas e inflexiblemente eficientes (que muchas veces se llevan a cabo estando de pie para minimizar la necesidad de hablar por hablar). Gracias a esta manera de proceder, se libera tiempo para que el gerente piense profundamente sobre los problemas que enfrenta el equipo y muchas veces se mejora el valor de lo producido.

En otras palabras, trabajar a fondo no es la *única* destreza valiosa en nuestra economía, y es posible obtener buenos resultados sin cultivar esta habilidad, *pero* los nichos en que esta estrategia es aconsejable son cada vez más escasos. A menos que usted tenga pruebas irrefutables de que la distracción es importante para su profesión específica, le conviene —por las razones que mencionamos en este capítulo— pensar seriamente en la profundidad.

## CAPÍTULO 2

# EL TRABAJO A FONDO ES ESCASO

**E**n el 2012, Facebook dio a conocer los planes para sus nuevas oficinas, diseñadas por Frank Gehry. En el centro de este nuevo edificio se encuentran, como afirmó el director ejecutivo de la compañía, Mark Zuckerberg, «las oficinas de espacio abierto más grandes del mundo». Más de tres mil empleados trabajarán en un mobiliario distribuido en una extensión de más de cuatro hectáreas<sup>[1]</sup>. Por supuesto que Facebook no es la primera de las grandes compañías de Silicon Valley en adoptar el concepto de oficina abierta. Cuando Jack Dorsey, a quien mencionamos al final del capítulo anterior, compró el edificio donde funcionaba antiguamente el *San Francisco Chronicle* para instalar allí Square, decidió configurar el espacio de tal manera que los desarrolladores trabajaran en zonas comunes dispuestas en largos escritorios compartidos. «Invitamos a la gente a trabajar en espacios abiertos porque creemos en el poder de los encuentros fortuitos, creemos en la importancia de que los empleados se enseñen mutuamente cosas nuevas», explica Dorsey<sup>[2]</sup>.

Otra de las grandes tendencias que observamos últimamente en los negocios es el auge de la mensajería instantánea. Un artículo del *Times* declara que esta tecnología ya no es del dominio exclusivo de «adolescentes chateadores», sino que contribuye a que las compañías tengan «un aumento de la productividad y una mejora en el tiempo de respuesta a los clientes». Un gerente de producto senior de IBM se jacta: «Enviamos 2,5 millones de mensajes al día dentro de IBM»<sup>[3]</sup>.

Uno de los actores más recientes en el mundo de la mensajería instantánea corporativa es Hall, una empresa nueva de Silicon Valley que ayuda a los empleados a ir más allá del simple chat y «hacer trabajo colaborativo en tiempo real». Un desarrollador radicado en San Francisco me describe el funcionamiento de una empresa donde se usa Hall. Según me explica, los empleados más «eficientes» configuran su editor de texto de tal manera que

aparezca una señal en la pantalla cada vez que se publica una pregunta o comentario en el Hall de la empresa. Luego, mediante una serie de comandos, con las teclas pueden pasar a Hall, escribir sus opiniones y luego volver a su labor de escribir código de programación, prácticamente sin haberse detenido. Mi amigo parecía impresionado al describir la rapidez de la operación<sup>[4]</sup>.

Una tercera tendencia es la presión de los productores de todo tipo de contenidos para que sus empleados hagan presencia en las redes sociales. *The New York Times*, un bastión de los valores de los medios de comunicación de la vieja guardia, ahora fomenta en sus empleados el uso del Twitter, tendencia que siguen más de ochocientos empleados del periódico, entre escritores, editores y fotógrafos. Y no se trata del comportamiento de unos pocos: por el contrario, se está convirtiendo en la norma<sup>[5]</sup>. Cuando el novelista Jonathan Franzen escribió un artículo en *The Guardian*, donde calificaba el Twitter como un «desarrollo coercitivo» en el mundo literario, fue objeto de ridiculizaciones y se lo acusó de no estar conectado con la gente<sup>[6]</sup>. La revista en línea *Slate* afirmó que las quejas de Franzen eran «una guerra solitaria en Internet»<sup>[7]</sup> y la novelista Jennifer Weiner escribió una respuesta en *The New Republic*, donde decía: «Franzen pertenece a un grupo de una sola persona, es una voz solitaria que emite edictos *ex cathedra* que solo se aplican a él mismo»<sup>[8]</sup>. El hashtag sarcástico #JonathanFranzenhates no tardó en ponerse de moda.

Mencione estas tres tendencias de los negocios porque encierran una paradoja. En el capítulo anterior sostuve que trabajar a fondo es más valioso que nunca en esta economía que se halla en pleno proceso de transformación. Sin embargo, si eso es verdad, uno esperaría que esta destreza fuera promovida no solamente por individuos ambiciosos sino también por las corporaciones interesadas en sacar el mayor provecho posible de sus empleados. Como se ve con toda claridad en los ejemplos anteriores, lo contrario está ocurriendo. Se está dando mayor prioridad a otros conceptos diferentes del trabajar a fondo, entre los que se cuentan, como ya lo vimos, los encuentros fortuitos, la comunicación rápida y la presencia activa en las redes sociales.

Ya es bastante desalentador que se dé prioridad a otras tendencias y no a trabajar a fondo, pero, para empeorar las cosas, lo que hacen en realidad muchas de estas tendencias es *disminuir* nuestra capacidad de profundidad. Por ejemplo, puede que las oficinas abiertas generen oportunidades para el trabajo colaborativo<sup>[\*]</sup>, pero lo hacen a costa de una «colosal distracción», para citar los resultados de los experimentos adelantados en un especial de la

televisión británica titulado *The Secret Life of Office Buildings*. «Si usted está empezando a trabajar en algo y suena un teléfono cerca, su concentración se altera —afirma el neurocientífico que llevó a cabo los experimentos en el programa—. Aunque usted no tenga conciencia de eso en el momento, lo cierto es que el cerebro responde a las distracciones»<sup>[9]</sup>.

Algo similar ocurre con el auge de los mensajes en tiempo real. La bandeja de entrada del correo electrónico, en teoría, solo puede distraerlo cuando usted decide abrirlo, mientras que los sistemas de mensajes instantáneos están diseñados para mantenerse siempre activos, con lo cual se magnifica el impacto de la interrupción. Gloria Mark, profesora de Informática en la Universidad de California, en Irvine, es experta en la ciencia de la fragmentación de la atención. En un reconocido estudio, Mark y los colegas que participaron en la elaboración del artículo afirman, tras observar a un grupo de trabajadores del conocimiento en diversas oficinas reales, que las interrupciones, por cortas que sean, aumentan la cantidad de tiempo requerido para terminar la tarea, en una proporción bastante significativa. Mark resume el tema con un sobreentendido típicamente académico: «Los sujetos reportan que esta situación es muy perjudicial»<sup>[10]</sup>.

Obligar a los productores de contenido a usar las redes sociales también tiene efectos negativos sobre la capacidad para trabajar a fondo. Los periodistas serios, por ejemplo, necesitan concentrarse en su labor —ahondar en fuentes complejas, encontrar hilos conductores, tejer una prosa elocuente — y, por eso, pedirles que interrumpan este pensamiento profundo a todo lo largo del día, para que participen en los frívolos ires y venires de esta práctica, resulta irrelevante (y un poco degradante), en el mejor de los casos, y arrolladoramente distractivo, en el peor. George Packer, respetado escritor de plantilla de *The New Yorker*, plasma con maestría este temor en un ensayo donde relata por qué no tuitea: «Twitter es el crac de los adictos a los medios. Me da miedo, no porque yo sea moralmente superior a este, sino porque creo que no puedo manejarlo. Creo que podría llegar a ser de esos que dejan morir de hambre a su hijo»<sup>[11]</sup>. Como dato revelador, por la misma época en que Packer escribió ese ensayo, se hallaba ocupado también escribiendo su libro *The Unwinding*, que salió poco después y se ganó el National Book Award, a pesar de que el escritor no usa las redes sociales (o, quizás, gracias a eso).

Para resumir, las grandes tendencias en el mundo actual de los negocios disminuyen nuestra capacidad para llevar a cabo un trabajo a fondo, aunque puede decirse que los supuestos beneficios de esas tendencias (un aumento en la cantidad de los encuentros fortuitos, respuestas más rápidas a las

necesidades y una mayor exposición) son menores que los beneficios que se derivan de un compromiso con trabajar a fondo (por ejemplo, la capacidad para aprender rápidamente cosas difíciles y producir a un nivel superior). En el presente capítulo me propongo explicar esta paradoja. La escasez del trabajo a profundidad, según arguyo, no se debe a alguna debilidad fundamental del hábito. Cuando examinamos más de cerca las razones por las que acogemos la distracción en nuestros lugares de trabajo, vemos que estas son más arbitrarias de lo que podíamos esperar (se basan en ideas erradas, mezcladas con la ambigüedad y la confusión que suelen ir de la mano del trabajo del conocimiento). Mi objetivo es convencerlo a usted de que, aunque la preferencia por la distracción es un auténtico fenómeno en la actualidad, esta se basa en unos fundamentos inestables que se pueden desechar fácilmente una vez decidimos cultivar la ética de trabajar a fondo.

## El agujero negro de las mediciones

En el verano del 2012, Tom Cochran, el director de tecnología de Atlantic Media, encendió sus alarmas al constatar la cantidad de tiempo que invertía en los correos electrónicos. Como cualquier amante de la tecnología, Cochran decidió cuantificar el fenómeno. Tras hacer una medición de su propio comportamiento, concluyó que en una semana recibía en promedio 511 correos y enviaba 284. Esto equivalía a 160 correos diarios en una semana de trabajo de cinco días. Haciendo más cálculos, Cochran observó que, aunque lograra gastar en promedio solo treinta segundos por mensaje, la cifra seguía siendo alta: una hora y media al día dedicada a pasar información de un lado a otro, como si fuera un *router* humano. Parecía demasiado tiempo dedicado una actividad que no era un componente fundamental de sus labores.

Como relata Cochran en su blog de la *Harvard Business Review*, donde escribió acerca del experimento, estas sencillas estadísticas lo llevaron a pensar en el resto de la compañía. ¿Cuánto tiempo gastaban los empleados de Atlantic Media pasando información en lugar de concentrarse en las tareas especializadas para las que habían sido contratados? Dispuesto a obtener la respuesta a esta pregunta, Cochran reunió estadísticas de toda la compañía sobre los correos electrónicos que se enviaban al día y el promedio de palabras que contenía cada uno. Luego, combinó estos números con el promedio de velocidad de escritura, lectura y salario de los empleados. El resultado: descubrió que la porción de los sueldos que paga Atlantic Media

para que sus empleados procesen correos electrónicos es de más de un millón de dólares al año; cada mensaje enviado o recibido le costaba a la compañía un promedio de noventa y cinco centavos de costos laborales. «Ese método de comunicación “gratis y desprovisto de fricciones” —resumía Cochran—, tenía un costo equivalente al de un pequeño avión ejecutivo Learjet»<sup>[12]</sup>.

El experimento de Cochran arrojó un interesante resultado acerca del costo literal de un comportamiento aparentemente inofensivo. Sin embargo, la verdadera importancia de esta historia radica en el experimento mismo y, en particular, en su complejidad. Al final de cuentas, resulta bastante difícil responder una pregunta tan sencilla como: ¿Cuál es el impacto de los actuales hábitos relacionados con los correos electrónicos sobre los resultados financieros de la compañía? Cochran tuvo que adelantar una investigación en toda la empresa y reunir estadísticas a partir de su infraestructura informática. También tuvo que recabar información sobre los salarios y la velocidad de lectura y de escritura, para luego procesar todo mediante un modelo estadístico que arrojó un resultado final. Aun así, el resultado es intercambiable y no permite distinguir cuánto valor *se produjo* gracias a este uso frecuente y costoso del correo electrónico, para compensar parte de su costo.

Este ejemplo puede generalizarse a la mayoría de los comportamientos que potencialmente entorpecen o favorecen trabajar a fondo. Aunque aceptamos en abstracto que la distracción tiene costos y que la profundidad tiene valor, estos impactos, como lo determinó Tom Cochran, son difíciles de medir. No se trata de un rasgo particular de los hábitos relacionados con la distracción y la profundidad: en términos generales, a medida que el trabajo del conocimiento plantea unas exigencias más complejas a los trabajadores, se vuelve más difícil medir el valor de los esfuerzos de un individuo específico. El economista francés Thomas Piketty se refirió explícitamente a este punto en su estudio acerca del crecimiento extremo de los salarios de los ejecutivos. El supuesto sobre el que se basa su razonamiento es que «es objetivamente difícil medir las contribuciones de cada individuo a los resultados de la compañía»<sup>[13]</sup>. Dado que no se cuenta con mediciones de este tipo, se producen situaciones irrationales, tales como los salarios exagerados de los ejecutivos respecto a su productividad marginal. Aunque algunos detalles de la teoría de Piketty son controversiales, se considera —para citar a uno de sus críticos— como «incuestionablemente cierto» el supuesto de base según el cual cada vez es más difícil medir las contribuciones de los individuos<sup>[14]</sup>.

Por esta razón, no cabe esperar que se detecten fácilmente los impactos sobre los resultados financieros de esos comportamientos perjudiciales para la profundidad. Como descubrió Tom Cochran, esas mediciones se ubican en una región opaca resistente a cualquier cálculo. Es una región que yo llamo el *agujero negro de las mediciones*. Obviamente, el hecho de que sea difícil llevar a cabo mediciones sobre el trabajo a fondo no implica automáticamente que los negocios no vayan a adoptar ese tipo de trabajo. Disponemos de muchos ejemplos de acciones cuyo impacto sobre los resultados financieros es difícil de medir pero que, aun así, prosperan en nuestra cultura empresarial. Aquí podemos mencionar, por ejemplo, las tres tendencias que señalamos en el inicio de este capítulo, o los salarios exagerados de los ejecutivos que llaman la atención de Thomas Piketty. Sin embargo, dada la ausencia de mediciones claras que lo sustenten, cualquier comportamiento en el ámbito de los negocios está a merced de fuerzas inestables y caprichos cambiantes, y, en medio de esta confusión, al trabajo a fondo no le ha ido muy bien.

La realidad de este agujero negro de las mediciones es el trasfondo de los argumentos que veremos a continuación en este capítulo. En las próximas secciones describo diversas actitudes mentales y sesgos que han alejado a las empresas del trabajo a fondo y las han llevado hacia alternativas más distraedoras. Ninguno de esos comportamientos sobreviviría mucho tiempo si hubiera claridad respecto a la manera como estos impactan negativamente los resultados financieros, pero el agujero negro de las mediciones impide que haya claridad y propicia ese cambio hacia la distracción que cada vez vemos más en el mundo profesional.

## El principio de la menor resistencia

A la hora de hablar de comportamientos distractores en lugar de trabajo, hay que decir que un lugar dominante lo ocupa la *cultura de la conectividad*, en la cual se espera que las personas lean y respondan rápidamente los correos electrónicos (y medios de comunicación similares). En su investigación sobre este tema, la profesora Leslie Perlow, de la Escuela de Negocios de Harvard, descubrió que los profesionales que fueron objeto de sus observaciones pasan entre veinte y veinticinco horas a la semana *por fuera de la oficina*, revisando el correo electrónico, pues creen que es importante responder los mensajes (internos o externos) en un plazo no superior a una hora después de su llegada.

Quizás usted afirme —como lo hacen muchos— que este comportamiento es necesario en muchos negocios en los que el ritmo es acelerado. Sin embargo, aquí viene lo interesante: Perlow puso a prueba esta aseveración. Para ello, convocó a los ejecutivos del Boston Consulting Group, una firma de consultoría donde la presión es grande e impera la cultura de la conectividad, de que le dejaran observar los hábitos de trabajo de uno de sus equipos. La investigadora quería poner a prueba una pregunta sencilla: ¿Es realmente útil para su trabajo mantenerse conectado de manera permanente? Para eso, adoptó una medida extrema: les pidió a los miembros del equipo que se desconectaran del todo durante un día a la semana, que se abstuvieran de toda conectividad dentro o fuera de la compañía.

«En un comienzo, el equipo se mostró reacio al experimento —relata Perlow en relación con una de las pruebas—. El socio que estaba a cargo del proyecto, quien se había mostrado entusiasta con la idea, se puso nervioso al pensar en tener que decirles a sus clientes que los miembros de su equipo estarían desconectados un día a la semana». Los consultores estaban igualmente nerviosos y les preocupaba «poner en peligro su carrera». Sin embargo, el equipo no perdió a sus clientes, ni sus miembros perdieron su trabajo. Por el contrario, los consultores disfrutaron más de él, desarrollaron una mejor comunicación entre ellos y encontraron ocasiones para el aprendizaje (como era previsible, dada la conexión entre la profundidad y el desarrollo de las destrezas que mencionábamos en el capítulo anterior). Quizá lo más importante de todo es que lograron «ofrecerles a los clientes un mejor producto»<sup>[15]</sup>.

A partir de esta constatación podemos lanzar una pregunta: ¿Por qué tantas compañías hacen lo mismo que el Boston Consulting Group, es decir, promueven una cultura de la conectividad, aunque es probable que esta, como descubrió la profesora Perlow en su estudio, sea perjudicial para el bienestar de sus empleados y para la productividad, además de que tal vez no contribuya a mejorar los resultados financieros? Creo que la respuesta puede encontrarse en la siguiente realidad laboral.

**El principio de la menor resistencia:** En un entorno empresarial, donde no hay una clara retroalimentación respecto al impacto que diversos comportamientos tienen sobre los resultados financieros, siempre tendemos a tener aquellos que resultan más fáciles en el momento.

Para volver a nuestra pregunta de por qué persisten las culturas de la conectividad, la respuesta, según el principio que acabamos de enunciar, es

que «*así es más fácil*». Dos razones explican la veracidad de esta aseveración. La primera tiene que ver con la satisfacción de sus necesidades. Si usted trabaja en un entorno laboral donde puede obtener una respuesta a una pregunta o puede obtener determinada información en el momento mismo en el que surge la necesidad, su vida se hace más fácil, por lo menos en ese instante. Si usted no pudiera contar con un tiempo de respuesta tan breve, tendría que planificar su trabajo de otra manera, ser más organizado y prepararse para poner de lado ciertas actividades y dedicar su atención a otro asunto, mientras le llega la respuesta que busca. Todo esto haría más difícil su vida laboral cotidiana (aunque produzca más satisfacción y un mejor resultado en el largo plazo). El auge de la mensajería instantánea a nivel profesional, tal como lo mencionábamos en este capítulo, es una muestra de esta mentalidad llevada al extremo. Si su día laboral se hace más fácil al recibir, en un plazo de una hora, una respuesta por correo electrónico, entonces recibir una respuesta en cuestión de minutos a través de la mensajería instantánea aumenta la ganancia en una magnitud considerable.

La segunda razón por la que una cultura de la conectividad le facilita la vida es porque crea un entorno donde se vuelve aceptable vivir todo el día en función de la bandeja de entrada de su correo: usted responde con celeridad el último mensaje, mientras que los que están detrás se van acumulando, al mismo tiempo que se siente complacido por su productividad (más adelante volveremos a este punto). Si usted tuviera que pasar las actividades relacionadas con el correo electrónico a la periferia de su día laboral, tendría que redefinir sus prioridades para determinar en qué debe trabajar y por cuánto tiempo. Este tipo de planificación es difícil. Pensemos, por ejemplo, en la metodología de gestión de actividades que propone David Alien en su libro *Getting Things Done*, un reconocido sistema que contribuye a manejar de manera inteligente las diversas e igualmente importantes obligaciones laborales<sup>[16]</sup>. Este sistema propone un diagrama de flujo de *quince elementos* para tomar una decisión sobre lo que debemos hacer enseguida<sup>[17]</sup>. Por supuesto que lo más fácil es simplemente contestar a la última cadena de correos electrónicos que hemos recibido.

Hago particular referencia a la conectividad permanente como estudio de caso en la presente discusión, pero este es solo uno de los ejemplos de comportamiento en el ámbito empresarial que son contrarios a la profundidad y pueden reducir el valor de los resultados financieros de la compañía, pero que prosperan porque, a falta de mediciones, la mayoría de gente termina haciendo lo que le resulta más fácil.

Otro ejemplo es la práctica común de convocar regularmente reuniones para proyectos. Estas reuniones tienden a acumularse y a fragmentar el tiempo de trabajo, al punto de que se vuelve imposible concentrarse de manera sostenida durante el día. ¿Por qué subsisten? *Porque es lo más fácil.* Para muchas personas, estas reuniones periódicas se convierten en una forma simple (pero burda) de organización personal. En lugar de manejar su tiempo y sus obligaciones de manera autónoma, la persona emprende las acciones relacionadas con determinado proyecto cada vez que se aproxima la reunión semanal y, por lo general, lo que presenta es un simulacro de progreso.

También existe la práctica molesta y muy común de reenviar un correo a uno o más colegas, titulado con la pregunta abierta: «*¿Ideas al respecto?*». Al remitente le toma unos cuantos segundos escribir este correo, pero se requieren muchos minutos (e, incluso, en algunos casos varias horas) y mucha concentración para producir una respuesta coherente. Si el remitente se tomara la molestia de elaborar más el mensaje, se reduciría en una fracción significativa el tiempo que gastan todos los participantes. ¿Por qué, entonces, son tan comunes esos correos electrónicos que consumen tiempo y que se podrían evitar tan fácilmente? Desde la perspectiva del remitente, *son más fáciles*. Es una manera de evacuar un asunto de su bandeja de entrada —por lo menos temporalmente— con una mínima inversión de tiempo.

El principio de la menor resistencia, que no es sometido a un análisis detallado por causa del agujero negro de las mediciones, estimula las culturas laborales que nos evitan la incomodidad a corto plazo de la concentración y la planificación, a expensas de una satisfacción a largo plazo y de la producción real de valor. Así, este principio nos lleva hacia un trabajo superficial, en una economía que, paradójicamente, cada vez premia más la profundidad. No se trata, sin embargo, de la única tendencia que saca partido del agujero negro de las mediciones para reducir la profundidad. También debemos tomar en consideración la exigencia siempre presente y siempre irritante de la «productividad», tema que analizaremos a continuación.

## **El estado de ocupación como sustituto de la productividad**

Existen muchas dificultades relacionadas con ser profesor en una universidad orientada a la investigación. Sin embargo, una de las ventajas de esa profesión es la claridad. Para saber si usted lo está haciendo bien o mal

como investigador académico, basta responder a la pregunta: ¿Está publicando artículos importantes? La respuesta a esta pregunta se puede cuantificar con un simple número, como el *índice h*: una fórmula, cuyo nombre proviene de su creador, Jorge Hirsch. La fórmula mide el impacto del investigador en su respectivo campo a través de la cantidad de publicaciones y las veces que estas han sido citadas. En la ciencia informática, por ejemplo, un índice h por encima de 40 es difícil de alcanzar y, una vez se llega a él, se considera que el profesor tiene un muy buen nivel de carrera a largo plazo. Por otra parte, si su índice h solo tiene un dígito, lo más probable es que usted se vea en apuros cuando la universidad considere su caso en relación con la permanencia. El Google Scholar, una herramienta que los académicos usan con frecuencia para encontrar artículos investigativos, calcula automáticamente su índice h, de tal manera que usted puede determinar, varias veces en una semana, cuál es su situación. (Por si le interesa saberlo, en el momento de escribir este capítulo, mi índice era de 21).<sup>[18]</sup>

Esta claridad simplifica las decisiones acerca de los hábitos que el profesor debe adoptar o abandonar. Veamos la explicación que el fallecido ganador del premio Nobel, el físico Richard Feynman, dio durante una entrevista sobre una de sus estrategias de productividad menos ortodoxas:

Para hacer un trabajo de gran calidad en física, es necesario disponer de enormes cantidades de tiempo [...] Se necesita mucha concentración [...]. Por eso inventé un mito acerca de mí mismo: que soy irresponsable. Soy activamente irresponsable. A todo el mundo le digo que no hago nada. Si alguien me pide que participe en un comité de admisiones, yo le digo que no, y agrego: «Es que soy irresponsable»<sup>[19]</sup>.

Feynman evitaba los trabajos administrativos a toda costa, pues sabía que estos reducirían su capacidad para hacer lo que más le interesaba de su vida profesional: «Hacer un trabajo de gran calidad en física». Podemos suponer que Feynman era malo para responder correos electrónicos y quizás se habría cambiado de universidad si alguien lo hubiera puesto a trabajar en una oficina abierta y le exigiera ser activo en Twitter. Tener claridad sobre lo importante equivale a tener claridad sobre lo que no es importante.

Menciono el ejemplo de los profesores porque pertenecen a un sector un poco fuera de lo común dentro de los trabajadores del conocimiento. En efecto, en términos generales, en otras áreas no hay la misma transparencia que en la academia respecto a los niveles de excelencia del desempeño de los trabajadores del conocimiento. Acerca de esta falta de claridad, el crítico social Matthew Crawford dice: «Los gerentes viven en un paisaje psíquico

desconcertante, sometidos a la ansiedad por causa de los vagos imperativos ante los cuales deben responder»<sup>[20]</sup>.

Aunque Crawford se refería específicamente a los padecimientos del gerente medio en el ámbito del trabajo del conocimiento, el «paisaje psíquico desconcertante» que menciona se aplica a muchos cargos en este sector. Como relata en su libro del 2009, *Shop Class as Soulcraft* —que es una oda a los oficios tradicionales—, Crawford se retiró de su trabajo como director de un *think tank* en Washington D. C. y abrió un taller de reparación de motocicletas, precisamente para huir de ese desconcierto. La sensación de recibir una máquina dañada, manipularla de diversas formas y finalmente gozar de la evidencia tangible del éxito (pues la motocicleta sale del taller en perfecto estado de funcionamiento) le proporciona un sentido concreto del logro. En la época en que se pasaba los días girando en torno a informes y estrategias de comunicación, difícilmente podía obtener un sentido del logro similar.

Una realidad parecida crea problemas para muchos trabajadores del conocimiento. Quieren demostrar que son miembros productivos de un equipo y que ganan en la medida en que trabajan, pero no tienen una claridad suficiente respecto a la meta. No cuentan con un parámetro como el índice h o un número determinado de motocicletas reparadas que sirvan como evidencia de su valor. Para superar esta carencia, muchos están volviendo sus ojos a una época en que la productividad era más universalmente observable: la era industrial.

Para comprender esta afirmación, recordemos que tras el surgimiento de las cadenas de montaje apareció el Movimiento de la Eficiencia, fundado por Frederic Taylor, famoso por monitorear, cronómetro en mano, la eficiencia de los movimientos de los trabajadores, con el fin de encontrar maneras de aumentar la velocidad de sus labores. En la era Taylor, no había ambigüedades respecto a la productividad: se reducía a la cantidad de artilugios producidos por unidad de tiempo. Al parecer, en el paisaje empresarial de hoy en día, muchos trabajadores del conocimiento, despojados de otras ideas, están volviendo a esta antigua definición de la productividad en su esfuerzo por afianzar su valor en el paisaje desconcertante de su vida profesional. (David Alien, por ejemplo, usa la expresión específica «maniobrar artilugios» para describir un flujo de trabajo productivo<sup>[21]</sup>). Los trabajadores del conocimiento, según mis observaciones, tienden a estar en un estado de ocupación cada vez más visible porque carecen de una mejor forma de demostrar su valor. Podemos darle un nombre a esta tendencia.

**El estado de ocupación como sustituto de la productividad:** A falta de indicadores claros respecto a lo que significa ser productivo y valioso en un empleo, muchos trabajadores del conocimiento acuden a un indicador industrial de la productividad: hacer muchas cosas, de una manera visible.

Esta mentalidad es otra explicación para la popularidad de muchos comportamientos que destruyen la profundidad. Si usted envía y responde correos electrónicos a todas horas, si programa reuniones y asiste a ellas constantemente, si envía sus contribuciones en sistemas de mensajería instantánea como Hall pocos segundos después de que alguien plantea una nueva pregunta, o si se pasea por todo el espacio de la oficina abierta lanzando ideas a todas las personas con las que se encuentra, esos comportamientos darán la apariencia pública de que usted está ocupado. Si usted usa ese estado de ocupación como sustituto de la productividad, esos comportamientos le parecerán cruciales para convencerse a sí mismo y a los demás de que está haciendo bien su trabajo.

Esta mentalidad no es necesariamente irracional. Para algunas personas, este comportamiento es realmente crucial para su trabajo. En el 2013, por ejemplo, la nueva directora ejecutiva de Yahoo!, Marissa Mayer, les prohibió a los empleados trabajar desde la casa. Tomó esta decisión tras revisar los registros del servidor de la red privada que usan los empleados de Yahoo! para conectarse desde un lugar remoto a los servidores de la compañía. Mayer estaba molesta porque los empleados que trabajaban desde la casa no se conectaban un número suficiente de veces a lo largo del día. En cierto sentido, estaba castigando a sus empleados por no pasar más tiempo revisando su correo electrónico (una de las razones principales por las que los usuarios se conectan a los servidores). «Si no están visiblemente ocupados —señaló—, asumo que no son productivos»<sup>[22]</sup>.

Visto de manera objetiva, sin embargo, este concepto es anacrónico. El trabajo del conocimiento no es una cadena de montaje, y extraer valor a partir de la información es una actividad que, muchas veces, es entorpecida por el estado de ocupación en lugar de ser favorecida por el mismo. Recordemos el caso de Adam Grant, el académico del capítulo anterior, que se convirtió en el catedrático titular más joven de Wharton, gracias a su estrategia de apartarse del mundo exterior para concentrarse en la escritura. Este comportamiento es lo opuesto de estar públicamente ocupado. Si Grant trabajara en Yahoo!, con seguridad Marissa Mayer lo habría despedido. Sin embargo, esta estrategia para la profundidad produjo una inmensa cantidad de valor.

Por supuesto que podríamos eliminar esta tendencia anacrónica

relacionada con el estado de ocupación si pudiéramos demostrar su impacto negativo en los resultados financieros, pero el agujero negro de las mediciones entra en escena e imposibilita esa claridad. Esta poderosa mezcla de ambigüedad laboral y ausencia de mediciones sobre la eficacia de diferentes comportamientos favorece la propagación —en el desconcertante paisaje psíquico de nuestro trabajo cotidiano— de comportamientos que podrían parecer ridículos si se les mira objetivamente.

No obstante, como veremos a continuación, incluso las personas que tienen una noción clara de lo que significa triunfar en su área específica de trabajo del conocimiento pueden estar alejadas de la profundidad. Lo único que se necesita es una ideología lo suficientemente seductora para convencer a la persona de desestimar el sentido común.

## El culto a Internet

Veamos el caso de Alissa Rubín, corresponsal jefe de *The New York Times* en París. Anteriormente se desempeñaba como jefe de corresponsales en Kabul, Afganistán, donde trabajaba como reportera desde el frente, en la reconstrucción de la posguerra. Por la época en que me encontraba redactando este capítulo, Rubin estaba publicando una serie de artículos contundentes sobre la complicidad del gobierno francés en el genocidio de Ruanda<sup>[23]</sup>. En otras palabras, Rubin es una periodista seria, muy buena en su oficio. Adicionalmente, quizás obedeciendo a las presiones de sus empleadores, también trina por Twitter.

En el perfil de Twitter de Rubin se ve una permanente y en cierto sentido inconexa cadena de mensajes, uno cada dos o cuatro días, como si Rubin recibiera de los responsables del departamento de redes sociales del *Times* una nota en que le recuerdan alimentar su cuenta de Twitter para complacer a sus seguidores. Con escasas excepciones, los trinos de Rubin simplemente mencionan algún artículo que ha leído últimamente y que le ha gustado.

Rubin es una reportera, no una personalidad de los medios. El valor que ella le aporta a su periódico es su capacidad para cultivar fuentes importantes, para desmenuzar los hechos y para escribir artículos que calen en el lector. Periodistas como Alissa Rubin son los que hacen que el *Times* tenga la reputación que tiene, y esta es la base del éxito comercial del periódico en una época de «cliqueo» adictivo y omnipresente. Siendo así, ¿por qué obligan a Alissa Rubin a interrumpir a ratos su trabajo necesariamente profundo, con el

fin de generar un contenido superficial para un servicio ofrecido por una compañía de medios que no tiene nada que ver con la suya y cuya sede principal está en Silicon Valley?<sup>[24]</sup> Quizá la pregunta más importante sea: ¿Por qué este comportamiento le parece normal a la mayoría de la gente? Si logramos responder estos interrogantes, podremos comprender mejor la última tendencia que quiero examinar en relación con la pregunta de por qué trabajar a fondo se ha vuelto tan paradójicamente escaso.

Podemos encontrar el fundamento a una respuesta a esta pregunta en una advertencia hecha por el fallecido teórico de la comunicación y profesor de la Universidad de Nueva York Neil Postman. A comienzos de los años noventa, cuando comenzaba a tomar vuelo la revolución de los computadores personales, Postman sostenía que nuestra sociedad sostenía una inquietante relación con la tecnología. Según él, ya no reflexionábamos sobre el equilibrio entre riesgos y ganancias ni entre nuevas eficiencias y nuevos problemas en torno a las nuevas tecnologías. En lugar de eso, comenzamos a suponer que todo lo relacionado con la alta tecnología estaba bien. Punto final.

A esta cultura le dio Postman el nombre de *tecnópolis*<sup>[25]</sup>, y no tuvo pelos en la lengua para ponernos en guardia respecto a ella. «Tecnópolis elimina las alternativas para otra cosa que no sea ella misma, a través de la estrategia que Aldous Huxley señala en *Un mundo feliz* —afirma en su libro de 1993 sobre este tema—. No las vuelve ilegales. No las vuelve inmorales. Ni siquiera las vuelve impopulares. Pero sí las hace invisibles y, por lo tanto, irrelevantes»<sup>[26]</sup>.

Postman murió en el 2003, pero lo más probable es que, de estar vivo hoy en día, expresaría su asombro al ver la velocidad con que sus temores de los años noventa se cristalizaron, en una avalancha provocada por el ascenso repentino e imprevisible de Internet. Por fortuna, Postman tiene un heredero intelectual que mantiene vigente esta discusión en la Era de Internet: el crítico social Evgeny Morozov. En un libro del 2013, titulado *To Save Everything, Click Here*, Morozov se propone descorrer el velo que cubre nuestra obsesión tecnológica con «la Internet» (él lo escribe así, entre comillas, para poner énfasis en su función como ideología), y dice: «Esta propensión a considerar “la Internet” como una fuente de sabiduría y de asesoría en materia de políticas es lo que la transforma y la lleva a dejar de ser un simple conjunto de cables sin interés para convertirse en una seductora y fascinante ideología: quizás la uberideología contemporánea»<sup>[27]</sup>.

Según la crítica de Morozov, hemos convertido «la Internet» en sinónimo del futuro revolucionario de los negocios y el gobierno. Hacer que su empresa

esté a tono con «la Internet» equivale a ir con los tiempos e ignorar estas tendencias es como seguir produciendo herraduras en la era del automóvil. Ya no vemos las herramientas de Internet como productos lanzados por compañías que buscan el lucro, financiadas por inversionistas que esperan obtener ganancias y administradas por jóvenes de veintitantes años que muchas veces improvisan. Por el contrario, nos precipitamos a poner en un pedestal esos adminículos digitales como estandartes del progreso y precursores de un nuevo mundo (me atrevo a decir) feliz.

Este Internetcentrismo (para usar otro de los términos de Morozov) es la cara visible de la tecnópolis de hoy en día. Es importante que reconozcamos esta realidad, porque explica la pregunta con la que abrimos esta sección. *The New York Times* tiene un departamento de redes sociales y presiona a sus periodistas, como Alissa Rubín, para que adopten un comportamiento distractor, porque en la tecnópolis y en la era centrada en Internet estas cosas no se discuten. La alternativa, o sea, no hacer de Internet el centro de todo es, como diría Postman, «invisible y, por lo tanto, irrelevante».

Esta invisibilidad explica el alboroto que mencionaba más atrás, a propósito de las declaraciones de Jonathan Franzen respecto a que los novelistas no deberían trinar por Twitter. La gente se encolerizó no porque sea versada en estrategias de mercadeo editorial y esté en desacuerdo con la conclusión de Franzen, sino porque le sorprendió que una persona seria hubiera sugerido la irrelevancia de las redes sociales. En una tecnópolis centrada en Internet, una afirmación de este cariz es el equivalente de quemar una bandera, es decir, una profanación y no un debate.

Quizás el alcance prácticamente universal de esta mentalidad quede bien retratado en una experiencia que tuve hace poco en mi trayecto hacia el campus de Georgetown, donde trabajo. Estaba esperando que cambiara el semáforo para cruzar Connecticut Avenue y tenía delante de mí un camión de una compañía de transporte de alimentos refrigerados. Este tipo de transporte es un negocio complejo y competitivo que requiere destrezas tanto para manejar los sindicatos como para programar las rutas. Es la última industria a la antigua usanza y, en muchos sentidos, lo opuesto a las nuevas compañías de tecnologías orientadas al consumidor, que reciben tanta atención en la actualidad. Lo que más me llamó la atención mientras esperaba detrás de ese camión, sin embargo, no fue la complejidad ni la envergadura de esa compañía, sino una publicidad gráfica que habían pegado en el vehículo (cuyo costo quizás fue muy alto) y en el de toda la flota de camiones de la compañía, que decía: «Danos “Me gusta” por Facebook».

El trabajar a fondo se encuentra en gran desventaja en la tecnópolis, porque se basa en valores como la calidad, la destreza y la pericia, que son a todas luces anticuados y no tecnológicos. Peor aún, para fomentar el trabajo a fondo muchas veces se requiere rechazar muchas de esas cosas que son nuevas y de alta tecnología. Trabajar a fondo queda relegado frente a comportamientos más distractores de alta tecnología, tales como el uso profesional de las redes sociales, no porque el primero sea empíricamente inferior a este último. De hecho, si tuviéramos mediciones sólidas que dieran cuenta del impacto de estos comportamientos en los resultados financieros de la empresa, es muy probable que nuestra tecnópolis se desmoronara. Sin embargo, el agujero negro de las mediciones impide que tengamos esta claridad y nos lleva, por el contrario, a erigir todo aquello que esté relacionado con Internet en una «uberideología», como temía Morozov. En dicha cultura, no es de sorprender que trabajar a fondo luche por competir contra el dulce sonsonete de los trinos, los «Me gusta», las fotos etiquetadas, los muros, las entradas de blog y los demás comportamientos que nos han enseñado a considerar como necesarios, por la sencilla razón de que existen.

## Malo para los negocios, bueno para usted

Trabajar a fondo *debe* ser una prioridad en el clima empresarial de hoy en día. He resumido algunas de las explicaciones que aclaran esta paradoja. Entre ellas encontramos las siguientes realidades: trabajar a fondo es difícil y el trabajo superficial es fácil; dada la ausencia de metas claras para su trabajo, la apariencia de estar visiblemente ocupado que se da en el trabajo superficial se vuelve aceptable; nuestra cultura ha adoptado la creencia de que cualquier comportamiento relacionado con «la Internet» es bueno, independientemente del impacto que tenga sobre nuestra capacidad para producir cosas valiosas. Todas estas tendencias se han afianzado gracias a la dificultad de hacer una medición directa del valor de la profundidad o del costo que acarrea ignorarla.

Si usted cree en el valor de la profundidad, esta realidad anuncia malas noticias para los negocios en general. Estos se verán abocados a perder la posibilidad de obtener grandes ganancias en su producción de valor. Sin embargo, para usted como individuo, hay buenas noticias en el panorama. La miopía de sus colegas y de sus empleadores le permitirá obtener grandes ventajas personales. Suponiendo que se mantengan las tendencias que hemos señalado, la profundidad se hará cada vez más escasa y, por lo tanto, cada vez

más valiosa. Ya establecimos que no hay nada intrínsecamente defectuoso en trabajar a fondo y que no hay nada fundamentalmente necesario en los comportamientos distractores que desplazan al trabajo a profundidad. Con este punto de partida, usted puede continuar avanzando confiadamente hacia la meta final de este libro: desarrollar sistemáticamente sus capacidades personales para asumir la profundidad y, de esta forma, obtener grandes beneficios.

## CAPÍTULO 3

# TRABAJAR A FONDO TIENE SENTIDO

Ric Furrer se dedica a la herrería. Es especialista en prácticas antiguas y medievales de metalurgia, a las que se ha consagrado meticulosamente en su taller, Door County Forgeworks. «Hago todo mi trabajo a mano y uso herramientas que multiplican mi fuerza, sin limitar mi creatividad o mi interacción con el material —explica. Este es el fundamento intelectual de su arte—. Un resultado que me puede tomar cien golpes a mano, se puede alcanzar de un solo golpe con una máquina estampadora. Esta es la antítesis de lo que yo me propongo y, por eso, en todas mis obras se ve la evidencia del uso de ambas manos»<sup>[1]</sup>.

Gracias un documental del 2012, transmitido por el Public Broadcasting System (PBS), nos pudimos adentrar en el mundo de Furrer. Trabaja en el espacio de lo que en otro tiempo fuera un granero, en una granja de Wisconsin, no muy lejos de la hermosa Sturgeon Bay, en el lago Michigan. Furrer muchas veces deja la puerta del granero abierta (sospecho que para ventilar el espacio y evacuar el calor producido por la fragua): su labor tiene como telón de fondo los campos agrícolas que se extienden hacia el horizonte. El escenario es idílico aunque el trabajo puede parecer, a primera vista, tosco. En el documental, vemos a Furrer tratando de recrear una espada de la era vikinga. Usa una técnica de mil quinientos años de antigüedad para fundir *acero de crisol*: una forma inhabitualmente pura (para la época) del metal. El resultado es un lingote no mucho mayor en volumen que tres o cuatro teléfonos celulares apilados. Este denso lingote se convierte después en la hoja de una espada larga y afilada.

«Esta parte, el impacto inicial, es terrible», dice Furrer mirando a la cámara, al tiempo que pone a calentar metódicamente el lingote, lo golpea con un martillo, le da la vuelta, lo golpea y lo vuelve a poner en las llamas para comenzar una vez más. El narrador del documental explica que se necesitan *ocho horas* de martilleo para terminar de darle la forma deseada al

metal. Observando a Furrer trabajar, le cambia a uno la perspectiva sobre el sentido de su trabajo. Es claro que no está golpeando el metal con la monotonía del minero que ataca con una pica las paredes de una mina de carbón. Cada golpe es fuerte y, sin embargo, minuciosamente controlado. Furrer mira de cerca el metal, con sus delicadas gafas de intelectual (que parecen fuera de lugar en esa fisonomía de barba tupida y hombros anchos), y le da la vuelta —*un poco* nada más— en cada impacto. «Hay que ser muy suave para no quebrarlo —explica. Después de algunos martillazos más, añade—: Hay que darle con suavidad; lentamente empieza a ceder y uno empieza a disfrutarlo»<sup>[2]</sup>.

En un momento dado, a mitad de camino en el proceso de la forja, cuando Furrer ha terminado de darle al metal la forma deseada con el martillo, comienza a rotar cuidadosamente el metal en una canal estrecha llena de carbón vegetal ardiendo.

Mira la espada y dice: «Ya está lista». La levanta, roja por el calor, la sostiene a cierta distancia de su cuerpo y se acerca con paso rápido a un tubo lleno de aceite. Allí hunde la hoja de metal para enfriarla. Al cabo de un momento, aliviado al ver que la hoja no se quebró en pedazos —cosa que suele ocurrir en esta etapa—, Furrer la saca del aceite. El calor residual del metal enciende el combustible y envuelve la espada en llamas. Furrer levanta la espada ardiente sobre su cabeza, con un solo y fuerte brazo, la mira un instante y apaga el fuego. Durante esta breve pausa, las llamas iluminan su cara, en la que se lee una complacencia palpable.

«Hacerlo bien es la cosa más complicada que sé hacer —explica Furrer—. Y ese es el reto que me mueve. No necesito las espadas, pero *tengo que* hacerlas»<sup>[3]</sup>.

---

Ric Furrer es un maestro artesano cuyo trabajo le exige pasar la mayor parte del día en un estado de profundidad: la menor distracción puede arruinar varias horas de esfuerzo. También es una persona que encuentra mucho sentido en su profesión. Esta conexión entre trabajar a fondo y una buena vida es conocida y ampliamente aceptada en el ámbito del trabajo artesanal. «Las satisfacciones que se obtienen cuando nos manifestamos concretamente en el mundo a través de la habilidad manual son conocidas por su capacidad para serenar y aquietar al hombre», explica Matthew Crawford<sup>[4]</sup>. Y le creo.

Sin embargo, cuando dirigimos nuestra atención hacia el trabajo del conocimiento, esa conexión se vuelve turbia. La claridad tiene allí mucho que ver. Los artesanos como Furrer asumen retos profesionales que son sencillos

de definir, pero difíciles de ejecutar: este es un desequilibrio útil cuando estamos buscando una actividad que nos proporcione un sentido de la finalidad. En el trabajo del conocimiento esta claridad se convierte en ambigüedad. Puede ser difícil definir exactamente qué hace un trabajador del conocimiento en concreto y cómo difiere de cualquier otro: en nuestros peores días, da la sensación de que *todo* el conocimiento se resume en la misma y agotadora serie de correos electrónicos y presentaciones en PowerPoint, donde la única diferencia entre la carrera de un profesional y otro es el contenido de las diapositivas. Furrer también identifica esta insipidez al escribir: «El mundo de las superautopistas de la información me ha dejado más bien frío y desencantado»<sup>[5]</sup>.

Otro asunto que enturbia la conexión entre la profundidad y el sentido en el trabajo del conocimiento es la cacofonía de voces que buscan convencer a los trabajadores del conocimiento de pasar más tiempo en actividades superficiales. Tal como explicamos en el capítulo anterior, vivimos en una era en la que cualquier cosa que se relacione con Internet se considera, automáticamente, innovadora y necesaria. Se aplauden los comportamientos que destruyen la profundidad, tales como las respuestas inmediatas a los correos electrónicos y la presencia activa en las redes sociales, mientras que el hecho de evitar esas tendencias genera sospecha. Tal vez nadie vea con malos ojos que Ric Furrer se abstenga de usar Facebook, pero si un trabajador del conocimiento toma la misma decisión, lo etiquetan como una persona excéntrica (lo sé por experiencia propia).

El hecho de que la conexión entre la profundidad y el sentido sea menos clara en el ámbito del trabajo del conocimiento no significa que sea inexistente. La meta del presente capítulo es convencer al lector de que trabajar a fondo *puede* generar una satisfacción, en una economía de la información, similar a la que produce en una economía de oficios tradicionales. En las secciones que siguen presentaré tres argumentos en apoyo a esta afirmación. A grandes rasgos, siguen una trayectoria que va desde lo conceptualmente estrecho a lo conceptualmente ancho: comienzo con una perspectiva neurológica, paso al terreno psicológico y termino en lo filosófico. Me propongo demostrar que, sea cual sea el ángulo desde donde decidamos abordar el tema de la profundidad y el trabajo del conocimiento, es evidente que preferir la profundidad sobre la superficialidad nos permite sacar partido de las mismas sendas productoras de sentido que motivan a artesanos como Ric Furrer. La tesis de este último capítulo de la primera parte es que

una vida profunda no solo es económicamente lucrativa, sino que es una vida bien vivida.

## Un argumento neurológico a favor de la profundidad

Winifred Gallagher, escritora de libros sobre ciencia, descubrió accidentalmente la conexión entre la atención y la felicidad a causa de un acontecimiento aterrador e inesperado: un diagnóstico de cáncer. «No era solo cáncer —aclara—, sino una forma muy agresiva y relativamente avanzada de la enfermedad». Como recuerda Gallagher en *Rapt*, un libro publicado en el 2009, al salir del hospital después de recibir el diagnóstico tuvo una repentina y fuerte intuición: «Esta enfermedad quiere monopolizar mi atención pero yo, en la medida de lo posible, voy a concentrarme en mi vida». El tratamiento para el cáncer fue duro y agotador, pero una parte del cerebro de Gallagher sabía, gracias a su entrenamiento como escritora de no ficción, que su hábito de concentrarse en lo bueno de la vida («películas, caminatas y Martini a las 6:30») era muy eficaz<sup>[6]</sup>. Su vida durante este período habría podido convertirse en un cenagal de temor y desesperanza, pero resultó ser agradable en muchos momentos.

Picada por la curiosidad, Gallagher se propuso entender mejor el papel que desempeña la atención, es decir, en qué decidimos concentrarnos y qué decidimos pasar por alto a la hora de determinar nuestra calidad de vida. Tras cinco años de escribir textos de divulgación científica, estaba convencida de ser testigo de una «gran teoría unificada» sobre la mente:

Como dedos que apuntan hacia la Luna, otras disciplinas diversas, desde la antropología hasta la educación, la economía conductual y la orientación familiar, sugieren igualmente que el manejo diestro de la atención es la condición *sine qua non* de una buena vida y la clave para mejorar prácticamente cualquier aspecto de nuestra experiencia<sup>[7]</sup>.

Este concepto da un vuelco a la manera como la mayoría de la gente piensa acerca de su experiencia subjetiva de la vida. Tendemos a poner demasiado énfasis en nuestras *circunstancias*, pues asumimos que aquello que nos ocurre (o deja de ocurrirnos) determina cómo nos sentimos. Desde esta perspectiva, los detalles pequeños sobre la manera como pasamos el día no son tan importantes, porque lo que importa son los resultados a gran escala, como obtener un ascenso o ir a vivir un apartamento mejor. Según Gallagher, varias décadas de investigaciones contradicen esa visión. Lo que ocurre es

que el cerebro construye nuestra forma de ver el mundo sobre la base de *las cosas a las que les prestamos atención*. Si usted dirige toda su atención a un diagnóstico de cáncer, usted y su vida se vuelven infelices y sombríos, pero si, por el contrario, dirige su atención a un Martini vespertino, usted y su vida se vuelven más agradables, aunque las circunstancias en ambos casos son las mismas. Así lo resume Gallagher: «Quién es usted, qué piensa, siente y hace, y qué le gusta son producto de la sumatoria de aquello en lo que usted se concentra»<sup>[8]</sup>.

En *Rapt*, Gallagher analiza la investigación donde se expone esta manera de comprender la mente. Cita, por ejemplo, a Barbara Fredrickson, psicóloga de la Universidad de Carolina del Norte, cuya investigación se especializa en la valoración cognitiva de las emociones. Después de un acontecimiento negativo en la vida, según muestra la investigación de Fredrickson, aquello sobre lo cual usted decide fijar su atención influye de manera importante en su actitud a partir de ese momento. Estas opciones sencillas funcionan como un «botón de reiniciación»<sup>[9]</sup> para sus emociones. La autora da el ejemplo de una pareja que discute sobre la repartición inequitativa de las labores del hogar. «En lugar de seguir centrando su atención en el egoísmo y la flojera de su pareja, usted puede fijarse en el hecho de que al menos se ha puesto sobre la mesa un asunto álgido, lo cual es un primer paso hacia la solución del problema y hacia el mejoramiento de su estado de ánimo»<sup>[10]</sup>. Esta parece una exhortación simplona a que miremos las cosas por el lado amable, pero Fredrickson descubrió que un uso hábil de estos «puntales» emocionales puede generar resultados más positivos luego de un evento negativo<sup>[11]</sup>.

Los científicos pueden observar este efecto en acción a nivel neurológico. Laura Carstensen, psicóloga de Stanford, para nombrar tan solo un caso, se valió de un escáner de resonancia magnética funcional para estudiar el comportamiento del cerebro de sujetos a los cuales se les presentaban imágenes positivas y negativas. La investigadora descubrió que, en el caso de la gente joven, la amígdala (un centro de las emociones) mostraba gran actividad con ambos tipos de imagen. Al analizar a los sujetos de la tercera edad, la amígdala se activaba solamente en el caso de las imágenes positivas. La hipótesis de Carstensen es que los adultos mayores habían entrenado la corteza prefrontal para inhibir la amígdala ante los estímulos negativos. Estas personas mayores no eran más felices porque sus circunstancias fueran mejores que las de los sujetos jóvenes, sino porque habían programado su cerebro para ignorar lo negativo y saborear lo positivo . Gracias a un manejo

diestro de la atención, mejoraron su mundo sin cambiar nada en concreto de él<sup>[12]</sup>.

---

Ahora podemos tomar distancia y usar la gran teoría unificada de Gallagher para comprender mejor el papel que tiene trabajar a fondo en el empeño de cultivar una buena vida. Esta teoría nos dice que nuestro mundo personal es producto de aquello a lo que prestamos atención. Desde esa perspectiva, pensemos por un momento en el tipo de mundo mental que se construye cuando le dedicamos el tiempo suficiente a ciertas tareas profundas. En el trabajo profundo hay un sentido inherente de la seriedad y la importancia, ya sea que usted se llame Ric Furrer y se dedique a forjar espadas o que trabaje como programador de computadores y esté dedicado a optimizar un algoritmo. La teoría de Gallagher predice que, si usted pasa el tiempo suficiente en este estado, su mente percibirá que su mundo es rico en sentido y en importancia.

No obstante, se obtiene un beneficio oculto pero igualmente importante al cultivar una atención profunda en el trabajo: esta concentración acapara nuestro sistema de la atención y le impide a esta tomar nota de las cosas más pequeñas y desagradables que de manera persistente e inevitable pueblan nuestra vida. (El psicólogo Mihaly Csikszentmihalyi, a quien retomaremos en la siguiente sección, explícitamente identifica esta ventaja al hablar de cultivar «una concentración tan intensa que no queda espacio para pensar en nada irrelevante ni para preocuparse por otros problemas»<sup>[13]</sup>). Esta situación es particularmente pronunciada en el trabajo del conocimiento, donde la omnipresencia de la conectividad genera un apetitoso bufé de distracciones, buena parte del cual —si se le da el suficiente vuelo— le robará sentido e importancia al mundo construido por su mente.

Para darles un sustento concreto a estas afirmaciones, usaré mi propia experiencia como estudio de caso. Veamos, por ejemplo, los cinco últimos correos electrónicos que envié antes de comenzar a escribir el primer borrador de este capítulo. Escribo primero el título del correo y, enseguida, un resumen del contenido:

**Re: URGENTE calnewport Confirmación de registro de marca.** Este mensaje era una respuesta a un fraude muy común en el cual una compañía trata de convencer a los dueños de sitios web para que registren su dominio en China. Me tenía muy molesto que me inundaran de correo basura, así es que perdí la paciencia y les respondí (en un ejercicio fútil,

por supuesto) diciéndoles que su fraude sería más convincente si escribieran sin errores la palabra *website* en sus correos.

**Re: S R.** Este mensaje era una conversación con un miembro de mi familia sobre un artículo que leyó en *The Wall Street Journal*.

**Re: Nota importante.** Este correo era parte de una conversación sobre estrategias de inversión óptimas para la jubilación.

**Re: Fwd: Study Hacks.** Este correo (que lleva el título de mi blog) era parte de una conversación en la que yo buscaba coordinar una cita con una persona que iba a estar de paso en mi ciudad: una tarea complicada teniendo en cuenta el horario fragmentado del visitante.

**Re: Por simple curiosidad.** Este mensaje era parte de una conversación en la cual un colega y yo reaccionábamos a ciertos asuntos espinosos relacionados con las políticas en la oficina (de esas que son frecuentes y están llenas de clichés en los departamentos académicos).

Este tipo de correos nos dan una idea de las preocupaciones superficiales que distraen nuestra atención en un entorno laboral del conocimiento. Algunos de los asuntos tratados en estos correos son benignos, como hablar sobre un artículo interesante; otros son vagamente estresantes, como la conversación sobre las estrategias de ahorro para la jubilación (un tipo de conversación en la que casi siempre se concluye que usted *no* está haciendo lo correcto); otros son frustrantes, como cuando uno trata de fijar una cita cuando las agendas de las personas están bastante copadas, y otros son directamente negativos, como las respuestas airadas a los estafadores o las conversaciones donde prima la preocupación por causa de las políticas de la oficina.

Muchos trabajadores del conocimiento pasan buena parte del día laboral interactuando con otros en torno a estos asuntos superficiales. Aunque se necesite que estos trabajadores hagan tareas más profundas, el hábito de consultar con frecuencia la bandeja de entrada del correo hace que estos asuntos ocupen una parte principal de su atención. Gallagher nos enseña que esta es una manera insensata de pasar el día, pues la mente entenderá la vida laboral como un espacio dominado por el estrés, la irritación, la frustración y la trivialidad. En otras palabras, el mundo que representa su bandeja de entrada no es un lugar agradable para vivir.

Incluso si sus colegas son amables y sus interacciones con ellos son siempre positivas y optimistas, al permitir que su atención se desvíe hacia el paisaje seductor de lo superficial, usted corre el riesgo de caer en otra de las trampas neurológicas identificadas por Gallagher: «Cinco años de análisis

sobre la atención han servido para confirmar ciertas verdades caseras —cuenta Gallagher—. [Entre ellas encontramos la noción de que] “una mente ociosa es el taller del diablo”... Cuando usted pierde concentración, su mente tiende a fijarse en lo que no marcha bien en su vida y a pasar por alto lo que sí está bien»<sup>[14]</sup>. Desde una perspectiva neurológica, un día de trabajo que pasamos en función de lo superficial muy probablemente será un día agotador y perturbador, incluso si la mayoría de cosas superficiales que ocupan su atención parecen inofensivas o divertidas.

Las implicaciones de estos descubrimientos son claras. En el trabajo (y muy particularmente en el trabajo del conocimiento), aumentar el tiempo que pasamos en estado de profundidad equivale a sacar partido de la maquinaria compleja del cerebro humano, de tal forma que —por diversas razones neurológicas— se maximiza el sentido y la satisfacción asociados a la vida laboral. «Después de llevar a cabo mi duro experimento [con el cáncer]... tengo un plan para vivir el resto de mi vida —concluye Gallagher en su libro—. Escojo mis metas con cuidado... luego les dedico una total atención. En resumen; viviré una vida de concentración, porque es la mejor que existe»<sup>[15]</sup>. Nos convendría mucho seguir su ejemplo.

## Un argumento psicológico a favor de la profundidad

Nuestro segundo argumento para explicar por qué la profundidad genera sentido fue formulado por uno de los psicólogos más conocidos del mundo (y hay que decir que tal vez su apellido sea el que más se escribe con errores en el mundo), Mihaly Csikszentmihalyi. A comienzos de los años ochenta, Csikszentmihalyi, trabajando con Reed Larson, un joven colega de la Universidad de Chicago, inventó una nueva técnica para entender el impacto psicológico de los comportamientos cotidianos. En ese momento era difícil medir de manera precisa el impacto psicológico de diferentes actividades. Si se llevara a una persona a un laboratorio y se le pidiera que evoque cómo se sentía en un momento dado, muchas horas atrás, lo más probable es que no lo recuerde. Si, por el contrario, se le da un diario y se le pide registrar cómo se siente a todo lo largo del día, lo más probable es que no pueda llenarlo con diligencia: sería demasiado trabajo.

La idea de Csikszentmihalyi y de Larson consistía en sacar partido de una nueva tecnología (para la época), de tal manera que pudieran hacerle la pregunta al sujeto en el momento preciso en que era relevante . A cada sujeto

del experimento le dieron un bíper. Estos aparatos sonaban en intervalos escogidos al azar (en la actualidad, las aplicaciones de los teléfonos inteligentes cumplen una función similar). Cuando el bíper sonaba, los sujetos registraban lo que estaban haciendo en ese momento preciso y cómo se sentían. En algunos casos, se les daba un diario para que registraran esta información mientras que en otros casos se les daba un número de teléfono al que debían llamar para que un encuestador les hiciera unas preguntas. El bíper sonaba ocasionalmente pero era difícil ignorarlo, razón por la cual era muy probable que los sujetos hicieran todo el experimento. Como los sujetos registraban las respuestas sobre una actividad *en el momento mismo* en que la estaban desarrollando, las respuestas eran más precisas. Csikszentmihalyi y Larson le dieron a este sistema el nombre de «método de muestreo de experiencias» (MME)<sup>[16]</sup>. Gracias a él, se obtiene una perspectiva nunca antes vista sobre la manera como nos sentimos en un momento concreto de nuestra vida cotidiana.

Entre muchos aportes, el trabajo de Csikszentmihalyi con el MME contribuyó a validar una teoría que venía desarrollando desde un decenio atrás: «Por lo general, los mejores momentos ocurren cuando el cuerpo o la mente de una persona va al punto máximo de sus límites, en un esfuerzo voluntario por lograr algo difícil y que valga la pena»<sup>[17]</sup>. Csikszentmihalyi le da a dicho estado mental el nombre de *estado de flujo* (este psicólogo popularizó el término con la publicación, en 1990, del libro referenciado [*Flow*, en español *Fluir*]). Al mismo tiempo, este descubrimiento rebatió la sabiduría convencional. La mayoría de la gente suponía (y todavía hoy ocurre así) que la relajación es el camino a la felicidad. Queremos trabajar menos y pasar más tiempo en una hamaca. Sin embargo, los resultados de los experimentos de Csikszentmihalyi con el MME demuestran que la gente se equivoca:

Irónicamente, es más fácil disfrutar el trabajo que el tiempo libre, porque —como ocurre en las actividades donde hay estado de flujo— el trabajo implica metas, reglas y retos. Todo ello contribuye a que uno se involucre en el trabajo, se concentre en él y se deje llevar. El tiempo libre, en cambio, es desestructurado y se requiere un mayor esfuerzo para darle una forma que nos produzca satisfacción<sup>[18]</sup>.

Al hacer mediciones empíricas, constatamos que las personas están más felices en el trabajo y menos felices cuando están relajadas. Como lo confirma el MME, cuantas más experiencias de estado de flujo ocurren en una semana dada, mayor es la satisfacción en la vida de un sujeto. Al parecer, los seres

humanos se sienten mejor cuando están inmersos en una actividad que representa un desafío.

Por supuesto que hay un traslapo entre la teoría del flujo y las ideas de Gallagher que resaltábamos en la sección anterior. Ambas apuntan a la importancia de la profundidad por encima de la superficialidad, pero dan explicaciones diferentes sobre esta importancia. Gallagher afirma que el *contenido* de aquello en lo cual nos concentraremos es crucial. Si prestamos una atención profunda a cosas importantes y, por ende, ignoramos cosas negativas superficiales, tendremos una experiencia más positiva e importante de nuestra vida laboral. La teoría del flujo de Csikszentmihalyi, por el contrario, no se pronuncia respecto al contenido de nuestra atención. Aunque este psicólogo quizás estaría de acuerdo con la investigación citada por Gallagher, su teoría indica que la sensación de hacer algo de manera profunda es gratificante *en sí misma*. A nuestra mente le gusta el reto, independientemente del tema.

---

La conexión entre trabajar a fondo y el estado de flujo es clara: el trabajo profundo es una actividad apropiada para generar un estado de flujo (las frases que usa Csikszentmihalyi para explicar la generación del estado de flujo incluyen nociones tales como estirar los límites de la mente, concentrarse y perderse en una actividad, todas las cuales se encuentran en trabajar a fondo). Como hemos visto, el estado de flujo genera felicidad. La combinación de estas dos ideas constituye un poderoso argumento psicológico a favor del trabajo profundo. Varias décadas de investigaciones derivadas de los experimentos originales de Csikszentmihalyi relacionados con el MME confirman que el acto de hacer trabajo profundo ordena la conciencia de una manera que hace que la vida valga la pena. Csikszentmihalyi incluso afirma que las compañías modernas deben dar cabida a esta realidad, y sugiere que «se deben rediseñar los trabajos de tal forma que se acerquen lo más posible a las actividades donde se genera estado de flujo»<sup>[19]</sup>. No obstante, siendo consciente de que un rediseño de este tipo sería difícil y perturbador, Csikszentmihalyi explica que es incluso más importante que el *individuo* aprenda a buscar oportunidades para fluir. En último término, esta es la lección más destacada de nuestra breve incursión en el mundo de la psicología experimental: Crear nuestra propia vida laboral en torno a la experiencia del estado de flujo producida por trabajar a fondo es el camino para obtener una satisfacción profunda.

## Un argumento filosófico a favor de la profundidad

Nuestro argumento final a favor de la conexión entre la profundidad y el sentido exige que nos distanciemos de los mundos concretos de la neurociencia y la psicología, y adoptemos una perspectiva filosófica. Para llevar a cabo esta reflexión, acudiré a dos académicos que conocen bien este tema: Hubert Dreyfus, quien fue profesor de filosofía en Berkeley durante más de cuarenta años, y Sean Dorrance Kelly, quien se desempeñaba como director del Departamento de Filosofía de Harvard en el momento en que yo escribí este libro. En el 2011, Dreyfus y Kelly publicaron un libro titulado *All That Is Shining*, que explora la forma como las nociones de la sacralidad y el sentido han evolucionado a lo largo de la historia de la cultura humana. Los autores se proponen reconstruir esta historia porque les preocupa el punto al que hemos llegado en la época actual. «El mundo era, en sus diversas formas, un mundo de cosas sagradas y brillantes —explican Dreyfus y Kelly al principio del libro—. Ahora, las cosas brillantes parecen lejanas»<sup>[20]</sup>.

¿Qué ocurrió entre ese momento y nuestros días? La respuesta corta es, según los autores, Descartes. A partir del escepticismo de Descartes surgió la creencia radical de que el individuo que buscaba la certeza era alguien que se adscribía a un Dios o un rey del cual emana la verdad. Por supuesto que la Ilustración que vino a continuación dio paso al concepto de los derechos humanos y liberó a muchos de la opresión. Sin embargo, como destacan Dreyfus y Kelly, a pesar de todas sus bondades en el ámbito político, en el campo metafísico esta forma de pensar dejó al mundo desprovisto del orden y la sacralidad esenciales para producir sentido. En el mundo posterior a la Ilustración nos impusimos la tarea de identificar qué tiene sentido y qué carece de él, un ejercicio que puede parecer arbitrario e inducir un nihilismo insidioso. «La aclamación metafísica del individuo autónomo que propició la Ilustración no solo conduce a una vida aburrida —manifiestan con preocupación Dreyfus y Kelly—; lleva de manera prácticamente inevitable a una vida casi invivible»<sup>[21]</sup>.

A primera vista, este problema puede parecer alejado la búsqueda relacionada con la satisfacción que se deriva de la profundidad, pero cuando miramos la solución de Dreyfus y Kelly, descubrimos nuevas perspectivas sobre las fuentes de sentido en las actividades profesionales. Esta conexión parece menos sorprendente cuando sabemos que la respuesta de ambos al nihilismo moderno se basa en el mismo asunto con el que abrimos este capítulo: la habilidad del artesano.

Según sostienen Dreyfus y Kelly en la conclusión de su libro, el arte de los oficios tradicionales es la clave para reabrir un sentido de la sacralidad de una manera responsable. Para ilustrar esta afirmación, utilizan como ejemplo el relato de un artesano fabricante de ruedas de carroaje. «Como cada pedazo de madera es diferente, tiene su propia personalidad —escriben después de un pasaje donde detallan el arte de la fabricación de estas ruedas—. El carretero tiene una relación íntima con la madera con la que trabaja. Debe cultivar y cuidar sus virtudes sutiles»<sup>[22]</sup>. El artesano, al apreciar las «virtudes sutiles» del medio con el que trabaja, tiene en sus manos un elemento crucial en el mundo posterior a la Ilustración: una fuente de sentido que se sitúa por fuera del individuo. El carretero no decide arbitrariamente cuáles virtudes de la madera con la que trabaja son valiosas y cuáles no; este valor es inherente a la madera y a la labor que esta debe llevar a cabo.

Como explican Dreyfus y Kelly, dicha sacralidad suele estar presente en la habilidad del artesano. El trabajo de este, concluyen, «no es *generar* un sentido, sino *cultivar* la capacidad para *discernir* los sentidos que ya están allí»<sup>[23]</sup>. Esto libera al artesano del nihilismo propio del individualismo autónomo, a través de un mundo de sentido donde hay orden. Al mismo tiempo, este sentido parece más sensato que las fuentes citadas en épocas pasadas. En efecto, según dan a entender los autores, el fabricante de ruedas de carroaje no puede usar la calidad inherente de un pedazo de pino para justificar una monarquía despótica.

---

Regresando al asunto de la satisfacción profesional, la interpretación que hacen Dreyfus y Kelly del arte de los oficios tradicionales como un camino para encontrar sentido permite comprender por qué el trabajo de personas como Ric Furrer nos llama la atención a tantas personas. Como podrían perfectamente afirmar estos filósofos, la cara de satisfacción de Furrer en su trabajo, al extraer arte de un metal tosco, expresa el aprecio por una realidad escurridiza y valiosa en la modernidad: un vistazo de lo sagrado.

Una vez que la hemos comprendido, podemos conectar esta sacralidad inherente a las artes de los oficios tradicionales con el universo del trabajo del conocimiento. Para ello, debemos hacer primero dos observaciones. La primera quizás parezca obvia, pero vale la pena insistir en ella: no hay nada intrínseco acerca de los oficios *manuales* tradicionales en lo que respecta a la creación de esa fuente particular de sentido. Cualquier ocupación —ya sea física o cognitiva— que requiera altos niveles de destreza puede también generar un sentido de la sacralidad.

Para elaborar este punto, pasemos de los ejemplos anticuados de los carreteros o los herreros al ejemplo moderno de la programación de computadores. Analicemos la siguiente cita del genio de la escritura de código, Santiago González, donde le describe su trabajo a un entrevistador:

Un código hermoso es corto y conciso. Si uno le mostrara ese código a otro programador, él diría: «Qué código tan bien escrito». Es como escribir un poema<sup>[24]</sup>.

González habla sobre la programación de computadores en términos similares a los que usan los artesanos de la madera para referirse a su oficio, en los pasajes citados por Dreyfus y Kelly.

En el libro *The Pragmatic Programmer*, que goza de muy buena reputación en el ámbito de la programación de computadores, vemos esta conexión entre la escritura de código y el arte de los oficios tradicionales. En el prefacio se cita el credo del picapedrero medieval: «Nosotros, cuyo oficio es cortar simples piedras, debemos tener siempre en mente las catedrales»<sup>[25]</sup>. El libro afirma que los programadores de computadores deben ver su trabajo de la misma manera:

Dentro de la estructura general de un proyecto, siempre hay espacio para la individualidad y la destreza. Dentro de cien años, nuestra ingeniería parecerá tan arcaica como las técnicas de construcción de las catedrales medievales a la luz de la ingeniería civil contemporánea, pero nuestra destreza seguirá siendo tan admirable<sup>[26]</sup>.

En otras palabras, no es necesario que usted se dedique a labores que requieran esfuerzos similares a los del herrero en su taller para generar el sentido que mencionan Dreyfus y Kelly. Encontramos un potencial similar de destreza en la mayoría de los trabajos cualificados de la economía de la información. Ya sea que usted se desempeñe como escritor, especialista en mercadeo, consultor o abogado, su trabajo es un arte; si usted pule sus habilidades y las aplica con respeto y cuidado, podrá, como el carretero diestro, generar sentido en los esfuerzos cotidianos de su vida profesional.

En este punto, algunas personas podrían argüir que su tipo específico de trabajo del conocimiento no se puede convertir en una fuente de sentido porque es demasiado insustancial. Sin embargo, esta es una forma errada de pensar, que nuestra visión del arte de los oficios tradicionales puede contribuir a corregir. En nuestra cultura actual le damos mucha importancia al contenido específico del trabajo. Nuestra obsesión con la consigna «Haz lo que más te apasione» (que es el tema de mi libro anterior) es motivada por la idea (errada) de que lo más importante para la satisfacción profesional son los elementos específicos del trabajo que uno escoja. Según esta perspectiva, habría algunos trabajos excelentes, que podrían ser fuente de satisfacción — tal

vez trabajar para una organización sin ánimo de lucro o fundar una compañía de *software*— mientras que los demás serían sosos y carecerían de encanto. La filosofía de Dreyfus y Kelly nos libera de esas trampas. Los artesanos que ellos citan no tienen trabajos excelsos. A lo largo de buena parte de la historia de la humanidad, los oficios de herrero y de carretero no fueron glamurosos. Sin embargo, eso no importa, pues los aspectos específicos del trabajo son irrelevantes. El sentido que se encuentra a través de esos esfuerzos se debe a la habilidad y la apreciación inherentes al arte de los oficios tradicionales y no a los resultados del trabajo.

La segunda observación clave sobre este argumento es que cultivar las destrezas constituye necesariamente una tarea profunda y, por lo tanto, requiere un sólido compromiso con trabajar a fondo. (Recordemos que en el primer capítulo afirmé que trabajar a fondo es necesario para afinar las destrezas y para aplicarlas posteriormente a un nivel superior). Por lo tanto, trabajar a fondo es esencial para obtener una fuente de sentido, de la manera descrita por Dreyfus y Kelly. De allí se desprende que asumir el trabajo profundo en nuestra profesión y orientarlo hacia el cultivo de las destrezas es un esfuerzo que puede transformar un trabajo en el área del conocimiento, de tal manera que deje de ser una obligación agotadora y llena de distracciones y se convierta en algo satisfactorio: la puerta de entrada a un mundo lleno de cosas luminosas y extraordinarias.

## ***Homo sapiens profundis***

Los dos primeros capítulos de la primera parte eran pragmáticos. En ellos afirmábamos que trabajar a fondo es cada vez más valioso en nuestra economía, pero que, al mismo tiempo, es cada vez más escaso (por razones más bien arbitrarias). Esto representa una clásica incongruencia del mercado: si usted cultiva esta destreza, prosperará profesionalmente.

En contraste, este capítulo final tiene poco que agregar a la discusión práctica sobre el progreso laboral y, *sin embargo*, es absolutamente necesario para que estas primeras ideas adquieran fuerza. En las páginas que siguen describo un programa riguroso para transformar su vida profesional de tal forma que se centre en la profundidad. Se trata de una transición difícil y, como ocurre con muchos esfuerzos de este tipo, unos argumentos razonados y pragmáticos pueden motivar al lector solo hasta cierto punto. En último término, la meta que usted se propone debe estar en consonancia con sus

intereses más humanos. En ese capítulo sostengo que, para asumir la profundidad, es inevitable dicha consonancia. Ya sea que usted asuma la actividad del trabajo profundo desde la perspectiva de la neurociencia, la psicología o la elevada filosofía, todos estos caminos implican una conexión entre la profundidad y el sentido. Es como si nuestra especie hubiera evolucionado hacia un punto en el que prospera en la profundidad y se estanca en la superficialidad, y se hubiera convertido en algo que podríamos llamar *Homo sapiens profundis*.

Anteriormente cité a Winifred Gallagher, la nueva discípula de la profundidad, y ahora la cito de nuevo: «Viviré una vida de concentración, porque es la mejor que existe»<sup>[27]</sup>. Creo que esta es la manera más apropiada de resumir el argumento de este capítulo en la primera parte: una vida profunda es una buena vida, comoquiera que se la mire.

SEGUNDA PARTE

## LAS REGLAS

---

## REGLA # 1

# TRABAJAR PROFUNDAMENTE

Poco después de encontrarme con David Dewane para tornarnos un trago en un bar de Dupont Circle, empezamos a hablar de la *máquina de la eu demonía*. Dewane es profesor de arquitectura y le gusta explorar la intersección entre lo conceptual y lo concreto. La máquina de la eu demonía es un buen ejemplo de esta intersección. La máquina (que toma su nombre del término griego *eudaimonia*, usado para designar un estado en el que alcanzamos la totalidad de nuestro potencial humano) es, en realidad, un edificio. «El objetivo de la máquina —me explicó David— es crear un entorno donde los usuarios pueden entrar en un estado de profunda realización humana, donde se trabaja llevando al límite máximo las capacidades personales». En otras palabras, es un espacio diseñado para el fin único de llevar a cabo el trabajo más profundo posible. Como podrá imaginarse usted, el tema me llamó muchísimo la atención.

Para explicarme cómo funciona la máquina, Dewane tomó un bolígrafo e hizo un bosquejo del plano. La estructura es un rectángulo estrecho de un solo piso que consta de cinco habitaciones, ubicadas en fila, una enseguida de la otra. No hay pasillos compartidos: para llegar a la siguiente habitación hay que pasar por en medio de la anterior. Como explica Dewane, «[la ausencia de circulación] es crucial, porque no le permite a uno pasar de largo por alguno de los espacios en el proceso de ir profundizando en la máquina».

La primera habitación a la que se entra directamente desde la calle recibe el nombre de «galería». Según el plano de Dewane, esta habitación debe contener muestras de trabajo profundo producido en el edificio. Su propósito es inspirar a los usuarios de la máquina mediante la creación de «una cultura de sano estrés y de presión social».

Después de la galería viene el salón. Allí, Dewane imagina un lugar donde los usuarios tengan acceso a un café de excelente calidad y quizás, incluso, a un bar. También hay sillones y wifi. El salón está diseñado para crear un estado de ánimo que «oscila entre la curiosidad intensa y la argumentación»

.

Es un lugar para debatir, para cocinar ideas y, en general, para trabajar en aquellas que el usuario desarrollará con más profundidad en la máquina.

Al salir del salón se entra en la biblioteca. En esta habitación se conserva un registro permanente de todas las obras producidas en la máquina, así como libros y otros recursos usados en la obra. Hay fotocopiadoras y escáneres para recolectar la información necesaria para el proyecto. Dewane describe la biblioteca como «el disco duro de la máquina».

La siguiente habitación es un espacio de oficinas. En ella hay un salón de conferencias común y corriente con un tablero y cubículos provistos de escritorios. «La oficina —explica Dewane— es para una actividad de baja intensidad». Para usar mi terminología, este es el espacio donde se llevan a cabo los esfuerzos superficiales necesarios para el proyecto. Dewane imagina que allí se podría ubicar a un administrador con un escritorio, que pueda ayudar a los usuarios a mejorar sus hábitos de trabajo para optimizar su eficiencia.

La última habitación de la máquina es un conjunto de lo que Dewane llama «cámaras para trabajar a fondo» (él adoptó el término «trabajar a fondo» tras la lectura de mis artículos sobre el tema). Cada cámara debe tener una dimensión de 1,8 por 3 metros; de otro lado, cada una de ellas estará protegida por paredes a prueba de ruidos. (Según el plan de Dewane, deben tener 45 centímetros de espesor). «El objetivo de las cámaras de trabajo profundo es permitirle a la persona tener una concentración total y un flujo de trabajo ininterrumpido», según explica Dewane. El arquitecto se imagina un proceso en el cual uno pasa noventa minutos dentro, se toma una pausa de noventa minutos y repite la misma operación dos o tres veces. En ese momento, el cerebro de la persona habrá llegado a su límite de concentración para ese día.

Por ahora, la máquina de la eudemonía solo es un conjunto de planos arquitectónicos, pero, incluso bajo esta forma, a Dewane le entusiasma su potencial para el trabajo profundo. «Me parece que [este diseño] es la mejor idea arquitectónica que he producido», me dijo.

---

En un mundo ideal —en el que se acepta y se celebra el verdadero valor de trabajar a fondo— todos tendríamos acceso a algo similar a la máquina de la eudemonía. Tal vez no con el diseño exacto de David Dewane, pero sí, de una manera general, con un entorno (y una cultura) laboral diseñados para extraer la mayor cantidad de valor posible de nuestro cerebro. Por desgracia, este sueño está muy lejos de nuestra realidad actual: nos encontramos en unas

oficinas abiertas, muy propicias para la distracción, nos vemos bombardeados por los correos electrónicos y debemos asistir a incisantes reuniones. En nuestro medio laboral actual, los colegas buscan que les respondamos rápidamente su último correo electrónico en lugar de esperar a que produzcamos los mejores resultados posibles. Dicho de otro modo, como lector de este libro usted es un discípulo de la profundidad en un mundo superficial.

Esta regla —la primera de cuatro que presento en la segunda parte del libro— aspira a reducir ese conflicto. Puede que usted no tenga acceso a su propia máquina de la eudemonía, pero las estrategias que veremos a continuación le ayudarán a simular sus efectos en medio de una vida profesional llena de distracciones. Estas estrategias le mostrarán cómo transformarse de tal manera que el trabajo profundo se convierta en una parte habitual y fundamental de su horario cotidiano. (Las reglas 2, 3 y 4 le ayudarán a sacar el mayor partido de este hábito de trabajar a fondo mediante tácticas para entrenar su capacidad para la concentración y para luchar contra las distracciones).

Sin embargo, antes de pasar a las estrategias, quisiera tratar un asunto que quizás a usted le ronde la cabeza: ¿Por qué necesitamos poner tanta energía en este empeño? En otras palabras, ¿por qué, una vez que hemos aceptado que el trabajo profundo es valioso, no basta simplemente con dedicarse a él? ¿En verdad necesitamos cosas tan complicadas como la máquina de la eudemonía (o algún equivalente) para algo tan sencillo como recordar que debemos concentrarnos con mayor frecuencia?

Infortunadamente, a la hora de reemplazar la distracción por la concentración, las cosas no son tan sencillas. Para comprender por qué, veamos más de cerca uno de los principales obstáculos para la profundidad: la necesidad de dirigir nuestra atención hacia algo más superficial. Casi todos reconocemos que esta necesidad puede complicar nuestros esfuerzos por concentrarnos en cosas difíciles, pero casi nadie sabe lo fuerte e insistente que es.

Consideremos un estudio llevado a cabo en el 2012 por los psicólogos Wilhelm Hofmann y Roy Baumeister<sup>[1]</sup>, en el cual se dotó con un bíper a cada miembro de un grupo de 205 adultos alemanes. Estos aparatos se activaban en momentos escogidos al azar. (Es el mismo experimento que mencionamos en la primera parte). Cuando el bíper sonaba, se le pedía al sujeto que hiciera una pausa para pensar qué deseos estaba experimentando en el momento o qué había sentido en los treinta minutos previos, y luego se le pedía que

respondiera unas preguntas sobre estos deseos. Al cabo de una semana, los investigadores habían recolectado más de 7500 muestras . Resumiré sus hallazgos en una breve frase: *La gente lucha contra sus deseos todo el día*. Así lo expresó Baumeister en *Willpower* , un libro que escribió tras el experimento y a cuatro manos con el escritor de temas científicos John Tierney , y cuyo título significa «fuerza de voluntad »: «El deseo era la norma y no la excepción»[2].

Los cinco deseos más comunes contra los cuales luchaban estos sujetos incluyen, como era de esperarse, comer, dormir y tener sexo. Sin embargo, en la lista también encontramos deseos de «hacer una pausa en el trabajo [duro ], revisar el correo electrónico y las redes sociales , navegar por Internet , escuchar música o ver televisión»[3]. Las tentaciones de Internet y televisión eran particularmente fuertes: los sujetos lograban resistir estas distracciones tan adictivas solo la mitad de las veces.

Estos resultados no son los más deseables si tenemos en mente la meta de cultivar el hábito de trabajar a fondo, pues significan que estamos bajo el bombardeo permanente del deseo de hacer cualquier cosa diferente del trabajo profundo a lo largo del día. Si usted es como los sujetos del estudio de Hofmann y Baumeister , estos deseos muchas veces ganarán la partida. Es posible que, en este punto, usted piense que no le ocurrirá lo mismo que a ellos, pues usted sí entiende la importancia de la profundidad y, por lo tanto , será más riguroso en su determinación de mantenerse concentrado . Se trata de un noble sentimiento, pero muchas décadas de investigación previa ponen de manifiesto su futilidad. Una línea de investigación que se ha vuelto muy importante , y que se inició con una serie de artículos académicos también escritos por Baumeister, ha logrado establecer la siguiente verdad (inesperada por entonces) respecto de la fuerza de voluntad: *Disponemos de una cantidad finita de fuerza de voluntad que disminuye a medida que la usamos*.

En otras palabras , la voluntad no es una manifestación del carácter, no es un recurso que se pueda desplegar de manera ilimitada ; funciona , más bien , como un músculo , que se cansa . Por esta razón a los sujetos del estudio de Hofmann y Baumeister les costaba tanto luchar contra sus deseos. Al cabo del tiempo, estas distracciones agotaban sus reservas finitas de fuerza de voluntad hasta el punto de que ya no podían seguir resistiendo. Lo mismo le ocurrirá a usted, sin importar cuáles sean sus intenciones ... a menos que maneje sus hábitos de manera inteligente.

¿Cuál es la idea motivadora que sustenta las estrategias que veremos a continuación? La clave para desarrollar un hábito de trabajar a fondo es ir más

allá de las buenas intenciones y crear *rutinas* y *rituales* en la vida laboral, diseñados para minimizar la cantidad de fuerza de voluntad que uno debe usar para hacer la transición y mantenerse en un estado de concentración ininterrumpida. Si usted decide, por ejemplo, en medio de una tarde en la que ha estado distraído navegando en Internet, fijar su atención en una tarea exigente desde el punto de vista cognitivo, tendrá que sacar grandes reservas de su fuerza de voluntad finita para alejarse del atractivo de Internet. Como supondrá usted, estos intentos fracasarán en repetidas ocasiones. Si, por el contrario, usted pone en práctica unas rutinas y rituales (como, por ejemplo, escoger una hora y un lugar tranquilos para hacer su trabajo profundo en las tardes), necesitará menos fuerza de voluntad para empezar y para no interrumpir. En el largo plazo, usted logrará llevar a cabo esos esfuerzos profundos con más frecuencia.

A la luz de lo anterior, las seis estrategias que presentamos a continuación se pueden considerar como un arsenal de rutinas y rituales diseñados teniendo en cuenta que la fuerza de voluntad es limitada, con el fin de maximizar la cantidad de trabajo profundo que usted puede hacer en su programación cotidiana. Entre otras cosas, estas estrategias le exigirán comprometerse con un patrón específico para programar su trabajo profundo, así como desarrollar rituales para poner a punto su concentración antes de comenzar cada sesión. Algunas de estas estrategias hacen uso de un sencillo método heurístico para acaparar el centro de motivación de su cerebro, en tanto que otras están diseñadas para recargar, de la manera más rápida posible, sus provisiones de fuerza de voluntad.

Usted podría limitarse a intentar hacer del trabajo profundo una prioridad. Sin embargo, respaldar esa decisión con las estrategias que propongo (o con estrategias inventadas por usted mismo, motivadas por los mismos principios) aumentará significativamente la probabilidad de que usted convierta el trabajo profundo en una parte crucial de su vida profesional.

## ¿Cuál es su filosofía de la profundidad?

El afamado científico informático Donald Knuth tiene en alta consideración el trabajo profundo. Como explica en su sitio web, «para hacer lo que yo hago se requieren largas horas de estudio y de concentración ininterrumpida»<sup>[4]</sup>. Un candidato al doctorado llamado Brian Chappell, padre de familia y empleado a tiempo completo, también valora el trabajo profundo,

pues es la única manera que tiene para avanzar en su tesis, dadas sus limitaciones de tiempo. Chappell me contó que su primer encuentro con la ideal de trabajo profundo había sido «un momento emocional».

Menciono este par de ejemplos porque, aunque Knuth y Chappell están de acuerdo con respecto a la importancia de la profundidad, difieren en las *filosofías* mediante las cuales integran la profundidad a su vida laboral. En la siguiente sección mostraré cómo Knuth pone en práctica una especie de enfoque monástico que prioriza trabajar a fondo y trata de eliminar o minimizar los demás tipos de trabajo. Chappell, por su parte, hace uso de una estrategia rítmica, según la cual hace trabajo profundo a la misma hora (de cinco a siete y media de la mañana), todos los días entre semana, sin excepción, antes de comenzar su día laboral, lleno de ocasiones propicias para la distracción. Ambos enfoques funcionan, pero no de manera universal. La manera de proceder de Knuth puede ser buena para una persona cuya principal obligación profesional sea concebir grandes ideas, pero si Chappell adoptara el sistema de rechazar todo lo que sea superficial, lo más probable es que perdería su trabajo.

Usted necesita una filosofía propia para integrar el trabajo profundo a su vida profesional. (En la introducción a esta regla, decía que tratar de programar el trabajo profundo de una manera que no sea constante resulta ineficaz para manejar las reservas limitadas de fuerza de voluntad). Ahora bien, este ejemplo apela a nuestra discreción: usted debe ser sensato a la hora de escoger una filosofía que se adapte a sus circunstancias específicas, pues un desacuerdo en ese sentido podría echar por la borda los hábitos laborales para trabajar a fondo antes de que estos lleguen a consolidarse. Esta estrategia le ayudará a evitar sinsabores. A continuación, veremos cuatro filosofías diferentes sobre la profundidad, para integrar el trabajo profundo a la programación diaria. Vale la pena que usted se tome el tiempo de ver qué manera de proceder es la que más le conviene.

## ***La filosofía monástica de la programación del trabajo profundo***

Volvamos a Donald Knuth. Son muy conocidas sus innovaciones en la ciencia informática, entre las que se incluye, con notoriedad, el desarrollo de una rigurosa técnica para analizar el desempeño de los algoritmos. Sin embargo, entre sus colegas, Knuth también tiene mala reputación por su manera de concebir las comunicaciones electrónicas . Si usted va al sitio web

de Knuth en Stanford, con la intención de encontrar su dirección de correo electrónico, lo que verá es la siguiente nota:

Soy un hombre feliz desde el 1.<sup>º</sup> de enero de 1990, fecha en la cual dejé de tener dirección de correo electrónico. Lo había usado desde 1975, y me parece que quince años de correo electrónico es más que suficiente en la vida. El correo electrónico es una herramienta maravillosa para las personas que necesitan estar encima de todo. Pero no para mí. Mi papel consiste en estar debajo de las cosas. Para hacer lo que yo hago se requieren largas horas de estudio y de concentración ininterrumpida<sup>[5]</sup>.

Knuth explica que no es su intención cortar del todo sus lazos con el mundo exterior. Anota que la escritura de sus libros le exige comunicarse con miles de personas y que le interesa responder sus preguntas y comentarios. ¿Cuál es su solución? Poner una *dirección postal*. Dice que su asistente administrativa lee las cartas que llegan a esa dirección y hace a un lado las que considera relevantes. Si el asunto es urgente, se lo hace saber a Knuth, y todo lo demás queda para que él lo trabaje en conjunto, cada tres meses, más o menos.

Knuth pone en práctica lo que yo llamo una *filosofía monástica* del trabajo profundo. Esta filosofía busca maximizar la profundidad mediante la eliminación o la reducción drástica de las obligaciones superficiales. Los adeptos de la filosofía profunda suelen tener una meta profesional bien definida y altamente valorada, y el grueso de su éxito profesional proviene de hacer ese oficio específico excepcionalmente bien. Esta claridad les permite eliminar la mayor parte de las preocupaciones superficiales que tienden a enredar la vida laboral de las personas cuya propuesta de valor es más variada.

Knuth define su meta profesional de la siguiente manera: «Trato de aprender todo lo que pueda sobre ciertas áreas de la ciencia informática; luego trato de condensar esos conocimientos de tal forma que sean accesibles para las personas que no tienen tiempo para estudiar todo eso». Tratar de convencer a Knuth de las ventajas intangibles que se pueden obtener al crear un grupo de seguidores en Twitter, o sobre las oportunidades inesperadas que podrían provenir de un uso más liberal del correo electrónico, será un intento fallido, pues dichas conductas no sirven para alcanzar directamente su meta de adquirir conocimientos exhaustivos sobre la ciencia informática y luego escribir sobre ellos de una forma accesible.

Otra persona comprometida con el trabajo profundo de tipo monástico es el aclamado escritor de ciencia ficción Neal Stephenson. Si usted visita el sitio web de Stephenson, verá que no hay ninguna dirección de correo electrónico o postal. Podemos entender el porqué de esta omisión al leer un

par de ensayos que Stephenson publicó en su anterior sitio web (en el servidor de The Well), a comienzos de la década del 2000, que se conserva en el Internet Archive. En uno de esos ensayos, archivado en el 2003, Stephenson resume así su política de comunicaciones:

A las personas que deseen interrumpir mi concentración les pido amablemente abstenerse de hacerlo. También les advierto que no contesto correos electrónicos [...]. Para que el mensaje clave de [mi política de comunicaciones] no se pierda en palabrería, lo formularé de manera sucinta, así: Todo mi tiempo y atención ya están comprometidos, desde hace tiempo. Por favor, no insista<sup>[6]</sup>.

Para ampliar la justificación de esta política, Stephenson escribió un ensayo titulado «Why I Am a Bad Correspondent» [«Por qué soy un mal corresponsal»]. El punto central que sustenta esta inaccesibilidad es la siguiente decisión:

Para decirlo en otras palabras, la ecuación de la productividad no es lineal. Esto explica por qué soy un mal corresponsal y por qué casi nunca acepto invitaciones a dar conferencias. Si organizo mi vida de tal manera que pueda disponer de porciones de tiempo largas y consecutivas, puedo escribir novelas. Sin embargo, si esas porciones están separadas y fragmentadas, mi productividad como novelista se reduce de manera drástica<sup>[7]</sup>.

Stephenson identifica dos opciones mutuamente excluyentes: puede escribir buenas novelas a un ritmo constante o puede contestar montones de correos electrónicos y dar conferencias, con lo cual podría escribir novelas de baja calidad a un ritmo mucho más lento. Él escogió la primera opción, y esta decisión implica que debe evitar la mayor cantidad de fuentes de trabajo superficial en su vida profesional. (Este asunto es tan importante para Stephenson que decidió estudiar sus repercusiones —tanto positivas como negativas— en su novela de ciencia ficción *Anathem*<sup>[8]</sup>, en donde describe un mundo donde una élite intelectual vive en órdenes monásticas, aislada de las masas y la tecnología distractora, dedicada a producir pensamientos profundos).

Según mi experiencia, la filosofía monástica hace que muchos trabajadores del conocimiento se pongan a la defensiva. Sospecho que la claridad que sus adeptos tienen respecto al valor que le aportan al mundo toca una fibra sensible de aquellos cuya contribución a la economía de la información es más compleja. Note usted que al decir «más compleja» no quiero decir «inferior». Un alto ejecutivo, por ejemplo, puede desempeñar un papel vital en el funcionamiento de una compañía de miles de millones de dólares, aunque no pueda señalar a su favor una medida precisa como una novela acabada y decir: «Esto es lo que produce este año». Por lo tanto, el número de individuos a los que puede funcionarles bien la filosofía monástica

es limitado, y no hay nada de malo en ello. Si usted no pertenece a este grupo, no debe sentir mucha envidia ante la radical sencillez de la propuesta. Por otra parte, si usted pertenece a ese grupo (usted es una persona cuya contribución al mundo es medible de manera precisa, clara e individualizada<sup>[\*]</sup>), entonces debe pensar en serio en esta filosofía, ya que puede ser el factor decisivo entre una carrera promedio y una destacada.

## ***La filosofía bimodal de la programación del trabajo profundo***

Al comienzo de este libro relaté una historia sobre el revolucionario psicólogo y pensador Cari Jung. En los años veinte, por la época en que Jung buscaba separarse del pensamiento restringido de su mentor, Sigmund Freud, el psicólogo suizo comenzó a hacer retiros habituales en una rústica casa de piedra que construyó en los bosques a las afueras del pueblo de Bollingen. Estando allí, Jung se encerraba todas las mañanas a escribir sin interrupción en un cuarto que apenas si disponía de lo necesario. Luego meditaba e iba a dar una caminata por el bosque, para preparar su mente para la jornada de escritura del día siguiente. El propósito de estos esfuerzos de Jung era aumentar la intensidad de su trabajo profundo, de tal manera que pudiera llegar a un nivel que le permitiera tener éxito en su combate intelectual contra Freud y sus seguidores.

Recordar esta historia nos permite destacar algunos puntos importantes: Jung *no* tenía un enfoque monástico en su manera de abordar el trabajo profundo. Donald Knuth y Neal Stephenson, nuestros ejemplos anteriores, se esforzaban por eliminar completamente las distracciones y la superficialidad de su vida profesional. Jung, en cambio, buscaba esta eliminación solo durante los períodos de retiro. El resto del tiempo lo pasaba en Zúrich, donde su vida no era en absoluto monástica: atendía un consultorio en el que veía pacientes hasta tarde en la noche; era un participante activo de la vida cultural de los cafés zuriqueses; dictaba y escuchaba conferencias en las reputadas universidades de la ciudad. (Dicho sea de paso, Einstein se doctoró en una universidad de Zúrich y más adelante fue profesor en otra. Como nota interesante, conoció a Jung y los dos compartieron muchas cenas en las que conversaron sobre algunas de las ideas clave de la teoría especial de la relatividad de Einstein). En otras palabras, la vida de Jung en Zúrich es similar en muchos sentidos al arquetipo moderno del trabajador del conocimiento de la era digital superconectada: si reemplazamos la palabra

«Zúrich» por «San Francisco» y «carta» por «trino», perfectamente podríamos estar hablando de un famoso director ejecutivo de la industria informática.

La manera de proceder de Jung es lo que yo llamo *filosofía bimodal* del trabajo profundo. En esta modalidad, el trabajador divide su tiempo de tal forma que dedica porciones claramente definidas a labores profundas y el resto queda para lo demás. Durante el período de trabajo profundo, el trabajador bimodal actúa monásticamente, buscando una concentración intensa e ininterrumpida. Durante el tiempo superficial, no se prioriza la concentración. Esta división del tiempo entre lo profundo y lo abierto puede darse en múltiples escalas. Por ejemplo, en la escala de una semana, usted puede dedicarle un fin de semana largo a la profundidad y el resto al tiempo abierto. De manera similar, en la escala de un año, usted puede dedicarle un trimestre a la mayoría de las labores que requieren profundidad (como lo hacen muchos académicos durante el verano o durante su año sabático).

La filosofía bimodal considera que el trabajo profundo puede generar una alta productividad, *pero solo si* el sujeto le dedica el tiempo suficiente a esta labor para llegar a una intensidad cognitiva máxima: ese es el estado en el que se producen los verdaderos avances. Según esta filosofía, la unidad mínima de tiempo para el trabajo profundo tiende a ser, por lo menos, un día entero. Para los adeptos de esta modalidad, separar unas cuantas horas por la mañana, por ejemplo, no es suficiente para lograr sus cometidos.

La filosofía bimodal es típica de las personas que no pueden triunfar si prescinden de los compromisos que implican ciertas tareas que no son profundas. Jung, por ejemplo, necesitaba su práctica clínica en el consultorio para pagar las cuentas, y la escena de la vida cultural de los cafés para estimular su pensamiento. La combinación de ambas estrategias permite atender dos frentes indispensables.

Encontramos un ejemplo contemporáneo de filosofía bimodal en Adam Grant, el profesor de la Escuela de Negocios de Wharton que mencionamos en la primera parte. Como recordará usted, el horario de Grant durante su rápido ascenso en el cuerpo profesoral de Wharton es un interesante caso de filosofía bimodal en acción. En la escala del año académico, ponía todos sus cursos en un semestre y luego le dedicaba el siguiente al trabajo profundo. Durante el semestre dedicado a la profundidad, aplicaba el enfoque bimodal en una escala mensual. Una o dos veces al mes le dedicaba un período de dos a cuatro días a una forma de trabajo completamente monástico. Cerraba la puerta de su oficina, ponía un mensaje de respuesta automática en el correo

electrónico y trabajaba en su investigación de manera ininterrumpida. Aparte de estos momentos de aislamiento, Grant estaba accesible. En cierto sentido, así debe ser: en su éxito de librerías del 2013, titulado *Give and Take*, el autor aboga por la práctica de dar a los demás tiempo y atención, sin esperar nada a cambio, como estrategia clave en el avance profesional.

Las personas que ponen en práctica la filosofía bimodal del trabajo profundo admiran la productividad de los monásticos, pero también valoran los resultados que obtienen gracias a los comportamientos superficiales en su vida laboral. Quizás el mayor obstáculo para implementar esta filosofía es que incluso para tener períodos cortos de trabajo profundo se requiere de una flexibilidad que muchos trabajadores no creen tener al alcance de la mano, dadas sus circunstancias. Si usted se siente incómodo nada más de pensar en no consultar el correo electrónico durante una hora, es comprensible que la idea de desaparecer durante todo un día le parezca imposible. No obstante, tengo la sospecha de que el sistema de trabajo bimodal es compatible con una cantidad de trabajos mayor de la que usted se imagina. Más atrás, por ejemplo, describí un estudio de la profesora Leslie Perlow, de la Escuela de Negocios de Harvard. En ese estudio, se le pidió a un grupo de consultores de gerencia desconectarse durante un día entero a la semana. Aunque los consultores temían que sus clientes se enojaran, nada de eso ocurrió. Los sujetos del estudio de Perlow descubrieron, lo mismo que Jung y Grant, que la gente suele respetar su derecho a no estar disponible, siempre y cuando esos períodos estén bien definidos y se le anuncie debidamente, y que usted vuelva a estar accesible cuando estos terminen.

## ***La filosofía rítmica de la programación del trabajo profundo***

En los primeros días del programa de televisión *Seinfeld*, el cómico Jerry Seinfeld continuaba trabajando en diversos clubes nocturnos. Durante este período, un escritor y cómico llamado Brad Isaac, que trabajaba en presentaciones en vivo por las noches, se encontró por casualidad con Seinfeld en un club, mientras esperaba entrar en escena. Como lo explicó Isaac en un artículo de *Lifehacker*, ahora clásico: «Allí vi una oportunidad. Tenía que preguntarle a Seinfeld si podía darle algunos consejos al cómico joven que era yo en ese entonces. Sus palabras me irían a servir toda la vida»<sup>[9]</sup>.

El consejo de Seinfeld para Isaac comenzaba con una indicación de sentido común: «Para ser un mejor cómico tienes que hacer mejores chistes», y luego pasaba a explicar que la manera para crear mejores chistes era escribir todos los días. A continuación, Seinfeld le describió una técnica específica que él usaba para mantener esta disciplina. Tenía un calendario en la pared. Cada vez que escribía un chiste ponía una equis roja en la fecha correspondiente. «Al cabo de unos días, vas a tener una cadena —le dijo Seinfeld—. Mantén el ritmo y verás que la cadena se vuelve más larga con el paso de los días. Te va a dar gusto mirar la cadena, sobre todo cuando ya lleves algunas semanas. Lo que sigue es impedir que se rompa la cadena».

Este *método de la cadena* (como lo llaman algunos) se volvió famoso entre los escritores y los entusiastas del ejercicio físico: comunidades a las que les viene bien hacer cosas difíciles de manera constante. En lo que nos concierne, se trata de un ejemplo específico de un enfoque general para integrar la profundidad en la vida: es la *filosofía rítmica*. Esta filosofía sostiene que la manera más fácil para comenzar con constancia las sesiones de trabajo profundo es convertirlas en un hábito. En otras palabras, la meta consiste en generar un *ritmo* para hacer este trabajo, de tal forma que no sea necesario invertir enormes cantidades de energía para decidir cuándo y cómo vamos a hacer el trabajo profundo. El método de la cadena es un buen ejemplo de filosofía rítmica en la programación del trabajo profundo, pues combina un sencillo método heurístico (hacer el trabajo todos los días), con una fácil forma de recordar que debemos hacer el trabajo: equis rojas en el calendario.

Otra forma común de implementar la filosofía rítmica consiste en reemplazar la ayuda visual del método de la cadena con una hora fija para comenzar el trabajo profundo. Así como mantener indicadores visuales de nuestros avances nos ayuda a reducir la barrera que nos separa del trabajo profundo, saber a qué hora hacemos el trabajo profundo reduce esta barrera, pues se elimina la necesidad de tomar decisiones respecto a la programación del día.

Es el caso de Brian Chappell, el laborioso candidato a doctor que presenté páginas atrás. Chappell adoptó por pura necesidad la filosofía rítmica para programar su trabajo profundo. Cuando estaba en un momento clave de la redacción de su tesis doctoral, le ofrecieron un trabajo de tiempo completo en la universidad donde había estudiado. Desde el punto de vista profesional, era una buena oportunidad y Chappell la aceptó gustoso. Sin embargo, académicamente hablando, un trabajo de tiempo completo, sumado a la

llegada de su primer hijo, no le permitía encontrar la profundidad necesaria para escribir los capítulos que le faltaban.

En un comienzo, Chappell asumió un compromiso difuso con el trabajo profundo. Su idea era dedicar trozos de noventa minutos al trabajo profundo (pues suponía, con toda la razón, que se necesita tiempo para entrar en un estado de concentración) y decidió que trataría de programar esos segmentos de trabajo durante el día cuando las circunstancias fueran convenientes. Como era previsible, esta estrategia no resultó ser muy productiva. Durante un taller intensivo de redacción al que Chappell había asistido el año anterior, había logrado producir un capítulo entero de la tesis al cabo de una semana de riguroso trabajo profundo. En cambio, tras aceptar aquel trabajo de tiempo completo, logró producir tan solo un capítulo adicional *en todo un año*.

La lentitud de ese proceso productivo llevó a Chappell a asumir el método rítmico. Se impuso como regla levantarse y empezar a trabajar a las cinco y media de la mañana en la tesis. A las siete y media se detenía, hacía el desayuno y salía a trabajar, habiendo cumplido con sus obligaciones académicas del día. Complacido con el progreso, decidió empezar a las cuatro y cuarenta y cinco, para tener más tiempo de profundidad en la mañana.

En la entrevista que le hice a Chappell para la redacción de este libro, me describió su método rítmico de programación del trabajo profundo como una estrategia «astronómicamente productiva y desprovista de toda culpabilidad». En su rutina producía entre cuatro y cinco páginas de prosa académica al día. También lograba generar borradores de los capítulos de la tesis a un ritmo de un capítulo *cada dos o tres semanas*: una producción fenomenal, teniendo en cuenta que también tenía un trabajo de 9 a 5. «¿Por qué no iba a poder ser tan prolífico? —concluyó—. Nada me lo impedía».

Hay un contraste interesante entre la filosofía rítmica y la filosofía bimodal. Es posible que la primera no sea ideal para alcanzar los niveles más intensos de profundidad que se ven en las sesiones de concentración diarias de la estrategia bimodal. La ventaja, sin embargo, es que esta estrategia funciona mejor a la luz de la realidad de la naturaleza humana. Mediante rutinas sólidas para el trabajo profundo que garantizan resultados pequeños de manera habitual, el trabajador que adopta la programación rítmica logra completar un mayor número de horas de trabajo profundo al año.

La decisión de optar entre la filosofía bimodal y la rítmica tal vez dependa, en última instancia, del tipo específico de autocontrol que tenga usted en los asuntos relacionados con el manejo del tiempo. Si usted es Cari Jung y está enzarzado en una intensa discusión intelectual con los seguidores

de Sigmund Freud, tal vez reconozca la importancia crucial de sacar tiempo para concentrarse en sus ideas. Por otra parte, si usted está escribiendo una tesis y nadie lo está presionando para que termine, le convendrá el hábito que caracteriza a la filosofía rítmica para mantener el progreso.

Sin embargo, lo que lleva a muchas personas a preferir la filosofía rítmica no es un simple asunto de autocontrol sino también la realidad de que en algunos trabajos uno no puede desaparecerse durante varios días seguidos cuando sea necesario asumir la profundidad. Muchos jefes consideran que usted es libre de concentrarse con la intensidad que quiera... siempre y cuando le responda rápido los correos electrónicos. Tal vez por esta razón la filosofía rítmica es una de las que más comúnmente se adopta para hacer trabajo profundo en los puestos corrientes de oficina.

## ***La filosofía periodística de la programación del trabajo profundo***

A comienzos de los años ochenta, el periodista Walter Isaacson tenía algo más de treinta años y empezaba su ascenso fulgurante en la revista *Time*. En aquel momento, el joven periodista estaba claramente en el radar de las clases pensantes. Christopher Hitchens, por ejemplo, quien por entonces escribía en el *London Review of Books*, decía que era «uno de los mejores periodistas de revistas de los Estados Unidos»<sup>[10]</sup>. Había llegado el momento de que Isaacson escribiera un libro importante, pues este se consideraba un paso necesario en la escalera de los logros de un periodista. Así, pues, Isaacson escogió un tema complejo: una biografía entrelazada de seis personajes que desempeñaron un papel importante en los inicios de la Guerra Fría y sus políticas. Trabajó en asociación de un joven editor de la revista *Time*, Evan Thomas, para producir un libro voluminoso: un relato épico de 864 páginas titulado *The Wise Men: Six Friends and the World They Made*<sup>[11]</sup>.

Este libro, publicado en 1986, tuvo una buena acogida en ciertos círculos. *The New York Times* lo describió como «un relato de rica textura» y el *San Francisco Chronicle* afirmó con entusiasmo que los dos jóvenes escritores habían «dados forma a un plutarco de la Guerra Fría»<sup>[12]</sup>. Menos de un decenio después, Isaacson llegó al céñit de su carrera periodística al ser nombrado jefe de redacción de la revista *Time* (luego ocupó el cargo de director ejecutivo de un importante centro de estudios y escribió famosas biografías de personajes como Benjamín Franklin, Albert Einstein y Steve Jobs).

Lo que me interesa de Walter Isaacson, sin embargo, no es el logro que alcanzó con la escritura de su primer libro sino la manera como lo hizo. Debo decir que para descubrir esta historia fue crucial una afortunada conexión personal. Por la época de la publicación de *The Wise Men*, mi tío John Paul Newport, quien también trabajaba por entonces como periodista en Nueva York, compartió con Isaacson la renta de una casa de verano. Mi tío todavía recuerda con admiración los hábitos de trabajo de Isaacson:

Siempre era asombroso... Podía retirarse un rato a su habitación, mientras los demás nos divertíamos en el balcón, y se ponía a trabajar en el libro. [...] Se quedaba allá veinte minutos o una hora, tiempo durante el cual todos escuchábamos las teclas de la máquina de escribir. Luego bajaba y se veía igual de relajado que los demás. [...] El trabajo nunca parecía molestarle: subía a trabajar a su habitación con alegría cuando tenía tiempo libre.

Isaacson era metódico: siempre que tenía tiempo disponible enganchaba en un estado de profundidad necesario para emprender su libro y empezaba a teclear. Al parecer, así se puede escribir como actividad adicional un volumen de casi novecientas páginas, mientras se pasa casi todo el resto del día en un trabajo que lo lleva a uno convertirse en uno de los mejores escritores de artículos de revistas de los Estados Unidos.

A este tipo de estrategia, con la cual se puede hacer trabajo profundo en cualquier momento del día, la llamo la *filosofía periodística*. Este nombre se explica por el hecho de que periodistas como Walter Isaacson están entrenados para sentarse a escribir en cualquier momento, tal como lo exige la naturaleza de su trabajo, en el cual las fechas de entrega son perentorias.

Esta manera de proceder no es apta para el novato del trabajo profundo. Tal como lo afirmé al empezar a hablar sobre esta regla, la capacidad para pasar mentalmente de lo superficial a lo profundo no es fácil. Si usted no tiene práctica, dichos cambios pueden agotar drásticamente sus reservas limitadas de fuerza de voluntad. Este hábito también requiere un gran sentido de la confianza en las propias capacidades: usted debe estar convencido de que su trabajo es importante y que tendrá éxito. Por lo general, este tipo de convicción suele reposar en unos logros profesionales previos. Isaacson, por ejemplo, tal vez tenía mayor facilidad para sentarse a escribir de repente que un novelista principiante, pues ya era un escritor reputado para ese momento. *Sabía* que tenía la capacidad para escribir una biografía épica y comprendía que esa actividad era clave para su avance profesional. Esta confianza es crucial como motivación para emprender esfuerzos arduos.

Me inclino hacia la filosofía periodística de la programación del trabajo profundo porque es la que más me conviene para integrar esos esfuerzos en mi vida laboral. En otras palabras, no sigo el método monástico (aunque a

veces me da envidia la desconexión sin remordimientos de mi colega, el científico informático Donald Knuth), ni entro en fases de profundidad como las del sistema bimodal, y, aunque me llama la atención la filosofía rítmica, hay algo en mis horarios que me impide mantener un hábito diario. Mi método, que es una oda a Isaacson, me lleva a tomar cada semana como viene y a programar en ella la mayor cantidad de trabajo profundo posible. Para escribir este libro, por ejemplo, tuve que aprovechar todos los ratos libres que surgían. Si mis hijos hacían la siesta, yo sacaba el portátil y me encerraba en la oficina que tengo en casa. Si un fin de semana mi esposa quería visitar a sus padres en Annapolis, cerca de donde vivimos nosotros, yo aprovechaba que había más personas para cuidar a los niños y me sentaba en un rincón tranquilo de la casa para escribir. Si se cancelaba una reunión en el trabajo o si tenía la tarde libre, me iba a alguna de las bibliotecas de la universidad y escribía algunos cientos de palabras más.

Debo admitir que no soy purista en la aplicación de la filosofía periodística. Por ejemplo, no tomo todas mis decisiones relacionadas con el trabajo profundo según el momento. Lo que hago, al comienzo de la semana, es planear cuándo voy a hacer trabajo profundo y luego ajusto esas decisiones, según sea necesario, al comenzar cada día (véase la regla # 4 para mayores detalles sobre mis rutinas de programación). Al reducir la necesidad de tomar decisiones sobre el trabajo según el momento, puedo tener mayores reservas de energía mental para la reflexión profunda en sí misma.

En términos generales, la filosofía periodística del trabajo profundo es difícil de ejecutar. Sin embargo, si usted confía en el valor de lo que quiere producir y tiene práctica en la destreza de hacer trabajo profundo (destreza que continuaremos desarrollando a través de las estrategias que veremos a continuación), verá que se trata de una buena manera de programar momentos para la profundidad en medio de un horario exigente.

## Ritualizar

Una observación que no suele hacerse respecto a las personas que usan la mente para crear cosas valiosas es que casi nunca tienen hábitos laborales producto del azar. Tenemos el caso del ganador del premio Pulitzer, el biógrafo Robert Caro. Como se relata en un perfil suyo, «cada centímetro de la oficina de Caro en Nueva York está sujeto a unas reglas»<sup>[13]</sup>: el lugar donde pone los libros, la forma como apila los cuadernos, lo que pone en la pared e

incluso la ropa que usa para ir a la oficina, todo está especificado según una rutina que ha variado poco a lo largo de la carrera de Caro. «Me he entrenado para aprender a ser organizado»<sup>[14]</sup>, explica.

La vida laboral de Charles Darwin tenía una estructura similar en cuanto a su rigurosidad durante el período en que se hallaba escribiendo *El origen de las especies*. Como recordaría más adelante su hijo Francis, Charles Darwin salía a dar una corta caminata a las siete de la mañana. Luego desayunaba solo y se retiraba a su estudio de 8 a 9:30. La siguiente hora la dedicaba a leer su correspondencia del día anterior y luego volvía a su estudio, desde la 10 hasta el mediodía. Después de esta sesión, rumiaba ideas retadoras mientras caminaba por una ruta fija que comenzaba en el invernadero de su propiedad y le daba toda la vuelta a esta. Caminaba hasta quedar satisfecho con las ideas que contemplaba en su cabeza y así declaraba haber llegado al final de su día de trabajo<sup>[15]</sup>.

El periodista Mason Currey, quien pasó cinco años catalogando los hábitos de pensadores y escritores famosos (gracias a él me enteré de los dos ejemplos anteriores), resume de la siguiente forma esta tendencia hacia la sistematización:

Existe la creencia popular de que los artistas trabajan por inspiración, es decir, que son iluminados por un rayo de genio creativo que sale de quién sabe dónde [...], pero espero que [mi obra] deje en claro que esperar la llegada de la inspiración es un pésimo plan. De hecho, creo que el mejor consejo que puedo darle a cualquier persona que quiera hacer un trabajo creativo es ignorar la inspiración<sup>[16]</sup>.

En una columna publicada en *The New York Times* sobre este tema, David Brooks hace un resumen tosco de esta realidad: «[Las grandes mentes creativas] piensan como los artistas pero trabajan como los contadores»<sup>[17]</sup>.

Esta estrategia sugiere que, para sacar el mayor provecho de las sesiones de trabajo profundo, es necesario crear rituales que tengan el mismo nivel de rigurosidad y especificidad que vemos en los grandes pensadores mencionados anteriormente. Copiar estas conductas se justifica por una razón: las grandes mentes de personajes como Caro y Darwin no llevan a cabo estos rituales porque sí; lo hacen porque el éxito de su trabajo depende de su capacidad para ir a lo profundo, una y otra vez. No tenemos forma de ganarnos un premio Pulitzer o concebir una gran teoría sin llevar nuestro cerebro al límite. Esos rituales minimizan la fricción de la transición hacia la profundidad, con lo cual se puede ir a lo profundo más fácilmente y mantenerse en ese estado por más tiempo. Si estos personajes se hubieran

quedado esperando a que les llegara la inspiración para sentarse a trabajar en serio, sus logros habrían sido muchísimo menores.

No existe un único ritual *correcto* de trabajo profundo: a cada persona y a cada tipo de proyecto le sirve algo diferente. Sin embargo, podemos mencionar algunos puntos generales clave en relación con un ritual eficaz:

- **Dónde trabajar y durante cuánto tiempo.** Su ritual debe especificar una ubicación determinada para canalizar los esfuerzos relacionados con el trabajo profundo. Este lugar puede ser tan normal como su oficina de siempre, con la puerta cerrada y el escritorio despejado de todo lo demás. (Cuando va a hacer un trabajo difícil, a un colega le gusta poner en la puerta un letrero como el de los hoteles que dice «No molestar»). Si le es posible identificar un lugar que usted usará *solamente* para hacer trabajo profundo —por ejemplo, un salón de conferencias donde pueda estar solo o una biblioteca silenciosa— verá que el efecto positivo puede ser mayor. (Si usted trabaja en una oficina abierta, la necesidad de encontrar un lugar para hacer trabajo profundo se vuelve particularmente importante). Sin importar el lugar donde trabaje, es clave asignarse un tiempo específico, para que la sesión de trabajo sea un reto concreto y no una carga sin límites fijos.
- **Cómo trabajar una vez comience.** Su ritual requiere reglas y procesos fijos, para que el esfuerzo sea estructurado. Por ejemplo, usted puede fijar la regla de no consultar Internet mientras hace trabajo profundo, o puede imponerse un patrón como el número de palabras escritas en cada intervalo de veinte minutos, para mantener la concentración. Si no contara con esta estructura, usted tendría que hacer un esfuerzo mental constante para decir qué debe y qué no debe hacer durante estas sesiones y determinar si realmente está trabajando duro. Estas distracciones agotan sus reservas de fuerza de voluntad.
- **Cómo apoyar el trabajo.** El ritual debe contemplar de qué manera va a obtener su cerebro el apoyo necesario para funcionar a un buen nivel de profundidad. Por ejemplo, el ritual puede especificar que la sesión comienza con una buena taza de café o garantizar el acceso a comida adecuada para mantener la energía o hacer ejercicio suave, como caminar, para mantener la mente despejada. (Nietzsche decía: «Solo tienen valor las ideas que hemos producido mientras vamos caminando»<sup>[18]</sup>). Este apoyo también puede incluir factores relacionados con el entorno, como organizar el material de base para su trabajo, con lo cual se reduce la disipación de la energía (como vimos en el ejemplo de Caro). Para maximizar el éxito, es necesario dar apoyo a los esfuerzos que le permitirán ir a lo profundo. Al mismo tiempo, este apoyo debe

sistematizarse para no perder energía mental pensado qué hay que hacer en cada momento.

Los puntos que acabamos de mencionar le ayudarán a moldear su ritual para el trabajo profundo. Sin embargo, tenga presente que encontrar un ritual que se ajuste a sus necesidades puede requerir un poco de experimentación: trabaje en ello. Cuando haya encontrado el sistema que le satisface, verá que su impacto es significativo. El trabajo profundo es un asunto serio que no se debe tomar a la ligera. Acompañar estos esfuerzos con un ritual complicado (y tal vez extraño a los ojos de observadores externos) le dará a su mente la estructura y el compromiso que se requieren para entrar en un estado de concentración en el que usted podrá crear cosas valiosas.

## Hacer gestos excepcionales

A comienzos del invierno del 2007, J. K. Rowling hacía grandes esfuerzos por terminar la escritura de *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, el libro final de la serie. La presión era intensa, pues este volumen tenía la responsabilidad de unir los seis libros anteriores, de tal forma que satisficiera a los millones de seguidores de la saga. Rowling debía llevar a cabo un trabajo profundo para poder cumplir esas exigencias. Sin embargo, cada vez tenía mayor dificultad para lograr su cometido en la oficina de su casa en Edimburgo, Escocia. Rowling recuerda en una entrevista: «Un día en que estaba tratando de terminar *Las reliquias de la muerte* llegó el limpiador de las ventanas, los chicos estaban en casa, los perros ladran»<sup>[19]</sup>. Era demasiado. La autora emprendió, entonces, una acción extrema para obtener la concentración necesaria: reservó una *suite* del Hotel Balmoral, un hotel de cinco estrellas ubicado en el corazón de la ciudad de Edimburgo. «Me vine a este hotel porque era lindo, pero no tenía la intención de quedarme —explicó—. Lo que pasa es que el primer día de escritura transcurrió de maravilla y seguí viniendo. Entonces terminé de escribir aquí el último libro de la serie de *Harry Potter*».

En retrospectiva, no es de sorprender que Rowling hubiera decidido quedarse. El entorno era ideal para su proyecto. El Balmoral, uno de los hoteles más lujosos de Escocia, está ubicado en un clásico edificio Victoriano de mampostería ornamentada, que consta de una alta torre con reloj. Se encuentra a poca distancia del Castillo de Edimburgo, una de las fuentes de inspiración de Rowling para la concepción de Hogwarts.

La decisión de Rowling de reservar una *suite* de un lujoso hotel cerca del Castillo de Edimburgo es un ejemplo clásico de una estrategia curiosa pero eficaz de trabajo profundo: *el gesto excepcional*. El concepto es sencillo: al producirse un cambio radical en el entorno normal, sumado quizás a una inversión significativa de esfuerzo o dinero para llevar a cabo el trabajo profundo, se aumenta la percepción sobre la importancia de la tarea en cuestión. Este refuerzo de la importancia de la tarea reduce el instinto de la mente de posponer la labor y le da a uno una inyección de motivación y energía.

Escribir un capítulo de *Harry Potter*, por ejemplo, es un trabajo duro y requiere de mucha energía mental, sin importar dónde se haga. Ahora bien, si uno paga más de mil dólares diarios para escribir ese capítulo en la *suite* de un antiguo hotel, a pocas cuadras de un castillo al estilo Hogwarts, es más fácil *reunir* las energías para comenzar y mantener el ritmo de trabajo que si uno se queda en la oficina que tiene en casa<sup>[20]</sup>.

Al estudiar los hábitos de otras personas conocidas por su trabajo profundo, observamos que la estrategia del gesto excepcional aparece con frecuencia. Durante el tiempo en que Bill Gates se desempeñó como director ejecutivo de Microsoft, eran famosas sus «semanas para pensar», en las cuales hacía a un lado sus habituales obligaciones laborales y familiares, y se iba a una cabaña con montones de papeles y de libros. Su meta era pensar profundamente, sin ninguna distracción, sobre asuntos de gran calado, relevantes para su compañía. En una de esas famosas semanas llegó a la conclusión de que Internet se iba a convertir en una gran fuerza de la industria. No había nada que le impidiera físicamente a Gates pensar de manera profunda en su oficina de la sede central de Microsoft en Seattle, pero el entorno especial del lugar de retiro le ayudaba a alcanzar los niveles deseados de concentración<sup>[21]</sup>.

Alan Lightman, físico del MIT y reputado novelista, también saca partido de los gestos excepcionales. En su caso, se retira cada verano a «una islita» en Maine, para pensar profundamente y recargarse. En el año 2000, cuando describió su gesto en una entrevista, la isla no solo carecía de Internet sino que tampoco tenía servicio de teléfono. Así se explicaba entonces el autor: «Son dos meses y medio en los que siento que puedo recobrar algo de silencio en mi vida... algo que es muy difícil encontrar»<sup>[22]</sup>.

No todo el mundo tiene la libertad para pasar dos meses en una isla apartada, pero muchos escritores, entre los que se cuentan Dan Pink y Michael Pollan, simulan esa experiencia a todo lo largo del año mediante la

construcción (que muchas veces exige grandes esfuerzos monetarios y físicos) de cabañas apartadas en el jardín de su casa para poder escribir. Pollan, por su parte, incluso escribió un libro sobre la experiencia de construir una cabaña en el bosque, detrás de su anterior casa en Connecticut<sup>[23]</sup>. Estas construcciones alejadas del resto de la casa no son estrictamente necesarias para estos escritores, quienes solo necesitan un computador portátil y una superficie donde ponerlo para hacer su oficio. Sin embargo, no son las comodidades de la cabaña lo que genera valor, sino el gesto excepcional que representa el diseño y la construcción de ese espacio, con el propósito exclusivo de propiciar una mejor experiencia de escritura.

No todos los gestos extraordinarios tienen que ser permanentes. William Shockley, el físico patológicamente competitivo de Bell Labs que no logró hacer por sí solo la invención del transistor (como lo relato en la siguiente estrategia, dos miembros de su equipo hicieron el descubrimiento en un momento en que Shockley estaba en otro lugar, trabajando en un proyecto diferente), se encerró en la habitación de un hotel en Chicago, adonde había viajado para asistir a una conferencia. No salió de allí hasta no haber afinado los detalles de un mejor diseño del transistor, que le venía dando vueltas en la cabeza. Cuando finalmente salió de la habitación, envió por correo aéreo las notas al complejo de Bell Labs, en Murray Hill, Nueva Jersey, para que un colega las pusiera en su diario de laboratorio y la innovación se timbrara con sello de tiempo. La forma del transistor en la que trabajó Shockley durante aquella jornada de trabajo profundo le valió compartir el premio Nobel concedido por esta invención<sup>[24]</sup>.

Un ejemplo aún más extremo de gesto excepcional para lograr importantes resultados es la historia de Peter Shankman, un emprendedor y pionero de las redes sociales. Shankman es un conferencista muy reputado y pasa buena parte de su tiempo volando de una ciudad a otra. En un momento dado, comprendió que ese entorno a 30 000 pies de altitud es ideal para concentrarse. Así lo explicó en su blog: «Confinado en mi silla sin tener nada frente a mí, nada que me disperse, nada que me distraiga, no me queda más remedio que prestar atención a mis pensamientos»<sup>[25]</sup>. Poco después de hacer este descubrimiento, firmó un contrato para escribir un libro cuyo manuscrito debía entregar dos semanas después. Necesitaba una gran concentración para cumplir esta meta. La idea que se le ocurrió a Shankman para lograrlo fue muy poco convencional: compró un boleto de ida y vuelta a Tokio en primera clase. Escribió durante todo el vuelo a Japón, se tomó un *expresso* en el salón de los pasajeros de clase ejecutiva en el aeropuerto, tomó el vuelo de regreso

y escribió también durante todo el trayecto. Llegó de nuevo a los Estados Unidos tan solo treinta horas después de haberse ido, con un manuscrito terminado en la mano. «El viaje me costó cuatro mil dólares y valió toda la pena del mundo»<sup>[26]</sup>, explicó.

En todos estos ejemplos, lo que permite alcanzar una mayor profundidad no es solo el cambio de entorno o la búsqueda de silencio. La fuerza dominante es la actitud psicológica de comprometerse en serio para llevar a cabo la tarea que uno se ha propuesto. Gestos tales como ir a un lugar apartado para concentrarse en un proyecto de escritura, o tomarse una semana lejos del trabajo habitual para pensar, o encerrarse en la habitación de un hotel para afinar un importante invento sirven para que la meta en cuestión sea una prioridad mental y se movilicen así los recursos intelectuales necesarios. En ocasiones, para ir a lo profundo se necesita hacer algo excepcional.

## No trabajar solo

La relación entre el trabajo profundo y la colaboración es compleja. Sin embargo, vale la pena intentar comprenderla, pues sacarle partido al trabajo colaborativo puede aumentar la calidad del trabajo profundo en la vida profesional.

Conviene empezar nuestra aproximación a este tema mirando desde la distancia lo que a primera vista parece un conflicto irresoluble. En la primera parte de este libro yo critiqué a Facebook por el diseño de su nueva sede administrativa. En particular, anoté que la meta de la compañía de crear la mayor oficina abierta del mundo —un espacio gigantesco donde van a trabajar 2800 empleados— representa un absurdo ataque a la concentración<sup>[27]</sup>. Tanto la intuición como los resultados de diversas investigaciones señalan que compartir un espacio de trabajo con una gran cantidad de colegas es terriblemente distractor y crea un entorno que dificulta la tarea de dedicarse a pensar en serio. En un artículo publicado en *Bloomberg Businessweek* en el 2013, donde se resumían las investigaciones más recientes sobre este asunto, se hacía un llamado a poner punto final a la «tiranía de las oficinas abiertas»<sup>[28]</sup>.

No obstante, la preferencia por el diseño de estas oficinas abiertas no obedece al capricho. Como señala María Konnikova en *The New Yorker*, cuando este concepto surgió por primera vez su meta era «facilitar la comunicación y el flujo de las ideas»<sup>[29]</sup>. Esta afirmación estaba en sintonía

con el espíritu del mundo empresarial estadounidense que quería acoger esa forma no convencional de proceder de las nuevas empresas. Josh Tyrangiel, jefe de redacción de *Bloomberg Businessweek*, por ejemplo, explicaba así la ausencia de oficinas en la sede de Bloomberg: «La oficina abierta es espectacular; garantiza que todo el mundo se sintonice con la misión general y [...] estimula la curiosidad entre personas que trabajan en disciplinas diferentes»<sup>[30]</sup>. Jack Dorsey justificaba el diseño de las oficinas abiertas de Square diciendo: «Nos gusta que la gente trabaje en espacios abiertos porque creemos en la serendipia: nos gusta que la gente camine por ahí y se encuentre con los demás y aprenda cosas nuevas»<sup>[31]</sup>.

En gracia de discusión, podemos darle a este principio —según el cual surgen colaboraciones inteligentes y nuevas ideas cuando se le permite a la gente tener encuentros al azar— el nombre de *teoría de la creatividad por serendipia*. Podemos conjeturar de manera razonable que, cuando Mark Zuckerberg decidió crear la mayor oficina abierta del mundo, esta teoría motivaba su decisión, así como también la creación de muchas otras oficinas de espacio abierto en Silicon Valley y en otros lugares. (Existen otros factores, menos publicitados, tales como la posibilidad de ahorrar dinero y aumentar los niveles de supervisión, pero casi no se les menciona porque no son tan atractivos).

Esta decisión entre promover la concentración y promover la serendipia pareciera indicar que el trabajo profundo (una labor individual) es incompatible con la generación de avances creativos (una labor colaborativa). Sin embargo, esta conclusión es errada. Se basa, considero yo, en una concepción incompleta de la teoría de la creatividad y la serendipia. Para sustentar esta afirmación, veamos cuáles son los orígenes de esta concepción particular respecto al motor de los descubrimientos y los avances.

La teoría en cuestión tiene muchas fuentes, pero yo tengo una conexión personal con una de las mejor conocidas. Durante mis siete años en el MIT, trabajé en el lugar donde anteriormente se ubicaba el famoso edificio conocido como Building 20. Esta estructura, localizada en la intersección entre las calles Main y Vassar, en Cambridge, Massachusetts —que finalmente fue demolida en 1998—, funcionó como refugio temporal durante la Segunda Guerra Mundial y se usó para albergar a la población cada vez mayor del Laboratorio de Radiación. Como se relata en un artículo del 2012 publicado en *The New Yorker*, en un comienzo se consideraba que el edificio era un fracaso: «La ventilación era mala y los corredores eran oscuros. Los

muros eran delgados y había goteras en el techo. Durante el verano, el edificio era un horno y durante el invierno era un congelador»<sup>[32]</sup>.

Sin embargo, cuando la guerra terminó, continuaron llegando científicos a Cambridge. El MIT necesitaba espacio, así es que en lugar de demoler inmediatamente el Building 20, como se les había prometido a los funcionarios locales (a cambio de una legislación laxa), la universidad continuó usando el edificio para poner allí la gente que no cabía en otros lugares. El resultado fue una mezcla heterogénea de diversos departamentos —desde ciencias nucleares hasta lingüística y electrónica— que compartían el edificio de techos bajos, junto con otros usuarios tales como un taller mecánico y un lugar de reparación de pianos. Como la construcción del edificio era barata, todo el mundo se sentía en libertad para reordenar el espacio según sus necesidades. Los pisos y las paredes se podían correr y se podían colocar los equipos en las vigas. En un relato sobre la creación del primer reloj atómico por parte de Jerrold Zacharias, el artículo de *The New Yorker* que mencionaba más arriba destaca la importancia de la versatilidad del edificio, pues Zacharias pudo quitar dos pisos del laboratorio para instalar el cilindro de tres pisos que necesitaba para su aparato experimental.

En los corrillos informales del MIT se decía que esta combinación aleatoria de diferentes disciplinas en un edificio grande y reconfigurable era propicia para encuentros al azar y para un espíritu de la inventiva que generaba descubrimientos y avances a un ritmo acelerado, además de dar pie a la innovación en temas tan diversos como la gramática de Chomsky, los radares de navegación Loran y los videojuegos, todo en las mismas décadas productivas de la posguerra. Cuando finalmente se demolió el edificio para hacerle lugar al Stata Center, diseñado por Frank Gehry y presupuestado en 300 millones de dólares (allí pasé yo algún tiempo), se lamentó mucho la desaparición del Building 20. Para rendir tributo al «palacio de madera laminada» que el Stata Center había reemplazado, el diseño interior de este último se hizo con tablas de madera laminada sin acabados y zonas de concreto y marcas de construcción expuestas<sup>[33]</sup>.

Más o menos por la misma época en que se construía precipitadamente el Building 20, se llevaba a cabo un proyecto de creatividad y serendipia sistemática a una distancia de 320 kilómetros hacia el suroeste, en Murray Hill, Nueva Jersey. Fue allí donde el director de Bell Labs, Mervin Kelly, dirigió la construcción de la sede de un nuevo laboratorio que estimularía abiertamente la interacción entre todos sus científicos e ingenieros. Kelly desestimaba el enfoque estándar de las universidades, según el cual cada

departamento ocupa un edificio diferente, y prefirió conectar los espacios en una estructura continua mediante largos corredores: algunos tan largos que si uno se ponía en un extremo parecía que la estructura terminaba en un punto de fuga<sup>[34]</sup>. El cronista de Bell Labs, Jon Gertner, anota respecto al diseño: «Era prácticamente imposible recorrer este pasillo sin encontrarse con gente conocida, problemas nuevos, distracciones e ideas. Un físico caminando hacia la cafetería a la hora del almuerzo parecía un imán pasando junto a unas limaduras de hierro»<sup>[35]</sup>.

Esta estrategia, mezclada con la audaz contratación que hacía Kelly de las mentes más brillantes del mundo, produjo algunas de las más notables innovaciones de la historia de la civilización moderna. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el laboratorio produjo, entre otros logros: la primera celda solar, el láser, el satélite de comunicaciones, el sistema de comunicación celular y las redes de fibra óptica. Al mismo tiempo, sus teóricos formularon teorías de la información y teorías de la codificación, sus astrónomos se ganaron el premio Nobel por validar empíricamente la teoría del *Big Bang* y, quizá lo más importante de todo, sus físicos inventaron el transistor.

La teoría de la creatividad y la serendipia parece, pues, justificada por esta demostración histórica. Podemos afirmar con bastante seguridad que la invención del transistor fue posible gracias a que Bell Labs pudo poner en un solo edificio a físicos del estado sólido, teóricos cuánticos y experimentadores de primera línea, de tal manera que pudieran tener encuentros fecundos y aprender de la experiencia diversa de todos. Es muy poco probable que esta invención hubiera surgido de un solo científico dedicado al pensamiento profundo en solitario, como el equivalente académico de Cari Jung en su torre de piedra.

En este punto es necesario aportar ciertos matices para la comprensión de lo que *realmente* generó la innovación en lugares como el Building 20 y Bell Labs. Para eso, debemos volver a mi experiencia en el MIT. Al llegar como estudiante de doctorado en el otoño del 2004, yo formaba parte del primer grupo de alumnos nuevos que entrarían al Stata Center, que, como lo mencioné, reemplazó al Building 20. Como el centro era nuevo, a los estudiantes recién llegados nos hacían visitas guiadas para mostrarnos sus características. Según nos explicaban, Frank Gehry había dispuesto las oficinas en torno a espacios comunes y había diseñado cajas de escaleras abiertas entre pisos adyacentes, en un esfuerzo por propiciar los encuentros fortuitos y fecundos que habían caracterizado el edificio anterior. Sin

embargo, lo que me llamó la atención en ese momento fue una peculiaridad que no se le había ocurrido a Gehry, sino que había sido añadida poco tiempo atrás, ante la insistencia de la facultad: juntas especiales en las jambas de las puertas para reforzar el aislamiento del sonido. Los profesores del MIT —algunos de los cuales trabajaban en las tecnologías más innovadoras del mundo— no querían saber nada de las oficinas abiertas. Exigían, por el contrario, la posibilidad de encerrarse en un lugar sin distracciones.

Esta combinación de oficinas a prueba de ruidos conectadas a grandes áreas comunes da como resultado una arquitectura del tipo *hub-and-spoke* (eje y radios) para la innovación, en la cual se apoyan tanto la serendipia de los encuentros como el pensamiento profundo de manera aislada. Es un espacio organizado de tal forma que incluye, en un extremo, al pensador solitario, aislado de la inspiración pero libre de toda distracción y, en el otro extremo, al pensador que trabaja en colaboración con otros, en una oficina abierta, en contacto con la inspiración pero esforzándose para encontrar la profundidad que le permita desarrollar esas ideas[36].

Si reflexionamos sobre los casos que mencionábamos anteriormente, el Building 20 y Bell Labs, vemos que también en ellos se encontraba este tipo de arquitectura. Ninguno de los dos edificios ofrecía nada parecido a una moderna oficina abierta. Por el contrario, eran construcciones con oficinas privadas, conectadas entre sí mediante corredores compartidos. Las propiedades creativas de estos edificios estaban relacionadas, más bien, con el hecho de que las oficinas compartían un pequeño número de pasillos conectores, lo cual obligaba a los investigadores a interactuar cuando debían ir de un lugar a otro. Dicho en otras palabras, esos extensos corredores funcionaban como centros efectivos de interacción.

Por estas razones, podemos cuestionar el concepto de las oficinas de espacio abierto, destructoras de la profundidad, sin hacer a un lado la teoría de la creatividad y la serendipia para producir innovación. La clave está en mantenerlas a las dos en una estructura en estrella. Vale la pena exponerse de manera habitual a ideas nuevas en un centro de interacción, pero es conveniente mantener un espacio aislado para poder trabajar profundamente sobre los hallazgos.

Con todo, no basta con delimitar los terrenos de esos dos tipos de esfuerzos. Incluso cuando se regresa a un espacio aislado, el trabajo en solitario no es necesariamente la mejor estrategia.

Piense usted, por ejemplo, en la invención que mencionábamos más atrás, del transistor de punto de contacto de Bell Labs. Este descubrimiento fue

possible gracias a un grupo grande de investigadores, cada uno con una especialidad diferente, que conformaron un *equipo de investigación en física de estado sólido* para encontrar una alternativa más confiable y más pequeña que la de los tubos de vacío. Las conversaciones orientadas a la colaboración del grupo fueron la condición necesaria para la creación del transistor: un claro ejemplo de la utilidad del comportamiento interactivo.

Una vez que el grupo de investigación sentó las bases intelectuales para el trabajo, el proceso de innovación pasó a la fase del desarrollo en un espacio aislado. Lo interesante de este caso de innovación en particular es que, aunque pasó a la etapa del pensamiento aislado, seguía siendo un emprendimiento colaborativo. Dos investigadores en especial —el experimentalista Walter Brattain y el teórico cuántico John Bardeen— trabajaron durante un período de un mes en 1947 para hacer una serie de descubrimientos que condujeron a la creación del primer transistor de estado sólido<sup>[37]</sup>.

Brattain y Bardeen trabajaron juntos durante este período en un pequeño laboratorio, muchas veces hombro con hombro, llevándose mutuamente hacia diseños mejores y más eficientes. Estos esfuerzos se caracterizaban por su naturaleza profunda, aunque se trata de un tipo de trabajo profundo que todavía no hemos mencionado. Brattain se concentraba intensamente en un trabajo de ingeniería que le permitiera hacer un diseño para explotar el último hallazgo teórico de Bardeen. Luego, Bardeen se concentraba intensamente para entender lo que revelaban los últimos experimentos de Brattain, tratando de expandir su marco teórico para dar cabida a esas observaciones. Este proceso de toma y dame constituye una forma colaborativa de trabajo profundo (común en los círculos académicos), que saca partido de lo que yo llamo el *efecto del tablero*. En algunos tipos de problemas, trabajar con otras personas que comparten el mismo tablero (real o simbólico) puede permitirnos llegar más lejos que si trabajamos solos. La presencia de otra persona que está esperando nuestros hallazgos —ya se trate de alguien que comparte el mismo espacio físico o de alguien que colabora con nosotros de manera virtual— puede servir para contrarrestar el instinto natural de evitar la profundidad.

Ahora podemos tomar distancia y sacar algunas conclusiones sobre el papel de la colaboración en el trabajo profundo. El éxito del Building 20 y de Bell Labs indica que el aislamiento no es indispensable para hacer un trabajo profundo productivo. En efecto, estos dos ejemplos indican que, para muchos tipos de trabajo —especialmente cuando se buscan las innovaciones— el

trabajo profundo colaborativo puede producir mejores resultados. Usted debe considerar la opción de esta estrategia cuando vaya a contemplar cuál es la mejor manera de integrar la profundidad a su vida profesional. Al hacerlo, tenga en cuenta las dos observaciones siguientes:

- *En primer lugar*, la distracción sigue siendo un factor nocivo para la profundidad. Por lo tanto, el modelo de la estructura en forma de estrella debe considerarse con cuidado. Separe su búsqueda de encuentros propicios para la serendipia de sus esfuerzos para pensar de manera profunda una vez que haya obtenido la inspiración que buscaba. Usted debe tratar de optimizar cada esfuerzo por separado, en lugar de mezclarlos y entorpecer ambas metas.
- *En segundo lugar*, incluso cuando se retire a un espacio aislado para pensar profundamente, no deje de aprovechar el efecto del tablero cuando sea razonable hacerlo. Al trabajar hombro con hombro junto a otra persona para resolver un problema, es posible que ambas lleguen a niveles más profundos de pensamiento y, por lo tanto, generen resultados más valiosos que si cada cual trabaja en solitario.

Dicho de otro modo, en lo relacionado con el trabajo profundo conviene considerar el uso del trabajo colaborativo cuando sea apropiado, pues los resultados de su labor pueden alcanzar niveles superiores. Por otra parte, no conviene entronizar esta búsqueda de interacción y azar constructivo al punto de llegar a afectar la concentración ininterrumpida que se requiere para extraer algo útil del remolino de ideas que nos rodean.

## Una ejecución de tipo empresarial

La historia que relataré a continuación ha hecho carrera en el mundo de la consultoría empresarial. A mediados de los años noventa, Clayton Christensen, profesor de la Escuela de Negocios de Harvard, recibió una llamada de Andy Grove, director ejecutivo y presidente de la junta directiva de Intel. Grove se había enterado de la investigación de Christensen relacionada con la innovación disruptiva y le pidió que fuera a California para que conversaran sobre las implicaciones que su teoría podría tener en Intel. Al llegar, Christensen habló sobre los elementos básicos de la innovación disruptiva: muchas veces, las compañías afianzadas son desbancadas por empresas emergentes que comienzan ofreciendo productos baratos a la franja inferior del mercado pero que luego, con el paso del tiempo, logran mejorar

sus productos baratos *de tal manera* que comienzan a abrir un agujero en la franja superior del mercado. Grove sabía que Intel debía hacer frente a esta amenaza de los procesadores baratos, producidos por compañías advenedizas como AMD y Cyrix. Motivado por esta nueva manera de ver la innovación disruptiva, Grove concibió la estrategia que sacaría al mercado los procesadores de la familia Celeron, un producto de menor desempeño que le ayudaría a Intel a luchar con éxito para superar los desafíos que planteaban los nuevos competidores en segmentos inferiores.

Esta es la parte más conocida de la historia. Sin embargo, hay otra que muchos ignoran. Como recuerda Christensen, Grove le preguntó durante una pausa en la reunión: «¿Cómo lo hago?». Christensen le respondió con un discurso sobre estrategia empresarial, referido a la creación de una nueva unidad de negocio y demás. Grove lo cortó en seco y le dijo malhumorado: «Usted es un académico ingenuo. Le pregunté *cómo* hacerlo y lo que usted me está diciendo es *qué* hacer. *Yo sé lo que debo hacer. Lo que no sé es cómo*».

Como explicó posteriormente Christensen, esta división entre el *qué* y el *cómo* es crucial, pero no se le presta mucha atención en el mundo profesional. Muchas veces es fácil identificar cuál es la estrategia necesaria para alcanzar una meta, pero lo que les cuesta trabajo a las compañías es determinar cómo ejecutar la estrategia, una vez que se la ha identificado. Me enteré de esta historia en un prólogo que Christensen escribió para un libro titulado *The 4 Disciplines of Execution*, donde se analizan diversos estudios de caso de consultoría que sirven para describir «cuatro disciplinas» (expresión abreviada con la fórmula 4DX) que les permiten a las compañías implementar con éxito sus estrategias de alto nivel<sup>[38]</sup>. Lo que más me llamó la atención al leer este libro es que la distancia entre el *qué* y el *cómo* era relevante para mi búsqueda personal respecto a cómo pasar más tiempo haciendo trabajo profundo. Así como Andy Grove había identificado la importancia de competir en la franja inferior del mercado de los procesadores, yo había identificado la importancia de priorizar el trabajo profundo. Lo que yo necesitaba era ayuda para identificar cómo ejecutar esta estrategia.

Entusiasmado con estos paralelos, resolví adaptar el marco de las 4DX a mis hábitos de trabajo personales y descubrí, para mi sorpresa, que eran muy útiles para emprender acciones eficaces orientadas a alcanzar mi meta del trabajo profundo. Es cierto que esas ideas fueron concebidas para el mundo de los grandes negocios, pero los conceptos de base se pueden aplicar en áreas donde es necesario hacer un trabajo importante en medio de otras

obligaciones y distracciones. Teniendo en cuenta lo dicho, resumo en las siguientes secciones las cuatro disciplinas del marco de las 4DX y en cada caso describo cómo las adapté a mi necesidad específica de desarrollar hábitos de trabajo profundo.

## ***Disciplina # 1: Concentrarse en lo sustancialmente importante***

Según declaran los autores de *The 4 Disciplines of Execution*, «cuanto más queremos abarcar, menos logramos hacer»<sup>[39]</sup>. Luego pasan a explicar que la ejecución debe tener como objetivo un número pequeño de «metas sustancialmente importantes». Esta simplicidad le ayuda a la empresa a concentrar su energía para llegar a un grado suficiente de intensidad, de tal manera que pueda producir resultados reales.

En el caso de un individuo interesado en el trabajo profundo, lo que esto implica es que debe identificar un número pequeño de metas ambiciosas que quiera alcanzar gracias a las horas que dedique al mismo. La exhortación general de «pasar más tiempo pensando profundamente» no genera mucho entusiasmo. En cambio, tener una meta específica que rinda beneficios profesionales tangibles y sustanciales genera un flujo más estable de entusiasmo. En una columna publicada en el 2014, con el título de «The Art of Focus», David Brooks explicaba de la siguiente manera su apoyo a la estrategia que consiste en permitirles a las metas ambiciosas ser el motor de un comportamiento donde prima la concentración: «Si usted quiere ganar la guerra de la atención, no trate de decirles no a las distracciones triviales que encontramos en el batiburrillo de la información; trate de decirle sí al tema que lo atrae terriblemente y permita que este invada todo lo demás»<sup>[40]</sup>.

En mi caso particular, por ejemplo, cuando comencé a experimentar con las 4DX, me fijé la meta específica de publicar cinco artículos de alta calidad, revisados por pares, en el siguiente año académico. Era una meta ambiciosa, pues se trataba de un número de artículos superior al que venía publicando, y había recompensas tangibles ligadas a esas metas (en poco tiempo, mi estatus como profesor sería considerado para la permanencia). Combinadas, estas dos propiedades hacían que la meta avivara mi motivación.

## ***Disciplina # 2: Basarse en los indicadores predictivos***

Una vez que usted ha identificado una meta sustancialmente importante, debe medir sus logros. En el marco de las 4DX existen dos tipos de medición con este propósito: los *indicadores de resultados* y los *indicadores predictivos*. Los primeros describen aquello que usted se propone en último término mejorar. Por ejemplo, si su meta es mejorar la satisfacción del cliente en su panadería, el indicador de resultados relevante es la medición de la satisfacción del cliente. Como lo explican los autores de las 4DX, el problema con los indicadores de resultados es que tenemos acceso a ellos cuando ya es muy tarde para cambiar de conducta: «Cuando los recibimos, las actividades causantes de esos resultados ya están en el pasado»<sup>[41]</sup>.

Los indicadores predictivos, por su parte, «miden los nuevos comportamientos que contribuirán al éxito, el cual se refleja en los indicadores de resultados». En el ejemplo de la panadería, un buen indicador predictivo puede ser el número de clientes que reciben muestras gratis. Esta es una cifra que usted puede elevar si regala un mayor número de muestras. Con el incremento de esta cifra, es probable que aumenten también los números de los indicadores de resultados. En otras palabras, los indicadores predictivos le permiten dirigir su atención en un futuro próximo al mejoramiento de los comportamientos que usted controla directamente y que tendrán un impacto positivo en sus metas a largo plazo.

En el caso de un individuo interesado en el trabajo profundo, es fácil identificar el indicador predictivo relevante: *el tiempo que se pasa en un estado de trabajo profundo, dedicado a una meta sustancialmente importante*. Volviendo a mi ejemplo personal, haber comprendido lo anterior tuvo un fuerte impacto en mi manera de llevar a cabo la investigación académica. Yo prestaba mucha atención a los indicadores de resultados, tales como el número de artículos publicados por año. Sin embargo, estos indicadores no lograban funcionar como motor de cambio de mi comportamiento diario, pues no me llevaban a hacer nada en el corto plazo que pudiera generar de manera inmediata un cambio notable en este indicador de largo plazo. Cuando empecé a llevar un registro de las horas dedicadas al trabajo profundo, estos indicadores se volvieron relevantes en mi vida cotidiana: cada hora adicional de trabajo profundo se reflejaba *ipso facto* en mi cómputo.

### **Disciplina # 3: Llevar un convincente tablero de resultados**

«La gente no juega igual cuando está llevando cuentas de los resultados »[42], explican los autores de la 4DX, y añaden que cuando la empresa busca reforzar el compromiso de sus colaboradores para alcanzar una meta sustancialmente importante , es clave que estos cuenten con un espacio público para registrar y llevarles la pista a los indicadores predictivos. Este tablero genera un sentido de la competencia que los lleva a concentrarse en estos indicadores , aunque haya otros asuntos que requieran su atención . También sirve para fortalecer su motivación . Cuando el equipo de colaboradores ve el éxito que se empieza a producir con los indicadores predictivos, busca perpetuar este desempeño. En la disciplina anterior, decía que el número de horas invertidas haciendo trabajo profundo —en el caso de un individuo interesado en la estrategia de la profundidad— debía ser el indicador predictivo. De allí se desprende que el tablero del individuo debe ser un artefacto físico, ubicado en el entorno de trabajo, donde se registre el número de horas dedicadas al trabajo profundo.

En mis primeros experimentos con las 4DX, encontré una sencilla pero eficaz solución para la implementación del tablero . Tomé un pedazo de cartulina y lo dividí en columnas , una para cada semana del semestre en curso. Luego escribí las fechas de cada semana y pegué la cartulina en la pared, cerca al monitor (en un lugar donde no podía evitar mirarla). Conforme avanzaba cada semana , yo iba llevando un registro de las horas que dedicaba al trabajo profundo poniendo vistos buenos en cada columna. Para maximizar la motivación que generaba el tablero, cada vez que llegaba a un punto destacado en el recorrido académico (por ejemplo, resolver una prueba clave), encerraba en un círculo la marca correspondiente a la hora en la que había alcanzado ese resultado[\*]. De esta manera, alcanzaba dos propósitos: en primer lugar , lograba hacer una conexión mental entre las horas de trabajo profundo acumuladas y unos resultados tangibles; en segundo lugar, podía calibrar cuántas horas de trabajo profundo necesitaba para cada resultado.Esta cifra (que era mayor a la que yo había supuesto en un primer momento )me sirvió para comprender que debía dedicar más horas semanales al trabajo profundo.

## **Disciplina # 4: Crear un hábito de rendición de cuentas**

Los autores de las 4DX señalan que el último paso para mantener la atención fija en los indicadores predictivos es «implementar un ritmo de

reuniones frecuentes y habituales entre los equipos que tengan a su cargo la meta sustancialmente importante»<sup>[43]</sup>. Durante esas reuniones, los miembros de los equipos deben confrontar sus respectivos tableros, comprometerse con acciones específicas que contribuyan a mejorar los resultados para la siguiente reunión y describir lo que ocurrió con los compromisos asumidos en la reunión anterior. Esta revisión, según los autores, se puede hacer en pocos minutos, pero para que sus efectos sean tangibles, debe ser habitual. Para los autores, esta es la disciplina «donde verdaderamente ocurre la ejecución»<sup>[44]</sup>.

En el caso de un individuo que quiera mantener la atención fija en el hábito del trabajo profundo, lo más probable es que no cuente con ningún equipo de colegas para hacer esta tarea, pero eso no lo exime de la necesidad del hábito de rendición de cuentas. En múltiples lugares de este libro expongo y recomiendo el hábito de la revisión semanal, en la cual usted debe hacer planes para la siguiente semana (véase la regla # 4). En mis experimentos con las 4DX hacía una revisión semanal del tablero para celebrar las buenas semanas y determinar qué había pasado en las malas. Lo más importante era determinar cómo iba a garantizar la obtención de buenos resultados en los días próximos. Esta estrategia me permitía ajustar mi horario con el fin de satisfacer las necesidades de mis indicadores prospectivos, con lo cual podía hacer mucho más trabajo profundo que si no hubiera hecho esas revisiones semanales.

---

El marco de las 4DX se basa en la premisa fundamental de que la ejecución es más difícil que la concepción de las estrategias. Después de analizar cientos de casos, los creadores de estas disciplinas lograron definir unas cuantas que parecen funcionar muy bien para conquistar esta dificultad. Por lo tanto, a usted no debe causarle sorpresa que estas mismas disciplinas puedan tener un efecto similar en su meta personal de cultivar el hábito del trabajo profundo.

Para concluir, volvamos una última vez a mi ejemplo personal. Como anoté más arriba, al adoptar las 4DX me propuse la meta de publicar cinco artículos revisados por pares en el año académico 2013-2014. Se trataba de una meta ambiciosa, ya que había publicado solo cuatro artículos el año anterior (una hazaña de la que me sentía orgulloso). Durante este experimento con las 4DX, la claridad de la meta, sumada al aporte sencillo pero eficaz de mi tablero con los indicadores prospectivos, me llevó a un nivel de profundidad que nunca antes había alcanzado. En retrospectiva, veo que lo que aumentó no fue tanto la intensidad de mis períodos de trabajo profundo como su regularidad. Anteriormente, me dedicaba al trabajo profundo cuando

se acercaba la fecha de entrega de los artículos. Con el hábito de las 4DX mi mente estaba concentrada todo el año. Debo admitir que fue un año agotador (sobre todo teniendo en cuenta que también estaba escribiendo este libro al tiempo). Sin embargo, sirvió para comprobar la validez del marco de las 4DX: en el verano del 2014 me habían aceptado *nueve* artículos para su publicación, cifra que era más del doble de lo que había logrado el año anterior.

## Ser perezoso

El ensayista y caricaturista Tim Kreider, en un artículo publicado en el 2012 en un blog de *The New York Times*, hace una memorable descripción de sí mismo: «No soy un tipo ocupado. Soy la persona ambiciosa más perezosa que conozco»<sup>[45]</sup>. La aversión de Kreider por el trabajo frenético, sin embargo, sufrió una dura prueba en los meses previos a la publicación del texto en el blog. Así describe este período: «Poco a poco y de manera insidiosa, he comenzado, por obligaciones profesionales, a volverme una persona ocupada... Todas las mañanas me encontraba con la bandeja de entrada de correo llena de mensajes donde se me pedía hacer cosas que no quería hacer o presentándome problemas que debía resolver»<sup>[46]</sup>.

La solución que Kreider ideó fue huir a un «sitio secreto»: un lugar sin televisión y sin Internet (para tener acceso a la Red tiene que irse hasta la biblioteca local en bicicleta), donde puede evitar responder a la avalancha de pequeñas obligaciones que parecen inofensivas si se las toma individualmente pero que, en conjunto, son nocivas para sus hábitos de trabajo profundo. «Volví a recordar lo que eran las florecitas amarillas, los chinches y las estrellas —relata Kreider sobre su retiro—. Leí. Y finalmente pude volver a escribir de verdad por primera vez en meses».

Es importante, dentro de lo que venimos diciendo, reconocer que Kreider no es ningún Thoreau. Kreider no se retiró del mundo de las ocupaciones para formular una crítica social complicada. La necesidad de irse a un «sitio secreto» estaba motivada por un descubrimiento sorprendente pero pragmático: *de esa manera podía hacer mejor su trabajo*. Así lo explica:

La ausencia de ocupación no es vagancia, indulgencia o vicio; es algo tan indispensable para el cerebro como la vitamina D para el cuerpo. Si nos privamos de ella sufrimos una afección mental que nos desfigura tanto como el raquitismo [...]. Paradójicamente es necesaria para poder hacer cualquier trabajo<sup>[47]</sup>.

Por supuesto que cuando Kreider habla de hacer cualquier trabajo no se está refiriendo a labores superficiales. En general, para hacer trabajo superficial no se requiere nada distinto de hacerlo. Un artista o un escritor como Kreider, en cambio, necesita hacer trabajo profundo, es decir, tiene que hacer esfuerzos serios para producir las cosas que el mundo valora. Kreider está convencido de que estos esfuerzos necesitan el apoyo de una mente que se entrega con frecuencia al ocio.

Esta estrategia consiste en seguir el ejemplo de Kreider, es decir, inyectar porciones significativas y frecuentes de libertad respecto a sus preocupaciones laborales cotidianas, de tal manera que pueda gozar de la ausencia de ocupación que, paradójicamente, se requiere para hacer trabajo profundo. Podemos alcanzar esta meta de muchas maneras. Usted puede, por ejemplo, usar la táctica de Kreider de aislarse por completo del mundo de las labores superficiales e irse a un «lugar secreto», pero muchas personas no están en condiciones de hacerlo. Existe una estrategia más fácil de aplicar pero que sigue siendo altamente efectiva: al final del día laboral, deje de pensar en los asuntos relacionados con el trabajo hasta la mañana siguiente; no revise el correo después de cenar, no vuelva a repasar mentalmente las conversaciones de la oficina y no piense cómo va a afrontar el siguiente reto, cancele por completo el pensamiento sobre el trabajo. Si necesita más tiempo extienda su jornada, pero en cuanto termine destierre el pensamiento sobre el trabajo. Su mente debe quedar libre para encontrarse con las florecitas amarillas, los chinches y las estrellas de Kreider.

Antes de pasar a describir algunas tácticas que sirven para implementar esta estrategia, quisiera explicar *por qué* la inactividad puede ser provechosa para la capacidad de producir resultados valiosos. Contamos, obviamente, con el aporte personal de Tim Kreider, pero vale la pena tomarse un tiempo para comprender las razones objetivas que dan cuenta del valor de la ociosidad<sup>[48]</sup>.

## Razón # 1: *La inactividad contribuye a los descubrimientos*

Veamos el siguiente fragmento de un artículo publicado en la revista *Science*, en el 2006:

Durante cientos de años, la literatura científica ha puesto mucho énfasis en los beneficios de la deliberación consciente en la toma de decisiones [...]. Aquí nos proponemos determinar si esta afirmación tiene un sustento sólido. Nuestra hipótesis es que no lo tiene<sup>[49]</sup>.

Detrás de estas palabras en apariencia insípidas se esconde una afirmación osada. Los autores de este estudio, liderados por el psicólogo holandés Ap Dijksterhuis, se propusieron demostrar que, en la toma de ciertas decisiones, es mejor que sea el inconsciente el que desenrede la madeja. En otras palabras, buscar activamente trabajar en estas decisiones lleva a un resultado *peor* del que se logra si se considera la información relevante y luego se pasa a otra cosa, para dejar que las capas del inconsciente rumien el asunto.

El equipo de trabajo de Dijksterhuis aisló este efecto al darles a unos sujetos la información necesaria para una decisión compleja relacionada con la compra de un automóvil. A la mitad de los sujetos del experimento se le pidió reflexionar detenidamente sobre la información para luego tomar la mejor decisión. A la otra mitad se le dio a leer la información y luego se la distrajo con acertijos fáciles. Enseguida, se le puso a tomar una decisión sin haber tenido tiempo para deliberar de manera consciente. El grupo de los distraídos tuvo mejores resultados.

Las observaciones a partir de experimentos como este llevaron a Dijksterhuis y a sus colaboradores a desarrollar la teoría del pensamiento inconsciente (TPI), un intento por entender los diferentes papeles que la deliberación consciente e inconsciente desempeña en la toma de decisiones. En un nivel superior, esta teoría propone que, para decisiones que requieren la aplicación de reglas estrictas, la participación de la mente consciente es indispensable. Por ejemplo, si usted necesita hacer un cálculo matemático, solo su mente consciente podrá seguir las reglas aritméticas precisas que se necesitan para hacer el procedimiento de manera correcta. De otro lado, en el caso de decisiones en las que se debe tener en cuenta una gran cantidad de información y hay múltiples limitantes vagas e incluso contrastantes, la mente inconsciente da buenos resultados. La hipótesis de la TPI es que esto se debe a que las regiones del cerebro donde se maneja lo inconsciente tienen un mayor ancho de banda neuronal disponible, lo cual les permite mover mayor información y repasar más soluciones potenciales que los centros conscientes de pensamiento. Según esta teoría, nuestra mente consciente es como un computador personal en el cual uno puede ejecutar programas cuidadosamente escritos que aportan respuestas adecuadas a problemas limitados, en tanto que la mente inconsciente es como los vastos centros de datos de Google, donde unos algoritmos estadísticos manejan montones de terabytes de información no estructurada y acuden a unas soluciones sorprendentes y muy útiles para preguntas difíciles.

Esta línea de investigación apunta a que darle a nuestro cerebro consciente el tiempo para reposar le permite a la mente inconsciente tomar un camino diferente para afrontar sus retos profesionales más complejos. El hábito del descanso, por lo tanto, no equivale necesariamente a reducir la cantidad de tiempo que usted le dedica al trabajo productivo, sino que diversifica el tipo de trabajo que lleva a cabo.

## **Razón # 2: *El tiempo de descanso contribuye a recargar las energías necesarias para hacer trabajo profundo***

Un artículo académico que se cita con frecuencia, publicado en el 2008 en *Psychological Science*<sup>[50]</sup>, describe un experimento sencillo. Se formaron dos grupos. A los sujetos del primer grupo se les pidió que hicieran una caminata por un camino de madera en un jardín botánico cerca del campus de Ann Arbor, Michigan, donde se adelantó el estudio. Al otro grupo lo mandaron a caminar por el concurrido centro de la ciudad. A ambos grupos se les asignó una tarea que requería mucha atención, llamada «prueba de rango de dígitos a la inversa». El principal descubrimiento del estudio es que el grupo que fue asignado a trabajar en la naturaleza tuvo un desempeño 20 % mejor en la realización de la tarea. A la semana siguiente se trocaron los lugares a los que se asignaba a cada grupo y, nuevamente, el grupo de la naturaleza obtuvo mejores resultados. No eran los individuos los que determinaban la calidad del desempeño sino el hecho de que tuvieran la oportunidad de prepararse caminando por el bosque.

Este es uno de los muchos estudios que validan la teoría de la restauración de la atención (TRA), la cual sostiene que pasar un tiempo en la naturaleza puede mejorar nuestra capacidad para concentrarnos. Esta teoría, propuesta por primera vez en los años ochenta por los psicólogos de la Universidad de Michigan Rachel y Stephen Kaplan<sup>[51]</sup> (este último coautor, junto con Marc Berman y John Jonides, del estudio del 2008 que citamos anteriormente), se basa en el concepto de la fatiga de la atención. Para concentrarse se requiere algo que la TRA llama *atención dirigida*. Este recurso es finito. Si usted lo agota, le resultará difícil concentrarse. (Para lo que nos interesa, podemos establecer una semejanza entre este recurso y las reservas limitadas de fuerza de voluntad de Baumeister que mencionamos en la introducción de esta regla<sup>[52]</sup>). El estudio del 2008 sostiene que caminar en las abarrotadas calles de la ciudad requiere el uso de la atención dirigida, pues tenemos que

determinar cuándo debemos cruzar una calle para que no nos atropellen o cuándo desviar ligeramente el rumbo para hacer el quite a un grupo de turistas que está bloqueando la acera. Al cabo de tan solo quince minutos de este recorrido concentrado, las reservas de atención dirigida del individuo se reducen.

Caminar en la naturaleza, por el contrario, nos expone a aquello que el Berman llama «estímulos inherentemente fascinantes» y usa las puestas de sol como ejemplo. Estos estímulos invocan la atención de una manera reducida, lo cual permite que las reservas de la atención dirigida se reabastezcan. Dicho de otra manera, al caminar por la naturaleza usted no está obligado a dirigir la atención, pues los retos del recorrido son pocos (a diferencia de los que se presentan cuando tenemos que cruzar calles) y experimenta una cantidad suficiente de estímulos interesantes para mantener la mente lo bastante ocupada para evitar la necesidad de dirigir activamente la atención hacia algo.

Este estado permite que sus recursos de atención dirigida se reabasteczan. Al cabo de quince minutos de este tipo de reabastecimiento, los sujetos tienen una mejor concentración.

(Sin lugar a dudas, usted podría argüir que estar al aire libre viendo un atardecer lo pone a uno de buen humor y que estar de buen humor es realmente lo que contribuye al mejoramiento del desempeño en esas tareas. Sin embargo, tras añadir un toque ligeramente sádico al experimento, los investigadores objetaron esa hipótesis repitiendo el experimento en unas condiciones diferentes: esta vez, en medio de un crudo invierno de Ann Arbor. El hecho de caminar al aire libre en unas condiciones climáticas rigurosas no puso a los sujetos de buen humor, pero estos seguían teniendo un mejor desempeño en las tareas que requerían concentración).

Lo importante para nuestras reflexiones es observar que las implicaciones de la TRA van más allá de los beneficios de la naturaleza. El mecanismo central de esta teoría es la idea de que podemos restaurar nuestra capacidad para dirigir la atención si hacemos una pausa en la actividad en cuestión. Caminar en la naturaleza nos permite tener ese respiro mental, pero lo mismo puede ocurrir gracias a diversas actividades relajadas, siempre y cuando aporten «estímulos inherentemente fascinantes» similares y la libertad de no tener que mantener la atención concentrada. Conversar informalmente con un amigo, escuchar música mientras preparamos la cena, jugar con los hijos, salir a trotar, etc. (actividades que usted puede adelantar en la noche si se obliga a hacer una pausa en el trabajo) desempeñan el mismo papel que caminar en la naturaleza para restaurar la atención.

Por otro lado, si usted se la pasa consultando el correo electrónico durante esas mismas horas de la noche o decide reservar una hora o dos después de la cena para cumplir con una fecha de entrega que se avecina, estará robándoles a los centros de la atención dirigida el tiempo de descanso ininterrumpido que necesitan para reabastecerse. Aunque esas actividades breves relacionadas con el trabajo no le consuman mucho tiempo, usted no debe perder de vista que estas le impiden llegar a los niveles de relajación más profunda en los cuales se produce la restauración de la atención. Solo la seguridad de que usted ya terminó la jornada de trabajo por ese día servirá para convencer a su cerebro de reducir la marcha a un nivel en el que pueda empezar a recargarse para el día siguiente. En otras palabras, tratar de dedicar unos cuantos minutos o unas cuantas horas más al trabajo durante la noche puede reducir su eficiencia al día siguiente, de tal manera que terminará haciendo menos que si hubiera respetado los tiempos de descanso.

### **Razón # 3: *Por lo general, el trabajo que hacemos durante el tiempo de descanso no es tan importante***

Para dar un argumento final a favor del respeto al punto límite de finalización de la jornada laboral debemos regresar a Anders Ericsson, el inventor de la teoría de la práctica deliberada. Como recordará usted, en la primera parte decíamos que la práctica deliberada es el mejoramiento sistemático de nuestra habilidad en una destreza dada. Es la actividad requerida para volverse más diestro en algo. Como he dicho, el trabajo profundo y la práctica deliberada se traslanan en muchos aspectos. Para lo que nos interesa en este libro, podemos decir que la práctica deliberada funciona como sinónimo de los esfuerzos cognitivamente exigentes.

En el ensayo pionero de Ericsson sobre el tema, publicado en 1993 y titulado «*The Role of Deliberate Practice in the Acquisition of Expert Performance*» [«El papel de la práctica deliberada en la adquisición de un desempeño a nivel de experto»]<sup>[53]</sup>, el autor dedica una sección a revisar lo que la literatura investigativa sobre el tema revela acerca de la capacidad del individuo para hacer un trabajo cognitivamente exigente. Ericsson señala que, para un novato, una hora de concentración intensa al día parece ser el límite, mientras que otros expertos indican que la cantidad de horas puede ser hasta cuatro, pero casi nunca más que eso.

Uno de los estudios citados, por ejemplo, cataloga los hábitos de práctica de un grupo de violinistas de élite que se estaban formando en la Universitat der Künste, de Berlín. El estudio descubrió que los violinistas de élite suman un promedio de tres y media horas al día de práctica deliberada, por lo general separadas en dos momentos diferentes del dia. Los violinistas menos talentosos pasaban menos tiempo en estado de profundidad.

Lo que implican estos resultados es que nuestra capacidad para el trabajo profundo en un día determinado es limitada. Si usted programa bien su día (usando, por ejemplo, las estrategias de productividad descritas en la Regla # 4), debería llegar a su capacidad diaria para el trabajo profundo durante la jornada de trabajo. De allí se desprende que, por la noche, usted ya no estará en capacidad de hacer trabajo profundo de manera efectiva. El trabajo que pretenda hacer durante la noche no tendrá la calidad de las actividades de alto valor que realmente sirven para hacer avanzar su carrera. Sus esfuerzos se ejecutarán a un ritmo lento, con poca energía, y tendrán poco valor. En otras palabras, si usted no trabaja en la noche no estará dejando de hacer cosas importantes.

---

Las tres razones que acabamos de describir justifican la estrategia general de poner punto final de manera estricta a su día de trabajo. Concluyamos ahora agregando algunos detalles relacionados con la implementación.

Para que esta estrategia tenga éxito, usted debe ser firme en su compromiso de no poner en su campo de atención ninguna actividad relacionada con el trabajo una vez haya puesto punto final a la jornada laboral. Este punto incluye, de manera especial, mirar el correo electrónico y navegar en sitios web relacionados con el trabajo. En ambos casos, incluso una breve intrusión del trabajo puede generar una insidiosa fuente de distracción que impedirá que se produzcan las ventajas descritas más atrás (casi todos hemos tenido la experiencia de mirar un alarmante correo de trabajo el sábado en la mañana, con lo cual nuestro pensamiento queda impregnado con esta preocupación durante todo el fin de semana).

Otro compromiso crucial que usted debe respetar para que esta estrategia tenga éxito consiste en implementar un *ritual de cierre*, que deberá poner en práctica al final del día laboral, con el fin de maximizar sus probabilidades de éxito. Este ritual debe garantizar que las tareas, metas o proyectos no concluidos hayan sido revisados y que para cada uno de ellos se haya contemplado una de estas dos posibilidades: (1) usted tiene un plan adecuado para terminar el proyecto, o (2) el proyecto se reanudará cuando llegue el

momento adecuado para hacerlo . El proceso debe ser un algoritmo : una serie de pasos que usted siempre sigue, uno tras otro. Al terminar, diga una frase para indicar que ha concluido el proceso (la frase que yo uso en mi ritual de cierre es «Se cierra el día»). Puede que este último paso suene cursi , pero le sirve a su mente para saber que ya puede abandonar , de manera segura , los pensamientos relacionados con el trabajo hasta el día siguiente.

Para darle mayor concreción a esta sugerencia, me permitiré mostrarle a usted los pasos que sigo en mi propio ritual de cierre (que desarrollé por primera vez cuando estaba redactando mi tesis de doctorado y que siempre pongo en práctica desde entonces , de una manera o de otra). Lo primero que hago es echarle una mirada final a la bandeja de entrada de los correos electrónicos, para asegurarme de que no haya nada que requiera una respuesta urgente antes de terminar el día. Lo siguiente que hago es poner cualquier tarea pendiente que haya anotado en un papel durante el día en mis listas oficiales de tareas (para esto uso Google Docs , porque me gusta poder acceder a ellas desde cualquier computador, pero el tipo de tecnología que uno escoja no es relevante para este objetivo). Cuando tengo abiertas estas listas de tareas , reviso rápidamente *todas* las tareas de todas las listas y miro los días que siguen en el calendario . Estas dos acciones me impiden pasar por alto u olvidar cualquier fecha límite o cita que tenga próximamente . Así, reviso todos los compromisos profesionales que debo cumplir. Para finalizar el ritual, uso esta información con el fin de hacer un plan general para el día siguiente. Cuando termino de hacer el plan, digo «Se cierra el día» y dejo depensar en el trabajo por esa jornada laboral.

El concepto del ritual de cierre puede parecer extremo a primera vista, pero podemos justificarlo con una buena razón: el efecto Zeigarnik . Este efecto toma su nombre del trabajo experimental de la psicóloga de principios del siglo xx, Bluma Zeigarnik , quien describe los niveles de atención que ocupan las tareas que todavía tenemos por concluir. El estudio señala que si simplemente interrumpimos el trabajo a las cinco de la tarde y decimos:«Mañana sigo trabajando», lo más probable es que usted tenga que hacer un gran esfuerzo para que su mente no se vaya hacia los asuntos profesionales,pues las diversas obligaciones que se quedaron sin resolver en su mente ,como ocurrió en los experimentos de Bluma Zeigarnik , seguirán luchando por obtener su atención durante la noche (una lucha en la que muchas veces aquellas saldrán victoriosas).

A primera vista, esta dificultad puede parecer insoluble. Como puede atestiguarlo cualquier trabajador del conocimiento que vive ocupado, *siempre*

habrá tareas por terminar. La mera idea de que usted pueda llegar a un punto en que se haya hecho cargo de todas sus obligaciones es una fantasía. Por suerte, no necesitamos *terminar* una tarea para sacárnosla de la mente. Para obtener apoyo en este punto contamos con nuestro amigo, mencionado anteriormente, el psicólogo Roy Baumeister, quien escribió un artículo en colaboración con E. J. Masicampo, que lleva el título jocoso de «*Consider it done!*» [«¡Dalo por hecho!»]. En este estudio, los investigadores comenzaban replicando el efecto Zeigarnik en los sujetos participantes (en este caso, los investigadores les asignaban una tarea y simultáneamente programaban diversas interrupciones); luego descubrieron que podían reducir significativamente el impacto del efecto Zeigarnik, pidiéndoles a los sujetos participantes que, cuando se producía la interrupción, hicieran un plan para determinar cómo harían para terminar *más adelante* la tarea incompleta. El artículo dice textualmente: «Comprometerse con un plan específico en relación con el cumplimiento de una meta puede, por lo tanto, no solo facilitar ese cumplimiento, sino que también puede liberar recursos cognitivos para otras labores»<sup>[54]</sup>.

El ritual de cierre descrito anteriormente usa esa táctica para luchar contra el efecto Zeigarnik. Por una parte, no lo obliga a uno a identificar explícitamente un plan para cada una de las tareas que tiene en su lista de pendientes (lo que sería muy pesado) y, por otra, lo obliga a uno a anotar todas las tareas en una lista común, y luego a revisar esas tareas antes de hacer un plan para el día siguiente. Este ritual garantiza que no se pase por alto ninguna tarea: cada una de ellas será revisada diariamente y se abordará cuando llegue el momento apropiado. En otras palabras, su mente queda liberada del deber de seguirles la pista a estas obligaciones en todo momento, pues el ritual de cierre se hace cargo de esta responsabilidad.

Los rituales de cierre pueden ser molestos, pues hacen que debamos añadir otros diez o quince minutos a la jornada laboral, antes de darla por terminada (y, a veces, incluso más), pero son necesarios para recoger los frutos del descanso sistematizado, tal como lo señalamos anteriormente. Según mi experiencia, pasan más o menos dos semanas antes de que el hábito del ritual de cierre se asiente, es decir, hasta que la mente aprenda a tener fe en el ritual y deje de evocar pensamientos relacionados con el trabajo después de que usted sale de la oficina. Sin embargo, una vez que se asienta, el ritual se convierte en parte de su vida, al punto de que usted puede sentirse incómodo cuando lo pasa por alto.

Varias décadas de investigaciones en diversos campos de la psicología apuntan a esta conclusión: permitirle regularmente al cerebro descansar mejora la calidad del trabajo profundo. Cuando trabaje, trabaje con dedicación. Cuando termine, termine. Es posible que el promedio de sus respuestas a los correos electrónicos sufra un poco, pero sentirá las recompensas de este cambio al ver que aumenta el volumen del trabajo verdaderamente importante producido durante el día, gracias a su capacidad renovada de profundizar más que sus agotados colegas.

## REGLA #2

# ABRIR LAS PUERTAS AL ABURRIMIENTO

**P**ara comprender mejor cómo se domina el arte del trabajo profundo o de trabajar a fondo, invito al lector a considerar el caso de los asistentes a la sinagoga Knesses Yisroel, en Spring Valley, Nueva York. A las seis de la mañana, en un día cualquiera entre semana, uno encuentra por lo menos veinte automóviles en el estacionamiento. Dentro del edificio hay varios miembros de la congregación trabajando en diversos textos: algunos están leyendo en silencio mientras que otros mueven los labios conforme avanzan en la lectura de un lenguaje antiguo; otros más están debatiendo algunos temas en parejas. En uno de los extremos de la habitación puede haber un rabino dirigiendo un grupo de discusión más grande. Esta actividad matutina representa apenas una pequeña fracción de los cientos de miles de judíos ortodoxos que se levantan temprano en la mañana para poner en práctica un principio central de su fe: dedicar un tiempo del día a estudiar las complejas tradiciones escritas del judaísmo rabínico<sup>[1]</sup>.

Conocí este mundo a través de Adam Marlin, miembro de la congregación Knesses Yisroel, quien suele asistir a estos grupos de estudio matutino. Según me explicó Marlin, la meta que se propone con esta práctica es descifrar una página del Talmud cada día (aunque a veces no logra llegar a tanto), trabajando en muchas ocasiones con un *chevruta* (un compañero de estudio) para llevar a su límite cognitivo la adquisición de conocimientos.

Lo que me interesa de Marlin no es su erudición sobre los textos antiguos, sino el tipo de esfuerzo que se requiere para adquirir ese conocimiento. En la entrevista que le hice puso mucho énfasis en la intensidad mental de su ritual matutino. «Es una disciplina seria y extrema, que tiene mucho del trabajo profundo [sobre el que tú escribes] —me explicó—. Yo manejo un negocio que está creciendo bastante, pero muchas veces el mayor esfuerzo mental que hago durante el día es el de ese estudio». Y Marlin no es el único que hace ese esfuerzo, pues está imbricado en esta práctica, como le explicó un rabino en

cierta ocasión: «No puedes considerar que has cumplido con esta obligación diaria si no has buscado llegar a los límites máximos de tu capacidad mental».

A diferencia de muchos judíos ortodoxos, Marlin llegó tarde a su fe: empezó su rigurosa formación talmúdica pasados los veinte años. Esta información biográfica es interesante para nuestro propósito porque permite hacer una comparación entre el antes y el después, en el caso de Marlin, en relación con los efectos de esta calistenia mental y su sorprendente resultado. Marlin tenía una sólida formación académica antes de empezar esta práctica: tiene *tres grados diferentes* de las mejores universidades de los Estados Unidos. No obstante, en los grupos de estudio conoció a personas que solo habían asistido a pequeñas escuelas religiosas pero que podían sostener sútiles debates intelectuales con él. «Muchas de esas personas tienen gran éxito [profesional] —me dijo—, pero lo que llevó su intelecto a niveles superiores no fue una facultad reputada, sino el estudio profundo, que empezaron desde que estaban en quinto grado».

Al cabo de un tiempo, Marlin comenzó a observar cambios positivos en su capacidad para el pensamiento profundo. «Últimamente he tenido más ideas creativas en mi vida profesional —relata—. Estoy convencido de que eso está relacionado con mi práctica mental diaria en la sinagoga. Ese esfuerzo permanente me ha ayudado a fortalecer mi músculo mental a lo largo de los años. Yo no me había propuesto esa meta al comenzar, pero ese fue el efecto que se produjo».

---

La experiencia de Adam Marlin apunta a una realidad importante respecto al trabajo profundo: la capacidad para concentrarnos profundamente es una destreza que debe entrenarse. La idea puede sonar obvia una vez formulada, pero representa una divergencia respecto de la forma como la mayoría de la gente entiende estos asuntos. Según mi experiencia, es común considerar la concentración sin distracciones como un *hábito* (parecido al uso de la seda dental), algo que uno sabe cómo hacer y que considera bueno, pero que no ha puesto en práctica por falta de motivación. Esta forma de ver las cosas es atractiva porque implicaría que uno puede transformar su vida laboral, pasando de la noche a la mañana de un énfasis en la distracción a un énfasis en la profundidad, simplemente si logra acumular la motivación suficiente. Sin embargo, esta visión pasa por alto el hecho de que concentrarse es difícil y que es necesario invertir muchas horas de práctica para fortalecer el «músculo mental». En otras palabras, las ideas creativas que Adam Marlin concibe ahora en su vida profesional poco tienen que ver con una decisión

puntual de pensar profundamente, sino que se derivan de su compromiso de entrenar esa destreza todas las mañanas.

No obstante, la idea que acabo de plantear tiene un corolario: los esfuerzos que usted haga para hacer más profunda su concentración resultarán vanos si, al mismo tiempo, no libera a su mente de la dependencia de la distracción. Así como los deportistas deben cuidar su cuerpo en todo momento y no solo durante las sesiones de entrenamiento, usted tendrá que hacer grandes esfuerzos para llegar a niveles más profundos de concentración si se pasa el resto del tiempo huyéndole al aburrimiento.

Encontramos pruebas de esta afirmación en la investigación de Clifford Nass, el profesor de comunicaciones de Stanford, ya fallecido, a quien se conoce muy bien por su estudio sobre el comportamiento en la era digital. Entre otros descubrimientos, la investigación de Nass revela que el cambio constante de foco de atención que se vive con el uso de Internet tiene un efecto residual negativo en el cerebro. Así resumió Nass estos descubrimientos en una entrevista que le concedió en el 2010 a Ira Flatow, de National Public Radio:

Tenemos unas escalas que nos permiten dividir a las personas entre aquellas que hacen *multitasking* todo el tiempo y aquellas que casi nunca lo hacen, y las diferencias son notables. Las personas que hacen *multitasking* todo el tiempo no saben filtrar la irrelevancia. No usan la memoria de trabajo. Viven crónicamente distraídas. Ponen a funcionar unas partes muy grandes del cerebro que son irrelevantes para la tarea en cuestión [...]. Son, francamente, unos desastres mentales<sup>[2]</sup>.

En ese momento de la entrevista, Flatow le pregunta si las personas crónicamente distraídas reconocen que su cerebro esté cableado de esa manera:

*Las personas con las que hablamos siempre dicen: «Mira, cuando realmente tengo que concentrarme, apago todo y me concentro como un láser». Por desgracia, estas personas han desarrollado hábitos mentales que les imposibilitan concentrarse como un láser. Buscan ansiosamente la irrelevancia. No pueden mantenerse en una sola tarea<sup>[3]</sup>.* (Los énfasis son míos).

Nass descubrió que cuando el cerebro de uno se acostumbra a la distracción en todo momento, es difícil que se desprenda de esa adicción, incluso cuando uno *quiere* concentrarse. Para decirlo de forma más concreta: si en cada momento de potencial aburrimiento en la vida de uno (por ejemplo, cuando tiene que esperar cinco minutos en una fila o cuando está sentado solo esperando en un restaurante a que llegue su amigo), uno acude a la estrategia de mirar el teléfono inteligente, entonces lo más probable es que el cerebro haya sido cableado de tal forma que, al igual que los «desastres mentales» que

menciona Nass, ya no sea apto para el trabajo profundo, aunque regularmente dedique el tiempo para poner en práctica este tipo de concentración.

---

La regla # 1 le enseña a usted a integrar el trabajo profundo en la programación de sus actividades y le ofrece apoyo mediante rutinas y rituales diseñados para ayudarle a alcanzar el límite máximo actual de su capacidad para concentrarse. La regla # 2 le ayuda a mejorar significativamente este límite. Las estrategias que siguen a continuación se basan en la idea fundamental de que es necesario practicar para sacar el mayor provecho del hábito del trabajo profundo. Como lo aclaramos unas líneas más atrás, esta práctica debe tomar en consideración dos metas: mejorar su capacidad para concentrarse intensamente y superar su deseo de distracción. Estas estrategias comprenden diversos procedimientos, que van desde poner en cuarentena la distracción hasta dominar una forma especial de meditación. Combinadas, estas estrategias le ayudarán a tener una hoja de ruta para un viaje que lo llevará de ser un desastre mental, producto de la distracción constante y el desconocimiento de la concentración, a ser una persona que hace uso de un instrumento que sí funciona en verdad para concentrarse como un láser.

## **No haga pausas en la distracción: haga pausas en la concentración**

Muchas personas suponen que pueden pasar de un estado de distracción a uno de concentración según lo necesiten, pero, como acabo de decir, esta suposición es optimista. Cuando nuestro cerebro está cableado para la distracción, la sigue buscando afanosamente. Motivada por esta realidad, la estrategia que propongo está diseñada para ayudarle a recablear su cerebro y configurarlo más adecuadamente, de tal manera que le permita mantenerse dedicado a una tarea.

Antes de pasar a examinar los detalles, comencemos con una reflexión sobre una conocida sugerencia para combatir la adicción a la distracción que, a la larga, no resuelve nuestro problema: el *sabbat* de Internet (también se le ha dado el nombre de desintoxicación digital). En su forma básica, este ritual consiste en designar un tiempo —típicamente suele ser un día de la semana— en el que usted se abstendrá de usar las tecnologías de la Red. De la misma forma que el *sabbat* de la Biblia hebrea plantea un período de silencio y de

reflexión, apropiado para contemplar a Dios y a sus obras, el objetivo del *sabbat* de Internet es que usted recupere las cosas de las que se pierde por estar pegado a una pantalla.

No se sabe con claridad quién creó el concepto de «*sabbat* de Internet», pero por popularizar la idea se le asigna el crédito al periodista William Powers, quien promovió esta práctica en su reflexión sobre la tecnología y la felicidad humana, en un libro publicado en el 2010 titulado *Hamlet's Blackberry*<sup>[4]</sup>. Así resumió Powers su visión sobre el tema durante una entrevista: «Haga lo mismo que hizo Thoreau, es decir, aprenda a desconectarse un poco del mundo conectado, pero sin huir de él»<sup>[5]</sup>.

Buena parte de los consejos que se ofrecen para el problema de la distracción siguen este modelo general, que consiste en encontrar un momento para escapar del barullo. Algunas personas apartan un mes o dos al año para huir de esas cadenas, otras siguen el consejo de Powers de sacar un día a la semana e incluso otras dedican una hora o dos al día a este propósito. Todas las variantes de este consejo ofrecen beneficios, pero si consideramos el problema de la distracción en lo relativo al cableado cerebral, resulta evidente que un *sabbat* de Internet no sirve por sí solo para curar un cerebro distraído. Si usted se alimenta de manera sana solo un día a la semana, lo más probable es que no pierda peso, pues la mayor parte del tiempo estará devorando alimentos perjudiciales. De manera similar, si usted resiste la tentación de la distracción solo un día a la semana, lo más probable es que su cerebro siga experimentando con la misma intensidad la tentación de obtener esos estímulos, pues usted pasa la mayor parte del tiempo cediendo a ella.

Yo propongo una alternativa al *sabbat* de Internet. En lugar de programar interrupciones ocasionales *en la distracción* para poder concentrarse, lo que usted debe hacer es programar interrupciones ocasionales *en la concentración* para ceder a la distracción. Para hacer más concreta esta sugerencia, hagamos una simplificación y digamos que usar Internet es sinónimo de buscar estímulos distractores. Por supuesto que usted puede usarla de una manera concentrada y profunda, pero, para un adicto a la distracción, esta es una tarea difícil. De manera similar, asumamos que trabajar sin Internet es sinónimo de trabajo concentrado. Por supuesto que usted puede encontrar maneras de distraerse sin tener una conexión a Internet, pero estas distracciones son más fáciles de resistir.

Una vez se han establecido estas categorizaciones generales, la estrategia funciona de la siguiente manera: programe con anticipación el momento en que va a usar Internet y luego evítelo a toda costa por fuera de ese horario. Le

sugiero mantener una libreta junto al computador cuando esté trabajando . Anote allí la *siguiente* hora en la que puede usar Internet . No podrá disfrutar de ningún tipo de conectividad hasta que llegue esa hora, por muy tentador que le resulte.

La idea que motiva esta estrategia es que evitar el uso de un servicio distractor no reduce, por sí solo, la capacidad del cerebro para concentrarse. Lo que le enseña a su mente a no tolerar la ausencia de novedad es el *cambio* constante entre actividades de alto valor con estímulos escasos y actividades de bajo valor con estímulos abundantes , ante la menor señal de aburrimiento o de reto cognitivo . Este cambio constante debilita los músculos mentales encargados de organizar las fuentes captadoras de atención. Al programar un uso limitado de Internet (lo cual implica limitar las distracciones ) usted minimiza la cantidad de veces que cede a la distracción y, de esa manera,hace que se fortalezcan los músculos selectores de la atención.

Por ejemplo , si usted ha programado su siguiente uso de Internet para dentro de treinta minutos, y está comenzando a sentirse aburrido y con una fuerte necesidad de distracción , los siguientes treinta minutos de resistencia a la distracción se convierten en una sesión de calistenia para la concentración .Por eso, programar la distracción a todo lo largo del día se convierte en una forma de entrenamiento mental constante.

Aunque la idea que sustenta esta estrategia es bastante sencilla, ponerla en práctica puede ser complicado. Para ayudarle a tener éxito en este propósito ,le propongo considerar tres puntos importantes.

### **Punto # 1: *Esta estrategia funciona incluso si su trabajo requiere un gran uso de Internet o si usted debe dar respuestas rápidas a los correos electrónicos***

Si usted debe pasar muchas horas al día conectado a Internet o si debe responder rápidamente los correos electrónicos , no hay problema : eso significa simplemente que sus *bloques de tiempo dedicado a Internet* serán más numerosos que los de una persona cuyo trabajo requiere menos conectividad . El número total de los bloques dedicados a Internet o la duración de estos no es tan importante como respetar la integridad de los *bloques dedicados a trabajar fuera de línea*.

Imagine, por ejemplo, que en un período de dos horas entre una reunión y otra usted programa la revisión del correo cada quince minutos. Revisar el

correo le toma, en promedio, cinco minutos. En este caso, será suficiente disponer de un bloque dedicado a Internet cada quince minutos, dentro de esas dos horas, y el resto del tiempo lo puede dedicar a los bloques de trabajo fuera de línea. En este ejemplo, usted terminará pasando noventa minutos fuera de línea dentro de ese período de dos horas, resistiendo activamente la distracción. Se trata de un valioso entrenamiento para la concentración que se logra sin hacer grandes sacrificios de conectividad. /

## **Punto # 2: *Sin importar cómo se programen los bloques dedicados a Internet, es imperativo abstenerse de usarla por fuera de estos bloques***

Este objetivo es fácil de plantear, pero se complica en medio de la realidad compleja de un día de trabajo común y corriente. Un asunto que usted deberá enfrentar tarde o temprano al ejecutar esta estrategia es que, mientras se encuentre en medio de un bloque de trabajo fuera de línea, puede surgir la necesidad de recuperar una información que solo está disponible en línea, una información necesaria para seguir avanzando en su tarea actual. Si su siguiente bloque dedicado a Internet no comienza pronto, es posible que usted quede bloqueado. La tentación en este caso será rendirse rápidamente, buscar la información y volver al bloque de trabajo fuera de línea. *¡No ceda a la tentación!* La Internet es seductora: tal vez usted piense que solo abrirá uno de los correos que están en la bandeja de entrada, pero le costará trabajo no echar una mirada a los otros mensajes «urgentes» que han llegado en los últimos minutos. No se necesitarán muchas excepciones como esta para que su mente comience a considerar que la barrera entre los bloques es permeable, lo cual reduce los beneficios de la estrategia.

En esta situación, es crucial que usted no abandone de inmediato el bloque dedicado a trabajar fuera de línea, incluso si no puede avanzar mucho en su trabajo. Si es posible, pase a otra actividad fuera de línea durante el resto del bloque (o, incluso, use ese tiempo para relajarse). Si esta solución no es factible —por ejemplo, si usted necesita terminar muy pronto la actividad fuera de línea—, lo indicado es *cambiar* la programación, de tal forma que su siguiente bloque de Internet comience antes. Sin embargo, la clave al hacer este cambio consiste en no programar el siguiente bloque de Internet para que empiece enseguida. Usted debe dejar que transcurran por lo menos cinco minutos entre el momento actual y el siguiente bloque en que puede usar

Internet. Se trata de un lapso corto, que no será un gran obstáculo para su avance. Sin embargo, desde un punto de vista conductista, es muy importante porque marca una separación entre el deseo de ver Internet y la recompensa de hacerlo.

### **Punto # 3: *Programar el uso de Internet tanto en el trabajo como en el hogar le servirá para entrenar su concentración***

Si en las noches, después del trabajo, o durante los fines de semana, usted no puede despegarse de la pantalla del teléfono inteligente o del computador portátil, es probable que su comportamiento fuera del trabajo esté minando los esfuerzos que ha venido adelantando durante la jornada laboral para recablear su cerebro (el cual no distingue entre un entorno y el otro). En este caso, le sugiero mantener la estrategia de programar el uso de Internet incluso cuando haya terminado su jornada laboral.

Para simplificar las cosas, al programar el uso de Internet después del trabajo, usted puede darse permiso para ciertas comunicaciones relacionadas con hechos puntuales durante los bloques fuera de línea (por ejemplo, mandarle un mensaje de texto a un amigo para ponerse de acuerdo sobre el lugar donde se van a encontrar para cenar), o para buscar información concreta (por ejemplo, averiguar la ubicación del restaurante mediante el celular). Aparte de estas excepciones pragmáticas, sin embargo, usted deberá hacer a un lado el teléfono, ignorar los mensajes de texto y abstenerse de usar Internet. Como ocurre con la variación laboral de esta estrategia, si Internet forma una parte muy importante de su entretenimiento en las noches, no hay problema: programe montones de bloques de Internet. Aquí la clave no es evitar ni tampoco reducir la cantidad total de tiempo que usted le dedica a un comportamiento distractor, sino darse múltiples oportunidades durante la noche para *resistir* la tentación de pasarse a esas distracciones a la menor señal de aburrimiento.

Un momento en el que esta estrategia se vuelve particularmente difícil por fuera del trabajo es cuando nos vemos obligados a esperar (por ejemplo, cuando tenemos que hacer fila en una tienda). En estas situaciones es crucial que, si usted se encuentra en un bloque fuera de línea, simplemente se aguante el aburrimiento temporal y se conforme con la mera compañía de sus pensamientos. El simple hecho de esperar y estar aburrido se ha convertido en

una experiencia novedosa en la vida moderna. No obstante, desde la perspectiva del entrenamiento de la concentración, es increíblemente valioso.

---

Resumiendo, si quiere tener éxito en el trabajo profundo, usted debe recablear su cerebro para que se sienta cómodo resistiéndose a los estímulos distractores. Lo que acabo de decir no significa que usted debe eliminar los comportamientos distractores; basta que elimine el poder de estos para acaparar su atención. La mera estrategia de programar los bloques dedicados a Internet es muy útil a la hora de recuperar la autonomía de la atención.

## Trabaje como Teodoro Roosevelt

Si usted hubiera sido estudiante de Harvard College durante el año académico de 1876-1877, probablemente habría notado la presencia de un enérgico principiante, un muchacho de patillas largas, enjuto e intrépido llamado Teodoro (Teddy) Roosevelt. Si hubiera querido hacerse amigo de este joven, habría observado una paradoja.

Por una parte, Teddy parecía tener una atención irremediablemente dispersa, dedicada a lo que uno de sus compañeros de clases designaba como una «sorprendente variedad de intereses». En esta lista de intereses se incluían, según el biógrafo Edmund Morris<sup>[6]</sup>, actividades como el boxeo, la lucha, el fisiculturismo, las clases de baile, la lectura de poemas y una obsesión inalterable por el naturalismo (a la casera de Roosevelt, en Winthrop Street, no le gustaba mucho la afición de su joven inquilino de disecar y llenar diversos especímenes en su habitación). Roosevelt desarrolló tanto este interés que publicó su primer libro, *The Summer Birds of the Adirondacks*, en el verano posterior al inicio de sus estudios universitarios. La obra tuvo una excelente recepción en el *Bulletin of the Nuttall Ornithological Club*, una publicación que se toma muy en serio los libros acerca de las aves<sup>[7]</sup>. Sobre la base de este hecho, Morris declara que, a esa temprana edad, Roosevelt era «uno de los mayores expertos naturalistas de los Estados Unidos»<sup>[8]</sup>.

Para sostener esta exuberancia extracurricular, Roosevelt debía programar de manera muy estricta el tiempo que dedicaba a lo que debía ser su interés principal, es decir, sus estudios en Harvard. Morris usó los diarios y las cartas de Roosevelt de ese período para calcular que el futuro presidente no pasaba

más de una cuarta parte del día estudiando. Uno podría suponer, por esta razón, que las calificaciones de Roosevelt eran deficientes... pero no. El joven no era el mejor alumno de la clase, pero tampoco tenía que esforzarse demasiado. En su primer año como estudiante universitario obtuvo notas sobresalientes en cinco de las siete materias que veía. Esta paradoja se explica por la forma única como Roosevelt asumía su trabajo académico. El joven universitario programaba su estudio en un lapso de ocho horas diarias, que comenzaba a las ocho y media de la mañana y terminaba a las cuatro y media de la tarde. Luego restaba el tiempo que pasaba en clases, en su entrenamiento atlético (diario) y en el almuerzo. Los fragmentos que quedaban los dedicaba exclusivamente a estudiar. Como ya quedó dicho, estos fragmentos no sumaban un gran número de horas, pero Roosevelt les sacaba gran provecho, pues trabajaba *solamente* en sus labores académicas durante estos períodos, con una *intensidad* extrema. «En comparación con otros estudiantes, el tiempo que Roosevelt pasaba en su escritorio era relativamente corto — explica Morris—, pero su concentración era tan intensa y su lectura tan rápida que podía dedicar más tiempo a otras actividades que la mayoría de sus compañeros»<sup>[9]</sup>.

---

Esta estrategia busca que usted aplique la misma intensidad de Roosevelt en su día de trabajo. En concreto, debe identificar una tarea profunda (es decir, un objetivo que solo puede alcanzar gracias al trabajo profundo) que ocupe un lugar importante dentro de sus prioridades. Calcule cuánto tiempo tardará para cumplir con esta obligación y póngase un plazo que *reduzca drásticamente* ese tiempo. Si es posible, asuma un compromiso público en relación con el plazo: por ejemplo, dígale a la persona que espera el proyecto terminado cuándo va a ser la entrega. Si eso no es posible (o si pone en riesgo su trabajo), motívese a sí mismo poniendo un temporizador en su teléfono móvil en un lugar donde usted lo pueda ver mientras trabaja.

En estas circunstancias, solo hay una manera de terminar el trabajo profundo a tiempo: *trabajar con gran intensidad*, es decir, sin consultar el correo electrónico, sin soñar despierto, sin mirar Facebook, sin ir una y otra vez a buscar un café. Como Roosevelt en Harvard, usted deberá atacar la tarea con todas las neuronas que tenga a su disposición, hasta que el torrente de la concentración arrase con todo lo demás.

En un comienzo, ponga en práctica esta estrategia solo una vez a la semana, para que su cerebro se entrene en la práctica de la intensidad, pero también para darle tiempo de descansar (y no elevar sus niveles de estrés).

Cuando tenga más práctica para concentrarse y, por lo tanto, para reducir el tiempo que le toma hacer la tarea, aumente la intensidad del ejercicio rooseveltiano . Eso sí, recuerde siempre que los plazos que usted se ha impuesto deben mantenerse. Para lograrlo, requerirá de una concentración a toda prueba.

La principal motivación de esta estrategia es muy clara . El trabajo profundo requiere una concentración que va más allá de los niveles de comodidad a los que están acostumbrados casi todos los trabajadores del conocimiento . El ejercicio rooseveltiano usa los plazos artificiales para ayudarnos a aumentar sistemáticamente el nivel de desempeño . De esta manera se entrena los centros de atención del cerebro . Un beneficio adicional es que estas sesiones son incompatibles con la distracción , pues no hay manera de ceder a la tentación y, aun así, cumplir los plazos . Por lo tanto, se trata de sesiones cortas en las que usted, en caso de estar aburrido y querer buscar estímulos más divertidos , se resiste . Como expusimos en la estrategia anterior, cuanto más practicamos la resistencia a la tentación, más fácil nos resulta resistirnos.

Al cabo de unos cuantos meses de practicar esta estrategia , su manera de ver la concentración probablemente se transformará cuando llegue a niveles de intensidad más fuertes que los que ha experimentado antes . Si usted se parece en algo al joven Roosevelt, podrá aprovechar el tiempo libre que le quede para dedicarlo a ciertos placeres refinados de la vida, como tratar de impresionar a los juiciosos miembros del Nuttall Ornithological Club .

## **Meditar de manera productiva**

Durante los dos años que pasé como investigador posdoctoral asociado en el MIT , mi esposa y yo vivíamos en un apartamento pequeño pero encantador en Pinckney Street, en la zona histórica de Beacon Hill. Aunque vivía en Boston y trabajaba en Cambridge , los dos lugares quedaban cerca: tan solo los separaba un kilómetro y medio de distancia , cada uno en una ribera del río Charles. Decidido a mantenerme en buen estado físico, incluso en el largo y oscuro invierno de Nueva Inglaterra , decidí aprovechar esta cercanía para recorrer a pie, siempre que me fuera posible, el trayecto entre la casa y el trabajo.

Mi rutina consistía en ir caminando al campus de la universidad por las mañanas, cruzando el puente Longfellow, aun en las peores condiciones

climáticas (la administración de la ciudad, para mi descontento, muchas veces se tarda en retirar la nieve de las aceras después de las tormentas). Cuando llegaba la hora del almuerzo, me ponía ropa deportiva y me iba trotando hasta mi casa, por una ruta más larga a orillas del río Charles, en la que debía tomar el puente de la avenida Massachusetts. Almorzaba rápidamente, me daba una ducha y tomaba el metro para cruzar de nuevo el río y volver al campus (con lo cual me ahorraba más o menos medio kilómetro). Luego, regresaba a casa caminando, cuando se terminaba la jornada laboral. Como se ve, pasé *mucho* tiempo movilizándome a pie durante ese período. Esta realidad me llevó a desarrollar la práctica que le sugiero al lector para su entrenamiento en el trabajo profundo: la *meditación productiva*.

La meta de la meditación productiva es tomar un período de ocupación física, pero no mental (como caminar, trotar, conducir, bañarse) y concentrarse en un problema profesional único y bien definido. Dependiendo de su profesión, el problema puede consistir en esbozar un artículo, escribir una conferencia, avanzar en una demostración o perfeccionar una estrategia de negocios. Como se hace también en la meditación de plena conciencia, usted debe regresar al problema cada vez que la mente se dirija hacia otros pensamientos.

Cuando vivía en Boston, me ejercitaba en la meditación productiva por lo menos en una de mis caminatas diarias. Mis resultados mejoraron con la práctica. Mientras caminaba logré, por ejemplo, esbozar partes significativas de varios capítulos de mi último libro y avanzar en algunos complejos problemas técnicos de mi investigación académica.

Le sugiero al lector adoptar la práctica de la meditación productiva. No tiene que hacer todos los días una sesión seria, pero debe fijarse la meta de llevar a cabo por lo menos dos o tres sesiones en una semana normal. Por fortuna, es fácil encontrar el tiempo para esta estrategia, pues usa lapsos que, de otra manera, habrían significado una pérdida de tiempo (como, por ejemplo, cuando sacamos al perro a la calle o conducimos un vehículo para ir al trabajo). Bien ejecutada, esta práctica le permitirá aumentar su productividad profesional en lugar de robarle tiempo a su trabajo. De hecho, usted puede incluso programar una caminata durante el día laboral con el propósito específico de aplicar la meditación productiva al problema más urgente que tenga en el momento.

Sin embargo, no estoy sugiriendo esta práctica por sus beneficios productivos (aunque estos sean bienvenidos). Me interesa, más bien, su capacidad para mejorar rápidamente la destreza para pensar profundamente.

Según mi experiencia, la meditación productiva se basa en las dos ideas clave que presentamos al comienzo de esta regla. La práctica contribuye a fortalecer los músculos de la resistencia a la distracción, pues lo obliga a uno a redirigir repetidamente la atención hacia un problema bien definido; también contribuye a profundizar la concentración, pues obliga a ir a lo profundo de un solo problema.

Para que la meditación productiva sea provechosa es importante reconocer que, como sucede con cualquier forma de meditación, la práctica hace al maestro. Cuando empecé a usar esta estrategia, en mis primeras semanas de posdoctorado, me distraía con mucha frecuencia y, al cabo de largas sesiones dedicadas a «pensar», no eran muchos los resultados que tenía para mostrar. Tuve que hacer más de diez sesiones para comenzar a sentir los resultados. Es probable que a usted le ocurra lo mismo, y tendrá que ser paciente. Sin embargo, para acelerar un poco este proceso gradual, quisiera hacerle dos sugerencias específicas.

### **Sugerencia # 1: *Esté atento al momento en que se distrae o empieza a dar vueltas***

Cuando se tiene poca práctica, al comenzar una sesión, el primer acto de rebelión de la mente es ofrecer pensamientos que no tienen nada que ver pero que parecen más atractivos. Mi mente, por ejemplo, lograba descarrilar mi atención pensando en el texto de un correo electrónico que necesitaba escribir. Objetivamente hablando, esa línea de pensamiento suena excesivamente aburrida, pero en ese momento puede resultar de un atractivo irresistible. Cuando note que su atención se está desviando del problema en cuestión, recuérdese que puede regresar al pensamiento distractivo más tarde y vuélvase a centrar.

En muchos sentidos, las distracciones de este tipo son el enemigo que buscamos combatir al desarrollar el hábito de la meditación productiva. Sin embargo, otro adversario, más sutil pero igualmente efectivo, es la tentación de dar vueltas. Cuando nuestra mente se enfrenta a un problema difícil, intenta evitar el exceso de gasto de energía siempre que le sea posible. Una de las maneras como puede buscar evitar ese gasto es abstenerse de profundizar en el problema y dar vueltas una y otra vez sobre lo que ya sabe respecto al problema. Por ejemplo, cuando estoy trabajando en una prueba, mi mente tiende a repasar los resultados preliminares, con el fin de evitar el trabajo más

difícil que es continuar construyendo sobre la base de esos resultados para obtener la solución deseada. Hay que estar en guardia contra la tendencia de dar vueltas, pues puede arruinar la totalidad de la sesión de meditación productiva. Cuando la vea aparecer, dígase que está dando vueltas y redirija su atención hacia el siguiente paso.

## **Sugerencia # 2: *Estructure su pensamiento profundo***

«Pensar profundamente» sobre un problema puede parecer una actividad evidente, pero, en realidad no lo es. Cuando nos hallamos en un entorno desprovisto de distracciones mentales, y tenemos un problema difícil y tiempo para pensar, los siguientes pasos pueden ser poco evidentes, para sorpresa de muchos. En lo que a mí respecta, es útil disponer de una estructura para este proceso de pensamiento profundo. Sugiero empezar con una revisión detallada de las *variables* relevantes para la resolución del problema y luego pasar a almacenar estos valores en su memoria de trabajo. Por ejemplo, si usted está trabajando en los lineamientos generales de un capítulo, las variables relevantes pueden ser los puntos principales que quiere tocar en ese capítulo. Si está tratando de resolver una prueba matemática, deberá contemplar las variables matemáticas, los supuestos o los lemas. Una vez haya identificado las variables relevantes, plantee una pregunta específica que debe resolver usando esas variables y que apunte hacia el *siguiente paso*. En el ejemplo del capítulo, la pregunta que apunta hacia el siguiente paso puede ser: «¿Cómo voy a abrir este capítulo de manera eficaz?»; y, en el caso de la prueba, la pregunta puede ser: «¿Qué puede salir mal si no asumo que esta propiedad es válida?». Una vez que tenemos almacenadas las variables relevantes e identificada la pregunta que apunta hacia el siguiente paso, nuestra atención tiene una meta específica.

Suponiendo que usted haya logrado resolver la pregunta que apunta hacia el siguiente paso, la última etapa de esta manera estructurada de pensar profundamente consiste en *consolidar* lo avanzado, mediante una revisión clara de la respuesta que usted ha identificado. En este punto, usted puede pasar al siguiente nivel de profundidad comenzando el proceso una vez más. Este ciclo que consiste en revisar y almacenar las variables, identificar y abordar la pregunta que apunta al siguiente paso y luego consolidar lo avanzado es como una rutina de ejercicio intenso para entrenar su capacidad de concentración. El ciclo le servirá para sacarle mayor provecho a sus

sesiones de meditación productiva y para acelerar el ritmo al que mejora su aptitud para trabajar de manera profunda.

## Memorizar las cartas de una baraja

Si se le dan cinco minutos, Daniel Kilov puede memorizar cualquiera de las siguientes cosas: un mazo de naipes en orden aleatorio, una serie de cien dígitos en desorden o 115 formas abstractas (esta última hazaña le permitió establecer un récord nacional en Australia). Así, pues, no debe sorprendernos que Kilov haya ganado de manera consecutiva varias medallas de plata en los campeonatos australianos de memoria. Lo que tal vez sí sea sorprendente, si tenemos en cuenta la historia personal de Kilov, es que se hubiera convertido en un atleta de la mente.

«No nací con una memoria excepcional», me contó Kilov. De hecho, en sus años como estudiante de bachillerato se consideraba a sí mismo olvidadizo y desorganizado. Tuvo dificultades académicas y le diagnosticaron un trastorno por déficit de atención. Después de un encuentro casual con Tansel Ali, uno de los más destacados campeones australianos de la memoria, Kilov empezó a entrenar su memoria con disciplina. Cuando obtuvo su diploma del bachillerato ya se había ganado su primera medalla en una competencia nacional.

Esta transformación en atleta mental de categoría mundial fue rápida pero no excepcional. En el 2006, Joshua Foer, el escritor estadounidense de temas científicos, ganó el campeonato nacional de memoria tan solo un año después de iniciado su intenso entrenamiento. En su libro del 2011, *Moonwalking with Einstein*<sup>[10]</sup>, muy exitoso por cierto, Foer describe este recorrido. Sin embargo, lo importante de la historia de Kilov es lo que le ocurrió a su desempeño *académico* durante este período de desarrollo intensivo de la memoria. Gracias a ese entrenamiento del cerebro, pasó de ser un estudiante con dificultades, que padecía de trastorno por déficit de atención, a graduarse con honores de una exigente universidad australiana. Poco tiempo después lo aceptaron en un programa de doctorado en otra destacada universidad, donde actualmente adelanta estudios bajo los auspicios de un renombrado filósofo<sup>[11]</sup>.

Podemos encontrar una explicación de esta transformación en un trabajo investigativo dirigido por Henry Roediger, quien maneja el Laboratorio de la Memoria en la Universidad de Washington, en Saint Louis. En el 2014,

Roediger y sus colaboradores enviaron a un equipo de investigadores al Extreme Memory Tournament, en San Diego. Los miembros del equipo llevaban una batería de test cognitivos, con los cuales buscaban comprender en qué se diferenciaban los memorizadores de élite y la población en general. «Descubrimos que una de las mayores diferencias entre los atletas de la memoria y el resto de la gente radica en una destreza cognitiva que no está en función directa con la memoria *sino con la atención*» (el énfasis es mío), según explicaba Roediger en un blog de *The New York Times*<sup>[12]</sup>. La destreza en cuestión se llama «control de la atención», y mide la capacidad de los sujetos para mantenerse concentrados en la información esencial.

Un efecto secundario del entrenamiento de la memoria es el mejoramiento de nuestra capacidad para concentrarnos. Esta capacidad puede aplicarse con provecho a cualquier actividad que requiera trabajo profundo. Podemos conjeturar, entonces, que Daniel Kilov no se convirtió en un estudiante estrella gracias a esa memoria que le permitía ganar medallas: más bien, el proceso que siguió para mejorar su memoria le permitió (de paso) obtener la destreza para el trabajo profundo que se necesita si se quiere triunfar en el ámbito académico.

La estrategia que se describe aquí invita al lector a replicar un elemento clave del entrenamiento de Kilov, con el cual logrará mejorar su concentración. Se trata, en particular, de aprender una destreza estándar pero bastante impactante dentro del repertorio de los atletas mentales: la capacidad para memorizar un mazo de naipes en orden aleatorio.

---

La técnica de la memorización de naipes que expondré a continuación es de una persona que conoce bastante sobre este reto específico: Ron White, ganador del concurso USA Memory Champion, quien obtuvo un récord mundial en memorización de naipes<sup>[\*]</sup>. Lo primero que destaca White es que los atletas profesionales de la memoria nunca practican la memorización a través de la repetición de la información en la cabeza, una y otra vez. Aunque este método de memorización es muy común entre los estudiantes que están al borde del colapso, lo cierto es que no tiene en cuenta la manera como funciona nuestro cerebro. No estamos diseñados para internalizar rápidamente la información abstracta. En cambio, somos muy buenos para recordar escenas. Piense en un evento memorable reciente en su vida: puede ser la sesión inaugural de una conferencia a la que haya asistido o un encuentro con un amigo que no veía desde hacía mucho tiempo. Trate de recordar la escena lo más claramente posible. Dadas estas circunstancias, la mayoría de las

personas puede hacer una evocación bastante vivida del evento, aunque no haya hecho un esfuerzo especial por recordarlo en aquel momento. Si usted hiciera un conteo sistemático de los detalles únicos de este recuerdo, el número total de ítems muy probablemente sería bastante alto. Esto quiere decir que su mente puede retener montones de información detallada, siempre y cuando la guarde en la forma correcta. La técnica de memorización de los naipes de Ron White se basa en esa idea.

A modo de preparación para esta tarea de memorización a gran escala, White recomienda comenzar por cimentar en la mente la imagen de ir caminando por todos los espacios de su casa. Puede comenzar por la puerta de entrada, seguir al pasillo, girar hacia el baño, entrar a la habitación de los huéspedes, ir a la cocina, pasar a la sala. En cada habitación, evoque una imagen clara de lo que ve.

Cuando haya memorizado claramente este recorrido mental por un lugar que usted conoce bien, fije en su mente un conjunto de diez objetos en cada uno de esos espacios o habitaciones. White recomienda que las imágenes sean grandes (y, por ende, más fáciles de recordar), como un escritorio en vez de un lápiz. A continuación, establezca un orden según el cual va a mirar cada uno de los objetos en la habitación. Por ejemplo, en el pasillo de la entrada, puede mirar la alfombra para limpiarse los pies, luego el paragüero, etc. En total, serán cincuenta objetos, así es que debe agregar dos más, quizás en otro baño, para obtener los cincuenta y dos objetos que necesitará para conectar estas imágenes con cada una de las cartas de un mazo de naipes.

Practique este ejercicio mental que consiste en hacer el recorrido por las diferentes habitaciones de la casa y mirar los objetos en cada una de ellas en un orden establecido. Usted comprobará que este tipo de memorización, basada en imágenes visuales de lugares y objetos conocidos, le resultará más fácil que la memorización por repetición que practicaba en su época de colegial.

El segundo paso de preparación para memorizar un mazo de naipes consiste en asociar una persona o cosa memorable con cada una de las cincuenta y dos cartas. Para facilitar este proceso, trate de mantener la misma asociación lógica entre la carta y la imagen correspondiente. White da el ejemplo de asociar a Bill Gates con el rey de diamantes, pues los diamantes son sinónimo de riqueza. Practique esas asociaciones, hasta llegar al punto en que pueda sacar cualquier carta del mazo y recordar de inmediato la imagen asociada a esta. Como en el caso anterior, el uso de imágenes y asociaciones visuales memorables simplificará la tarea de formar esas conexiones.

Los dos pasos mencionados anteriormente son los pasos *previos*, es decir, las acciones que usted solo debe ejecutar una vez y que luego sirven de base para memorizar, una y otra vez, cada orden diferente de las cartas que resulte de barajarlas. Cuando se hayan llevado a cabo estos dos pasos, usted está listo para la acción principal, que consiste en memorizar a la mayor velocidad posible el orden de las cincuenta y dos cartas recién barajadas. Aquí el método es sencillo. Comience el recorrido mental por su casa. A medida que vaya pasando por cada ítem, mire la siguiente carta del mazo barajado e imagine que la persona o cosa memorable correspondiente se encuentra junto a dicho ítem. Por ejemplo, si el primer ítem es la alfombra del pasillo de la entrada, y la primera carta es el rey de diamantes, imagine que Bill Gates se está limpiando sus costosos mocasines en la alfombra.

En su cabeza, avance lentamente por las habitaciones, asociando cada imagen con los objetos correspondientes, en el orden adecuado. Después de terminar el recorrido por una habitación, repita el proceso unas cuantas veces, para afianzar la secuencia imaginada. Al terminar todo el recorrido de la casa, estará listo para entregarle la baraja a un amigo y recitar el orden aleatorio en que se encuentran estas, sin mirarlas de nuevo. Para ello, usted hará el recorrido mental por su casa una vez más, conectando el objeto o la persona memorable con los objetos de las habitaciones.

---

Al practicar esta técnica, descubrirá que —al igual que los atletas mentales— usted puede aprenderse el nuevo orden del mazo en unos pocos minutos. Por supuesto que esta destreza sirve no solo para impresionar a sus amigos sino, sobre todo, para entrenar la mente. Para seguir los pasos que acabamos de describir, se requiere centrar la atención, una y otra vez, en una meta clara. Así como los músculos se hacen más fuertes al levantar pesas, este ejercicio lo llevará a fortalecer su capacidad general para concentrarse, lo cual le permitirá trabajar a fondo mucho más fácilmente.

Vale la pena recalcar, no obstante, lo obvio: no hay nada especial en el hecho de memorizar las cartas. Cualquier proceso de pensamiento estructurado que requiera una atención imperturbable puede tener un efecto similar, ya sea estudiar el Talmud, como lo vimos en la introducción de la regla # 2, o practicar la meditación productiva, o aprender a tocar de oído en la guitarra un fragmento de una canción (este era uno de mis ejercicios favoritos en el pasado). Si la memorización de cartas le parece rara, escoja otra cosa cuya exigencia cognitiva sea similar. La clave de esta estrategia no

es el contenido específico, sino la idea motivadora de que su capacidad para concentrarse depende de su compromiso para entrenarla<sup>[13]</sup>.

## REGLA # 3

# ALÉJESE DE LAS REDES SOCIALES

**E**n el 2013, Baratunde Thurston, escritor y consultor en medios digitales llevó a cabo un experimento. Tomó la decisión de desconectarse de la vida en línea durante veinticinco días: nada de Facebook, Twitter o Foursquare (un servicio que, en el 2011, lo designó «Alcalde del año»); ni siquiera usaría el correo electrónico<sup>[1]</sup>. Thurston necesitaba esa pausa. Este hombre, a quien sus amigos describen como «el hombre más conectado del mundo»<sup>[2]</sup>, había participado, según sus propias cuentas, en más de 59 000 conversaciones de Gmail y había puesto 1500 actualizaciones en su muro de Facebook en el año inmediatamente anterior al experimento. «Estaba agotado. Frito. Muerto»<sup>[3]</sup>, explicó.

Nos enteramos del experimento de Thurston porque él mismo escribió sobre este en un artículo de la revista *Fast Company*, titulado de manera irónica «#UnPlug». Como relata Thurston en el artículo, no le tomó mucho tiempo adaptarse a su vida fuera de línea. «Al final de la primera semana, el ritmo tranquilo de mis días ya me parecía mucho menos extraño. Me sentía menos estresado de no saber nuevas cosas; sabía que seguía existiendo a pesar de no haber compartido en Internet pruebas documentales sobre mi existencia»<sup>[4]</sup>. Thurston hablaba con extraños. Disfrutaba de la comida sin publicar por Instagram su experiencia. Se compró una bicicleta («descubrí que es más fácil manejar ese aparato si uno no está tratando, al mismo tiempo, de revisar la cuenta de Twitter»). «El final del experimento llegó muy pronto»<sup>[5]</sup>, se lamentó Thurston. Sin embargo, debía manejar sus compañías noveles y hacer el mercadeo de sus libros, así es que a los veinticinco días volvió a reactivar su presencia en línea.

El experimento de Baratunde Thurston resume claramente dos aspectos importantes acerca de las relaciones que se viven en nuestra cultura con redes como Facebook, Twitter e Instagram, así como los sitios de información y entretenimiento del tipo *Business Insider* y *BuzzFeed*, dos categorías de

distracción en línea que en las páginas que siguen denominaré colectivamente «herramientas en la Red». El primer aspecto es que cada vez se reconoce más el hecho de que estas herramientas fragmentan nuestro tiempo y reducen nuestra capacidad para concentrarnos. Esta realidad ya no genera mayor debate: todos lo sentimos. Se trata de un problema real para personas de todo tipo, pero el problema es especialmente grave si uno está buscando mejorar su capacidad para el trabajo profundo. En la regla anterior, por ejemplo, describía varias estrategias que ayudan a afinar la concentración. Estos esfuerzos serán aún más arduos si, de manera simultánea, uno tiene un comportamiento similar al de Baratunde Thurston antes de llevar a cabo su experimento, es decir, si su vida —aparte del momento del entrenamiento— sigue estando llena de distracciones por causa de las aplicaciones electrónicas y la navegación en Internet. La fuerza de voluntad es un recurso limitado y, por esa razón, cuanto más atractivas sean las herramientas que le piden atención, más difícil le resultará mantenerse concentrado en algo importante. Por lo tanto, para dominar el arte del trabajo profundo, uno debe recuperar el control del tiempo y la atención, dos cosas que intentan robarse las muchas diversiones que nos rodean.

Sin embargo, antes de que comencemos a luchar contra estas distracciones, debemos entender mejor el campo de batalla. Aquí viene el segundo aspecto al que apunta el relato de Baratunde Thurston: la impotencia a la que se enfrentan los trabajadores del conocimiento al examinar este problema de las herramientas en la Red en relación con la atención. Abrumado por las exigencias de tiempo que estas herramientas implican, Thurston sentía que su única opción era ausentarse por completo de Internet, aunque por un tiempo limitado. Esta idea según la cual un drástico *sabático de Internet*<sup>[\*]</sup> es la única alternativa ante la distracción generada por herramientas en la Red ha hecho carrera en nuestra cultura.

El problema de esta respuesta binaria al problema es que las dos opciones son demasiado severas y, por lo tanto, poco útiles. La noción de abstenerse por completo del uso de Internet es, obviamente, una exageración impracticable para la mayoría (a menos que uno sea un periodista interesado en escribir un ensayo sobre la distracción). A nadie le resultará de mucho provecho seguir el ejemplo de Baratunde Thurston. Esta realidad nos lleva a justificar la otra alternativa: aceptar como algo inevitable nuestro actual estado de distracción. A pesar de todas las revelaciones que obtuvo Thurston durante su sabático de Internet, fue poco el tiempo que transcurrió antes de que el consultor volviera al estado de fragmentación inicial en el que se

encontraba antes de iniciar su experimento. El día que comencé a escribir este capítulo —tan solo seis meses después de la publicación del artículo de Thurston en *Fast Company*—, el reformado consultor ya se encontraba escribiendo una docena de trinos después de haberse levantado.

La regla que presento ahora en este libro busca sacarnos de esa encrucijada, a través de una tercera opción: aceptar que estas herramientas no son malas en sí mismas, incluso que algunas de ellas pueden ser vitales para el éxito y la felicidad, *pero aceptar al mismo tiempo* que uno debe ser más estricto a la hora de permitir que un sitio web capte su atención y su tiempo (y, de paso, dé acceso a sus datos personales), lo cual implica que debe usar una menor cantidad de dichas herramientas. En otras palabras, no voy a decirle que abandone del todo el uso de Internet, como hizo Baratunde Thurston durante veinticinco días del 2013. Le pediré, eso sí, que rechace el estado de distracción ligada a la hiperconexión que lo llevó a él a realizar ese drástico experimento. Hay un punto medio y, si a usted le interesa desarrollar el hábito del trabajo profundo, debe luchar para alcanzarlo.

---

Nuestro primer paso para encontrar ese punto medio en nuestra selección de las herramientas en la Red consiste en comprender cómo funciona el proceso de toma de decisiones que lleva a cabo la mayoría de usuarios de Internet. En el otoño del 2003, comprendí mejor este proceso a raíz de un artículo que escribí para explicar por qué nunca abrí una cuenta de Facebook. Aunque el ensayo tenía el propósito de explicar y no de acusar, muchos lectores se pusieron a la defensiva y respondieron con justificaciones de *su propio uso* del servicio. Veamos algunos ejemplos de esas justificaciones:

- «Lo que me atrajo en un principio de Facebook fue su componente de entretenimiento. Puedo ver en qué andan mis amigos, pongo fotos divertidas, hago comentarios rápidos».
- «[Cuando] abrí mi cuenta [no sabía por qué]... Por pura curiosidad entré a un foro sobre cuento corto. [Allí] mejoré mi escritura y conseguí buenos amigos».
- «Uso Facebook porque muchos de mis amigos del colegio están ahí»<sup>[6]</sup>.

Lo que me llama la atención de esas respuestas (representativas de la mayoría de los comentarios que recibí sobre este tema) es que son sorprendentemente irrelevantes. No dudo que el primer comentador de esta lista se entretiene con el uso de Facebook, pero también supongo que esa persona no padecía de un déficit de opciones de entretenimiento antes de

empezar a usar el servicio. Incluso me atrevería a apostar que ese usuario podría perfectamente evitar el aburrimiento, aunque cancelaran repentinamente el servicio. En el mejor de los casos, Facebook creó una opción de entretenimiento adicional (bastante mediocre, en mi opinión), además de las muchas que ya existen.

Otro comentarista señala que hizo amigos en un foro sobre literatura. No dudo de la existencia de esos amigos, pero podemos suponer que esas amistades son superficiales, dado que se basan en la práctica de enviarse mutuamente mensajes cortos en la Red. No hay nada de malo en esas relaciones superficiales, pero es poco probable que ocupen un lugar central en la vida de este usuario. Algo similar puede decirse sobre el comentarista que volvió a contactarse con sus amigos del colegio: es una diversión agradable, pero difícilmente será un elemento esencial de su sentido de la conexión social o de la felicidad.

Quiero ser claro: no pretendo denigrar los beneficios identificados previamente: no son ilusorios ni equivocados. Lo que quiero resaltar, sin embargo, es que estos beneficios son menores y, en cierto sentido, aleatorios. (Por el contrario, si usted le pide a alguien que justifique el uso de la web de una manera más general, o del correo electrónico, los argumentos serán más concretos y convincentes). Ante esta observación, usted podría responder que *valor es valor*: si puede encontrar un beneficio adicional con el uso de un servicio como Facebook —aunque sea pequeño— vale la pena usarlo. Yo llamo a esta forma de pensar la mentalidad de «*cualquier beneficio es bienvenido*», pues considera cualquier posible beneficio como justificación suficiente para usar una herramienta de la Red. Profundicemos un poco en el asunto.

**La mentalidad de que «cualquier beneficio es bienvenido» a la hora de seleccionar las herramientas en la Red:** Usted justifica el uso de una herramienta en la Red si le ve *algún* beneficio o si puede perderse de *algo* por no usarla.

El problema con esta mentalidad es, obviamente, que pasa por alto todos los elementos negativos que están ligados al uso de las herramientas en cuestión. Esos servicios están diseñados para seducir al usuario, y eso significa que le quitan tiempo y capacidad de atención para actividades que propician sus metas personales y profesionales (tales como el trabajo profundo). A la larga, si usted usa esas herramientas el tiempo suficiente, llegará al estado de agotamiento y distracción relacionada con la conectividad

que invadió la vida de Baratunde Thurston y de millones de personas como él. Aquí, precisamente, encontramos la verdadera naturaleza perniciosa de la mentalidad de que «cualquier beneficio es bienvenido». El uso de las herramientas en la Red puede ser nocivo. Si usted no sopesa los pros y los contras, sino que usa la menor sombra de beneficio potencial de las herramientas para justificar su uso incontrolado, estará socavando, sin darse cuenta, sus posibilidades de tener éxito en el mundo del trabajo del conocimiento.

Esta conclusión, analizada de manera objetiva, no debe causarnos sorpresa. En el contexto de las herramientas en la Red, nos hemos acostumbrado a la mentalidad de que «cualquier beneficio es bienvenido», pero si miramos las cosas en perspectiva, dentro del contexto del trabajo cualificado, veremos que se trata de una manera extraña y anacrónica de considerar la escogencia de las herramientas. En otras palabras, si hacemos a un lado la retórica revolucionaria que rodea a todo lo que tenga que ver con Internet (esa sensación, resumida en la primera parte, de que o bien usted está comprometido a fondo con «la revolución» o bien usted es un dinosaurio amargado), saltará a la vista que las herramientas en la Red no son excepcionales: son simples herramientas, que no se diferencian del martillo de un herrero o del pincel de un artista, usadas por los trabajadores cualificados para hacer mejor su trabajo (y, ocasionalmente, para hacer más agradables sus momentos de ocio). A lo largo de la historia, los trabajadores cualificados han hecho uso de la sofisticación y el escepticismo para relacionarse con las nuevas herramientas y pensar sus decisiones respecto a adoptarlas o no. No hay ninguna razón para que los trabajadores del conocimiento se abstengan de hacer lo mismo en relación con Internet: el hecho de que la mano de obra cualificada en este caso tenga que ver con bits digitales no cambia en nada esta realidad.

Para comprender mejor cómo funciona este proceso cuidadoso de selección de las herramientas, empecemos viendo el caso de una persona que se gana la vida trabajando con herramientas (no digitales) y tiene con estas una relación compleja en su búsqueda del éxito. Por fortuna, logré encontrar un individuo con esas características. Se trata de exitoso agricultor Forrest Pritchard.

---

Forrest Pritchard es el director de Smith Meadows, una granja familiar localizada a una hora de la ciudad de Washington, hacia el este: es una de las muchas granjas que se agrupan en los valles de las Blue Ridge Mountains<sup>[7]</sup>.

Poco después de asumir las riendas de la granja de sus padres, Pritchard cambió el esquema: se alejó de los monocultivos y se dedicó a un concepto que, por entonces, era muy novedoso: el ganado de engorde en pasto [y no con maíz, como era usual]. Hoy en día la granja prescinde de los intermediarios mayoristas (no es posible encontrar las carnes de Smith Meadows en supermercados como Whole Foods) y vende sus productos directamente a los consumidores en los concurridos mercados de agricultores del área metropolitana de Washington D. C. En todos los aspectos, la granja está triunfando en una industria que casi nunca recompensa las pequeñas operaciones.

Conocí a Pritchard en el mercado local de agricultores de Takoma Parle, Maryland, donde Smith Meadows tiene un puesto en el que vende muy bien sus productos. Pritchard es un hombre alto: les lleva una cabeza a los clientes de los suburbios. Con su vestimenta típica de granjero, es la imagen misma del artesano que sabe hacer su oficio. Quise abordarlo para hablar con él, pues el negocio agrícola se basa en un manejo cuidadoso de las herramientas y yo quería comprender cómo hace un trabajador de áreas no relacionadas con el mundo digital para llevar a cabo esta tarea tan importante.

«La producción del heno es un buen ejemplo —me dijo en una de nuestras conversaciones sobre el tema—. Es un área donde te puedo dar la idea básica sin tener que explicar la dinámica económica subyacente».

Cuando Pritchard asumió el manejo de Smith Meadows, la granja producía su propio heno para alimentar al ganado durante los meses del invierno en que las reses no podían pastar. La producción se hace con una máquina embaladora de heno: un aparato que, arrastrado por un tractor, comprime y embala el heno seco, formando pacas. Si usted es ganadero en la Costa Este, seguramente poseerá y usará una embaladora de heno por razones obvias: sus animales necesitan el heno. ¿Por qué habría de gastar dinero para comprar alimento, si dispone de heno gratis en su propio terreno? Si un granjero aplica la mentalidad en la que «cualquier beneficio es bienvenido», que aplican los trabajadores del conocimiento, sin duda compraría una embaladora de heno. Sin embargo, tal como me explicó Pritchard (tras pedirme sus disculpas de antemano por el sarcasmo), si como granjero aplicara un pensamiento tan simplista, «en poco tiempo, estaría poniendo un letrero de “se vende” en mi granja». Pritchard, al igual que la mayoría de las personas que trabajan en este negocio, lleva a cabo un proceso de pensamiento más sofisticado a la hora de escoger sus herramientas. Tras

aplicar este proceso a la embaladora de heno, Pritchard optó por venderla: en la actualidad, Smith Meadows compra todo el heno que consume.

*Veamos por qué.*

«Comencemos por analizar los costos de la producción del heno —me dijo Pritchard—. En primer lugar, tenemos el costo del combustible, las reparaciones de la maquinaria y el espacio para almacenar el heno. También hay que pagar impuestos sobre este». Estos costos, que se pueden medir directamente, son la parte sencilla de la decisión. Pero está también el «costo de oportunidad», al que hay que prestarle más atención. Así lo explicaba el granjero: «Si me paso todo el verano produciendo heno, no puedo hacer nada más. Ahora uso ese tiempo para levantar pollos de engorde, que se venden como alimento para los humanos. Esto genera un flujo de caja positivo, porque los puedo comercializar. Pero también producen abono, que uso para nutrir mi tierra». Luego está el asunto igualmente sutil de determinar el valor secundario de una paca de heno comprada. Como explica Pritchard, cuando compro heno, estoy intercambiando dinero en efectivo por proteína y abono (después de que el heno pasa por el sistema digestivo del animal), lo cual significa que también estoy obteniendo nutrientes para la tierra a cambio de mi dinero. También estoy evitando compactar los suelos con la circulación de la maquinaria pesada por el terreno durante todo el verano.

Para tomar su decisión final acerca del heno, Pritchard decidió ir más allá de los costos monetarios directos, que no producían ninguna ganancia real, y se concentró en el tema más complejo de la salud a largo plazo de sus tierras. Así lo resume Pritchard: «La fertilidad del suelo es mi punto de referencia». Según este cálculo, el heno tenía que salir del panorama.

Observe la complejidad de la decisión de Pritchard a la hora de escoger las herramientas. Esa complejidad va de la mano con una importante realidad: para aquellos que están en ese negocio, es casi risible la noción según la cual obtener *alguna* ventaja justifica la inversión de dinero. *Por supuesto* que una embaladora de heno ofrece beneficios: todas las herramientas de una granja tienen algo útil que ofrecer. Al mismo tiempo, *por supuesto* que también tiene aspectos negativos. Pritchard quería tomar una decisión equilibrada. Comenzó con un punto de referencia claro (en su caso, la salud del suelo es fundamental para el éxito de su negocio) y luego, a partir de esta base, tomó una decisión final sobre el uso de una herramienta en particular.

Lo que propongo, si usted es un trabajador del conocimiento —y, en particular, si le interesa cultivar el hábito del trabajo profundo— es que asuma la selección de sus herramientas con el mismo cuidado con el que lo hacen

otros trabajadores cualificados, como los granjeros. A continuación, presento una generalización de esta estrategia de evaluación. Decidí llamarla *método artesano* de la selección de las herramientas, pues este nombre pone el énfasis en el hecho de que las herramientas son, en último término, ayudas para alcanzar la gran meta final de nuestro oficio.

**El método artesano de la selección de las herramientas:** Identifique los factores centrales que determinan el éxito y la felicidad de su vida profesional y personal. Adopte una herramienta solo si sus impactos positivos sobre estos factores superan ostensiblemente los impactos negativos.

Observe que el método artesano de la selección de las herramientas se opone a la mentalidad de que cualquier beneficio es bienvenido. Mientras que esta última considera cualquier impacto positivo potencial como justificación para el uso de una herramienta, la primera exige que los impactos positivos afecten los factores clave para usted y que superen ostensiblemente los negativos.

Aunque el método artesano de la selección de las herramientas rechaza la simpleza de la mentalidad de que cualquier beneficio es bienvenido, no ignora los beneficios que llevan a la gente a usar las herramientas de la Red, ni pretende hacer declaraciones respecto a la calidad de la tecnología en cuanto a que sea «buena» o «mala»: simplemente propone evaluar toda herramienta de la Red con la misma seriedad y ecuanimidad a la que se han sometido otras herramientas en otros oficios a lo largo de la historia del trabajo cualificado.

---

Las tres estrategias que presentamos a continuación, en el marco de esta regla, están diseñadas para que el lector se sienta cómodo ante la idea de abandonar la mentalidad según la cual cualquier beneficio es bueno y aplicar la filosofía del artesano para decidir cuáles herramientas usar, pensando en el tiempo y la atención que consumen esas herramientas. La siguiente guía es importante porque el método artesano tiene ciertas complejidades. Identificar qué es lo más importante en su vida y luego tratar de determinar si el impacto que ejercen diversas herramientas sobre estos factores no se reduce a una simple fórmula: esta tarea requiere práctica y experimentación. Las estrategias que exponemos a continuación contribuyen a estructurar la práctica y la experimentación, obligando a reconsiderar las herramientas en la Red desde diferentes perspectivas. Puestas en conjunto, las estrategias le ayudarán a cultivar una relación más reflexiva con sus herramientas , lo cual le permitirá

tener mayor control de su tiempo y su concentración, para llevar a cabo exitosamente las ideas de la segunda parte.

## Aplicar la ley de «los mínimos vitales» a los hábitos relacionados con Internet

Malcolm Gladwell no usa Twitter. En una entrevista que concedió en el 2013 explicaba por qué: «¿Quién dice que mis *fans* quieren saber de mí en Twitter? —Y luego añadía con humor—: Yo sé que mucha gente quiere verme menos»<sup>[8]</sup>. Michael Lewis, otro autor de grandes éxitos de librería, quien tampoco usa el servicio, explicaba en *The Wire*: «No uso Twitter. Ni siquiera sé cómo leer o dónde encontrar un mensaje de Twitter»<sup>[9]</sup>. Como mencioné en la primera parte, George Packer, renombrado escritor de *The New Yorker*, también evita el servicio y, de hecho, solo hasta hace poco sucumbió al uso del teléfono inteligente, por necesidad.

Estos tres escritores no consideran que Twitter sea inútil. Aceptan sin problema que a otros escritores les resulte útil. Packer se refirió a su postura respecto al Twitter en respuesta a un artículo abiertamente apasionado sobre Twitter del fallecido crítico de medios de *The New York Times*, David Carr. En su ensayo, Carr decía con entusiasmo desbordante:

Ahora, un año más tarde, ¿mi cerebro se ha convertido en papilla por culpa del Twitter? No. Me entero de muchas más cosas de las que podría haberme imaginado, y, en lugar de gastar media hora navegando para encontrar alguna fuente de iluminación, me doy una idea de las noticias del día y de la forma como la gente está reaccionando ante ellas durante el tiempo que me toma hacer fila para comprarme un café<sup>[10]</sup>.

Sin embargo, al mismo tiempo, Gladwell, Lewis y Packer no sienten que el servicio les ofrezca unas ventajas que contrarresten de manera considerable los aspectos negativos, dadas sus circunstancias particulares. A Lewis, por ejemplo, le preocupa que una mayor accesibilidad le quite energía y reduzca su capacidad para investigar y escribir buenas historias. Al respecto anota: «Es increíble cómo la gente está accesible en todas partes y a todas horas. Hay muchos tipos de comunicación en mi vida que no son enriquecedores, sino que, por el contrario, son empobrecedores»<sup>[11]</sup>. A Packer, por su parte, le preocupa la distracción: «Twitter es el crac de los adictos a los medios»<sup>[12]</sup>. Incluso describe la alabanza de Carr sobre este servicio como «la imagen más aterradora del futuro que he leído en la nueva década».

No es necesario hacer un debate para determinar si estos autores han acertado en sus decisiones personales de evitar el Twitter (y otras herramientas similares), pues las cifras de sus ventas y los premios que han recibido hablan por sí solos. Podemos, eso sí, usar sus decisiones como una valiosa ilustración del método artesano de selección de las herramientas. En una época en que tantos trabajadores del conocimiento —en particular aquellos cuyos oficios ponen énfasis en la creatividad— siguen atrapados en la mentalidad de que cualquier beneficio es bienvenido, resulta refrescante ver una estrategia más madura a la hora de escoger esos servicios. Sin embargo, la escasez de esos ejemplos nos indica que no es tan fácil hacer ese tipo de evaluaciones maduras y sopesadas. Recordemos la complejidad del proceso de pensamiento, que mencionamos anteriormente, por el cual tuvo que pasar Forrest Pritchard para tomar una decisión sobre la embaladora de heno. Para muchos trabajadores del conocimiento, las decisiones respecto a las herramientas con las que se cruzarán en su vida serán igualmente complejas. La meta de esta estrategia es ofrecerle al lector cierta estructura para llevar a cabo este proceso de pensamiento: es una manera de reducir parte de la complejidad a la hora de decidir cuáles herramientas son importantes en nuestra vida.

---

El primer paso de esta estrategia consiste en identificar las principales metas de alto nivel que usted quiere plantearse para su vida profesional y personal. Si usted tiene cónyuge e hijos, por ejemplo, quizás su meta personal consista en ser un buen parento y tener un hogar organizado. En la esfera profesional, los detalles de sus metas dependen del oficio que haga para ganarse la vida. En mi trabajo como profesor universitario, por ejemplo, busco alcanzar dos metas importantes. Una consiste en ser un buen maestro en el salón de clase y un mentor eficaz para mis alumnos de posgrado; la otra apunta a ser un buen investigador. Aunque las metas que usted se plantee sean diferentes, la clave está en limitar la lista a lo más importante y hacer descripciones generales de alto nivel. (Si su meta incluye un objetivo demasiado específico como «llegar a la cifra de un millón de dólares en ventas», o «publicar doce artículos en un año», el enfoque será muy concreto para lo que nos proponemos aquí). Al terminar la reflexión, usted deberá tener un pequeño número de metas tanto en el área profesional como en el área de su vida personal.

Una vez haya identificado estas metas, haga una lista —para cada una de ellas— que contenga las dos o tres actividades más importantes que le permitan alcanzarlas. Estas actividades deben ser lo suficientemente

específicas para que usted se haga una imagen clara de cómo ejecutarlas y, por otra parte, deben ser lo suficientemente generales para que no se reduzcan a un resultado que se alcanza una sola vez. Por ejemplo, «investigar mejor» es demasiado general (¿qué imagen clara evoca usted al decir «investigar mejor»?), en tanto que una meta como «terminar a tiempo mi artículo sobre inteligencia artificial para la próxima conferencia» es demasiado específica (es un resultado que se alcanza una sola vez). Una buena actividad en este contexto sería algo como «hacer lecturas habituales sobre los avances más recientes de mi campo y entenderlos».

El siguiente paso en esta estrategia es examinar las herramientas en la Red que usted utiliza actualmente. Para cada herramienta, piense en las actividades clave que identificó y pregúntese si el uso de esa herramienta tiene un *impacto sustancialmente positivo*, un *impacto sustancialmente negativo* o si tiene *poco impacto* en su participación habitual y eficaz en la actividad. Luego viene una decisión muy importante: seguir usando esa herramienta solo si usted ha concluido que ejerce impactos positivos sustanciales y que estos superan a los impactos negativos.

Analicemos un caso concreto que nos permita ver cómo funciona esta estrategia. Para lo que nos concierne en este punto, supongamos que, de haberle preguntado a Michael Lewis, él hubiera presentado la siguiente meta y las correspondientes actividades clave para su carrera como escritor.

**Meta profesional:** Crear relatos bien escritos, con narraciones bien tejidas, que cambien la manera como la gente entiende el mundo.

### Actividades claves que ayudan a llegar a esa meta:

- Investigar de manera paciente y profunda.
- Escribir con atención y con un sentido.

Ahora imaginemos que Lewis usara esta meta para determinar si va a usar o no el Twitter. Según nuestra estrategia, Lewis debería investigar el impacto que tiene Twitter sobre las actividades clave que le ayudan a cumplir su meta. No hay ningún argumento convincente que apunte a que Twitter le ayude sustancialmente a Lewis a llevar a cabo esas actividades. Supongo que, para Lewis, la investigación profunda es una actividad que le exige pasar varias semanas o meses conociendo un número limitado de fuentes (él es maestro en un tipo de periodismo que requiere empaparse en la historia de sus fuentes a lo largo de varias sesiones); de otro lado, escribir con atención implica no

tener distracciones. En ambos casos, el uso de Twitter no arroja un impacto positivo real e, incluso, puede llegar a ser sustancialmente negativo, dependiendo de la susceptibilidad de Lewis frente a los atributos adictivos del servicio. Por lo tanto, la conclusión es que Lewis no debe usar el Twitter.

El lector podría argüir que confinar nuestro ejemplo a esta única meta es artificial, pues ignora las áreas en las que Twitter puede hacer una contribución. En el caso de los escritores, se suele presentar esta herramienta como un medio para establecer una conexión con el público que, en último término, es el impulsor de las ventas. Sin embargo, en el caso de un escritor como Michael Lewis, el mercadeo no es una meta importante en su vida profesional. Su reputación es tan grande, que ella sola le basta para recibir amplio cubrimiento en los medios, *siempre y cuando* el libro sea realmente bueno. Por lo tanto, su concentración será más productiva si la aplica a la meta de escribir el mejor libro posible, en lugar de buscar unas pocas ventas adicionales mediante una ineficiente estrategia de mercadeo. En otras palabras, el asunto no es si Twitter le ofrece algún beneficio a Lewis: el asunto es determinar si Twitter afecta de manera positiva y significativa las actividades más importantes de su vida profesional.

¿Qué pensar si se tratara de un escritor menos famoso? En este caso, el mercadeo de los libros tal vez sea una meta más atractiva. Sin embargo, puestos a identificar las dos o tres actividades más importantes que le ayudan al escritor a cumplir esa meta, es poco probable que el tipo de contacto superficial e individual que permite Twitter dé para adoptar esa herramienta. Basta con hacer las cuentas. Suponga que nuestro escritor hipotético pone diligentemente diez trinos individualizados al día, cinco días a la semana, cada uno de los cuales se conecta individualmente con un nuevo lector potencial. Ahora suponga que el 50 % de las personas contactadas de esta manera se convierten en seguidores fieles que con seguridad comprarán el siguiente libro del autor. Durante el período de dos años que le tomará escribir ese libro, el resultado serán 2000 libros vendidos, una cifra modesta en un mercado en el que los grandes vendedores tienen el triple de ventas *por semana*. De nuevo, el asunto no es si Twitter ofrece *algún* beneficio, pues lo que realmente importa es que el beneficio sea significativo para que se justifique dedicarle tiempo y atención (dos recursos especialmente valiosos para un escritor).

El ejemplo anterior corresponde a un contexto profesional. Examinemos ahora el entorno de las metas personales, donde hay mayor espacio para las distracciones. En particular, apliquemos este enfoque a una de las

herramientas más ubicuas y más intensamente defendidas de nuestra cultura: el Facebook.

A la hora de justificar el uso del Facebook (o de redes similares), la mayoría de la gente destaca su importancia para la vida social. Partiendo de este punto, apliquemos nuestra estrategia para comprender si Facebook en realidad tienen un impacto positivo de peso en este aspecto de nuestras metas personales. Para ello, utilizaremos de nuevo una meta hipotética y unas actividades claves que sirven para alcanzarla.

**Meta personal:** Mantener amistades cercanas y gratificantes con un grupo de personas que son importantes para mí.

### **Actividades claves que ayudan a cumplir esta meta:**

1. Sacar tiempo, regularmente, para conectarme con personas que son importantes para mí (algunos ejemplos: dar una buena caminata, comer juntos, hacer alguna actividad).
2. Entregarme a las personas importantes para mí (por ejemplo, hacer sacrificios en asuntos no triviales, que sirvan para mejorar su vida).

No todo el mundo compartirá esta meta o las actividades conexas, pero supongo que usted estará de acuerdo con que sí aplican a muchas personas. Apliquemos ahora la lógica de nuestra estrategia al uso de Facebook en el contexto de la meta personal que acabamos de enunciar. Por supuesto que este servicio ofrece varios beneficios a nuestra vida social. Mencionemos algunos de los que se citan con mayor frecuencia: le permite al usuario enterarse sobre la vida de personas que no ve hace rato; le da la oportunidad de tener contacto superficial con personas que conoce pero con las que no se encuentra habitualmente; le permite monitorear más fácilmente eventos importantes de la vida de la gente (matrimonios, nacimientos, etc.); le permite participar en comunidades o grupos en línea que comparten intereses afines.

Se trata de beneficios reales que indudablemente ofrece Facebook, pero ninguno de esos beneficios tiene un impacto positivo fundamental en las dos actividades clave enunciadas. Las dos ocurren fuera de línea y requieren de un esfuerzo. Por lo tanto, nuestra estrategia nos permite sacar una conclusión tal vez sorprendente pero muy clara: *por supuesto que Facebook ofrece beneficios en la vida social, pero ninguno de ellos tiene la importancia suficiente para lo que se busca en esta área, y no se justifica dedicarle tanto tiempo y atención<sup>[\*]</sup>.*

Quiero ser claro: no estoy diciendo que todo el mundo debería dejar de

usar Facebook. Lo que quiero es mostrar que para el caso específico propuesto (que es representativo), la estrategia sugiere evitar el uso de este servicio. Puedo imaginar, no obstante, otras posibles circunstancias que podrían conducir a la conclusión opuesta. Pensemos, por ejemplo, en el caso de un universitario de primer año. Para esta persona tal vez sea más importante formar relaciones nuevas que cultivar relaciones antiguas. Las actividades que este estudiante identifica como esenciales para poder cumplir su meta de mejorar su vida social pueden ser: «Asistir a muchos eventos y socializar con muchas personas diferentes». Si esta es una actividad clave y usted es estudiante universitario, una herramienta como Facebook puede tener un impacto positivo muy alto y su uso es *muy recomendable*.

Para dar otro ejemplo, consideremos el caso de un miembro del ejército que debe ir a prestar sus servicios en el extranjero. Para este hipotético soldado, mantenerse en permanente contacto superficial con los amigos y la familia en su país de origen puede ser una prioridad y las redes sociales pueden ser un excelente medio para alcanzar este fin.

Lo que debe quedar claro con estos ejemplos es que esta estrategia, si se aplica según lo descrito, llevará a mucha gente que actualmente usa herramientas como Facebook o Twitter a abandonarlas, pero no es una receta que le sirva a todo el mundo. El lector podría, en este punto, protestar por la arbitrariedad que implica permitir que solo un pequeño número de actividades sea la guía para tomar decisiones sobre estas herramientas. Como dejamos establecido anteriormente, Facebook ofrece muchos beneficios para su vida social; en este orden de ideas, ¿por qué abandonarlo simplemente arguyendo que no es propicio para el pequeño número de actividades que hemos considerado como las más esenciales? Lo importante de entender aquí es que reducir las prioridades a una pequeña cantidad no es ninguna arbitrariedad. Por el contrario, es una decisión basada en una idea que prevalece en campos tan diversos como la rentabilidad, la igualdad social y la prevención de fallos en los programas de computadores.

**La ley de los mínimos vitales<sup>[\*]</sup>:** En muchos ámbitos, el 20 % de las causas posibles puede producir el 80 % de los efectos.

Por ejemplo, puede ocurrir que el 80 % de las ganancias de un negocio provengan tan solo de un 20 % de sus clientes, o que el 80 % de la riqueza de una nación esté en manos del 20 % de los ciudadanos; o que el 80 % de los fallos de un computador sean producto del 20 % de los errores identificados. Existe un sustrato matemático formal para este fenómeno (una relación 80/20

es la que encontramos en la distribución de la *ley potencial*: un tipo de distribución que aparece con frecuencia al medir las cantidades en el mundo real), pero quizás encontremos la mayor utilidad de esta ley al aplicarla heurísticamente para recordar que, en muchos casos, las contribuciones a un resultado no están distribuidas de manera uniforme<sup>[13]</sup>.

Volviendo a nuestro tema, digamos que esta ley se cumple en el caso de las metas más importantes de su vida. Como anotamos, muchas actividades diferentes pueden ayudarle a alcanzar esas metas. Sin embargo, según la ley de los mínimos vitales, solo el 20 % más importante de esas actividades genera los mayores beneficios. Supongamos que usted puede ubicar entre diez y quince actividades potenciales que le ayudan a alcanzar la meta. La ley enunciada dice que son las dos o tres primeras actividades (dos o tres es la cifra que utilizamos en nuestra estrategia) las que marcan la mayor diferencia para alcanzar la meta.

Sin embargo, incluso si usted acepta este resultado, quizá le parezca que no se debe ignorar el 80 % restante de posibles actividades beneficiosas. Es cierto que estas actividades no contribuyen en la misma medida al cumplimiento de la meta, pero sí aportan *algún* beneficio. Entonces, ¿por qué no aprovecharlas? Siempre y cuando no se descuiden las actividades más importantes, no parece malo dedicarles atención a las alternativas menos importantes.

El punto flaco de este argumento es que pasa por alto un punto clave: todas las actividades, independientemente de su importancia, consumen la misma cantidad de recursos limitados llamados tiempo y atención. Por lo tanto, si usted se dedica a actividades que ejercen un bajo impacto, estará gastando en ellas tiempo que podría dedicar a las actividades de alto impacto. No hay ganancia en ello. Dedicar tiempo a las actividades de alto impacto produce mayores beneficios y, por lo tanto, reducir el tiempo que les dedica a estas para ponerlo en actividades de menor impacto causa una reducción de los beneficios.

En el mundo de los negocios están muy claras esas cuentas. Por eso, no es raro encontrar compañías que *se deshacen* de los clientes improductivos. Si el 80 % de sus ganancias provienen del 20 % de sus clientes, eso quiere decir que ganarán más dinero si dirigen la energía que gastan en los clientes poco lucrativos hacia los clientes más atractivos pero más escasos: cada hora que se gaste en estos últimos generará mayores ingresos que si se gasta en aquellos. Lo mismo puede decirse de sus metas profesionales y personales. Si usted usa el tiempo de las actividades de bajo impacto (como buscar viejos amigos por

Facebook) y lo aprovecha para desarrollar actividades de alto impacto (como invitar a un amigo a comer) tendrá mayor éxito en el cumplimiento de su meta. En ese sentido, abandonar una herramienta en la Red siguiendo esta lógica no equivale a perderse de pequeños beneficios potenciales, sino que le permite sacar mayor provecho de las actividades que le proporcionan grandes beneficios.

Para regresar al punto donde comenzamos, en el caso de Malcolm Gladwell, Michael Lewis y George Packer, el uso de Twitter no es propicio para apoyar el 20 % de las actividades que les generan la mayor parte del éxito en su carrera como escritores. Aunque, de manera aislada, este servicio pueda producir algunos beneficios menores, si usted considera su carrera como un todo llegará a la conclusión de que puede tener más éxito si se abstienen de usar el Twitter y aprovechar el tiempo para adelantar actividades más fructíferas, en lugar de poner en su agenda una actividad más, que no reporta tantos beneficios. El lector puede aplicar este mismo razonamiento a la hora de decidir cuáles herramientas va a escoger para utilizar su tiempo y su atención de manera productiva.

## Abandonar las redes sociales

El día en que Ryan Nicodemus decidió simplificar su vida, pensó en primer lugar en sus posesiones. Por aquella época, Ryan vivía solo en un espacioso apartamento de tres habitaciones. Durante varios años, animado por una pulsión consumista, Ryan había hecho sus mejores esfuerzos por llenar ese amplio espacio. Ahora, había llegado el momento de recuperar su vida y liberarse de esos objetos. La estrategia que aplicó fue sencilla pero le subyacía un concepto radical. Pasó toda una tarde empacando sus posesiones en cajas de cartón, como si se fuera a mudar. Para transformar una actividad que él describía como «una labor difícil» en algo menos pesado, decidió usar el lema de «Empacar es una fiesta» y explicaba este nombre así: «Todo es más divertido cuando lo volvemos fiesta, ¿o no?»<sup>[14]</sup>.

Una vez terminó de empacar, Nicodemus vivió la siguiente semana dentro de su rutina habitual. Si necesitaba alguna de las cosas que había empacado, la sacaba y la ponía en el lugar que ocupaba anteriormente. Al finalizar la semana, observó que la gran mayoría de las cosas habían permanecido intactas en sus cajas.

Y se deshizo de ellas.

La gente acumula objetos en parte porque, ante una situación específica en la que deba decidir eliminar una cosa, piensa con preocupación: «¿Y qué tal si llego a necesitarla algún día?». Usa esta preocupación como excusa para aferrarse al objeto. El día de «empacar es una fiesta» de Nicodemus fue para él la prueba definitiva de que *no* necesitaba la mayoría de las cosas que poseía, y eso le ayudó en su tarea de simplificarse la vida.

---

La estrategia que presentamos anteriormente es un método sistemático que le ayudará a escoger las herramientas en la Red que le consumen tiempo y atención. La estrategia que presentamos ahora ofrece un enfoque diferente, pero complementario, para considerar los mismos asuntos, y se inspira en el método de Ryan Nicodemus para deshacerse de las cosas que no necesita.

En concreto, esta estrategia le pide al lector hacer un proceso equivalente al de «empacar es una fiesta» con los servicios de redes sociales que usa actualmente. Sin embargo, en lugar de «empacar», lo que hará será abstenerse del uso de todas estas herramientas durante *treinta días*. Todas: Facebook, Instagram, Google+, Twitter, Snapchat, Vine... o cualquier otro servicio que se haya vuelto popular desde el momento en que escribí estas líneas. No desactive formalmente esos servicios (este punto es importante) y no mencione en línea que se va a salir: simplemente deje de usar las herramientas, de buenas a primeras. Si alguien lo contacta por otro medio y le pregunta por qué su actividad en una red en particular ha disminuido, usted puede explicar, pero no haga un esfuerzo especial por contarle a la gente.

Al cabo de treinta días de este aislamiento autoimpuesto, hágase las siguientes dos preguntas respecto a cada uno de los servicios que se abstuvo de usar:

1. ¿Habrían sido notablemente mejores los últimos treinta días si hubiera podido utilizar este servicio?
2. ¿Le importó a la gente que yo no estuviera utilizando este servicio?

Si la respuesta es «no» a las dos preguntas, abandone el servicio de manera permanente. Si la respuesta fue un claro «sí», vuelva a usar el servicio. Si sus respuestas son matizadas o ambiguas, está en sus manos decidir si regresa al servicio o no, aunque yo le aconsejaría inclinarse por abandonar el servicio. (Siempre podrá retomarlo más adelante).

Esta estrategia se centra de manera particular en las redes sociales porque, entre todas las herramientas en la Red que consumen tiempo y atención

,

usadas sin límites pueden ser particularmente nocivas para su propósito de hacer trabajo profundo. Estas herramientas ofrecen información personalizada, que llega de manera intermitente e impredecible, lo cual las hace altamente adictivas y, por lo tanto, afectan su capacidad para mantener una programación horaria estricta y para concentrarse. Dados estos peligros, uno podría suponer que un número cada vez mayor de trabajadores del conocimiento evita el uso de estas herramientas, sobre todo trabajadores como los programadores de computadores y los escritores, cuyos ingresos dependen de los resultados de su trabajo profundo. Sin embargo, lo que hace que las redes sociales sean tan difíciles de resistir es que las compañías que las producen y han sacado partido de la atención del público han logrado dar un golpe maestro de mercadeo: convencer a nuestra cultura de que si usted no usas sus productos, se está *perdiendo* de algo.

El temor de que uno pueda estar perdiéndose de algo es análogo al temor de Nicodemus de que algún día pueda llegar a necesitar las cosas que tiene guardadas. Sobre la base de esta premisa, sugiero una estrategia correctiva análoga a la de «empacar es una fiesta». Al pasar un mes sin usar estos servicios, usted puede reemplazar su temor de estar perdiéndose de algo (conversaciones, eventos, experiencias culturales compartidas) por una dosis de realidad. En la mayoría de los casos, esta realidad confirmará algo que parece obvio solo una vez que uno ha hecho el duro trabajo de liberarse de los mensajes de mercadeo que rodean estas herramientas: en realidad, estas no son tan importantes en su vida.

La razón por la que le sugiero no anunciar su experimento de treinta días es la siguiente: uno de los espejismos que mantienen el entusiasmo de algunas personas respecto a las redes sociales es la idea de que a la gente *le interesa conocer sus opiniones*, y que esas personas podrían molestarte si usted repentinamente las deja huérfanas de sus comentarios. Las palabras que acabo de escoger pueden sonar jocosas, pero este sentimiento subyacente es bastante común, y es importante señalarlo. En el momento en que redacto este párrafo, por ejemplo, el número promedio de seguidores de un usuario de Twitter es de 208. Cuando pensamos que más de doscientas personas se ofrecen *voluntariamente* a escuchar lo que opinamos, es fácil empezar a pensar que nuestras actividades en estos servicios son importantes<sup>[15]</sup>. Hablo desde mi experiencia, pues vivo de tratar de venderles mis ideas a las personas: ¡la sensación que acabo de describir es muy adictiva!

Sin embargo, la realidad de los públicos en la era de las redes sociales es otra. Antes de que esos servicios existieran, para crear un público de un

tamaño mayor que la familia o los amigos inmediatos se requería hacer un trabajo intenso y competente. A comienzos de la década del 2000, por ejemplo, cualquiera podía crear un blog, pero para atraer unos cuantos visitantes al mes se requería hacer el trabajo de ofrecer información lo suficientemente valiosa para captar la atención de alguien. Conozco muy bien esta dificultad. Creé mi primer blog en el otoño del 2003. Le puse el nombre de *Inspiring Moniker*. Lo usaba para divagar sobre mi vida como estudiante universitario, a mis veintiún años. Debo admitir, con cierta vergüenza, que transcurrían largos períodos sin que *nadie* leyera el blog (no exagero). En la década posterior (en la que, a costa de paciencia y trabajo creé un público para mi blog actual, *Study Hacks*, que pasó de unos cuantos a cientos de miles de lectores al mes), aprendí que captar la atención del público en línea era un trabajo muy, muy difícil.

Ahora no lo es tanto.

Parte del rápido ascenso de las redes sociales, a mi modo de ver, es su capacidad para crear un atajo en esa conexión entre el trabajo duro que implica producir valor real y la recompensa positiva de la atención del público. Lo que ha ocurrido es que se ha reemplazado el eterno intercambio capitalista por una alternativa colectivista: *Yo le presto atención a lo que tú dices si tú le prestas atención a lo que yo digo... independientemente del valor del contenido*. Un blog, o una revista, o un programa de televisión que tuviera el contenido típico que sube la gente a Facebook o Twitter no atraería prácticamente a ningún público. Sin embargo, bajo las convenciones sociales de estos servicios, ese mismo contenido atrae la atención y produce comentarios e iconos de «Me gusta». El acuerdo implícito que motiva ese comportamiento es que, a cambio de recibir atención (casi siempre inmerecida) de parte de sus amigos y sus seguidores, usted les retribuye el favor prodigándoles atención (igualmente inmerecida). *Tú le das «Me gusta» a mi mensaje nuevo y yo le doy «Me gusta» al tuyo*. Este acuerdo le da a todo el mundo la sensación de ser importante sin tener que hacer un gran esfuerzo.

Si usted abandona esos servicios sin dar aviso, puede poner a prueba sus calidades como productor de contenido. La mayoría de las personas, en la mayoría de los servicios, descubrirá algo que le caerá como un balde de agua fría: nadie, aparte de sus amigos cercanos y su familia se dará cuenta de que usted se salió. Admito que soy una imagen de viejo cascarrabias al decir estas cosas, pero creo que este es un tema importante de tratar, pues esta búsqueda de la importancia personal ejerce un impacto clave que hace que la gente continúe fragmentando su tiempo y su atención de manera irreflexiva.

Por supuesto que este experimento de treinta días será difícil para muchas personas y generará muchas preocupaciones. Si usted es estudiante universitario o si es una personalidad de las redes, por ejemplo, abstenerse de usar estos servicios le complicará la vida y llamará la atención. Sin embargo, sospecho que para la mayoría de las personas el resultado neto de este experimento será o bien un gran reajuste en sus hábitos relacionados con el uso de las herramientas en Internet o bien una visión más matizada del papel que las redes sociales desempeñan en su existencia diaria. Estos servicios no son, como tanto se ha cacareado, la savia de nuestro mundo moderno conectado. Son simples productos, desarrollados por compañías privadas, que reciben patrocinios generosos, se mercadean al milímetro y están diseñados, en último término, para captar y luego vender su información y su atención personal a los publicistas. Puede que sean divertidos pero, en el escenario de su vida y de lo que usted quiere lograr en ella, son un capricho superficial, una distracción sin importancia entre tantas otras que pueden desviarlo de una actividad más profunda. O tal vez las redes sociales son la esencia de su vida. No hay manera de saberlo si usted no hace una prueba piloto que prescinda de ellas.

## No use Internet como entretenimiento

El escritor inglés Arnold Bennett nació hacia finales del siglo XIX, en una época agitada para la economía de su país natal. La Revolución Industrial, que ya llevaba varias décadas de furor, había producido suficientes excedentes de capital en el imperio para crear una nueva clase social: los trabajadores de cuello blanco. Se había creado la posibilidad de tener un trabajo en el que la persona pasaba cierto número de horas a la semana en una oficina y, a cambio, recibía un salario fijo que bastaba para sostener un hogar. Este estilo de vida nos resulta insulsamente conocido hoy en día, pero para Bennett y sus contemporáneos era una novedad y, en muchos sentidos, una realidad angustiante. Una de las principales preocupaciones de Bennett era que los miembros de esta nueva clase social no estaban sacando partido de las oportunidades que se les presentaban para vivir una vida más plena.

«Tomemos por caso un londinense que trabaja en una oficina, de diez de la mañana a seis de la tarde, y que pasa cincuenta minutos en la mañana y en la tarde transportándose entre la puerta de su casa y la puerta de la oficina», escribía Bennett en su clásico de autoayuda escrito en 1910, *How to Live on*

*24 Hours a Day*<sup>[16]</sup>. A este hipotético asalariado londinense, según anota el autor, le quedan dieciséis horas en el día, aparte de las horas dedicadas al trabajo. Para Bennett, es mucho tiempo, pero, trágicamente, la mayoría de las personas que se encuentran en esta situación no logran darse cuenta del potencial que tienen entre las manos. El «gran y profundo error que comete este hombre típico respecto a su día» —continúa diciendo Bennett— es que, aunque no goce particularmente con su trabajo (pues lo ve como una actividad que «está obligado a hacer»), «insiste en considerar esas horas de diez a seis como “el día”, y cree que las diez horas que preceden y las seis que vienen a continuación no son más que un prólogo y un epílogo de este». Bennett condena esta actitud y la considera «totalmente ilógica y nociva»<sup>[17]</sup>.

¿Cuál es, entonces, la alternativa? Bennett sugiere que este hombre típico considere esas dieciséis horas libres como un «día dentro del día», y explica: «durante esas dieciséis horas, es un hombre libre: no es un asalariado. No deben preocuparle los asuntos monetarios. Está en las mismas condiciones de un hombre que recibe rentas privadas»<sup>[18]</sup>. Por lo tanto, este hombre típico debería usar el tiempo igual que un aristócrata: es decir, usarlo para llevar a cabo un riguroso mejoramiento de sí mismo, una tarea que, según Bennett, implica principalmente leer gran literatura y poesía.

Bennett escribió sobre estos asuntos hace más de un siglo. El lector podría suponer que, en las décadas transcurridas desde entonces hasta acá, un período en el que el tamaño de esa clase media aumentó considerablemente en todo el mundo, nuestra manera de ver el tiempo libre habría evolucionado. Pero no. Por el contrario, con el surgimiento de Internet y la economía de la atención superficial que este promueve, el empleado promedio que trabaja cuarenta horas a la semana —en especial las personas de mi generación del milenio, conocedoras de la tecnología— ha experimentado una degradación de la calidad de ese tiempo libre, pues apunta principalmente a un entretenimiento digital de bajo nivel. Si Bennett volviera a vivir hoy en día, muy probablemente sentiría gran frustración al ver la falta de progreso en esta área del desarrollo humano.

Debo aclarar que me es indiferente el sustrato moral en el que se basan las afirmaciones de Bennett. Su idea de elevar el alma y la mente de la clase media a través de la lectura de poesía y de grandes libros es anticuada y clasista. Sin embargo, las bases lógicas de su propuesta, a saber, que *debemos* y *podemos* hacer un uso consciente de nuestro tiempo por fuera del trabajo, sigue siendo relevante hoy en día, sobre todo en lo atinente a la meta de esta

regla, que es reducir el impacto de las herramientas en la Red sobre nuestra capacidad para hacer trabajo profundo.

En las estrategias que hemos visto hasta ahora en el marco de esta regla, no hemos dedicado mucho espacio a un tipo de herramientas en la Red que son particularmente relevantes en la lucha por la profundidad: los sitios web orientados al entretenimiento que están diseñados para captar y mantener nuestra atención durante el mayor tiempo posible. En el momento de escribir estas páginas, entre los ejemplos más populares de estos sitios se encuentran el *Huffington Post*, *BuzzFeed*, *Business Insider* y *Reddit*. Sin lugar a dudas, esta lista continuará evolucionando, pero el elemento en común de esta categoría de sitios web es el uso de títulos muy bien pensados y la oferta de un contenido fácilmente digerible, muchas veces perfeccionados con algoritmos que buscan maximizar la monopolización de nuestra atención.

Una vez que el usuario llega a un artículo en uno de esos sitios, encontrará atractivos enlaces en un lado o en la parte inferior de la página en los cuales hará clic, y luego en otro, y así sucesivamente. Estos sitios se valen de todos los trucos de la psicología humana para mantener atrapado al usuario: por ejemplo, poner letreros como «Artículos más populares», o «Tendencias» o usar fotos llamativas. En este momento en particular, algunos de los artículos más populares en *BuzzFeed* son: «17 palabras que significan algo totalmente diferente si se las escribe al revés» o «33 perros que ganan en todo».

Estos sitios son especialmente nocivos cuando se ha terminado la jornada laboral, pues se convierten en un elemento central de nuestro tiempo libre. Si usted está haciendo una fila o si está esperando que la trama de un programa de televisión se ponga más interesante, o si está terminando de comer, estos sitios funcionan como una muleta cognitiva para eliminar cualquier posibilidad de aburrirse. Sin embargo, como expliqué en la regla # 2, este comportamiento es peligroso porque debilita la capacidad general de nuestra mente de resistirse ante la distracción, de tal forma que el trabajo profundo se hace más difícil después, cuando realmente queramos concentrarnos. Para empeorar el asunto, estas herramientas en la Red siempre están disponibles: basta con hacer un clic para entrar en ellas. No son como las otras, de las que uno se puede retirar cuando tome la decisión (por eso, las dos estrategias mencionadas anteriormente no aplican para esos sitios web).

Afortunadamente, Arnold Bennett identificó la solución a este problema hace cien años: *pensar más en el manejo de nuestro tiempo libre*. En otras palabras, esta estrategia le sugiere al lector que, cuando llegue el momento del descanso, no se dedique a cualquier cosa que le llame la atención en ese

instante, sino que piense con antelación cómo va a gastar ese «día dentro del día». Los sitios web adictivos como los que mencioné más atrás prosperan gracias a un vacío: si usted no se ha detenido a pensar qué va a hacer en un momento dado, esos sitios siempre parecerán una opción atractiva. Si, por el contrario, usted llena este tiempo libre con algo de mayor calidad, será menor la fuerza con la que estos sitios atrapen su atención.

En este orden de ideas, es crucial que usted piense con antelación qué va a hacer en las noches después del trabajo y en los fines de semana, antes de que comiencen. La planificación de los pasatiempos permite llenar esas horas con actividades específicas, que tienen metas específicas. También es una buena opción tener un programa establecido de lecturas, al estilo Bennett, en el que usted pasa un tiempo fijo cada noche leyendo unos libros escogidos, al igual que hacer ejercicio o disfrutar de la compañía (real) de ciertas personas.

En mi caso, por ejemplo, puedo leer una increíble cantidad de libros al año, a pesar de las exigencias de tiempo de mis labores como profesor, escritor y padre de familia (en promedio, leo de tres a cinco libros al tiempo). Esto es posible porque una de las actividades favoritas en mi tiempo planificado de ocio, cuando ya mis hijos se han ido a la cama, es leer un libro interesante. En consecuencia, mi teléfono inteligente y mi computador, junto con las distracciones que ofrecen, no tienen mayor relevancia en mi vida entre el momento en que termino de trabajar y la mañana siguiente.

Es posible que usted piense que programar su ocio sea contraproducente para obtener el descanso deseado, pues existe la creencia de que el ocio no debe tener nada que ver con planes u obligaciones. Se piensa que una noche de actividades planificadas lo dejará a uno agotado —en lugar de despejado— para el siguiente día de trabajo. Bennett previo esta objeción y hay que darle crédito por ello. El autor inglés afirma que estas preocupaciones son producto de una incomprendión del espíritu humano:

¿Cómo? ¿Dice usted que dedicarles toda la energía a esas dieciséis horas reducirá el valor de las ocho dedicadas al trabajo? Nada de eso. Por el contrario, aumentará el valor de esas ocho horas. Una de las principales cosas que este hombre típico debe aprender es que las facultades humanas están en capacidad de llevar a cabo una actividad difícil por un tiempo prolongado; estas no se cansan como un brazo o una pierna. Lo único que quieren es un cambio, no descansar, salvo a la hora de dormir<sup>[19]</sup>.

Según mi experiencia, este análisis da en el clavo. Si usted le da a su mente algo significativo para hacer durante *todas* sus horas de vigilia, se sentirá más satisfecho al terminar el día y comenzará el siguiente con una mayor sensación de relajación que si deja que su mente se sumerja durante horas en una navegación semiinconsciente por la web.

Para resumir, si no quiere que los adictivos sitios web de entretenimiento le quiten tiempo y atención, dele a su cerebro una alternativa de calidad. De esta manera, no solamente preservará su capacidad para resistirse a la distracción y para concentrarse, sino que tal vez logre alcanzar la ambiciosa meta de Arnold Bennett de experimentar, quizá por primera vez, lo que significa vivir en lugar de solo existir.

## REGLA # 4

# ELIMINAR LO SUPERFICIAL

**E**n el verano del 2007, la compañía de software 37signals (ahora llamada Basecamp) llevó a cabo un experimento: redujo la semana de trabajo de cinco a cuatro días. Al parecer, los empleados podían hacer la misma cantidad de trabajo a pesar de disponer de un día menos, y eso los llevó a adoptar el cambio de manera permanente. Todos los años, entre los meses de mayo y octubre, los empleados de 37signals trabajaban solo de lunes a jueves (a excepción del área de servicio al cliente, que sigue funcionando toda la semana). Así explicaba la decisión, en tono jocoso, el cofundador de la compañía, Jason Fried, en su blog: «La gente tiene que aprovechar el clima durante el verano»<sup>[1]</sup>.

Poco tiempo después empezaron a escucharse quejas en los medios dedicados a los negocios. No habían transcurrido muchos meses tras el anuncio que hizo Fried sobre la decisión de su compañía de adoptar permanentemente la política de la semana de cuatro días cuando la periodista Tara Weiss escribió en la revista *Forbes* un artículo crítico titulado «Why a Four-Day Work Week Doesn't Work» [«Por qué no funciona una semana laboral de cuatro días»]<sup>[2]</sup>. Sus objeciones frente a esta estrategia se resumían así:

Apiñar cuarenta horas de trabajo en cuatro días no es necesariamente sinónimo de eficiencia. Para mucha gente ya es bastante difícil trabajar ocho horas al día. Pedirles que se queden dos más puede hacer que disminuyan el buen ánimo y la productividad<sup>[3]</sup>.

La respuesta de Fried no se hizo esperar. En una nota de su blog titulada «*Forbes* Misses the Point of the 4-Day Work Week» [«*Forbes* no entiende la semana laboral de cuatro días»], Fried comienza diciendo que está de acuerdo con la premisa de Weiss según la cual *sería* estresante para los trabajadores comprimir cuarenta horas de esfuerzo en cuatro días. Sin embargo, aclara que no es eso lo que está proponiendo. «El punto central de la semana laboral de cuatro días consiste en *trabajar menos* —escribe Fried—. La idea no es

trabajar diez horas al día, sino trabajar ocho horas en cuatro días más o menos normales»<sup>[4]</sup>.

En un comienzo, el planteamiento puede parecer confuso. Fried había dicho antes que sus empleados hacen lo mismo en cuatro días que en cinco. Ahora dice que sus empleados trabajan menos horas. ¿Cómo pueden ser ciertas ambas cosas? La diferencia está en el papel que cumple el trabajo superficial. Así expande Fried su idea:

Muy pocas personas trabajan las ocho horas del día de manera constante. Con suerte, logran trabajar bien unas pocas horas entre reuniones e interrupciones y el tiempo dedicado a navegar en la Red, cumplir con políticas de la oficina y hacer cosas personales.

Tener un menor número de horas laborales oficiales contribuye a eliminar la capa de grasa de la semana laboral típica. Cuando se dispone de menos tiempo para hacer el trabajo, se respeta más ese tiempo. La gente se vuelve más avara con su tiempo y eso es algo bueno, porque no lo gasta en cosas sin importancia. Cuando uno tiene menos horas, suele gastarlas con más cuidado<sup>[5]</sup>.

En otras palabras, la reducción de las horas laborables en 37signals redujo significativamente el trabajo superficial en comparación con el trabajo profundo y, como este último se seguía haciendo, no se dejaron de hacer las cosas importantes. Los asuntos superficiales que pueden parecer tan urgentes en el instante mismo, sorpresivamente resultan ser accesorios.

Una reacción natural ante este experimento sería preguntarse qué ocurriría si 37signals llevara el experimento un paso más allá. Si la eliminación del trabajo superficial no afectó visiblemente los resultados, ¿qué ocurriría si no solo se elimina el trabajo superficial, sino que se reemplaza con más trabajo profundo en el tiempo que se ha ganado? Afortunadamente, para nuestra curiosidad, la compañía también puso a prueba esta idea audaz.

A Fried siempre le habían llamado la atención las políticas de las compañías de tecnología como Google, que les daban a sus empleados el 20 % del tiempo para trabajar en proyectos dirigidos por ellos mismos. Aunque esta idea le gustaba, a Fried le parecía que sacar un día de una semana llena de ocupaciones no era suficiente para apoyar el tipo de trabajo profundo ininterrumpido que permite hacer verdaderos avances y descubrimientos. «Yo preferiría sacar cinco días seguidos en lugar de cinco días repartidos en cinco semanas —explicó—. Nuestra teoría es que se producen mejores resultados cuando la gente dispone de un período largo de tiempo ininterrumpido»<sup>[6]</sup>.

Para poner a prueba su teoría, 37signals implementó una idea radical: les dio a sus empleados *todo el mes de junio* para trabajar de manera profunda en sus propios proyectos. Ese mes sería un período desprovisto de toda obligación laboral superficial: nada de reuniones para dar informes, nada de

memorandos y, por fortuna, nada de presentaciones en PowerPoint. Al final del mes, la compañía organizaba un «día de actualización», en el cual los empleados exponían las ideas que habían estado desarrollando. En un resumen del experimento que hizo Fried en un artículo para la revista *Inc.*, declaró que había sido un éxito. El día de divulgación produjo dos proyectos que muy pronto entraron en producción: un mejor conjunto de herramientas para el manejo de atención al cliente y un sistema de visualización de datos que le permite a la compañía entender cómo usan los clientes sus productos. El objeto de este tipo de proyectos es generarle un valor significativo a la compañía, pero lo más probable es que esos proyectos *no* hubieran sido posibles si no se les hubiera dado a los empleados un tiempo ininterrumpido significativo para trabajar a fondo. Para desatar ese potencial se requirieron muchas horas de esfuerzo ininterrumpido.

Ante la pregunta retórica planteada por Fried: «¿Cómo vamos a darnos el lujo de hacer un alto durante un mes en este negocio para ponernos a “explorar” nuevas ideas?», la respuesta es: «¿Cómo vamos a darnos el lujo de no hacerlo?»<sup>[7]</sup>.

---

El experimento de 37signals apunta a una importante realidad: el trabajo superficial que cada vez les quita más tiempo y atención a los trabajadores del conocimiento es menos vital de lo que parece en un momento dado. En la mayoría de los negocios, si se eliminaran cantidades significativas de esta superficialidad, el balance final se mantendría igual. Si usted sigue el ejemplo de Fried y no solo elimina el trabajo superficial sino que usa el tiempo recuperado para trabajar a fondo, verá que el negocio, además de seguir funcionando, puede volverse *más* exitoso.

Esta regla lo invita a usted a aplicar estas ideas en su propia vida laboral. Las estrategias que señalamos a continuación están diseñadas para ayudarle a identificar claramente la presencia de lo superficial en su manejo actual del tiempo, para luego reducirla a los mínimos niveles posibles, de tal manera que usted tenga más espacio para los esfuerzos profundos que producen los resultados más notables.

Antes de pasar a los detalles de estas estrategias, debemos confrontar una realidad: hay un límite para este concepto del enfrentamiento con la superficialidad. El valor del trabajo profundo supera con creces el valor de lo superficial, pero esto no significa que usted deba buscar quijotescamente implementar un horario en el que *todo* su tiempo esté dedicado a la profundidad. Por una parte, se necesita una buena cantidad de trabajo

superficial en la mayoría de los trabajos del conocimiento. Usted puede evitar revisar el correo electrónico cada diez minutos, pero no podrá mantener su trabajo si *nunca* responde a los mensajes importantes. En este sentido, debemos considerar que la meta de esta regla consiste en controlar el efecto del trabajo superficial en su programación diaria, pero el objetivo no es eliminarlo.

Luego tenemos el asunto de la capacidad cognitiva. El trabajo profundo es agotador porque nos lleva al límite de nuestras capacidades. Los psicólogos del desempeño han estudiado ampliamente la cantidad de esfuerzo de este tipo que un individuo puede hacer en un día determinado<sup>[\*]</sup>. En su artículo pionero sobre la práctica deliberada, Anders Ericsson y sus colaboradores examinan estos estudios. Los investigadores anotan que, en el caso de una persona que apenas se inicia en esta práctica (citan, en particular, a un niño en las primeras etapas del desarrollo de una destreza a nivel de experto), una hora diaria es un límite razonable. Para aquellos que ya están familiarizados con los rigores de estas actividades, el límite se expande a unas cuatro horas, pero rara vez va más allá.

Lo que esto implica es que una vez usted ha llegado a su límite de trabajo profundo en un día determinado, obtendrá menos compensaciones si trata de hacer más. Por lo tanto, el trabajo superficial solo conlleva un riesgo si usted utiliza el tiempo del trabajo profundo que puede llevar a cabo durante el día para hacer actividades superficiales. En un comienzo, esta aclaración puede parecer optimista. Un día típico de trabajo tiene ocho horas. Ni siquiera el trabajador más adepto al trabajo profundo puede pasar más de cuatro horas en un estado de verdadera profundidad. De allí se desprende que usted puede pasar la mitad del día en actividades superficiales sin que se produzcan efectos adversos. El peligro que no tiene en cuenta este análisis es que este tiempo se consume muy *fácilmente*, sobre todo si tomamos en consideración el impacto de las reuniones, las citas, las llamadas y otros eventos programados. En muchos trabajos, ese tiempo consumido puede dejarle un lapso sorprendentemente pequeño para su trabajo en solitario.

En mi labor como profesor universitario hay una menor cantidad de ese tipo de compromisos, pero, aun así, estos me consumen buena parte del tiempo, sobre todo durante el año académico. Si tomo un día al azar en mi calendario del semestre pasado (estoy escribiendo estas líneas durante un calmado mes del verano), veo que tuve una reunión de 11 de la mañana a 12 del día y luego otra de 1 a 2:30 de la tarde, y después di una clase de 3 a 5. En este ejemplo, mi día de trabajo queda reducido a cuatro horas. Aunque lograra

hacer en media hora todo el resto del trabajo superficial (mirar correos, hacer tareas varias), no podría cumplir la meta de hacer cuatro horas diarias de trabajo profundo. Dicho de otro modo, aunque no podamos pasar el día entero en estado de dichosa profundidad, esta realidad no debe reducir la urgencia de recortar el trabajo superficial, pues el día laboral típico de un trabajador del conocimiento se fragmenta con mayor facilidad de lo que imaginamos<sup>[8]</sup>.

Para resumir, lo que le sugiero al lector es que maneje el trabajo superficial con cuidado, pues se suele subestimar el daño que causa y, en cambio, se le atribuye una importancia exagerada. Este tipo de trabajo es inevitable, pero hay que mantenerlo confinado a un límite en que no afecte su capacidad para aprovechar a fondo los esfuerzos profundos que, en último término, son los que determinan el impacto de su desempeño profesional. Las estrategias que veremos a continuación le ayudarán a tener en cuenta esta realidad.

## Planifique cada minuto de su día

Si usted tiene entre 25 y 34 años de edad y vive en Gran Bretaña, es probable que vea más televisión de la que se imagina. En el 2013, la autoridad británica de control de la televisión llevó a cabo un estudio de los hábitos de los televidentes. Los participantes en el estudio que se encontraban en ese rango de edad consideraban que pasaban entre 15 y 16 horas viendo televisión a la semana. Parece demasiado y, sin embargo, es una estimación muy por debajo de la realidad. Lo sabemos porque, en lo que respecta a los hábitos de los televidentes, disponemos de información que nos remite a la verdad factual. La Broadcasters' Audience Research Board (que es la entidad británica encargada de hacer investigaciones sobre audiencia) dispone de medidores en una muestra representativa de hogares. Estos medidores registran, sin ningún tipo de sesgo, la cantidad exacta de tiempo que la gente *realmente* ve televisión. Los jóvenes de edades entre los 25 y los 34 que pensaban que solo veían 15 horas de televisión a la semana en realidad veían, más o menos, 28 horas<sup>[9]</sup>.

Este cálculo errado del uso del propio tiempo no solo es característico de los televidentes británicos. Vemos evaluaciones similares en diferentes grupos de personas. En un artículo de *The Wall Street Journal* sobre el tema, la escritora de temas de negocios Laura Vanderkam señala varios ejemplos de este tipo<sup>[10]</sup>. Una encuesta llevada a cabo por la National Sleep Foundation

reveló que los estadounidenses creen dormir, en promedio, unas 7 horas por noche. El American Time Use Survey (que estudia el uso del tiempo de los estadounidenses y le pidió a la gente medir con precisión sus horas de sueño) corrigió esa cifra: son 8,6 horas por noche. En otro estudio se descubrió que la gente que afirma trabajar entre 60 y 64 horas semanales en realidad trabaja un promedio de 44 horas; aquellos que afirman trabajar más de 75 horas a la semana en realidad trabajan menos de 55.

Estos ejemplos revelan un asunto importante: pasamos buena parte del día funcionando en piloto automático, es decir, sin pensar demasiado en lo que estamos haciendo con nuestro tiempo. *Grave problema*. Es difícil evitar que lo trivial se cuele por todas las grietas de su programación diaria si usted no se propone ver cuánto tiempo le dedica al trabajo profundo y al trabajo superficial, y adopta el hábito de pensar antes de emprender una acción y se pregunta: «¿Qué es lo más sensato de hacer en este momento?». La estrategia que describimos en los párrafos que siguen está diseñada para llevarlo a adoptar esos comportamientos. En un comienzo puede parecer una idea extrema, pero pronto se revelará como algo indispensable en su búsqueda para sacar provecho del trabajo profundo: *programar cada minuto de su vida*.

Mi sugerencia es la siguiente: para cada día de trabajo, programe sus actividades en la hoja de un cuaderno rayado dedicado a este propósito. En la parte izquierda de la página, marque las horas del día, dejando un renglón de por medio. Marque todas las horas del día que usted dedica al trabajo. Ahora viene la parte importante: divida las horas de su día laboral en *bloques* y asigne actividades a esos bloques. Por ejemplo, usted puede apartar el horario de 9 a 11 de la mañana para redactar un comunicado de prensa para sus clientes. Dibuje un cuadro que cubra esas horas y escriba «Comunicado de prensa» dentro del cuadro. No es necesario que todos los cuadros estén dedicados a una tarea. Puede haber bloques dedicados a la hora del almuerzo o a pausas. Para que la programación sea visualmente clara, la longitud mínima de cada bloque debe ser de treinta minutos (es decir, una línea de la página). Esto significa, por ejemplo, que en lugar de tener un solo bloque para cada pequeña tarea que tenga prevista en el día (*Responder el correo electrónico del jefe, Enviar el formulario de reembolso, Preguntarle a Jorge por el informe*), usted puede juntar actividades similares en un solo bloque que se llame *Tareas varias*. En este caso, le resultará útil hacer una línea que lleve a la parte derecha de la página, donde hará una lista de las pequeñas tareas que quiere hacer durante ese bloque.

Cuando termine de programar el día, cada minuto debe hacer parte de un bloque. Así, usted habrá programado cada minuto de su día de trabajo. Use esta programación como guía.

Este es el punto en el que la mayoría de la gente empieza a tener problemas. Lo más seguro es que dos cosas no salgan según lo programado a medida que avanza el día. Una de esas cosas tiene que ver con unos cálculos errados. Usted había apartado dos horas para redactar el comunicado de prensa, por ejemplo, pero en realidad el trabajo le tomó dos y media. La segunda cosa que puede surgir es que se produzcan inesperadamente interrupciones y nuevas obligaciones. Estos eventos también dañarán su programación.

No hay problema. Si su programación se altera, saque un tiempo, en cuanto le sea posible, y haga una nueva programación que tenga en cuenta el resto del tiempo que le queda en el día. Puede hacerla en una página nueva. O puede borrar y dibujar bloques nuevos. También puede hacer lo que yo hago: tacho los bloques de lo que resta del día y creo unos bloques nuevos a la derecha de los viejos (los bloques que yo pinto son delgados, y me queda espacio para varias revisiones). En ciertos días, es posible que deba reprogramar muchas veces. No se desespere si eso le ocurre. La meta no es cumplir a toda costa la programación, sino mantener, en todo momento, una idea clara de lo que va a hacer con el tiempo del que dispone, incluso si debe replantear esas decisiones una y otra vez a medida que transcurre la jornada laboral.

Si le parece que las revisiones de la programación son demasiado abundantes, puede poner en práctica algunas estrategias que le permitan darle mayor estabilidad a la programación. En primer lugar, usted debe reconocer que, en un comienzo, *casi con seguridad* va a hacer un cálculo errado del tiempo real que le toma hacer la mayoría de las cosas. Cuando la gente empieza a adoptar este hábito, tiende a hacer de la programación una declaración de deseos, es decir, a programar el día según unas circunstancias ideales. A medida que pasa el tiempo, usted se esforzará por predecir de manera más precisa (es decir, de manera más conservadora) el tiempo que necesita para hacer las tareas.

La segunda táctica útil es el uso de bloques *adicionales condicionales*. Si usted no sabe con seguridad cuánto tiempo le puede tomar una actividad determinada, reserve el tiempo adicional que considere pertinente y ponga un bloque más, que puede servir para terminar esa tarea o para otras cosas. Si necesita más tiempo para la actividad anterior, use el bloque adicional para

terminarla. Sin embargo, si termina la actividad a tiempo, tenga prevista de antemano una actividad para desarrollar en ese bloque (por ejemplo, tareas que no sean urgentes). Esto le da espacio a lo impredecible en su día, sin tener que cambiar la programación en el papel. Volviendo a nuestro ejemplo del comunicado de prensa, usted puede programar dos horas para redactar el comunicado, pero luego puede poner un bloque adicional de una hora, para poder seguir en esa actividad en caso de que sea necesario o, en caso contrario, usar ese tiempo para leer correos electrónicos.

La tercera táctica que sugiero es ser liberal con el uso de los bloques para tareas varias. Programe varios de ellos a lo largo del día y hágalos más largos de lo requerido para hacer las tareas planificadas en la mañana. En un día típico del trabajador del conocimiento ocurren muchas cosas; por eso, si se programan varios bloques para atender estas sorpresas se logra llevar un día sin contratiempos.

---

Antes de que usted se dedique a poner en práctica esta estrategia, me gustaría mencionar una objeción que se suele plantear en este caso. En mi experiencia relacionada con la programación diaria he visto que a mucha gente le preocupa que este nivel de planificación se vuelva pesado y restrictivo. Veamos un fragmento de un comentario de un lector llamado Joseph en la entrada de mi blog sobre este tema:

Creo que usted subvalora el papel de la incertidumbre... Me [preocupa] que los lectores apliquen estas observaciones al pie de la letra, al punto de que una relación obsesiva (y poco sana) con la programación exagere la importancia del control sobre cada minuto, en lugar de poner el énfasis en perderse en las actividades, que creo que es el tipo de actitud que más conviene en el caso de los artistas<sup>[11]</sup>.

Comprendo estas preocupaciones, y Joseph no es el primero en mencionarlas. Por fortuna, mi argumento es fácil de explicar. En mi disciplina de la programación diaria, además de prever bloques significativos de tiempo para el pensamiento y las discusiones especulativas, mantengo una regla que se puede enunciar así: Si me encuentro con una idea importante, es perfectamente válido ignorar el resto de la programación durante ese día (salvo en los casos en que haya actividades inamovibles). Así, puedo dedicarme a esta idea nueva hasta que pierda vapor. En ese momento, vuelvo a reprogramar las horas que me queden del día.

Dicho de otro modo, no solamente le doy espacio a la espontaneidad, sino que la propicio. La crítica de Joseph procede de la idea errada de que la meta de una programación es obligarlo a uno a ser rígido y mantener el plan. Sin

embargo, el tipo de programación que propongo no pretende constreñir a la persona, sino invitarla a ser consciente. Es un hábito sencillo que nos obliga a detenernos a pensar: «Y, ahora, ¿qué es lo más sensato que haga durante el tiempo que me queda?». Lo que da resultados es el hábito de hacerse la pregunta, no la actitud de mantenerse fiel a toda costa a la respuesta.

Me atrevería incluso a afirmar que una persona que mezcle la programación detallada y la disposición a adaptarse o a modificar el plan según sea necesario quizás tenga *más* ideas creativas que alguien que adopte un procedimiento más «espontáneo», en un día abierto y no estructurado. Si se carece de una estructura, es fácil permitir que el día se vaya en actividades superficiales, como consultar los correos, ver las redes sociales y navegar en la Red. Este tipo de comportamiento superficial, aunque es satisfactorio en el momento, no es propicio para la creatividad. Por otro lado, si contamos con una estructura, podemos estar seguros de que dedicaremos regularmente bloques de tiempo a una nueva idea, o a trabajar profundamente en un asunto interesante, o a hacer lluvia de ideas durante un período fijo de tiempo, es decir, asumiremos un compromiso que tendrá mayores probabilidades de promover la innovación (recordemos el contenido de la regla # 1, donde hablábamos sobre los rituales rígidos que observan muchos pensadores creativos). Como usted está dispuesto a abandonar el plan cuando surja una idea innovadora, estará en igualdad de condiciones que el creativo distraído para aprovechar el momento cuando las musas se manifiesten.

---

Para resumir, la motivación de esta estrategia es el reconocimiento de que el trabajo profundo requiere que usted sea respetuoso con su tiempo. Un primer paso importante en esta actitud de respeto con el tiempo es el siguiente consejo: decida con antelación a qué va a estar dedicado en cada minuto de su día de trabajo. Es natural resistirse ante esta idea en un comienzo, y por supuesto que es más fácil permitir que la dupla del capricho interno y los requerimientos externos gobiernen su programación diaria. Sin embargo, si quiere desarrollar su verdadero potencial como persona creadora de cosas que valen la pena, usted debe aprender a superar la desconfianza que le produce la estructura.

## Cuantifique la profundidad de sus actividades

Una ventaja de programar el día es que usted puede determinar cuánto tiempo va a dedicar a las actividades superficiales. Poner esta idea en práctica puede ser un poco difícil, pues no siempre tenemos claro qué podemos considerar como superficial en determinada tarea. Para ver este reto con mayor detalle, volvamos a la definición formal de trabajo superficial que presenté en la introducción de este libro.

**Trabajo superficial:** Tareas de tipo logístico, no exigentes desde el punto de vista cognitivo, que por lo general llevamos a cabo sin estar concentrados. Estos esfuerzos no suelen crear valor nuevo en el mundo y son fáciles de replicar.

Algunas actividades se ajustan claramente a esta definición. Revisar el correo electrónico, por ejemplo, o programar una conferencia telefónica son actividades de naturaleza superficial. Sin embargo, la clasificación de otras actividades puede ser más ambigua. Veamos las siguientes tareas:

- **Ejemplo # 1:** Editar el borrador de un artículo académico que usted y sus colaboradores deben enviar pronto a una revista.
- **Ejemplo # 2:** Producir una presentación en PowerPoint sobre las cifras de venta de este trimestre.
- **Ejemplo # 3:** Asistir a una reunión para hablar del estado actual de un proyecto importante y llegar a acuerdos sobre los siguientes pasos.

No es evidente, a primera vista, cómo categorizar estos ejemplos. Los dos primeros describen tareas que pueden ser bastante exigentes, y el ejemplo final parece importante para hacer avanzar un objetivo laboral clave. El propósito de esta estrategia es darle al lector una medida exacta que le permita elucidar la ambigüedad: de esta manera, podrá tomar decisiones claras y coherentes sobre el lugar que una tarea ocupa en una escala que va de lo superficial a lo profundo. Para ello, usted debe evaluar las actividades respondiendo a una pregunta muy sencilla pero que da muchas luces:

¿Cuánto tiempo tomaría (en meses) entrenar a un estudiante inteligente, recién graduado, sin formación especializada en mi campo, para que haga esta tarea?

Para ilustrar este procedimiento, apliquemos la pregunta a nuestros ejemplos de tareas ambiguas:

- **Análisis del ejemplo # 1:** Para editar adecuadamente un artículo académico se requiere comprender los matices del trabajo (así estaremos seguros de que está descrito de manera precisa) y comprender los matices de la literatura más amplia sobre el tema (para estar seguros de que se cita correctamente). Para ello se requiere tener conocimientos avanzados sobre el campo académico en cuestión, una tarea que en la era de la especialización toma años de estudio diligente a nivel de posgrado y más allá. En lo concerniente a este ejemplo, la respuesta a nuestra pregunta sería: «Tomaría mucho tiempo, quizás entre 50 y 75 meses».
- **Análisis del ejemplo # 2:** Al segundo ejemplo no le va muy bien con este análisis. Para crear una presentación de PowerPoint que describa las ventas trimestrales se requieren tres cosas: en primer lugar, saber cómo se hace una presentación de PowerPoint; en segundo lugar, saber cómo es el formato estándar de esas presentaciones trimestrales dentro de su organización y, en tercer lugar, saber qué mediciones de ventas le interesan a su organización y saber cómo convertirlas en unos gráficos adecuados. El hipotético estudiante recién graduado que imaginamos en nuestra pregunta ya sabe usar PowerPoint; por otra parte, aprender cuál es el formato estándar de las presentaciones de su organización no le tomaría más de una semana. La pregunta realmente importante es saber cuánto le toma a un estudiante inteligente entender las mediciones que a usted le interesan, dónde encontrar los resultados, cómo filtrarlos y traducirlos a gráficos apropiados para una presentación de PowerPoint. No se trata de una tarea trivial, pero un estudiante inteligente recién graduado no necesitaría más de un mes de entrenamiento para hacerla, así es que podemos decir que una respuesta conservadora a esta pregunta sería: «Dos meses».
- **Análisis del ejemplo # 3:** Analizar las reuniones no es tan fácil. En ocasiones pueden parecer tediosas, pero muchas veces se considera que desempeñan un papel fundamental en las actividades más importantes de su organización. El método que presentamos aquí contribuye a ir más allá de las apariencias. ¿Cuánto tiempo tomaría entrenar a un estudiante recién graduado para que ocupe su lugar en una reunión de planificación? Esa persona tendría que entender el proyecto con la suficiente claridad para conocer sus puntos más destacados y las destrezas de sus participantes. Nuestro hipotético recién graduado también tendría que comprender las dinámicas personales y la realidad sobre la manera de ejecutar esos proyectos en la organización. En este punto, usted podría preguntarse si esta persona también necesitaría una experiencia profunda en el tema del proyecto. En el caso de una reunión de planificación, tal vez no. Rara vez en estas reuniones se profundiza en el contenido trascendente y, más bien, suele haber en ellas mucha conversación insustancial y muchas poses en

las que los participantes tratan de parecer comprometidos sin tener que comprometerse realmente. Si al recién graduado se le dan tres meses para aprender el tejemaneje, podrá ocupar su lugar sin problema en estas reuniones ligeras. En este caso, nuestra respuesta será: «Tres meses».

El propósito de esta pregunta es reflexionar como si se tratara de un experimento (no estoy sugiriendo que *contrate* a un recién graduado para asumir las tareas que usted haya calificado como superficiales). Sin embargo, las respuestas le ayudarán a cuantificar objetivamente la superficialidad o la profundidad de diversas actividades. Si nuestro hipotético recién graduado necesita muchos meses de entrenamiento para ejecutar debidamente una tarea, esto indica que solo es posible gracias a una pericia obtenida con esfuerzo y con tiempo. Como dijimos anteriormente, las tareas que requieren de pericia tienden a ser profundas y reportan un doble beneficio: aportan mayor valor por tiempo invertido y expanden las destrezas, con lo cual se produce mejoría. Por el otro lado, si el recién graduado puede aprender la tarea rápidamente, eso quiere decir que no requiere de mucha pericia y experiencia, y se puede considerar como superficial.

¿Qué hacer con esta estrategia? Una vez usted haya determinado en qué lugar de la escala entre lo profundo y lo superficial se clasifican sus actividades, dedique más tiempo a las profundas. Para volver a nuestros casos de estudio, por ejemplo, vemos que el primer ejemplo contiene una actividad que vale la pena priorizar respecto al uso del tiempo, mientras que el segundo y el tercer ejemplo implican actividades que deben minimizarse: tal vez da la sensación de que son productivas, pero el rendimiento sobre la inversión de tiempo es exiguo.

Por supuesto que la manera como vamos a favorecer lo profundo por encima de lo superficial no siempre es evidente, incluso después de haber determinado con claridad en qué categoría se clasifican sus compromisos. Esto nos conduce a las estrategias que citamos a continuación, en las que ofrecemos lineamientos específicos sobre la manera como se puede alcanzar esta complicada meta.

## **Pregúntele a su jefe cuál es su presupuesto de trabajo superficial**

Esta es una cuestión importante que casi nunca se plantea: *¿Qué porcentaje de mi tiempo debo dedicar al trabajo superficial?* Esta estrategia le sugiere al lector hacer la pregunta. En otras palabras, si usted tiene jefe, hable con él sobre el tema. (Muy probablemente tendrá que darle una definición de lo que significa trabajo profundo y trabajo superficial). Si usted es trabajador independiente, hágase la pregunta *a sí mismo*. En ambos casos, busque una respuesta específica. Luego —y aquí viene lo importante— trate de respetar ese porcentaje presupuestado. (Las estrategias que mencionamos antes y las que vienen a continuación le ayudarán a alcanzar esta meta).

La respuesta a esa pregunta en los casos de los trabajadores del conocimiento cuyos puestos no son de nivel básico será entre el 30 y el 50 % del tiempo. (Hay un rechazo psicológico en torno a la idea de pasar *la mayor parte* del tiempo en tareas no cualificadas, así es que el límite superior natural es 50 %. Al mismo tiempo, a la mayoría de jefes les preocupará que, si el porcentaje está muy por debajo del 30 %, usted sea un ermitaño del trabajo del conocimiento que concibe grandes ideas pero que nunca contesta los correos electrónicos).

Obedecer a este porcentaje presupuestado muy probablemente le exigirá hacer cambios en su comportamiento. Casi con toda seguridad tendrá que abstenerse de participar en proyectos donde prima la superficialidad, al tiempo que reducir con mayor empeño la superficialidad en sus proyectos actuales.

Este presupuesto puede llevarlo a abandonar la necesidad de asistir a la reunión semanal de actualización y preferir los informes orientados a los resultados («Infórmame cuando hayas hecho avances significativos, y ahí sí hablamos»). También lo puede llevar a pasar un mayor número de mañanas trabajando en solitario, sin comunicación, o a considerar que responder rápidamente y en detalle todos los correos que recibe (aunque usted no sea el destinatario principal, sino uno al que le mandan copia) no era tan importante como usted pensaba.

Todos estos cambios son positivos en su propósito de hacer del trabajo profundo un elemento esencial de su vida laboral. Por una parte, no le exigen abandonar sus principales obligaciones superficiales —lo cual podría causar problemas y resentimientos—, pues usted pasa todavía mucho tiempo en esas labores. Por otra parte, lo obligan a poner un límite a la cantidad de obligaciones menos urgentes en su programación diaria. Gracias a este límite se libera tiempo para dedicarlo a importantes cantidades de esfuerzo profundo, de manera constante.

La razón por la que estas decisiones deben estar precedidas por una conversación con su jefe es que este acuerdo requiere un apoyo implícito del empleador. Si usted trabaja para otra persona, esta estrategia le permite tener una sustentación razonable a la hora de rechazar una obligación o de reestructurar un proyecto, con miras a minimizar el trabajo superficial. Usted puede justificar esta acción con el argumento de que solo así podrá alcanzar su meta de hacer una mezcla óptima de los dos tipos de trabajo. Como expliqué en el capítulo 2, una de las razones por las que el trabajo superficial sigue prevaleciendo en el ámbito del trabajo del conocimiento es que no vemos el impacto total de estas labores en nuestra programación. Por el contrario, tendemos a evaluar estos comportamientos de manera individualizada, en el momento, y así cada tarea parece razonable y conveniente. Las herramientas que ya mencionamos en esta regla, sin embargo, le permitirán detallar ese impacto de manera explícita. Ahora, usted podrá decirle a su jefe, con toda seguridad: «Este es el porcentaje exacto de tiempo que pasé la semana pasada haciendo trabajo superficial», y eso lo obligará a aprobar, también de manera explícita, esa proporción del uso del tiempo. Ante esas cifras, y ante la realidad económica que esas cifras exponen (es un desperdicio increíble, por ejemplo, pagarle a un profesional altamente entrenado para que envíe correos electrónicos y asista a reuniones durante 30 horas a la semana), un jefe llegará a la conclusión natural de que usted *tiene que* abstenerse de hacer ciertas cosas y reducir el tiempo que le dedica a otras, aunque eso signifique que la vida del jefe, o la suya, o la de sus colegas, sea menos cómoda. Al final de cuentas, lo que un negocio busca es generar valor y no facilitarles la vida a los empleados.

Si usted trabaja por su propia cuenta, este ejercicio lo obligará a confrontar la realidad del escaso tiempo que usted dedica a producir real valor en medio de su «apretada» agenda. Estas cifras contundentes le servirán para reducir las actividades superficiales que le roban tiempo. Sin estas cifras, es difícil que un emprendedor le cierre la puerta a una oportunidad que *podría* generarle algún rendimiento positivo. Ideas como: «¡Tengo que estar en Twitter!», «¡Tengo que mantener una presencia activa en Facebook!» o «¡Tengo que actualizar mi blog!» se justifican porque usted tiene la sensación de que negarse a alguna de estas actividades, consideradas aisladamente, puede verse como sinónimo de pereza. Si, por el contrario, usted determina qué proporción de su tiempo dedicará a las tareas profundas y qué proporción a las tareas superficiales, podrá eliminar esa actitud originada por la culpa y reemplazarla por el hábito más sano de tratar de sacar el mayor provecho

posible del esfuerzo que le dedicará al trabajo superficial (ojalá, una pequeña fracción de su tiempo y su atención, que le permita seguir exponiéndose a muchas oportunidades), de tal manera que el tiempo que le dedique al trabajo profundo le dé un gran empuje a su negocio.

Por supuesto que siempre existe la posibilidad de que su jefe responda la pregunta con brusquedad. Ningún jefe le responderá explícitamente: «El 100 % de su trabajo debe ser superficial» (a menos que usted tenga un trabajo de nivel básico, en cuyo caso le recomiendo posponer este ejercicio hasta haber desarrollado la suficiente cantidad de destrezas que le permita incorporar en su lista oficial de responsabilidades el trabajo profundo), pero lo que sí puede responder su jefe es algo así como: «El porcentaje de trabajo superficial necesario para que usted cumpla las tareas que se le exigen en un momento dado». En este caso, la respuesta sigue siendo útil, pues le indica que ese cargo no favorece el trabajo profundo y un cargo que no favorece el trabajo profundo no le permitirá triunfar en la actual economía de la información. En ese momento, usted deberá agradecerle a su jefe por la retroalimentación y comenzar a planificar, sin pérdida de tiempo, su transición hacia un nuevo trabajo que valore la profundidad.

## Termine de trabajar a las cinco y media

En los siete días que precedieron la escritura de este capítulo participé en 65 conversaciones diferentes por correo electrónico. De esas conversaciones, envié exactamente 5 correos después de las cinco y media de la tarde. Lo que revelan de primera mano estas cifras es que, con pocas excepciones, no envío correos electrónicos después de las 5:30 de la tarde. Sin embargo, dada la presencia permanente del correo electrónico en la vida laboral, este comportamiento apunta a una realidad más sorprendente: no *trabajo* después de las cinco y media de la tarde.

A este compromiso le he dado el nombre de *productividad con programación fija*. Me he hecho el firme propósito de no trabajar más allá de cierta hora y, por eso, he buscado las estrategias de productividad que me permitan cumplir mi meta. Llevo más de cinco años practicando satisfactoriamente la productividad con programación fija, que ha sido fundamental para mis esfuerzos de crear una vida profesional productiva en torno al trabajo profundo. En las páginas que siguen, trataré de convencer al lector de adoptar también esta estrategia.

---

Comencemos este elogio de la productividad con programación fija señalando, en primer lugar, que la sabiduría popular en el ámbito académico en el que me muevo es contraria a esta propuesta. Los profesores universitarios —en particular los más jóvenes— suelen adoptar horarios agotadores, que se extienden a la noche y los fines de semana. Veamos la entrada de un blog publicado por un profesor de ciencias informáticas a quien llamaré «Tom». En el invierno del 2014, Tom describió su horario de un día reciente en el que había pasado 12 horas en la oficina. Durante ese tiempo, asistió a 5 reuniones diferentes e hizo, durante 3 horas, labores «administrativas», que Tom describe como «responder montones de correos electrónicos, llenar formularios burocráticos, organizar las notas de las reuniones, planificar reuniones futuras». Según sus cálculos, del total de 12 horas solo había pasado *una y media* haciendo «verdadero» trabajo, que él define como los esfuerzos que le permiten avanzar hacia una «investigación terminada». No es de sorprender que Tom se sienta obligado a trabajar más allá de la jornada laboral estándar. «Ya he aceptado la realidad de que voy a tener que trabajar los fines de semana —concluye en otro artículo de su blog—. Muy pocos profesores jóvenes pueden evitar ese destino».

Sin embargo, *yo lo logré*. Aunque no trabajo en las noches y rara vez lo hago los fines de semana, entre el momento en que llegué a Georgetown, en el otoño del 2011, y el momento en que empecé a escribir este capítulo, en el otoño del 2014, he publicado cerca de 20 artículos revisados por pares. También he ganado dos concursos de becas, he publicado un libro (no académico) y casi he terminado de escribir otro (que usted está leyendo en este momento). He hecho todo eso sin tener que adoptar los horarios agotadores que los Toms de este mundo consideran necesarios.

¿Cómo explicar esta paradoja? Podemos encontrar una respuesta reveladora en un artículo ampliamente conocido, publicado en el 2013 por una académica con más años de experiencia y más talentosa que yo: Radhika Nagpal, quien se desempeña como profesora de la cátedra Fred Kavli en la facultad de Ciencias Informáticas de la Universidad de Harvard<sup>[12]</sup>. El artículo empieza con la declaración de que buena parte del estrés que padecen los profesores con opción de permanencia es autoimpuesto. «Abundan mitos aterradores y datos escalofriantes sobre la vida de los profesores con opción de permanencia en las universidades orientadas a la investigación», dice Nagpal, antes de pasar a explicar cómo decidió pasar por alto esas ideas preconcebidas y, más bien, «dedicar[s]e deliberadamente [...] a hacer cosas

específicas para preservar [su] felicidad»<sup>[13]</sup>. Este esfuerzo deliberado llevó a Nagpal a disfrutar «tremendamente» de la temporada previa a la permanencia.

Nagpal da varios ejemplos detallados de esos esfuerzos, pero una de esas tácticas en particular le resultará conocida al lector. Según relata Nagpal, al principio de su carrera académica intentaba trabajar en cualquier momento libre que tenía entre las 7 de la mañana y las 12 de la noche (como tiene hijos, buena parte de este tiempo, especialmente después de las 6 de la tarde, era un tiempo gravemente afectado). Muy pronto decidió cambiar de estrategia, pues la que había adoptado era insostenible. Así, pues, se fijó un límite de 50 horas a la semana y se propuso determinar cuáles reglas y hábitos le permitirían cumplir con este propósito. En otras palabras, Nagpal implementó la estrategia de la productividad con programación fija.

Sabemos que esta estrategia no perjudicó su carrera académica, pues quedó en el camino de la permanencia en el tiempo presupuestado y luego pasó al nivel de profesora titular tan solo tres años después (un ascenso impresionante). ¿Cómo lo logró? Según su artículo, una de las principales técnicas para respetar su límite de horas era fijar cuotas drásticas respecto a las principales fuentes de labores *superficiales* en su vida académica. Por ejemplo, decidió que solo viajaría 5 veces al año, por las razones que fueran, pues los viajes generan una gran cantidad de obligaciones superficiales urgentes (desde organizar la estadía hasta escribir las conferencias). Cinco viajes al año pueden parecer muchos, pero la cifra es baja para un académico. Para enfatizar este punto, mencionemos que Matt Welsh, antiguo colega de Nagpal en su facultad (ahora trabaja para Google), escribió alguna vez en su blog que lo típico de un profesor universitario joven es viajar entre 12 y 24 veces al año (¡son muchos los esfuerzos superficiales que se ahorró Nagpal eliminando entre 10 y 15 viajes!)<sup>[14]</sup>. Reducir la cuota de los viajes es una de las muchas tácticas que aplicó Nagpal para tener mayor control sobre su día de trabajo (también puso límites al número de ensayos que revisaría al año), pero el elemento común que tenían todas sus tácticas era el compromiso de poner un límite implacable a lo superficial, al mismo tiempo que protegía su trabajo profundo —es decir, la investigación original—, determinante para su carrera académica.

Volviendo a mi ejemplo personal, un compromiso similar me ha permitido tener éxito con mi programación fija. Yo también soy terriblemente cuidadoso con el uso de la palabra más peligrosa en el vocabulario de la productividad personal: «Sí». Es muy difícil que me convenzan de hacer algo que apunte al trabajo superficial. Si alguien me pide participar en un asunto

de la universidad que no es absolutamente necesario, lo más probable es que le responda con una frase que le aprendí al director de departamento que me contrató: «Después de la permanencia hablamos». Otra táctica que me funciona bien es ser claro en mi negativa, pero ambiguo en las explicaciones respecto a esta. La clave está en no dar mucha información específica sobre la excusa, de tal manera que la otra persona no tenga margen para contrarrestarla. Por ejemplo, si rechazo una invitación a dar una charla, que me consumirá mucho tiempo, pues he programado otros viajes por la misma época, no doy detalles (para que la otra persona no tenga la oportunidad de sugerir maneras de acomodar su evento a mis obligaciones actuales), sino que digo: «Suena interesante, pero no puedo porque se me cruza con otras cosas que tengo programadas». Al rechazar esas obligaciones, también resisto la tentación de ofrecer premios de consolación, que terminan consumiendo casi la misma cantidad de tiempo (por ejemplo: «Lo lamento, no puedo participar en tu comité, pero con mucho gusto miraré algunas de las propuestas y te daré mi opinión al respecto»). Es mejor ser claro en la negativa.

Además de ser muy cuidadoso a la hora de asumir obligaciones, soy muy consciente de mi manejo del tiempo. Teniendo en cuenta que es limitado, no puedo darme el lujo de tener fechas límite demasiado apretadas, ni puedo desperdiciar una mañana en algo trivial por no haber planificado bien las cosas. La espada de Damocles que implica la productividad con programación fija me obliga a ser muy organizado. Si no tuviera este límite, quizá sería más laxo en mis hábitos.

Para resumir estas observaciones, diré que Nagpal y yo podemos tener éxito en el ámbito académico sin asumir una carga exagerada, como la que propone Tom, por dos razones. En primer lugar, favorecemos una asimetría drástica en la manera como hacemos la selección de los compromisos que nos impone una programación fija. Al reducir de manera implacable lo superficial, al mismo tiempo que protegemos la profundidad, esta estrategia nos permite tener más tiempo, sin disminuir la cantidad de nuevo valor que generamos. En efecto, la reducción de tareas superficiales libera *más* energía para lo profundo, lo cual nos lleva a producir más que si tuviéramos una agenda típicamente llena de toda clase de actividades hasta el tope. En segundo lugar, disponer conscientemente de un tiempo limitado nos obliga a pensar con más cuidado en nuestros hábitos de organización, lo que también conduce a producir más valor que si tuviéramos una programación más larga en horas, pero menos organizada.

La clave de esta estrategia es que se producen los mismos beneficios en la mayoría de los trabajos del conocimiento. Esto quiere decir que, incluso si usted no es profesor universitario, la productividad con programación fija puede generarle importantes beneficios. En la mayoría de trabajos del conocimiento, suele ser difícil rechazar un compromiso superficial en el momento mismo, aunque aisladamente parezca inofensivo. Puede tratarse de cosas como aceptar una invitación a tomar café o aceptar «entrar en una teleconferencia». Sin embargo, el compromiso ante la productividad con programación fija hará que usted sea muy consciente de la escasez de tiempo. Así, cualquier obligación que vaya más allá de sus esfuerzos dedicados a la profundidad le resultará sospechosa y potencialmente perturbadora. Su respuesta habitual empezará a ser «no», se volverá radicalmente más difícil quitarle su tiempo y su atención y usted comenzará a organizarse con una eficiencia implacable. Esta estrategia también puede llevarlo a cuestionar ciertos supuestos sobre la cultura laboral de su empresa que parecen inamovibles pero que, en realidad, son flexibles. Es común, por ejemplo, que el jefe le envíe correos electrónicos después de las horas laborales. Según el compromiso de la productividad con programación fija, usted debe ignorar esos correos hasta la mañana siguiente. Muchas personas creen que esto les puede causar problemas, pues se *espera* que respondan; sin embargo, en muchos casos, el hecho de que su jefe se dedique a escribir correos por la noche no significa que esté esperando una respuesta inmediata. Esta es una lección que la presente estrategia le ayudará a descubrir.

La productividad con programación fija, en otras palabras, es un *metahábito* fácil de adoptar pero que tiene un impacto amplio. Si usted debe escoger tan solo un comportamiento que reoriente su concentración hacia la profundidad, este debe ocupar un lugar muy importante en su lista de posibilidades. No obstante, si usted duda de que este límite artificial en su día laboral pueda volverlo más exitoso, lo invito a prestar atención nuevamente a la carrera de la defensora de la productividad con programación fija, Radhika Nagpal. En una grata coincidencia, casi por la misma época en que Tom se lamentaba en su blog sobre su inevitablemente intensa carga laboral como joven profesor universitario, Nagpal celebraba el más reciente de sus muchos triunfos profesionales, a pesar de su programación fija: su investigación apareció en la portada en la revista *Science*.

## Que no lo encuentren tan fácilmente

Un análisis sobre el trabajo superficial estaría incompleto si no mencionáramos los correos electrónicos. Esta actividad arquetípicamente superficial es muy insidiosa en su exigencia de atención para los trabajadores del conocimiento, pues ofrece un flujo de distracción permanente, *dirigida específicamente a usted*. El acceso omnipresente al correo electrónico se ha arraigado de tal forma en nuestros hábitos profesionales que hemos comenzado a perder la sensación de que podemos cuestionar su papel en nuestra vida. Como advierte John Freeman en su libro del 2009 *The Tyranny of E-mail*, con el advenimiento de la tecnología, «lentamente hemos ido erosionando nuestra capacidad de explicar —de una maneja detallada y compleja— por qué se ha vuelto tan cuestionable quejarse de nuestras jornadas laborales, resistirse a ellas o rediseñarlas, para hacerlas más manejables»<sup>[15]</sup>. El correo electrónico parece un hecho cumplido. La resistencia parece fútil.

La presente estrategia contrarresta ese fatalismo. El hecho de que no podamos evitar del todo esta herramienta no significa que debamos ceder por completo nuestra autoridad sobre el papel que desempeña en nuestro paisaje mental. En las siguientes secciones describo tres tácticas que le ayudarán a recuperar la autoridad que usted le ha dado a esta tecnología sobre su tiempo y su atención, y a poner un freno a la erosión de la autonomía identificada por Freeman. La resistencia no es fútil: usted tiene más control sobre sus comunicaciones electrónicas de lo que había supuesto en un comienzo.

### **Táctica # 1: *Ponga a trabajar más a la gente que le manda correos***

Por lo general es fácil tener acceso a los escritores. Casi siempre ponen la dirección de correo electrónico en su página web e invitan abiertamente a los lectores a enviarles cualquier pregunta o sugerencia. Muchos consideran que esta retroalimentación es un compromiso ineludible relacionado con la «creación de comunidad» (labor cuya importancia es muy cacareada pero muy elusiva) entre los lectores. Sin embargo, hay un problema: *el asunto no es creíble*.

Si usted visita mi página de autor, verá que en la zona de contactos no hay una dirección de correo electrónico para uso del público en cualquier circunstancia. Por el contrario, incluyo una lista de las diferentes personas a quienes usted puede contactar para asuntos particulares: mi agente literario,

para peticiones de derechos de autor, o mi agente de conferencias, para solicitudes de conferencias. Si usted quiere contactarme, ofrezco solo un correo electrónico para casos específicos, con ciertas condiciones y la advertencia de que muy probablemente no responderé:

Si tiene una oferta, oportunidad o presentación que pueda hacer mi vida más interesante, escríbame en la sección *interesting* de [calnewport.com](http://calnewport.com). Por las razones expuestas más arriba, solo responderé a las propuestas que sean útiles en mi programación de actividades y para mis intereses.

A este enfoque le he dado el nombre de *filtro de los remitentes*<sup>[16]</sup>, pues les pido a mis correspondientes llevar a cabo un proceso de filtrado personal, antes de intentar contactarme. Gracias a este filtro, se ha reducido de manera significativa el tiempo que paso en la bandeja de entrada. Antes de empezar a usar el filtro de los remitentes, tenía una dirección de correo electrónico de uso general en mi sitio web. Como era de esperarse, recibía montones de largos correos en los que me pedían consejos sobre cuestiones académicas o profesionales (algunas de ellas muy complejas). Me gusta ayudar, pero estas solicitudes eran abrumadoras. Al remitente no le tomaba mucho tiempo escribir su correo, pero una respuesta mía requeriría muchas explicaciones y una redacción extensa. Mi filtro de los remitentes ha eliminado la mayoría de estas comunicaciones y, de esta forma, se ha reducido drásticamente el número de mensajes que me llegan. En lo que respecta a ayudar a mis lectores, ahora reoriento esa energía de tal manera que escijo los escenarios donde puedo maximizar el impacto. En lugar de responder a una pregunta que me envía cualquier estudiante en el mundo, por ejemplo, ahora trabajo de cerca con un pequeño grupo de estudiantes para los cuales soy bastante accesible y a ellos les puedo ofrecer una orientación más sustanciosa y eficaz.

Otro beneficio del filtro de los remitentes es que hace que se reduzcan las expectativas. La frase crucial de mi nota de advertencia es: «solo responderé a las propuestas que sean útiles en mi programación de actividades y para mis intereses». Parece banal, pero marca una diferencia sustancial en la manera como los potenciales correspondientes piensan sus mensajes. La convención social habitual en torno a los correos electrónicos es que —a menos que usted sea famoso— si alguien le manda un mensaje, usted le debe una respuesta. Por lo tanto, para la mayoría de personas, una bandeja de correo llena es una fuente de obligaciones.

Si, en lugar de seguir la corriente, usted reduce las expectativas de sus correspondientes y les hace saber que muy probablemente *no* les responderá, la experiencia se transforma. De esta forma, la bandeja de entrada se convierte

en un conjunto de oportunidades al que usted puede echar una ojeada cuando tenga tiempo libre, para responder a aquellos que tenga sentido escoger. La ventaja es que la pila de mensajes no leídos ya no le generará una sensación de obligación. Si quisiera, usted podría ignorarlos todos y nada malo pasaría. Desde un punto de vista psicológico es un concepto liberador.

Cuando empecé a usar el filtro de los remitentes, me preocupaba dar la impresión de ser una persona pretenciosa —como si afirmara que mi tiempo es más valioso que el de mis lectores— y que eso le molestara a la gente. Sin embargo, era un temor infundado. La mayoría de la gente acepta sin problema la idea de que usted tiene derecho a controlar sus comunicaciones entrantes, pues a las personas les gustaría disfrutar del mismo derecho. Lo más importante es que a la gente le gusta la claridad. Casi todo el mundo acepta sin problema no recibir respuesta si no tiene esa expectativa (en general, las personas que tienen una menor presencia pública, como los autores de libros, creen equivocadamente que a la gente le importa mucho recibir respuestas a sus mensajes).

En algunos casos, ajustar las expectativas de sus correspondientes puede aumentar su prestigio cuando usted decida responder. Por ejemplo, la editora de una publicación en línea me mandó en cierta ocasión una invitación a participar como invitado en su blog, suponiendo, dada mi nota de advertencia, que yo no le respondería. La sorpresa fue grande al ver que sí le respondí. Este es su resumen de nuestra interacción:

Cuando le escribí a Cal para ver si quería colaborar [en la publicación], mis expectativas eran bajas. En su [filtro de los remitentes] no decía nada sobre su participación como invitado en un blog, así es que no me habría sentido mal si no me hubiera respondido. Al ver que sí me respondió, me puse feliz<sup>[17]</sup>.

Mi filtro de los remitentes es tan solo un ejemplo de esta estrategia general. Veamos ahora el caso de Clay Herbert, un consultor experto en campañas de *crowdfunding* (financiación colectiva) para nuevas empresas de tecnología, una especialidad que atrae a muchos correspondientes que esperan obtener consejos útiles. Así relata su experiencia con los filtros de remitentes un artículo de *Forbes.com*: «Llegó un momento en que era tanta la gente que contactaba a [Herbert] que el consultor no daba abasto. Fue entonces cuando decidió crear unos filtros que le cargan la mayor parte del trabajo al remitente que pide ayuda»<sup>[18]</sup>.

Aunque la motivación inicial de Herbert era similar a la mía, sus filtros adoptaron una forma diferente. Para contactarlo, usted debe consultar la sección de preguntas más comunes para verificar que su pregunta no haya

sido ya respondida antes (cosa que ocurría con buena parte de los mensajes que procesaba Herbert antes de implementar los filtros). Si usted pasa la criba de las preguntas más comunes, luego debe responder una encuesta que le permite a Herbert tamizar un poco más. Después de superado este nivel, Herbert cobra cierta cantidad de dinero a la persona que quiere comunicarse con él. Su idea no es ganar un dinero adicional sino seleccionar a aquellos que tienen serias intenciones de seguir sus consejos. Aunque son estrictos, los filtros de todas maneras le permiten a Herbert ayudar a la gente y encontrar oportunidades interesantes. Al mismo tiempo, han contribuido a reducir la cantidad de sus comunicaciones entrantes a un nivel manejable.

Veamos otro ejemplo. Antonio Centeno maneja el popular blog *Real Man Style*. Los filtros de los remitentes de Centeno implican un proceso en dos etapas<sup>[19]</sup>. Si usted tiene una pregunta, Centeno lo dirige a un foro público donde puede formularla, pues considera que es una pérdida de tiempo responder las mismas preguntas una y otra vez en conversaciones privadas. Si usted supera esta etapa, debe hacer tres promesas, haciendo clic en la casilla correspondiente:

- ✓ No le voy a hacer a Antonio una pregunta cuya respuesta puedo encontrar si busco diez minutos en Google.
- ✓ No voy a inundar a Antonio con *spam* para que haga publicidad de mi negocio, que no tiene nada que ver con el tema.
- ✓ Me comprometo a llevar a cabo una buena acción si Antonio me responde en un lapso de 23 horas.

El cuadro de diálogo en el que el visitante puede escribir su mensaje solo aparece en la página de contacto después de haber marcado cada una de las tres promesas.

Para resumir, las tecnologías que permitieron el advenimiento del correo electrónico son transformadoras, pero las actuales convenciones sociales que guían nuestra manera de aplicar esta tecnología están subdesarrolladas. La realidad de que todos los mensajes, independientemente del tema o del remitente, llegan a una misma bandeja de entrada y la noción de que a todo mensaje se le debe dar una pronta respuesta apuntan a una improductividad absurda. El filtro de los remitentes es una pequeña pero útil herramienta para mejorar el actual estado de cosas, y es una idea que ya están implementando muchos emprendedores y trabajadores independientes, que reciben montones de correos y están en capacidad de decidir cuál es su nivel de accesibilidad. (Me gustaría que se adoptaran esas mismas conductas en las comunicaciones

internas de las grandes compañías. Sin embargo, por las razones que mencionamos en el capítulo 2, es probable que estemos lejos de esa realidad). Si usted tiene la capacidad para implantar filtros de remitentes, hágalo como una forma de controlar esos recursos escasos que son su tiempo y su atención.

## **Táctica # 2: *Trabaje más cuando envíe o responda los correos electrónicos***

Veamos algunos ejemplos de correos electrónicos habituales:

**Correo # 1:** «Fue grato encontrarme contigo la semana pasada. Me encantaría que les hiciéramos seguimiento a algunos de los temas que tratamos. ¿Podríamos tomarnos un café?».

**Correo # 2:** «Tenemos que retomar el problema de investigación que discutimos durante mi última visita. ¿Me podrías recordar en qué vamos al respecto?».

**Correo # 3:** «Trabajé en el artículo sobre el que hablamos. Va adjunto. ¿Comentarios?».

Estos tres ejemplos sin duda le sonarán familiares a la mayoría de los trabajadores del conocimiento, pues son representativos de muchos de los mensajes que llegan a las bandejas de entrada. También son bombas potenciales para la productividad: la manera como usted los responda tendrá un impacto significativo en la cantidad de tiempo y atención que le consuma la conversación que se desprenda de ahí.

En particular, los correos interrogativos como estos generan el instinto inicial de responder rápidamente cualquier cosa para evacuar —temporalmente— el mensaje. En el corto plazo, una respuesta rápida le proporcionará un pequeño alivio porque está poniendo la responsabilidad del mensaje en las manos del otro. Sin embargo, este alivio dura poco, pues la responsabilidad volverá a usted una y otra vez, con lo cual se harán nuevas exigencias a su tiempo y su atención. Por esta razón, considero que la estrategia adecuada para hacer frente a estas cuestiones es pensar un poco antes de responder, usando la siguiente línea de reflexión:

¿Cuál es el *proyecto* que presenta este mensaje y cuál es el proceso más eficiente (en cuanto al número de mensajes que se van a generar) para darle una buena conclusión?

Una vez haya respondido estas preguntas, en lugar de dar una respuesta rápida, tómese el tiempo para dar una respuesta que describa el proceso identificado, señale la etapa actual y destaque la siguiente etapa. Yo le llamo a este método *respuestas a los correos basadas en procesos*. Su propósito es minimizar el número de correos que usted recibe y el desorden mental que generan.

Para explicar mejor este proceso y las razones por las que funciona, veamos las siguientes respuestas basadas en procesos a los correos que citábamos en los ejemplos anteriores:

**Respuesta basada en procesos para el correo # 1:** «Me encantaría que nos tomáramos un café. Encontrémonos en el Starbucks del campus. Al final de este correo verás cuáles son los dos días que tengo libres la semana próxima. En cada uno de ellos pongo tres horas que me convienen. Si alguna de esas combinaciones te sirve, házmelo saber. Tu respuesta con esa información será la confirmación de la cita. Si ninguna de esas fechas y horas te sirve, llámame al número que aparece abajo para que concertemos una hora que sirva. Será un gusto vernos».

**Respuesta basada en procesos para el correo # 2:** «Estoy de acuerdo en que tenemos que volver a mirar este problema. Esta es mi sugerencia:

En algún momento de la semana próxima, envíame un correo con todo lo que recuerdes de nuestra conversación sobre el problema. Cuando tenga tu mensaje, crearé un directorio compartido para el proyecto y lo añadiré a un documento que resuma lo que tú me enviaste, combinado con mi recuerdo de nuestra conversación. En el documento, destacaré los dos o tres pasos siguientes más prometedores.

Luego podemos meterles el diente a esos pasos siguientes por unas semanas y volver a hablar. Sugiero que programemos una llamada telefónica de aquí a un mes, para ese propósito. Abajo pongo algunas fechas y horas en las que estoy disponible para una llamada. Cuando respondas con tus notas, por favor indica la combinación de fechas y horas que te convienen más y consideraremos esa respuesta como una confirmación de la llamada. Me interesaría mucho explorar más a fondo este problema».

**Respuesta basada en procesos para el correo #3:** «Gracias por tu correo. Voy a leer el borrador del artículo y luego te envío una versión editada, con mis comentarios, a más tardar el viernes 10. En la versión editada te mandaré los cambios que pueda hacer y te pondré comentarios allí donde considere que tú estás mejor cualificado para hacerlos. Así, tendrás lo que necesitas para

pulir y enviar el texto final. No necesitas responder este mensaje ni enviarme otra comunicación de seguimiento, a menos, por supuesto, que tengas algún asunto puntual que comentar».

Para elaborar estas respuestas modelo, comencé por identificar el proyecto que contenía el mensaje. Observe usted que uso la palabra «proyecto» de manera amplia. Esta puede hacer referencia a proyectos grandes y evidentes, tales como avanzar en un problema de investigación (ejemplo # 2), pero también puede designar pequeños problemas logísticos como fijar una cita para tomar café (ejemplo #1). Luego, me tomé un par de minutos para pensar en un proceso que permita pasar del punto actual a un punto deseado, con un mínimo de mensajes. El paso final consistió en escribir una respuesta que describía claramente el proceso y el punto actual. Estos ejemplos de respuestas a los correos también sirven para redactar un primer correo inicial.

El método centrado en los procesos para revisar y responder los correos electrónicos puede mitigar de manera significativa el impacto de esta tecnología sobre nuestro tiempo y nuestra atención. Dos razones explican este efecto. En primer lugar, de esta forma se reduce la cantidad de correos electrónicos en la bandeja de entrada: en muchas ocasiones esta reducción es sustancial (algo tan sencillo como programar una cita para un café puede generar muchísimos mensajes en el curso de unos cuantos días si no se tiene cuidado con las respuestas). Esto, a su vez, reduce el tiempo que pasamos en la bandeja de entrada y el trabajo mental que se requiere para esa labor.

En segundo lugar, para usar la terminología de David Alien, un buen mensaje centrado en el proceso «cierra el círculo» respecto al proyecto en cuestión. Cuando un proyecto se inicia con un correo electrónico que usted envía o recibe, este se posiona de su paisaje mental y empieza a tomar un lugar preponderante, pues requiere de su atención y es necesario hacer algo al respecto. El método que he presentado cierra un círculo abierto en el momento mismo en que se forma. Si usted hace todo el proceso y agrega en su calendario cualquier compromiso relevante de su parte, al mismo tiempo que les imprime velocidad a las decisiones de la otra persona, su mente puede recuperar el espacio mental que le demandó el proyecto. Una menor cantidad de desorden mental equivale a tener disponibles mayores recursos mentales para el pensamiento profundo.

Manejar los correos electrónicos con este método centrado en los procesos puede parecerle poco natural en un comienzo. De un lado, requiere gastar más tiempo pensando en los mensajes antes de escribirlos . En el momento mismo

eso puede parecer una inversión *adicional* en los correos electrónicos. Sin embargo, lo importante de recordar aquí es que los dos o tres minutos más que usted empleará ahora le ahorrarán muchos más minutos leyendo y respondiendo mensajes adicionales e innecesarios más adelante.

De otro lado, el manejo de los correos electrónicos según el método centrado en los procesos puede parecer demasiado técnico. Las convenciones sociales actuales relacionadas con los correos electrónicos favorecen el tono coloquial, que choca con las programaciones sistemáticas o los árboles de decisión que suelen usarse en las comunicaciones centradas en los procesos. Si eso le preocupa, le sugiero añadir un preámbulo conversacional más largo en sus conversaciones. Incluso puede separar con una línea divisoria la conversación introductoria de la porción centrada en el proceso y poner el subtítulo «Pasos propuestos a seguir», de tal manera que el tono técnico se vea más apropiado en el contexto.

A fin de cuentas, estas molestias menores valen la pena. Al dedicarle más tiempo a pensar en lo que propone realmente el correo que aparece en su bandeja de entrada, usted podrá reducir significativamente el impacto negativo de esta tecnología en su capacidad para trabajar en las cosas que realmente importan.

### **Táctica # 3: *No responder***

Cuando hacía mis estudios de posgrado en el MIT tuve la oportunidad de interactuar con famosos académicos. En ese momento pude observar que muchos de ellos tenían un comportamiento un poco extraño, aunque fascinante, frente a los correos electrónicos: por lo general se absténian de responder.

Con el tiempo, comprendí cuál era la filosofía que sustentaba esa manera de proceder: estos académicos consideraban que la responsabilidad de los remitentes de los correos electrónicos es convencer al destinatario de que vale la pena responder. Si usted, como remitente, no convence y no le reduce al profesor el esfuerzo que le implicaría responder, simplemente no obtendrá respuesta.

Por ejemplo, el siguiente correo electrónico muy probablemente no generaría una respuesta por parte de muchos de los famosos académicos del instituto:

Hola, profesor. Me gustaría pasar por su oficina para hablar sobre <tema X>. ¿Estaría disponible?

Responder a este mensaje requiere mucho trabajo («¿estaría disponible?» es una pregunta muy vaga como para responderla Pronto). Adicionalmente, no hay nada que le indique al profesor que esta conversación merece dedicarle tiempo. Teniendo en cuenta esas críticas, veamos esta reformulación del correo, que tal vez podría generar una respuesta:

Hola, profesor. Estoy trabajando en un proyecto similar a <tema X>, con mi asesor <profesor Y>. ¿Estaría usted de acuerdo si paso a verlo durante los quince minutos finales de su horario de oficina el próximo jueves, para explicarle en mayor detalle de qué se trata y ver si este se complementa con su proyecto actual?

A diferencia del primer mensaje, en el segundo se expone claramente por qué vale la pena esa reunión y le reduce al destinatario el esfuerzo de la respuesta.

Lo que se busca con esta táctica es que usted reproduzca, hasta donde su contexto profesional se lo permita, la misma ambivalencia de los profesores universitarios respecto al correo electrónico. Para fortalecerse en este empeño, aplique las siguientes tres reglas, para determinar cuáles mensajes requieren respuesta y cuáles no.

**Método profesoral para escoger qué correos responder:** No responda correos electrónicos que entran dentro de una de las siguientes tres categorías:

- El mensaje es ambiguo o la producción de una respuesta razonable exige de usted demasiado trabajo.
- No contiene un asunto o una propuesta que a usted le interese.
- Nada realmente bueno ocurriría si usted responde y nada realmente malo ocurriría si no lo hace.

En todos los casos siempre hay muchas excepciones evidentes. Si el correo que contiene un mensaje ambiguo, con un proyecto que a usted no le interesa, proviene del director ejecutivo de su compañía, por ejemplo, usted tiene que responder. Sin embargo, yendo más allá de esas excepciones, el enfoque profesoral busca que usted sea más implacable a la hora de decidir si va a oprimir el botón de «Responder».

En un comienzo, es probable que se sienta incómodo con este consejo, porque implica romper una convención actual relacionada con los correos electrónicos, según la cual se supone que debemos responder, sin importar la relevancia o la pertinencia del correo. Por otra parte, no hay manera de evitar en un ciento por ciento resultados adversos producto de esta estrategia. Como

mínimo, es posible que algunas personas se sientan confundidas o molestas, sobre todo si nunca han cuestionado las convenciones sobre los correos electrónicos. Sin embargo, no pierda de vista lo siguiente: eso no es grave. En cierta ocasión, el escritor Tim Ferris escribió: «Desarrolla el hábito de permitir que ocurran pequeñas cosas malas. Si no lo haces, nunca tendrás tiempo para las cosas grandes, que cambian vidas»<sup>[20]</sup>. Tranquilícese y piense, como los profesores del MIT, que la gente adapta muy pronto sus expectativas a los hábitos de comunicación del otro. El hecho de que usted no haya respondido esos mensajes que le escribieron a toda carrera tal vez no sea un asunto tan importante para los remitentes.

Una vez supere la incomodidad que pueda generarle este método, comenzará a recoger sus frutos. Son dos los problemas que suelen mencionarse al hablar del exceso de correos electrónicos. El primero: enviar correos genera más correos. El segundo: luchar contra los correos ambiguos o irrelevantes es una gran fuente de estrés. El método que propongo aquí ataca ambos frentes: se envían menos correos y se pasan por alto los que no son fáciles de procesar. De esta manera, se reducen el tiempo y la atención que nos roba la bandeja de entrada de los correos electrónicos.

# CONCLUSIÓN

**L**a historia de la fundación de Microsoft ha sido relatada tantas veces que ha entrado en los anales de la leyenda. Durante el invierno de 1974, un joven estudiante de Harvard llamado Bill Gates se enteró de la existencia de Altair, el primer computador personal del mundo, que apareció en la portada de la revista *Popular Electronics*. Gates comprendió que allí había una oportunidad: diseñar *software* para la máquina. En ese momento abandonó todo y, con la ayuda de Paul Alien y Monte Davidoff, se dedicó, durante los siguientes ocho meses, a crear una versión del lenguaje de programación BASIC para el Altair. Con frecuencia se cita esta historia como ejemplo de la claridad y el arrojo de Gates, pero en recientes entrevistas hemos podido conocer otro rasgo que desempeñó un papel crucial en el final feliz de esta historia: la capacidad sobrenatural de Gates para el trabajo profundo.

En un artículo publicado en el 2013 en la revista *Harvard Gazette*, Walter Isaacson explica que Gates trabajaba con tal intensidad y durante lapsos tan largos durante aquel período de dos meses que muchas veces se desplomaba frente al teclado mientras escribía el código. Luego dormía una hora o dos y retomaba el trabajo donde lo había dejado. Esta capacidad impresionaba mucho a Paul Alien, quien la describe como «una prodigiosa hazaña de concentración»<sup>[1]</sup>. En su libro *The Innovators*, Isaacson resumió de la siguiente manera la tendencia única de Gates hacia la profundidad: «La característica que diferenciaba [a Gates de Alien] era la concentración. La mente de Alien revoloteaba entre muchas ideas y pasiones, mientras que Gates era un obseso en serie»<sup>[2]</sup>.

Encontramos en este relato de la concentración obsesiva de Gates un ejemplo perfecto de mi argumento a favor del trabajo profundo. Es fácil, en medio de la turbulencia de la rápida evolución en la era de la información, asumir una conducta quejumbrosa. Los gruñones se sienten vagamente incómodos al ver la cantidad de atención que la gente les presta a sus

teléfonos inteligentes, añorando los días en que la gente se concentraba sin prisas, en tanto que los hípsters digitales equiparan esa nostalgia al anacronismo o al aburrimiento, y creen que una mayor conexión es la base de un futuro utópico. Marshall McLuhan afirmó que «el medio es el mensaje», pero nuestra conversación actual sobre estos temas parece implicar que «el medio es la moralidad»: o bien estamos a favor del futuro con Facebook o bien lo consideramos como nuestra perdición.

Como afirmé en la introducción de este libro, no me interesa ese debate. Comprometerse con el trabajo profundo no implica una postura moral ni es una declaración filosófica. Es, eso sí, un reconocimiento pragmático de que la capacidad para concentrarnos es una destreza que permite *hacer cosas valiosas*. En otras palabras, el trabajo profundo es importante, no porque la distracción sea mala, sino porque le permitió a Bill Gates crear una industria de mil millones de dólares en menos de un semestre.

Esta es una lección que he repasado una y otra vez en mi carrera profesional. Desde hace más de una década practico con devoción la profundidad, pero todavía hoy me sorprende su poder. En la época en que hice mi posgrado y aprendí a priorizar esta destreza, descubrí que el trabajo profundo me permitía escribir dos artículos revisados por pares al año (una cantidad respetable para un estudiante) y, sin embargo, casi nunca tuve que trabajar después de las cinco de la tarde entre semana ni trabajar los fines de semana (cosa poco usual entre mis compañeros).

No obstante, cuando empecé a hacer la transición entre mi vida como estudiante y mi vida como profesor, me entró la angustia. Mi tiempo como estudiante y como investigador de posdoctorado no era tan restringido, lo cual me permitía manejarlo a mi antojo. Sabía que dejaría de disfrutar de ese lujo en la siguiente fase de mi carrera, y no sabía muy bien qué hacer para integrar la suficiente cantidad de trabajo profundo en una programación más exigente, de tal forma que pudiera mantener mi productividad. No me quedé cruzado de brazos, rumiando mi preocupación, sino que decidí hacer algo al respecto: creé un plan para fortalecer mis músculos de la profundidad.

Llevé a cabo este entrenamiento durante mis dos últimos años en el MIT, en los que hice una investigación posdoctoral y busqué trabajo como profesor universitario. Mi táctica principal consistió en introducir limitaciones adicionales a mi programación, para crear una situación similar a la que viviría como profesor. Además de respetar mi regla de no trabajar de noche, comencé a hacer pausas más largas al mediodía, para poder trotar y almorzar en mi casa. Durante este período también firmé un contrato para escribir mi

cuarto libro, *So Good They Can't Ignore You*<sup>[3]</sup>, un proyecto que, por supuesto, me consumía grandes cantidades de tiempo.

Para compensar esos nuevos límites, refiné mi capacidad para trabajar profundamente. Entre otros métodos, empecé a delimitar con más precisión los bloques de tiempo que dedicaría al trabajo profundo y a preservarlos de cualquier interrupción. Desarrollé, asimismo, la capacidad para desarrollar ideas durante las muchas horas que pasaba trotando o caminando (una ganancia para mi productividad), y busqué obsesivamente lugares desconectados que me permitieran concentrarme. Durante el verano, por ejemplo, muchas veces trabajaba en el domo de la biblioteca Barker de Ingeniería, un agradable lugar cavernoso que se llena durante los semestres en que hay clases regulares. Durante el invierno, buscaba lugares más desconocidos para encontrar un poco de silencio, hasta que me volví adepto de la bien dotada pero pequeña biblioteca Lewis de Música. En un momento dado, incluso, compré un sofisticado cuaderno cuadriculado de cincuenta dólares, para trabajar en pruebas matemáticas, pues estaba convencido de que este gasto me estimularía a ser más cuidadoso en mi pensamiento.

Me sorprendió ver los resultados que arrojó mi compromiso renovado con la profundidad. Cuando empecé a trabajar como profesor de ciencias informáticas en la Universidad de Georgetown, en el otoño del 2011, mis obligaciones aumentaron drásticamente, como lo había previsto. Sin embargo, me había entrenado para ese momento. Allí no solamente logré mantener mi productividad investigativa sino, incluso, *aumentarla*. Los dos artículos al año que escribía en mis épocas de estudiante de posgrado se convirtieron en cuatro, en promedio, cuando me convertí en profesor universitario, en medio de múltiple ocupaciones<sup>[4]</sup>.

Aunque estaba impresionado, todavía no había llegado al máximo potencial del trabajo profundo. Esa lección la aprendería durante mi tercer año como profesor universitario en esa misma institución. Entre el otoño del 2013 y el verano del 2014 concentré mi atención en mis hábitos de trabajo profundo, para encontrar mayores oportunidades de mejorar. Una de las grandes razones de este nuevo compromiso es el libro que usted está leyendo en este momento (la mayoría del cual escribí en ese período). Como es obvio, escribir un manuscrito de 70 000 palabras sería una nueva limitación para mi ya apretada agenda, y no quería que mi productividad académica se viera afectada por este compromiso. Otra razón por la que dirigí mis ojos nuevamente a la profundidad fue la cercanía del proceso de permanencia en la facultad. Me quedaba un año o dos para publicar, antes de que mi caso entrara

a estudio. En otras palabras, *ese* era el momento para poner a prueba mis capacidades (sobre todo teniendo en cuenta que mi esposa y yo estábamos planeando tener un segundo hijo). La razón final por la que enfilé baterías hacia la profundidad es más personal y (lo reconozco), en cierta forma, producto de la irritación. Me habían negado una solicitud para una subvención muy reputada, que muchos de mis colegas estaban recibiendo. Estaba molesto y avergonzado, así es que decidí que, en lugar de quejarme y rumiar las dudas sobre mí mismo, compensaría el hecho de no haber recibido la subvención con un aumento en la cantidad y la excelencia de mis publicaciones, para que fueran estas las que hablaran por sí solas y quedara claro que yo *sí* sabía lo que estaba haciendo, aunque esa subvención en particular no me la hubieran concedido.

Yo ya me dedicaba con intensidad al trabajo profundo, pero estas tres fuerzas me motivaron a llevar el hábito al extremo. Me volví implacable para rechazar cualquier compromiso que me consumiera tiempo y comencé a trabajar en lugares más aislados fuera de mi oficina. Puse un registro de las horas que dedicaba al trabajo profundo en un lugar visible junto al computador y me preocupaba cuando el avance no era lo suficientemente rápido. Quizás el hábito que tuvo mayor impacto fue el que aplicaba cuando estaba en el MIT: trabajar los problemas en mi cabeza cuando se presentaba la ocasión: al sacar a pasear al perro o al conducir. Por otra parte, a diferencia de lo que hacía antes, que era aumentar la intensidad del trabajo profundo cuando se acercaba una fecha límite, ese año fui muy persistente: casi todos los días de la semana empujaba mi mente a luchar para obtener resultados importantes, independientemente de cualquier fecha límite. Resolvía pruebas durante el recorrido en metro y mientras paleaba la nieve. Cuando mi hijo hacía la siesta, los fines de semana, yo caminaba por el jardín, pensando, y en los atascos de tráfico pensaba metódicamente sobre problemas que me tenían bloqueado.

Aquel año me fui convirtiendo poco a poco en una máquina del trabajo profundo, y el resultado de esta transformación me tomó por sorpresa. Durante ese año en que escribí un libro y mi hijo entró a la temible edad de los dos años, logré duplicar mi productividad académica promedio, pues publiqué *nueve* artículos revisados por pares, al mismo tiempo que respeté mi prohibición de trabajar por las noches.

---

Soy el primero en reconocer que ese año de profundidad extrema tal vez fue demasiado: fue agotador desde el punto de vista cognitivo y, mirando hacia el

futuro, muy probablemente moderaré esta intensidad. Con todo, esta experiencia refuerza la declaración con la que inicié la conclusión: El trabajo profundo es *mucho más* poderoso de lo que la gente imagina. El compromiso con esta destreza le permitió a Bill Gates sacar enorme partido de una oportunidad inesperada para crear una nueva industria. A mí me permitió duplicar mi productividad académica en el año mismo en que escribí un libro. Sostengo que alejarse de las masas distraídas y unirse a la minoría de trabajadores concentrados es una experiencia transformadora.

Desde luego que la vida profunda no es para todo el mundo. Requiere mucho esfuerzo y unos cambios drásticos de hábitos. Muchas personas se sienten cómodas en la ocupación artificial de las comunicaciones por correo electrónico y la pose de las redes sociales, mientras que la vida profunda nos exige dejar atrás buena parte de esas actividades. Por otra parte, existe cierta dosis de incomodidad al pensar en los esfuerzos requeridos para producir las mejores cosas que podríamos producir, pues eso nos obliga a confrontarnos con la posibilidad de que lo mejor que producimos quizá no sea (todavía) tan bueno. Es más seguro limitarnos a ir con la corriente de nuestra cultura que asumir la lucha y tratar de mejorarla.

Con todo, si usted está dispuesto a hacer a un lado estas comodidades y temores, para esforzarse y desplegar al máximo las capacidades de su mente descubrirá, tal como lo han hecho otros antes, que la profundidad propicia una vida rica en productividad y sentido. En la primera parte citaba esta frase de la escritora Winifred Gallagher: «Viviré una vida de concentración, porque es la mejor que existe»<sup>[5]</sup>. Estoy de acuerdo. Y también lo está Bill Gates. Espero que, ahora que ha terminado de leer este libro, usted también concuerde con nosotros.



CALVIN C. NEWPORT (nacido el 23 de junio de 1982) es profesor asociado de informática en la Universidad de Georgetown, estudiando la teoría de los sistemas distribuidos, y autor de seis libros de superación personal, incluido, más recientemente, el éxito de ventas del *New York Times*: *Digital Minimalism: Choosing a Focused Life in a Noisy World* (2019), (Minimalismo digital: elegir una vida enfocada en un mundo ruidoso).

Su trabajo ha sido publicado en más de 25 idiomas y ha aparecido en muchas publicaciones importantes, incluyendo *The New York Times*, *Wall Street Journal*, *New Yorker*, *Washington Post* y *Economist*...

Escribe el blog *Study Hacks*, que se centra en el éxito académico y profesional. uwu

«El Deep Work es la herramienta esencial para la sociedad del conocimiento.»  
*The Economist*

# CÉNTRATE (DEEP WORK)



LAS CUATRO  
REGLAS  
PARA EL ÉXITO  
EN LA ERA  
DE LA  
DISTRACCIÓN

Cal Newport

PENÍNSULA